



Alvaro Botija

OPERACIÓN MATRIOSKA

Lectulandia

Escalofriantes 35 grados bajo cero, agotadoras ventiscas de nieve y caóticas tormentas magnéticas: éstas son las previsiones meteorológicas de la trepidante trama de terrorismo, corrupción, lujo y pasión en la que se verán envueltos dos primos, una huérfana y dos agentes del FSB. Seres humanos que además tendrán que confrontar su pasado, lidiar con las víboras de sus trabajos y sufrir penurias familiares. Víktor, Eva, Ilya, Tanya y Oleg se verán forzados a tomar decisiones que jamás imaginaron.

Lectulandia

Álvaro Botija

Operación Matrioska

ePub r1.0

Titivillus 13.03.16

Título original: *Operación Matrioska*

Álvaro Botija, 2014

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi madre, a quien siempre recuerdo con un libro en las manos y sus enormes y alegres ojazos sobre el papel.

Capítulo I

Ilya se golpeó la cara con la mano derecha, tratando de espabilarse. Miró el reloj. Una hora más de turno. Estaba agotado. Se acercaban los exámenes y tenía que sacar horas de sueño para estudiar. Frenó, dejando pasar un avión que salía a pista. Aprovechó para sacudir la cabeza y bajar algo la calefacción. Aunque los 39.ºC bajo cero asustaban incluso a un moscovita como él, no le vendría mal el fresco para despejarse. Abrió la ventanilla un par de centímetros y enseguida sintió la borrasca siberiana entrando en la cabina de conducción. Intentó calcular inútilmente cuánto equipaje habría transportado ese día. Arrancó de nuevo, mirando por el retrovisor instintivamente, pues era entonces cuando más maletas se solían caer de los vagones que arrastraba. “*Tres o cuatro vuelos más y a casita*”, pensó. Una pena que no consiguiera el puesto en el aeropuerto de Sheremetevo, que le quedaba mucho más cerca de casa que Domodedovo, probablemente el peor situado de los cinco aeropuertos de la ciudad para ir a trabajar desde Altufebo, su barrio. Volvió a colocarse el auricular del reproductor mp3 en la oreja. Sólo uno, para así poder oír los avisos por el otro oído. Con tanto avión, camión de *catering*, carretilla de maletas, coche, escalerilla... no era aconsejable perder la atención. Pulsó el botón del *Play* y “*Танцы*”, un clásico de *Leningrad*, le subió el ánimo en esa fría mañana.

* * *

El ruido del viejo tren arrancando a toda velocidad cubrió el sonido que provenía de la pantalla. No es que Víktor estuviera escuchando, ni que hubiese podido hacerlo con atención, teniendo en cuenta el alboroto que provocan miles de personas entrando y saliendo de la estación. Era un efecto extraño éste del metro moscovita. Nunca se veía a la gente hablar, más bien parecía que vinieran todos de un entierro.

Una vez que el tren del otro andén salió, Víktor prestó atención a la pantalla que tenía delante. Era una novedad que había visto por primera vez en Madrid tiempo atrás, en su primera visita a España. Consistía en poner pantallas con un canal de noticias para los viajeros que esperan el metro. En Madrid, donde los trenes llegaban cada 4 ó 5 minutos podía tener sentido, pero en Moscú, donde en hora punta tenías un metro cada 30 segundos, le parecía una estupidez. Aun así, escuchó al presentador.

“*Hoy se ha fijado la fecha para la nueva sesión del juicio contra Shamil Makharov...*”.

El noticiario mostró las imágenes de archivo de un atentado ocurrido el año anterior en Moscú, mientras la voz del periodista se oía por encima:

“...el ideólogo y cabecilla del sangriento atentado del centro comercial IKEA, que costó la vida a 733 personas, entre ellas 89 extranjeros...”

Su tren apareció bramando y Víktor ya no pudo oír más. Intentó mirar la pantalla a través de las ventanillas de los vagones, que pasaban volando frente a él, pero a esas horas de la mañana sólo veía cuerpos aplastados contra los cristales, como sardinas en lata.

Las puertas del vagón se abrieron escupiendo decenas de pasajeros a presión. Víktor usó sus codos y sus 185 centímetros de estatura para ganar la posición y ser de los primeros en entrar. Ni siquiera sus cuarenta años le podían garantizar un combate justo con esas viejecitas que llegado el crítico momento luchaban como fieras. En un metro que transportaba nueve millones de pasajeros al día, más te valía estar preparado para pelear tu plaza.

Apenas había conseguido entrar cuando las puertas se cerraron como guillotinas y el tren salió a toda velocidad. No tardó en llegar a su destino.

Víktor, como todo ruso, admiraba profundamente el metropolitano moscovita y sus maravillosas estaciones, pero se preguntaba por qué seguían teniendo sólo una ruta de salida: la escalera mecánica. No había otra opción, aunque dada la profundidad de muchas de las estaciones, construidas como potenciales refugios nucleares, sólo los más valientes subirían andando. Buscó de nuevo una posición adecuada entre la masa de gente y consiguió alcanzar la escalera mecánica con cierta rapidez.

Ya en la calle, Víktor aspiró aliviado el gélido aire de la mañana, tratando de no caer en la placa de hielo que se había formado bajo la nieve. Sacó de un bolsillo un gorro negro, comprado días antes en un mercado turco cerca de su casa por 150 rublos y se lo caló bien, tratando de cubrir las orejas. *“Tengo que encontrar la puta gorra”*, pensó, y recordó enseguida a su pequeña Olya, que se la había regalado hacía ya casi un año. Se acordaba bien, fue por el Día del Defensor de la Patria Rusa. La sonrisa que el recuerdo de su hija le había provocado se convirtió inmediatamente en rabia.

Notó el móvil vibrando en el bolsillo. Se quitó un guante y lo sacó. Miró la pantalla y apretó los dientes antes de responder.

—He dicho que estoy trabajando en ello —dijo tenso, tratando de controlar su ira.

Escuchó lo que la mujer tenía que decirle. Cuando ella colgó, volvió a ponerse el guante y aceleró el paso en esa maltrecha acera cubierta de nieve blanquinegra.

A los pocos minutos llegó al edificio. Era uno de esos bloques de viviendas medianamente buenos del centro, que generalmente pertenecían a funcionarios del gobierno. El descansillo, a diferencia de los clásicos edificios del periodo comunista,

estaba limpio, a pesar de no tener portera.

Víktor cogió el ascensor hasta la quinta planta. Al llegar a la puerta del apartamento se topó de bruces con su bolsa de deporte y su ropa mal amontonada dentro. Se preguntó qué demonios pasaba. Sacó las llaves e intentó abrir, pero el cerrojo interior sólo dejó que se abriera la puerta un par de centímetros. “¿*Qué cojones?*”, pensó. Acercó su cara hasta la abertura.

—¡Eva! ¡Eva, ábreme! ¡¿Qué estás haciendo?! —gritó.

Oyó los cortos pero rápidos pasos acercándose y antes de que pudiera verlo, el *spray* antiviolador le impregnó la cara. El ardor en los ojos y las vías respiratorias era insoportable, como tragar llamas. Cayó de rodillas sin poder evitar frotarse los ojos, a pesar de saber que eso sólo lo empeoraba.

Mientras trataba de recuperarse, arrodillado en el suelo, oyó los gritos de Eva desde dentro.

—¡Hijo de puta! —Eva estaba fuera de sí—. ¿Acaso creías que no me iba a enterar? ¿Qué no lo iba a veeeer? ¡Cabrón!

Mientras conseguía recuperar el aliento, la rabia de no entender qué pasaba se apoderó de él.

—¡Estás loca! ¿De qué cojones hablas? —gritó, arrepintiéndose inmediatamente de su tono.

—¡No quiero verte nunca más! ¡Si vuelves por aquí te corto los huevos! —le amenazó Eva, cerrando la puerta.

Víktor, ya de pié, no entendía nada. Jamás la había visto así. La Eva que él conocía era una chica tranquila, frágil más bien. Sabía que él era una figura protectora más que un novio, pero no le importaba siempre que pudiera estar cerca de ella. Por un instante se preguntó si sería posible que Eva hubiera descubierto algo. “*No, no puede ser*”. Tenía que ser otra cosa. Golpeó la puerta con los puños, frustrado.

—¡Eva joder! ¡No sé de qué hablas! Abre la puerta y vamos a hablar.

No hubo respuesta.

—¡Eva!, ¡Eva!

Por un momento pensó en tirar la puerta abajo, pero sabía que debía calmarse y pensar. Necesitaba un trago. Cogió su bolsa del suelo y se largó de allí.

* * *

Los vestuarios del personal de servicio del aeropuerto eran bastante más decentes de lo que se podía esperar en un principio.

Ilya decidió que en lugar de salir pitando a casa, como hacía habitualmente, se daría una ducha, a ver si se despejaba un poco. Pensó que así evitaría quedarse dormido en el metro o en el bus y podría echar una ojeada al libro de mecánica de fluidos. Había oído alguna vez que terminar la ducha con agua fría era bueno para la

circulación. No tenía ni puta idea de si era verdad o no, pero podía tener sentido; el agua fría haría que las venas se contrajeran generando un aumento de velocidad de la sangre. “*Joder, me estoy obsesionando con la fontanería*”, pensó. Lo que estaba claro es que le espabilaría un buen rato.

Usó el secador que había anclado a la pared para sus alborotadas greñas. En invierno era mejor no salir con el pelo mojado a esas temperaturas.

Se vistió, se puso la chupa de aviador que le había regalado, borracho, un piloto de la desaparecida KrasAir y que era su posesión más valiosa, y salió del vestuario. Mientras se colgaba la mochila al hombro, se puso el auricular en la oreja izquierda. Recorrió el pasillo, camino de la salida, mientras buscaba la tarjeta electrónica que abría la puerta de acceso al área de personal y salió a otro largo corredor lleno de escombros y material. Ilya recordó que las obras ya estaban allí cuando él empezó a trabajar, hacía ya dos años. Parecía que la instalación de una tubería temporal se había convertido finalmente en permanente. Mientras llegaba a la zona de seguridad no recordó realmente haber visto nunca a nadie trabajando en esas obras.

Aun no estaba muy clara la razón, pero hacía como un año que habían colocado detectores de metales y escáneres también en las zonas sólo de empleados. La jefa había dicho en algún momento que probablemente era por aumentar la seguridad tras los atentados del 2001, pero él pensaba que era más bien para evitar robos de material por parte del personal. No le extrañaba. Ilya sabía bien lo que pasaba, aunque prefería hacerse el idiota.

Tenía claro que no pensaba quedarse en ese curro para siempre. Ahora ya entendía que no tener estudios había sido un problema y estaba tratando de arreglarlo.

Algunos de los otros operarios de maletas le habían tanteado para participar en una movida ilegal de robos que tenían montada, pero con 22 años y antecedentes, prefería no meterse en líos. En el peor de los casos, si no encontraba un trabajo mejor acabaría siendo de los viejos del lugar. “*Joder, currando con 50 tacos aquí. Ni de coña*”, se dijo.

Llegó al control de seguridad y no pudo evitar sonreír al ver que Irina estaba ahí. Parecía una tía de puta madre, y le molaba que le siguiera el rollo con sus coñas, pero lo mejor es que estaba buenísima. Esa sonrisa le ponía como una moto. “*Joder, también está el gilipollas ese*”, pensó al ver al otro guardia, creyendo recordar que se llamaba Maxim. Era un segurata flipao que se creía Terminator. No podía evitar ponerse nervioso con ese cabrón que siempre le miraba como basura. ¿Quién cojones se creía? Era un tocho enorme, pero todo lo que tenía de grande, le faltaba de inteligente.

Irina estaba guapísima incluso cuando, como ahora, aguantaba el rollo que debía estar soltándole Maxim.

—... un golazo —Ilya llegó lo suficientemente cerca para oír que Maxim hablaba de fútbol—. El Abramovich es un genio. Sólo compra los mejores.

Ilya notó cómo Irina le veía llegar y le sonreía. Creyó ver una expresión de alivio

en su cara. Le devolvió la sonrisa mientras cogía una bandeja para poner sus cosas, e interrumpió el monólogo de Maxim.

—Nunca entenderé cómo aguantas a este pesado, todo el día hablando de fútbol y hockey —dijo Ilya notando de reojo la mirada furiosa de Maxim, claramente molesto. Ilya le miró desafiante mientras sacaba de sus bolsillos tabaco, llaves y monedas.

Creyó ver cómo a Maxim se le abrían las aletas de la nariz y se le aceleraba la respiración. No parecían hacerle ni puta gracia sus bromas. No sabía el por qué, pero le molaba cabrear al segurata. Probablemente era porque a diferencia de cuando vacilaba de adolescente a la “militia”, aquéllos le podían dar de hostias libremente mientras que Maxim sólo era un guardia de seguridad.

Ilya colocó la bandeja con sus pertenencias, la mochila y la chupa de aviador sobre la cinta del escáner y cruzó el detector de metales.

—Un día de éstos —le dijo a Irina, quien escuchaba atenta, mirándole con esos ojazos—, te voy a llevar a la ópera, para que veas lo que es un auténtico caballero.

Le molaba hacerla reír. Eso siempre funcionaba. Vio que Maxim cogía de la bandeja su paquete de tabaco y le robaba un cigarrillo.

—Tal vez te pille un día de éstos metiendo mano en una maleta —dijo el guardia llevándose el cigarrillo a la boca—, o sisando a alguna viajera. Entonces sí que se van a enterar por aquí de lo que es un tenor, de las hostias que te voy a meter.

El capullo de Maxim sonrió desafiante, orgulloso de su propia gracia. Ilya sabía que era mejor no responder a la provocación, pero era superior a sus fuerzas.

—Deberías saber que está prohibido fumar aquí.

—Y quién me lo va a impedir, ¿tú? —respondió Maxim.

Irina disfrutaba de la pelea de gallos. Le gustaban estas interrupciones en días tan coñazo. Además, Ilya era muy guapo, con ese pelo largo y la barba de tres días. Parecía un poco salvaje. Era alto y delgado y se notaba que era fibroso y de brazos y piernas fuertes. Llevaba tonteando con él varias semanas. Siempre que coincidían en el control de seguridad él tenía algún comentario para ella y ella utilizaba sus armas de mujer. Sabía que su sonrisa y sus ojos podían conseguir muchas cosas.

Vio a Ilya sonreír irónico a su compañero mientras recogía sus cosas. No era difícil picar a Maxim. Su compañero parecía siempre de mala hostia, esperando cualquier oportunidad para intimidar con sus más de dos metros de estatura y casi otros dos de envergadura. Sabía que era mucho más vacile que amenaza de verdad, pero si algún día las cosas llegaban a las manos, no creía que Ilya tuviera muchas oportunidades frente a Maxim.

Mientras recogía sus cosas de la bandeja Ilya le guiñó el ojo y ella le sonrió coqueta, bajando un poco la mirada y pestañeando rápidamente, como recomendaban en alguna de las revistas que leía en sus aburridas y largas jornadas.

—Nos vemos, guapa —le dijo Ilya al irse. Irina admiró ese culo apretado que se alejaba y que tanto le gustaría morder.

* * *

Víktor caminaba calle abajo. Llevaba la bolsa de deportes con su ropa colgada del hombro, en bandolera. Si ya era jodidamente difícil andar en esta puta ciudad en invierno, cualquier peso muerto era un problema añadido. Sin dejar de avanzar, se quitó un guante y marcó el número de Eva. Ella cortó la llamada. Víktor lo intentó otra vez. —“*Responde joder*”—. De nuevo se cortó. Se volvió a poner el guante antes de que se le congelase la mano, mientras le daba vueltas a la cabeza pensando qué cojones había podido pasar. “*No, no puede haber descubierto nada. Tiene que ser alguna jodida paranoia de mujer*”.

Sabía que había muy pocas posibilidades de que Eva saliese de casa. Aun así pasó la mañana en el “*Coffee House*” de enfrente, vigilando el edificio, lo que le permitió aclararse un poco las ideas y confirmar que no tenía muchas opciones.

Al girar la esquina, vio la floristería. Nunca antes se había fijado con atención al pasar frente ella, pero sabía que no podía haber una lejos. La ciudad estaba repleta de ellas, aunque ésta parecía diferente. Era una tienda de verdad y no un puesto de esos cutres callejeros. “*Mejor. Tendrán servicio de entrega*”, pensó.

Víktor agradeció el cambio de temperatura al entrar en la tienda. Nunca había sido muy aficionado a las flores. Como todo buen ruso, había regalado infinidad durante toda su vida; en los cientos de primeras citas, en cumpleaños, en el 9 de Mayo... pero generalmente nunca había elegido él. “*Para eso hay dependientes*”, recordó lo que solía decirle su hermano mayor.

Tenía que reconocer que esta floristería era espectacular. Incluso sin tener ni idea de flores o plantas, era evidente que aquí había nivel. La dependienta le pareció una guapa cuarentona, de tetas grandes y pezones duros que parecían querer atravesar la camisa blanca que lucía. Notó que le echaba una rápida mirada mientras no dejaba de atender a una clienta.

—No le corte el tallo hasta dentro de dos días —escuchó que la instruía con tono de maestra—. Después puede añadir medio vasito pequeño de vodka al agua.

Víktor notó la voz tranquila, suave, lo que la hacía parecer más joven. La clienta parecía no tener prisa y siguió preguntando cosas. Víktor observó a otro dependiente un poco más al fondo, a su derecha. Ahí donde parecían almacenar y trabajar los arbustos y plantas grandes. La tienda era bastante espaciosa. La dependienta se metió en otra salita mientras la clienta esperaba. Víktor decidió probar suerte con el chaval, que parecía concentrado en una poda que estaba haciendo. Se acercó un poco a él.

—Hola —dijo en voz alta, tratando de llamar su atención.

El chico no pareció oírle. Víktor se dio cuenta de que estaba absorto en su trabajo. Debía tener diecinueve o veinte años y había algo de cautivador en sus movimientos. Era bastante delgado y tenía unos brazos largos, que aún lo parecían más con las tijeras de podar en una mano y una especie de pinza en la otra. Los guantes parecían

bastante viejos, casi para tirar. El chaval movió la cabeza de lado, como buscando un ángulo oculto. Luego levantó los brazos y empezó a moverlos en el aire como un bailarín ensayando previamente sus pasos. “*El ballet de la poda*”, se dijo Víktor, sorprendiéndose de nuevo con sus asociaciones mentales. El chaval se acercó entonces al arbusto sin dejar de mover los brazos y las tijeras hasta encontrarse con él; un corte por aquí, otro por allí, un giro, otro corte. La escena hipnotizó a Víktor por unos segundos, antes de recordar qué le había traído allí.

—Perdona, ¿me puedes atender? —insistió.

El chaval estaba de nuevo de espaldas a él y seguía ensimismado. En lugar de acercarse más, Víktor siguió observándole, fascinado. Le notó incómodo, como si no acabara de encontrar la forma que buscaba en el arbusto. El chico movía ahora los pies como un púgil a cámara lenta, analizando el siguiente movimiento hasta que de repente se paró, bajó los brazos, cerró los ojos y respiró profundamente, aguantando el aire dentro para, segundos después, soltarlo suavemente. Una sonrisa se le formó en la comisura de los labios mientras abría los ojos. Víktor supo que había encontrado la inspiración. El chaval empezó a podar a una velocidad increíble, moviéndose con una agilidad fantástica. Con la mano izquierda cogía, movía, torcía, mientras que con la derecha, las tijeras hacían los cortes. De repente se paró para quitarse los guantes, que parecían no dejarle libertad de movimientos y retomó la obra con las manos desnudas. Tenía un taburete al que se subía en ocasiones para trabajar las partes más altas y Víktor temió que acabara cayéndose.

—¿Puedo ayudarle? —una voz a su espalda le sacó del trance.

Víktor se giró, sorprendido, y tardó un segundo en darse cuenta de que la dependienta se dirigía a él.

—Necesita un ramo, ¿verdad? —continuó la mujer.

—Pues sí, la verdad es que sí que necesito un ramo.

María sonrió ligeramente. No llevaría toda la vida con la floristería sin saber exactamente qué necesita cada cliente que entraba por la puerta. Y aquel hombre no parecía un amante de las flores. María volvió a escrutarle, un segundo más de lo normal, haciendo sin querer que el cliente sintiera cierta incomodidad.

—¿Algo que diga un “Lo siento”, pero sin saber realmente por qué? —dijo, bastante convencida de la razón por la que este hombre con una bolsa de deporte y gesto preocupado había entrado en su tienda.

Le pareció genuinamente sorprendido. A María le gustaba causar ese efecto.

—¿Tanto se nota? —respondió el hombre.

—Son los años de experiencia —María sonrió para relajar un poco la tensión—. Seguro que algo encontramos. ¿Sabe qué flores le gustan?

—Sólo sé que le encantan las flores. Yo soy un clásico y siempre recurro a las rosas.

Un clásico. Más bien le parecía un poco bruto. Nada nuevo. Salvo una extraña sensación incalificable. María sabía, desde la adolescencia, que tenía cierta capacidad

para descubrir el estado emocional de la gente y especialmente el tipo de relación que podían tener dos personas. Podía ver a una pareja en el autobús y saber exactamente si se habían peleado, si tenían alguna pérdida de un ser querido, si eran amantes... Y no sólo le pasaba con las parejas. Este hombre parecía genuinamente triste, preocupado... pero había algo más, algo oscuro.

—¿Qué le parece una combinación de rosas rojas, lirios con su maravilloso aroma y unas gardenias, para expresar sinceridad? —le propuso, suponiendo que no habría queja.

“*Para eso están las dependientas*”, se dijo Víktor. Le pareció bien, como probablemente cualquier otra cosa que esta mujer de mirada intensa le hubiese propuesto. Sacó un pequeño sobre del interior de su chaqueta y se lo dio a la dependienta.

—Me parece una elección estupenda —respondió—. ¿Lo podrían enviar junto con esta tarjeta? Está muy cerca de aquí.

María cogió el pequeño sobre y miró a Oleg. Su ayudante seguía concentrado en la poda del boj. El clic-clic de las tijeras continuaba sonando de fondo. Había un par de entregas hoy y además tenía que hacer la compra.

—Por supuesto —le dijo al cliente—. Si le parece bien, mañana por la mañana lo entregamos.

Acompañó al hombre hasta la caja y abriendo la libreta donde se apuntaban los envíos anotó la dirección de entrega.

Mientras María le cobraba el *bouquet*, Víktor notó que el silencio se había adueñado de la floristería. Miró al joven empleado, que parecía haber terminado el trabajo, y le vio secarse el sudor de la frente con un trapo. La mujer le dio el cambio y Víktor se dirigió a la puerta de salida.

—Gracias —se despidió.

—A usted —respondió María—. Que tenga un buen día.

Tras salir el cliente, María se acercó hasta Oleg. Juntos, de pie frente al boj, compartieron una sonrisa en silencio mientras observaban la espectacular forma de cigüeña que el chico le había dado. María no dejaba de sorprenderse con las cosas que hacía. El trabajo tenía detalles increíbles. Agarró cariñosamente por el cuello a Oleg, al que se le notaba realmente orgulloso y asintió, admirada, ante su trabajo. Le dio un beso protector en la frente y se quedaron un rato más así, disfrutándolo.

* * *

Hacía ya un buen rato que Ilya había salido de la zona de carga del aeropuerto. Estaba helado cuando entró en la “marshrutka”, esas furgonetas rusas reconvertidas en miniautobuses. Se incrustó como pudo en el micro asiento, uno de los tres situados de espaldas al conductor, procurando que su chupa de piloto no tocara mucho el lateral de la puerta, que estaba asqueroso.

Rápidamente se ocuparon el resto de plazas y el conductor arrancó derrapando en la nieve. Ilya ya estaba recogiendo los veinte rublos de cada pasajero. Dada su posición, le tocó ejercer de cajero.

—Tres aquí —dijo un enorme uzbeko frente a él, alcanzándole sesenta rublos en ajados billetes de diez.

Ilya se los dio a otro pasajero que había pagado dos asientos con un billete de cien. Una vez recolectado el dinero y ajustadas las cuentas con todos, se lo pasó al conductor, que lo contó con una mano, indiferente a los baches, la tierra, la nieve y el hielo.

Ilya, como el resto de pasajeros, ni siquiera pensaba en las probabilidades de morir cualquier día en una de esas furgonetas compartidas, con ruedas destrozadas, motores ancianos, conductores alcoholizados y por supuesto, sin cinturones. Intentaba mantenerse despierto escuchando su mp3 mientras leía unas páginas del libro de mecánica de fluidos.

Casi dos horas después, tras un cambio de furgoneta al metro y finalmente del metro al autobús, Ilya se bajó en la parada más próxima a su bloque. Se cerró bien la chupa, se colgó la mochila al hombro y se dispuso a cubrir los veinte minutos que le esperaban de caminata hasta casa. En verano, sin la nieve ni el hielo, esos veinte minutos se reducían a doce.

Era su viejo barrio, y en cierta medida le gustaba. Se sentía bien entre esas enormes avenidas y los gigantescos bloques grises soviéticos de numeración incomprensible. A Ilya siempre le había hecho gracia lo fácil que era en las películas *yankees* encontrar una dirección en Nueva York o Los Ángeles. En su barrio, del bloque número 4 al bloque número 10 podías encontrar otros siete bloques con letras añadidas e incluso fracciones, “bloque 5/13 E”, y en cada bloque, cuatro o cinco patios cada uno dando a su vez a entre ocho y veinte portales... Ser cartero en Moscú tenía que ser un trabajo realmente complicado. La Nana sostenía que el único objetivo de ese sistema de numeración soviético era que nadie pudiera encontrar fácilmente las casas de los amigos, no fuera a ser que entre chupitos de vodka y platos de “pilmeni” les diera por empezar a criticar al régimen y planear algún tipo de revolución. La Nana lo había debido pasar muy mal con el régimen soviético. De niña había sido deportada. Era lo único que Ilya sabía. Decía que por eso se había preocupado por él. Él era consciente de que su propia infancia y adolescencia no habían sido fáciles, pero estaba seguro que no debía ser nada comparado con lo que la Nana había sufrido.

Paró a comprar algo de pollo, unas patatas, huevos y leche en una pequeña tienda, de esas que nunca estaban cerradas por muy tarde o temprano que pasaras por delante. Siempre había un dependiente, generalmente el hijo del armenio, que aparecía desde el interior medio dormido, poniéndose una chaqueta de camuflaje y limpiándose las legañas mientras bostezaba. Esa noche al menos no era tan tarde y el chico tenía los pantalones puestos.

Cerca de su portal vio a unos tipos trapicheando con drogas y un grupo de cuatro viejos luchando por mantenerse verticales, bebiendo de las botellas a morro, antes de que el terrible frío las congelara.

Llegó al portal, pulsó los tres botones que abrían la puerta exterior y tiro del pomo metálico. La segunda puerta la abrió con su llave imantada, “¿Cuántas llaves como ésta habrá iguales en Rusia si todos los portales usan una?”, se preguntó mientras entraba. No tenía ni idea, pero seguro que no había muchas combinaciones diferentes de imanes. “¿Y cuántas veces me habré preguntado esto? Joder, a ver si lo descubro de una puta vez”.

Se sacudió la nieve de los zapatos en los cartones de cajas de leche abiertas que la portera ponía en el suelo de vez en cuando. Llamó al ascensor y enseguida oyó el motor haciendo bajar ruidosamente la caja metálica. La maquinaria soviética sería vieja, ruidosa y obsoleta, pero seguía funcionando. “Me meo”, pensó. Ilya no recordaba nunca haberse quedado atrapado en un ascensor en Rusia. “Coño, que no me pase justo ahora”, se dijo. Tampoco recordaba haber visto nunca a un técnico haciendo una revisión.

Entró en el pequeño apartamento, dejó la mochila y la bolsa de la compra en el suelo y se descalzó con cuidado, dejando las manchadas botas en el felpudo. A continuación, se puso unas zapatillas de andar por casa y se quitó el resto de la ropa de abrigo.

—¡Holaaa! Nana, ya estoy en casa —gritó Ilya mientras colgaba la chupa y entraba en el baño a orinar.

Esperó la habitual respuesta, pero no oyó nada. “Joder qué alivio”, pensó mientras apuntaba el chorro al centro del váter.

—Nana, ¿no estarás dormida a estas horas, no? Ya sabes que luego no te puedes dormir —gritó de nuevo.

En ese momento sonó el timbre. Terminó de orinar y tiró de la cadena. Volvió a girar los dos cerrojos de la puerta principal y abrió. Era María, su vecina.

—Hola Ilya. ¿Qué tal? —dijo María—. La Nana está conmigo.

—Voy.

Ilya la siguió al apartamento de enfrente.

Aunque él no era muy consciente, Ilya siempre se sentía bien al entrar en casa de su vecina. El pisito de María estaba modestamente decorado, pero con mucho estilo. Los habituales empapelados rusos de flores habían sido sustituidos por pintura de un suave color rosado y blanco. Los muebles eran bonitos. La mayoría de ellos obra de su difunto marido. Además, su vecina tenía siempre la casa llena de plantas y flores que traía de su tienda, una floristería grande en el centro de la ciudad.

Ilya se dejó guiar hasta el salón, donde la Nana, con sus 80 años marcados en su diminuto y frágil cuerpo, descansaba adormilada en un sofá.

María vio a Ilya acercarse y arrodillarse frente a la anciana. Ese chico, que durante años le dio cierto miedo, mostraba muchas veces una dulzura

extraordinariamente chocante con su rudo aspecto. Ahora cogía con enorme cariño las manos de la Nana y le acariciaba la mejilla intentando despertarla.

—Nana, vamos anda, que tenemos que cenar. Luego podemos ver la tele un rato —su voz, generalmente grave, podía ser muy bella cuando susurraba.

—Está muy cansada. Tuve que darle un tranquilizante para calmarla —y María notó su propio tono de voz más triste de lo que ella misma habría querido.

Ilya la miró preocupado.

—¿Qué ha pasado?

A María le costó contarle lo sucedido.

—La encontré en la calle frente al portal, en bata, totalmente desorientada.

Ilya asintió mientras apretaba los labios y volvía a mirar a la pobre Nana. María comprendió que no era una sorpresa para él.

—Lleva un tiempo haciendo cosas raras. A veces mete ropa en la nevera, se deja grifos abiertos...

—Está mayor, Ilya. Deberías llevarla al médico a que la miren. Necesita que la cuiden.

Ilya hizo una mueca de ironía.

—Entre el curro y las clases no estoy en casa en todo el día. Ya me dirás quién va a cuidar de ella.

María se sentía fatal. Ojalá ella pudiera hacer algo. Siempre había tenido cariño por su vecina, sobre todo desde aquel fatídico día en el que perdió a su marido. Durante esos terribles primeros meses descubrió lo maravillosamente generosa que era esa anciana, siempre alegre y optimista a pesar de no tener más familia que ese chico de acogida, y sus recuerdos.

La tos de la Nana despertándose interrumpió sus pensamientos. La anciana tardó unos segundos en ubicarse. Entonces vio a Ilya y muy feliz le cogió con cariño la mano.

—¡Mi niño! ¿Qué tal la universidad? ¿Has aprendido algo hoy? —tenía la voz de una mujer de 80 años, pero el tono de una adolescente.

Ilya se echó a reír, una risa profunda, verdadera. María sabía que la Nana era muy especial para él. Podía ver el tremendo amor entre ellos, probablemente mucho más que el habitual entre padres e hijos carnales.

—¡Que no Nana, que no! Que no estoy en la universidad. Que estoy haciendo un curso de fontanería.

—¡Pero si eso es como estudiar medicina! ¡Tú vas a curar tuberías en lugar de venas! —María observó divertida cómo la Nana se limpiaba las lágrimas que se le saltaban de tanto reír, y no pudo evitar soltar ella misma una carcajada.

—Anda loca, vamos a casa, que María querrá descansar, dijo Ilya, incorporándose.

María se acercó a ellos y ayudó a Ilya a levantar a la Nana del sofá. Luego les acompañó hasta la puerta.

—Buenas noches —se despidió de ellos, soñando con meterse cuanto antes en su cama. Todo el día de pie en la floristería la tenía agotada.

Capítulo II

La furgoneta estaba aparcada frente al edificio de Eva. Tenía una pegatina enorme en el lateral. Aun así, la eterna suciedad de esta ciudad la hacía casi ilegible. Víktor apenas pudo descifrar “CERRADURAS NIKITA” y aún peor se leía el “24 HORAS A SU SERVICIO” en letra más pequeña, debajo, junto al número de teléfono móvil de la empresa.

Se encendió el enésimo Marlboro, vigilando la furgoneta y pensando que no podía ser casualidad. Por el rato que llevaba allí, estaba claro que no podía ser un simple caso de una llave olvidada, así que asumió lo peor.

A pesar del frío bajó las dos ventanillas delanteras para ventilar el coche. El humo llenaba el interior y tenía los ojos irritados. Se sorprendió al comprobar que veía igual de mal una vez que desapareció, así que encendió la calefacción al máximo, esperando que no se le rajara el cristal con esos contrastes de temperaturas.

* * *

“*Es muy bonito*”, pensó Oleg, mirando el ramo sin dejar de caminar. María se lo había currado. Le había dicho que el tipo que lo había encargado la tarde anterior no le había dado muy buen rollo, así que había pensado que la chica debía merecer algo especial y se había esmerado incluso más de lo habitual.

Oleg miró a ambos lados antes de cruzar la calle y vio el tranvía a lo lejos, parado en un semáforo. Aunque tenía tiempo de sobra para cruzar decidió esperar a que el tranvía pasara. Lo vio renqueante, arrancando cuesta arriba desde la parada calle abajo y cogiendo poco a poco velocidad mientras se acercaba a su altura. Se quitó un guante y esperó a que el tranvía terminase de pasar frente a él. Rápidamente miró a ambos lados. No venían coches. Bajó a la calzada y poniéndose en cuclillas colocó la mano desnuda sobre uno de los raíles del tranvía. Cerró los ojos y un escalofrío le recorrió el cuerpo. El raíl estaba tan frío que casi le quemaba la mano, pero se concentró en sentir el traqueteo en el raíl. Notó en sus dedos ese particular temblor, el “*¡brum brum!*”, que subía luego por su brazo y le llenaba de un extraño placer. Era una sensación casi excitante y que jamás había podido explicar a otras personas. Parecía como si él tuviera el sentido del tacto mucho más desarrollado que los demás.

A medida que el tranvía se alejaba el traqueteo se hizo más y más débil, como las ondas concéntricas del estanque en el que jugaba de pequeño lanzando piedras. Sonriendo, Oleg abrió los ojos y vio un lejano coche acercándose. Regresó a la realidad. Sintiendo de nuevo el gélido frío en la mano desnuda, se incorporó y volvió

a ponerse el guante para seguir su camino. Tenía una entrega y María estaba sola en la tienda.

La noche anterior había nevado abundantemente y la nieve se había acumulado haciendo difícil andar por la ciudad. Hoy había despejado, lo que hacía que el frío fuera más intenso. Por suerte la dirección de entrega estaba muy cerca de la tienda.

* * *

Víktor seguía sentado en su coche frente al edificio de Eva. El café para llevar estaba ya casi frío. Vio aparecer al chaval de la floristería doblando la esquina y alzó sus prismáticos. A pesar del abrigo y el gorro, le identificó enseguida. Era el empleado al que había visto podando. El chico parecía feliz, con una amplia sonrisa. O tal vez era sólo idiota. Víktor no estaba seguro. El día anterior en la floristería, el chaval no le había hecho ni puto caso.

Le vio llegar al portal de Eva y volvió a dejar sus prismáticos en el asiento del copiloto.

* * *

Oleg comprobó el número con la dirección que llevaba en la mano y se acercó al telefonillo buscando el código del apartamento. En ese momento la puerta del portal se abrió de par en par y un tipo enorme con un mono azul oscuro y una gran bolsa de herramientas salió enérgicamente, casi chocando con él.

—¡Uy! perdona, casi arrampo contigo —soltó el grandullón a modo de disculpa, mientras reculaba y sujetaba amablemente la puerta interior antes de que se cerrase.

Oleg se recuperó rápidamente del susto y haciendo un gesto de agradecimiento con la cabeza entró y corrió a montarse en el ascensor. Cuando las puertas se estaban cerrando, no pudo evitar preguntarse cómo sería la vida sexual de semejante animal. *“Incluso hacerse pajas con esas manos como martillos tiene que ser difícil... y peligroso”*, pensó sonriendo.

Una vez llegó a la planta, Oleg localizó la puerta. Se fijó en los restos de serrín en el suelo y en la brillante cerradura nueva. Pulsó el timbre y golpeó la puerta ligeramente con los nudillos.

Dentro del apartamento, Eva se acercó a la puerta. *“Será el cerrajero”*, pensó. *“Se habrá olvidado algo”*. Como siempre, preguntó antes de abrir.

—¿Quién es?

Nadie le respondió.

—¿Sí?

Tenía la sensación de que alguien estaba al otro lado. ¿Sería Víktor?

Fuera, en el descansillo, Oleg volvió a llamar al timbre y a golpear la puerta, esta

vez un poco más fuerte. Intentó inútilmente comprobar si por la mirilla se podía ver a alguien dentro.

Eva oyó a alguien al otro lado de la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —estaba ahora casi convencida de que era Víktor.

De nuevo no hubo respuesta. Pegó el oído a la puerta, buscando algún sonido identificable.

Oleg, por su parte, seguía esperando en el descansillo. Tenía la sensación de que había alguien en la casa, pero no sabía explicar por qué, y de hecho, no se veía luz bajo la rendija. Miró su reloj. No tenía mucho tiempo y no parecía que quien estuviera dentro fuera a abrirle, así que decidió cortar por lo sano y buscar algo en sus bolsillos que pudiera usar.

* * *

Víktor se había quedado sin Marlboros. Hacía ya un rato que había visto salir al cerrajero y entrar al chaval con el ramo.

Estaba nervioso, impaciente. Aguantó un par de minutos más y finalmente decidió salir y acercarse al edificio. Aún tenía su copia de llaves, así que abrió el portal y entró. Llamó al ascensor, pero parecía ocupado.

* * *

Eva siguió escuchando pegada a la puerta. Oyó el ascensor llegar, las puertas abrirse y cerrarse y el motor arrancar de nuevo. Abrió entonces la puerta, sólo una rendija, con el seguro puesto. No oyó nada aparte del ascensor bajando, pero enseguida le llegó un olor embriagador. Quitó el seguro y abrió del todo. El ramo estaba colgado de la puerta con unos trozos de cuerda fina, rugosa, de la que se usa para empaquetar. Lo habían enganchado a las esquinas del marco superior, y tuvo que ponerse de puntillas para desengancharlo. Entró de nuevo en casa y cerró los dos seguros. De regreso al salón se sentó en el sofá y mientras terminaba de desenredar la cuerda encontró el pequeño sobre que había en el ramo. Lo abrió y sacó la nota que venía dentro.

Al salir del ascensor Oleg no reconoció a Víktor. No había llegado a verle en la tienda el día anterior. Se cruzaron sin mediar palabra.

“No lleva el ramo. A lo mejor hay suerte”, pensó Víktor, aferrándose a esa idea mientras pulsaba el botón del quinto. Pero en cuanto salió al descansillo y vio la cerradura nueva en la puerta, supo que tenía un problema. Ni siquiera hizo intento de sacar la llave. Llamó al timbre. No hubo respuesta.

* * *

Oleg había salido sonriendo del edificio y caminaba rápidamente. Al girar la esquina y mientras se ajustaba hasta el fondo el gorro de gruesa lana, pudo ver fugazmente por el rabillo del ojo como algo caía del cielo justo antes de golpearle en el hombro. Oleg resbaló y acabó en el suelo. Se levantó dolorido, frotándose la rabadilla y vio junto a él el ramo de Eva. Lo recogió e instintivamente empezó a arreglarlo. Fue así como encontró la tarjeta, arrugada entre las flores, casi hecha una bola. “*Nunca. Y digo NUNCA se leen las tarjetas que los clientes entregan con los ramos*”. Oleg recordó las palabras que María le había dirigido el primer día que empezó a trabajar para ella. “*¿Sabes esas películas americanas en las que alguien va a un banco y le llevan hasta una caja de seguridad que tiene dos cerraduras y una llave la tiene el cliente y la otra el banco? Pues esto es peor, porque nosotros tenemos las dos llaves y no tenemos acceso a dinero ni a joyas, sino a algo mucho más valioso, sus sentimientos*”. Oleg recordó cómo en ese momento aquello le había parecido una gilipollez. Ahora que tenía la tarjeta delante, ya no le parecía tan estúpido. Se sorprendió de su propia conciencia. “*Joder, si ni siquiera he visto a ninguno de los dos*”. Aun así dudó un instante. Miró, curioso, la tarjeta arrugada, levantando ligeramente una de las esquinas plegadas, como si no fuera inmoral intentar leer un poquito. No vio nada. La curiosidad le pudo. “*¡Qué demonios!*”, pensó, y la alisó lo mejor que supo. La giró para uno y otro lado, pero allí no había nada escrito. Se acercó a una farola y se fijó mejor. ¡Ahí había algo en relieve! Parecían como grupos de puntos. Se quitó un guante y pasó el dedo índice por la tarjeta. Entonces cayó en la cuenta. “*¡Es Braille!*”. Hacía unos años Oleg se había interesado un poco en el sistema de comunicación de los ciegos. “*Odian que lo llamen lenguaje*”, recordó.

* * *

Víktor seguía junto a la puerta de Eva; la frente apoyada contra ella; los ojos cerrados, en un gesto de hastío e impotencia. Con el puño derecho cerrado, agarrando el juego de copias que ya no servía, volvió a golpear. Se había cansado de llamar al timbre.

—Eva —su tono era ahora de súplica—. Cariño, déjame entrar. Sé que estás dentro. Sea lo que sea, te lo puedo explicar.

Esperó un minuto más y luego, enfurecido, lanzó las llaves contra la verja metálica del ascensor. “*¡JODEEER!*” gritó apretando los puños.

Al otro lado de la puerta, Eva abrazó aún con más fuerza el cojín que sostenía contra su estómago. Acurrucada en el suelo de su casa, intentaba controlar sus sollozos sin conseguirlo. Oyó entonces los pasos rápidos de Víktor al alejarse por la

escalera.

Siguió allí mucho tiempo, llorando sentada contra la puerta, sin preguntarse siquiera por qué.

Capítulo III

La pequeña Olya oyó el ruido del cerrojo y supo que el hombre malo abría su calabozo. Cerró los ojos y se los tapó con las manos, asustada. Se acurrucó en su esquina, sentada sobre el colchón del suelo. La celda se abrió y entró la luz. Miró fugazmente entre los dedos de su mano, pero hoy tampoco venía nadie a rescatarla. Quiso llorar, pero el hombre malo se enfadaría mucho si lo hacía. Pensar en eso le dio aún más miedo y más ganas de llorar. Cogió a Doma, su osito de peluche, y lo abrazó con fuerza mientras escondía la cabeza entre las rodillas, esperando que el hombre no la oyera.

Capítulo IV

Ilya salió de su portal camino de la parada de la “marshrutka”, la furgoneta soviética que hacía la labor de transporte público, allí donde éste no llegaba. Se paró un segundo para comprobar que había metido el mono de trabajo en la mochila; tenía que ir directo al aeropuerto después de clase.

Se ajustó el auricular a la oreja y prosiguió su camino. Inmerso en sus pensamientos, no prestaba mayor atención al grisáceo paisaje que le rodeaba cada día. Calzadas cubiertas de nieve y hielo, lo que impedía ver los destrozos del cemento y el asfalto bajo ellos. Agujeros y grietas enormes que en el próximo deshielo se cubrirían de barro y agua, alimentando los tremendos charcos que inundarían las calles moscovitas. La escasísima iluminación provenía de tres o cuatro viejas bombillas colgadas malamente de los cables eléctricos que surcaban los cielos. Al menos, las enormes avenidas soviéticas se iluminaban con los faros de los coches que, o bien circulaban imprudentes a toda velocidad o bien se atascaban en ellas.

No era mala idea llevar una linterna a mano, no tanto por el peligro a un asalto callejero, que eran sorprendentemente bajos, sino a romperse un tobillo o a cortarse con alguna oxidada verja.

Ajeno a todo este entorno andaba Ilya, cuando un balón de fútbol pasó botando frente a él y fue a pararse, amortiguado por la nieve, contra la rueda de un espectacular Porsche Cayenne. En la antigua cancha de baloncesto del barrio había un grupo de chavales echando un partidillo. Dos de ellos parecían estar discutiendo, pegándose empujones e intercambiando insultos. Ilya se fijó en que alguien había colgado varias bombillas de los cables cercanos. Supuso que habrían sido ellos mismos, porque el resto de la cancha de básquet seguía a oscuras y hecha una mierda, sin aros ni tableros. Sólo quedaban las largas bases de las canastas, que ahora servían para delimitar uno de los postes de cada portería. El otro estaba construido con una montaña de nieve.

Uno de los chicos se acercó hacia él en busca del balón. Ilya se aproximó al Porsche y cogió la bola. Se quedó mirando el cochazo y pensó que él no podría permitirse un coche así ni con su sueldo de diez o quince años. Era de color negro mate y ahora que se fijaba con más atención en las llantas, calculó que tendría que sumar otros cinco años más de su sueldo.

—Te gusta, ¿eh? —dijo alguien a su espalda. Se giró y enseguida le reconoció.

—Yuri —dijo Ilya, moviendo la pelota entre sus manos, mientras veía asomarse esa extraña sonrisa que tan bien conocía.

—¿Te unes? —le preguntó Yuri.

Ilya le observó un poco más antes de responder. Se le veía mejor. Parecía hasta en

forma, más fuerte, aunque era difícil notarlo mucho con el jersey y el grueso abrigo. En cualquier caso se le veía buena cara.

—Nah —respondió Ilya—. Tengo clase.

—¡Venga, coño! Sólo un rato —le tentó su antiguo amigo.

Ilya dudó. El cabrón del georgiano, por mucho que pretendiera ocultarlo, era un encantador de serpientes.

Hacía ya tiempo que él se había alejado de esa gente, pero tenía que reconocer que a veces, sólo a veces, lo echaba de menos. Negó de nuevo con la cabeza y le lanzó el balón.

—Tú mismo —dijo Yuri—. Pero es una pena. Hace mucho que no juegas con nosotros.

El tono del georgiano había cambiado. Se miraron unos largos segundos, dialogando en silencio. Yuri volvió a su sonrisa de vendedor de zoco y sacando la llave de coche señaló el Porsche con un gesto de cabeza.

—Si quieres te acerco.

Ilya dedujo que a Yuri le iba bien con sus “negocios”. Se ajustó la mochila a la espalda y echó a andar de nuevo, haciendo un gesto de despedida con la mano, sin mirar atrás.

* * *

No había clientes en la floristería. Eran las siete de la tarde y María estaba revisando los libros de cuentas y pedidos. Nada de ordenadores en la tienda. El viejo sistema era suficientemente bueno y nunca se había sentido muy cómoda con los avances tecnológicos. “*Y ningún problema hasta ahora*”. Además, María pensaba que ese ejercicio mental era sano.

Vio a su ayudante, Oleg, guardando una tarjeta en un sobre. El chico se acercó hacia ella y por su cara pudo adivinar que le iba a pedir algo. “*Anda que no sabe sonreír, el embaucador éste*”. Levantó una ceja, como advirtiendo que sabía lo que se acercaba, pero al ver la expresión que ponía Oleg no pudo evitarlo y perdió la compostura.

Oleg le alargó el sobre con la tarjeta y cuando María lo cogió, él empezó a mover las manos y brazos, muy despacio, para que María le entendiera bien.

—¿Podrías hacer algo por mí? ¿Una entrega?

María no tuvo dificultad para entenderle. Supuso que debía de ser algo importante ya que Oleg hacía las señas lentamente. Ella había aprendido el lenguaje de signos hacía ya bastantes años, cuando trabajaba como voluntaria en un orfanato y se encariñó con un crío sordomudo del que casi nadie se preocupaba. Durante años trató de educar a algunos niños sordos. Era mejor enseñarles sus básicos conocimientos del lenguaje de signos que la incomunicación absoluta de aquellos pobres diablos. Luego los años pasaron y las circunstancias de la vida la llevaron a prácticamente olvidarlo

por completo. Cuando su vecina, la Nana, le presentó un día a Oleg, aquello fue como un flechazo a primera vista, entre el chico sordomudo y sensible, amante de las flores y la mujer soltera y sin hijos que podía de nuevo ayudar a un chico huérfano.

María miró la dirección escrita en el sobre y respondió a Oleg, aunque no con tanta soltura como debería.

—Me das miedo con tus favores —de repente María cayó en la cuenta de la dirección que había en la tarjeta—. ¿No es aquí donde hiciste una entrega ayer?

Oleg acercó un taburete, se sentó frente a ella y empezó a contarle lo que había pasado con el ramo.

Tras asegurar bien la verja, María empezó a buscar las llaves del coche. No era fácil con el ramo en la mano. Además ese día había cogido uno de sus bolsos grandes, donde metía también las mallas y la camiseta para el yoga. “*Este bolso parece un pozo sin fondo*”, pensó. Para su sorpresa, no hacía tanto frío. De hecho, se olvidó por un momento de las llaves y se retiró la capucha del abrigo de pieles, disfrutando del aire en el rostro. Echó un poco de vaho y respiró profundamente. Los pelos de la nariz no se le congelaban, señal inequívoca de que no pasaban de los 18.ºC bajo cero. “*No como en Tula*”, pensó recordando los crudísimos inviernos en la ciudad de su infancia.

La entrega que le había pedido hacer Oleg estaba muy cerca, y decidió dejar el coche y dar un paseo hasta allí. Cerró el bolso y echó a andar prestando atención al suelo para evitar las placas de hielo.

Veinte minutos más tarde María llegó al edificio y marcó el código del apartamento en el telefonillo.

—¿Diga? —la suave voz de una chica llegó alta y clara.

—Buenas noches Eva. Me llamo María. Vengo a hacer una entrega.

—¿Una entrega de qué? —María notó cierta desconfianza en la voz de la chica.

—Tengo una floristería —continuó María, con tono conciliador— y ayer parece que hubo un... malentendido con unas flores. Si me permites te lo explico.

María se dio cuenta de que Eva dudaba. Pensó que la chica probablemente temía que su presencia allí tuviera algo que ver con aquel cliente que hizo el encargo.

—No te preocupes, no vengo de parte de tu ex. Es cierto que encargó un ramo, pero vengo de parte de mi ayudante, que hizo la entrega y al que le cayó el ramo en la cabeza poco después.

María dijo esto último en un tono casi de mofa. Segundos después oyó el inconfundible pitido del cerrojo al desbloquearse. Tiró de la puerta y entró. Al llegar al piso y salir del ascensor, María vio a Eva junto a la puerta entornada del apartamento. Era una preciosidad de chica. Un metro setenta aproximadamente, sin tacones. Llevaba un pantalón de pijama corto que enseñaba unas larguísimas y estilizadas piernas. Se había puesto una camiseta de hombre, demasiado amplia para definir nada debajo. Pero ese rostro era una perfecta simetría de nariz, orejas, cejas y

labios. El pelo corto le sentaba genial. “Claro, que con ese rostro, cualquier estilo le quedará bien”, pensó. Sólo los ojos provocaban incomodidad. Eran increíbles, de un intenso azul hielo, pero había algo extraño en ellos.

—Hola —saludó Eva.

—Hola Eva —respondió, acercándose a ella y extendiendo el precioso ramo que Oleg había preparado.

Fue en ese momento cuando notó que la extraña mirada de Eva no la seguía, y que no era causa de timidez, como había pensado en un primer momento, sino que la chica era ciega. Pensó que debería explicarse.

—Oleg, el chico que vino ayer a hacer la entrega, me ha pedido que te traiga esto de su parte —se dio cuenta enseguida de que decir “esto” a un ciego era un poco inútil. Para cuando quiso corregirse Eva ya estaba respondiendo.

—Huele de maravilla. Gracias. Seguro que es un ramo precioso —y entonces alzó la mano para que María se lo pudiera dar. Eva lo cogió y pensó que pesaba mucho. Debía de ser enorme. Con la mano izquierda lo palpó con cuidado y confirmó que así era. Lo olió y el rostro se le iluminó de placer—. ¡Umm! ¡Es increíble! —María sonrió, disfrutando de la cristalina autenticidad del gesto de Eva.

—Me ha pedido que te dé también esta tarjeta y te pide que le perdones si ha cometido muchas faltas —María le puso el sobre con la tarjeta en la mano.

Eva lo cogió con cierta inseguridad y lo abrió con cuidado, mientras la mujer la ayudaba a sostener el ramo. Cuando María vio que la tarjeta que Eva sacaba del sobre no parecía tener nada escrito, se sorprendió. Sin embargo Eva empezó a deslizar la yema de los dedos por la superficie y una bellísima sonrisa se le fue dibujando poco a poco para acabar en un contagioso ataque de risa. “¡Este chico!”, pensó María, no sin cierto orgullo. La risa de Eva era pura, embriagadora, y a María no le importó esperar a que recuperase el aliento. “Me gusta”. Se dio cuenta de que de nuevo estaba juzgando a una persona en apenas unos instantes, como solía hacer con cada cliente que entraba en la tienda. Pero lo cierto es que le encantaba esta chica. No sólo era terriblemente bella, sino que destilaba autenticidad y pureza.

—Perdona —dijo Eva cuando finalmente se recompuso—. Es genial. Dile que acepto encantada el “perdón del ramo” —y abriendo la puerta tras ella, encendió la luz del pasillo e invitó a María a entrar—. ¿Quieres un té?

María aceptó encantada. “Ya iré a yoga otro día”, pensó.

Capítulo V

Shamil Makharov estaba acostado en su litera, despierto a pesar de la hora. Oyó claramente los pasos y luego la puerta de la celda contigua abrirse con un chirrido. No hubo problema y nadie pareció despertarse, ni entonces ni segundos después, cuando oyó el ahogado gemido y la breve e inútil lucha por sobrevivir. Las cuchilladas de ensañamiento serían una advertencia a cualquier otro preso dispuesto a ensuciar el sagrado nombre de Alá.

Shamil Makharov cerró los ojos y durmió plácidamente el resto de la noche.

Capítulo VI

Irina miró las imágenes del monitor del escáner. Desgraciadamente hoy le había tocado de nuevo Maxim como compañero, quien no sólo estaba claramente embobado con ella, sino que era bastante coñazo, hablando de fútbol todo el día. Automáticamente su mente se aisló de lo que Maxim estaba contando y volvió a sus elucubraciones típicas de estos días en que le tocaba el puesto del control de seguridad para los empleados del aeropuerto. En dos años, apenas habían tenido ningún incidente. Irina estaba bastante segura de que la mayoría de cosas que se metían y, sobre todo, se sacaban del aeropuerto se hacía por otros lugares, y no por el control de seguridad.

Ella prefería los turnos que le tocaban aquí, donde los únicos que pasaban eran personal de servicio y donde, salvo excepcionales circunstancias, no se cacheaba a la gente. Existían los cacheos aleatorios, pero aunque una orden al respecto había sido distribuida hacía tiempo mediante una nota del ministerio, nadie sabía o había querido saber cómo se debían implementar. A algunos guardias, sobre todo a los más jóvenes y novatos, se les iba la pinza cacheando cada dos por tres, con el consecuente cabreo de los trabajadores, mientras los guardias más veteranos hacían pocos cacheos y se centraban sobre todo en los empleados recién contratados.

Pero la razón por la que a Irina más le gustaba trabajar en este puesto era por la posibilidad, como ahora mismo, de ver aparecer a Ilya, ese tío que estaba tan bueno y con el que tonteaba desde hacía semanas. Preparó su mejor sonrisa y vio cómo Ilya se la devolvía mientras se acercaba.

—Qué ¿ya has terminado? ¿A descansar a casa? —Irina preguntó mientras parpadeaba un par de veces, coqueta.

Ilya empezó a vaciar lentamente sus bolsillos en una bandeja de plástico; la cartera, las llaves, el paquete de tabaco, monedas y móvil. La cinta del escáner arrancó y el contenido de la bandeja se mostró en la pantalla, transformado en una variedad de colores.

—Me temo que no. Voy a casa, pero a estudiar. Sigo con el curso —respondió Ilya mientras dejaba la mochila sobre la cinta.

Maxim, al otro lado del detector de metales, se rió con desprecio y cuando salió la bandeja, cogió de nuevo un cigarrillo del paquete de tabaco de Ilya. Irina fusiló a su compañero con la mirada.

—Deberías dejarlo —dijo cabreado Ilya—. Te acabará matando —y no quedó muy claro si Ilya se refería al tabaco.

Irina notó que aquello empezaba a tener mala pinta y decidió intervenir.

—Bueno —sonrió de nuevo a Ilya— a ver si aprovechas el curso y vienes un día

a mi casa. Tengo muchas cosas para reparar...

Ilya volvió a mirar a Irina, sorprendido al ver la cara juguetona de la seguridad.

—Como usted ordene, agente —respondió, perdiendo totalmente el interés en su batalla de egos con Maxim.

El guardia, que a diferencia de su compañera Irina preferiría estar controlando auténticos terroristas, no soportaba este puesto, y menos cuando tenía que cruzarse con el guaperas de Ilya. Tenía toda la pinta de un delincuente y no hacía más que ligar con su compañera. Ilya empezó a recoger sus cosas, aún sonriendo a Irina, pero al ir a recoger su mechero, Maxim se le adelantó, y cogiéndolo con rapidez, se lo guardó en un bolsillo del pantalón. Se quedó mirando fijamente a Ilya, que por un momento estuvo tentado de soltarle una hostia. De haber sido su Zippo y no un mechero cutre, es probable que lo hubiera hecho. En cambio miró a Maxim con desprecio mientras recogía la mochila y se alejó de allí.

Capítulo VII

El hombre malo volvió a entrar en la minúscula estancia. Olya empezó a temblar de miedo, acurrucada en su rincón, abrazada a su osito de peluche. Todavía le dolía la mandíbula del tortazo que le había dado horas antes por llorar, así que el miedo la mantuvo en silencio. El hombre se acercó hasta ella, se agachó y puso en el suelo un plato con un sándwich y un plátano. Olya tenía tanta hambre que le dolía el estómago, pero no se atrevió a moverse mientras él estuviera ahí. Cuando el hombre recogió el orinal y se marchó con él, Olya comenzó a sollozar.

Capítulo VIII

Ilya se había quedado dormido. Se despertó al sentir que alguien le caía encima. El hombre, que había perdido el equilibrio, se incorporó y se unió a los insultos del resto de pasajeros, no se sabía muy bien si dirigidos al conductor, al autobús o a las autoridades por tener las carreteras en tan lamentable estado. Ilya se espabiló y recogió del suelo su libro de “Mecánica de Fluidos”. El autobús retomó la marcha, aunque por los sonidos del motor parecía probable que pronto se uniría a los mártires soviéticos, como tantos otros vehículos y personas. “*Tal vez hubiera sido más útil estudiar mecánica*”, pensó.

Todavía quedaba un rato de trayecto. Retomó el capítulo en el que se había quedado dormido: “Estudio y naturaleza de la presión hidráulica”.

Veinte minutos más tarde Ilya se bajó del autobús y tras ajustarse el gorro y la mochila, emprendió la caminata hacia casa. Al pasar frente a un callejón donde se solía vender droga, no vio a nadie, lo cual era bastante extraño. Un coche de policía se acercó a toda velocidad seguido de un camión de bomberos. Ilya se giró y los vio sobrepasarle levantando la sucia nieve. Pensó que a esa velocidad y con la carretera como estaba, igual acababan estrellándose.

Estaba llegando a su calle cuando escuchó más sirenas y vio una gruesa columna de humo sobresalir del horizonte de bloques grises. Echó a correr y al doblar la esquina de su calle, la encontró repleta de coches de policías, ambulancias y bomberos. El fuego parecía haber sido apagado y algunos equipos ya estaban recogiendo su material. Una planta de su edificio estaba quemada y la columna de humo salía de allí.

“¡Nana!”, pensó. Salió corriendo hacia su bloque, pero un policía le detuvo al acercarse a la entrada.

—¡Ey! ¿Dónde te crees que vas?

Ilya intentó soltarse.

—¡Mi abuela! ¡Está dentro! —no conseguía liberarse del policía, que le sujetaba con ambos brazos.

—¡Nanaaaa! ¡Nanaaaa!

—¡Tranquilo chaval! —el policía intentaba calmarle—. Han sacado a todo el mundo.

Ilya tardó unos segundos en asimilar la información. Sólo entonces dejó de forcejear y se giró hacia el caos de curiosos, vecinos y gente uniformada. En ese momento vio a María sentada en la parte trasera de una ambulancia, con unas mantas sobre el cuerpo y una mascarilla que le ayudaba a respirar. Se acercó corriendo. María le vio venir.

—¡Oh Dios mío! Ilya —María estaba desolada—. ¡Tu abuela! Se la han llevado al hospital.

—¡Qué ha pasado! ¡¿A qué hospital?!

A María le costaba respirar. Tenía el rostro negro a causa del humo y parecía agotada. Se ayudó de la mascarilla para tomar oxígeno.

—Había fuego en tu piso. Cuando me he dado cuenta he intentado abrir. Había mucho humo —María tosió y de nuevo tuvo que ayudarse de la mascarilla—. Se la han llevado en una ambulancia.

—¡Joder! ¡Joder, joder! —Ilya se llevó las manos a la cabeza, dando cortos y rápidos pasos de un lado a otro, como un esquizofrénico—. ¡Joder, coño! —gritó de nuevo.

Respiró hondo, tratando de calmarse.

—¿Tú estás bien? —preguntó a María, que asintió con la cabeza sin quitarse la mascarilla.

No había nadie ahí atendiendo a María, pero vio a un enfermero que ayudaba a un hombre a subir a otra ambulancia. Se acercó a él.

—Perdona. A mi abuela se la han llevado pero no sé a dónde.

El enfermero respondió sin mirarle mientras cerraba una de las puertas traseras de la ambulancia.

—Se la habrán llevado al Hospital N.º 43, es donde nos han dicho.

—¿Me podéis llevar? —pidió Ilya en tono de súplica.

El enfermero le miró un momento, evaluándole.

—Sube.

Ilya se sentó en la parte trasera junto al paciente. El enfermero entró tras él cerrando la otra puerta desde dentro y golpeó dos veces el lateral de la ambulancia.

—¡Dale! —gritó al conductor.

La ambulancia derrapó en la mezcla de nieve, hielo y cenizas en que había quedado la calzada y salió disparada por la enorme y oscura avenida de Altufebo.

* * *

Sólo quedaban seis personas esperando en la cinta número tres. La pantalla anunciaba que era el equipaje del avión procedente de Bogotá. La cinta giraba vacía. Un hombre fuerte, de tez morena y unos 40 años, elegantemente trajeado, disimulaba mientras vigilaba a un joven pasajero colombiano visiblemente nervioso. Aparecieron las últimas maletas. Una señora y una chica respiraron aliviadas. Recogieron sus equipajes, al igual que los otros dos restantes pasajeros, y se marcharon rápidamente en busca de la salida. Frente a la cinta sólo quedaban el colombiano, nervioso, y el hombre trajeado. La pantalla se apagó y la cinta se paró. El Hombre de Traje se inquietó. El colombiano no sabía muy bien qué hacer; estaba casi temblando y gotas de sudor le corrían por el rostro y las manos.

El colombiano miró alrededor y vio la ventanilla de reclamaciones de equipajes. No sabía muy bien qué hacer. Miró al otro pasajero, el Hombre de Traje, que escribía algo en su móvil. Volvió a mirar unos segundos hacia la ventanilla de reclamaciones. Dudó. Finalmente se alejó rápidamente hacia la salida.

El Hombre de Traje empezó a marcar un número en el móvil mientras observaba al colombiano marchándose.

—Tenemos problemas —dijo en cuanto respondieron—. La maleta no ha llegado. La mula se dirige a la salida.

La mujer tardó unos segundos en responder.

—¿Podría ser que la hayan requisado ya?

El Hombre de Traje guardó silencio.

—¡Averigua dónde está la maleta! —dijo finalmente la mujer—. Olvida a la mula, ya no nos sirve.

El Hombre de Traje se lamentó demasiado tarde de no haberle pedido al joven colombiano el resguardo de la facturación de la maleta. Podría serle útil.

* * *

Ilya se pasó la noche en el hospital. No le habían dejado ver a la Nana. El cansancio podía con él y se quedaba dormido a ratos. Los llantos, gritos y peleas de la sala de espera no eran suficientes para mantenerle despierto. La enfermera a la que había estado insistiendo durante horas para poder ver a su abuela vino a buscarle y le pidió que le acompañara. Ilya intentó espabilarse mientras bostezaba. Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba siguiendo a la enfermera, casi corriendo, por un tristemente iluminado pasillo que no parecía alojar pacientes sino más bien ser el área administrativa.

—¿Dónde vamos? —preguntó a la enfermera.

Ésta respondió sin bajar el ritmo endemoniado que llevaba.

—El doctor quiere verte.

El corazón de Ilya se encogió de repente. “*Por favor, no*”, pensó. Aceleró un poco y alcanzando del brazo a la enfermera la obligó a detenerse.

—¿Mi abuela, está...? —no podía terminar la frase, las palabras se le atragantaban. Quería mantenerse entero, pero la angustia le podía.

La enfermera no se inmutó. Hacía años que convivía con la muerte y el dolor diarios, y además no tenía tiempo para esto.

—Mira —respondió firme—. No sé cómo está tu abuela. Le preguntas al doctor. Vamos, que no tengo todo el día.

Se puso en marcha de nuevo seguida por Ilya, que se intentó convencer de que la Nana no había muerto.

Llegaron a una puerta. La enfermera golpeó con los nudillos un par de veces y entreabriendo, metió la cabeza. Ilya pudo oírla preguntar.

—Vengo con el familiar de Anna Zavialova.

La enfermera abrió la puerta del todo, hizo pasar a Ilya, y regresó a toda prisa a su puesto.

—Buenos días —dijo el doctor levantándose de su mesa y acercándose a Ilya para darle la mano—. Soy el doctor Medvedev.

Ilya vio a un hombre de unos 50 años, con la cara cubierta de arrugas y agujeros de algún acné juvenil. Era alto y su apretón de manos enérgico. Los ojos amables pero algo fríos. Antes de que Ilya pudiese preguntar por su abuela, el doctor, que ya le había hecho sentarse en una silla, apoyó sus posaderas sobre la mesa y juntando las yemas de los dedos, de esa forma tan habitual en muchos médicos, continuó hablando.

—Eres el nieto de Anna Zavialova, ¿correcto?

Ilya asintió con la cabeza.

—Bien, voy a ser franco —Ilya sintió que se encogía en su silla— tu abuela es una mujer muy fuerte. Tragó mucho humo y ahora está con respiración asistida, pero su evolución pulmonar es buena. Dada su edad, no podemos estar seguros, pero no debería de haber problemas para retirarle la respiración asistida bastante pronto —el doctor hizo una pausa—. Desgraciadamente tengo malas noticias con otro aspecto de su salud.

Ilya, que por un momento se había tranquilizado, escuchaba asustado de nuevo.

—Durante las pruebas que le hemos hecho a tu abuela —continuó el médico— hemos encontrado un problema inesperado. Tiene afectado el corazón por una obstrucción de las válvulas coronarias.

El doctor hizo una pausa de unos segundos mientras Ilya asimilaba la información.

—La buena noticia es que gracias al incendio, la hemos encontrado a tiempo. La mala noticia es que necesita un bypass urgente.

El doctor volvió a callarse unos segundos para que el chaval lo asumiera.

Ilya le miró y notó, incómodo, que había algo más. El doctor hizo una mueca y se incorporó para regresar al otro lado de su mesa y sentarse frente a un antiguo ordenador.

—Como sabes, este hospital es un hospital público y nuestros fondos son bastantes limitados. Normalmente tenemos que hacer malabarismos para atender a nuestros pacientes —el doctor puso cara de víctima—. Una operación de bypass es cara en recursos económicos y médicos. Tu abuela, dada su edad y su delicado estado, es muy probable que se sitúe muy atrás en la lista de espera.

Ilya, al otro lado de la mesa, empezó a entender por dónde iban los tiros.

—¿Y qué se puede hacer para mejorar su posición en esa lista? —preguntó en un tono claramente negociador.

El doctor se congratuló de haber leído bien al chaval.

—Los canales burocráticos son, como te imaginarás, lentos y complejos. Tu

abuela necesita la operación con urgencia. Cada día es un riesgo. Si la familia pudiera cubrir los costes de la operación, la podríamos llevar a cabo enseguida.

—¿De qué cantidad hablamos? —Ilya negociaba ya abiertamente.

—Es una operación cara —continuó el doctor—. El coste ronda los 50.000 dólares —observando la reacción de Ilya, añadió—. Tal vez debas hablar con otros familiares, amigos...

Ilya intentó pensar en sus opciones, asimilando todo lo que el doctor le estaba contando.

—¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó.

—Como he dicho, lamentablemente, no podemos demorarlo mucho; el tiempo apremia —el doctor abrió un poco los brazos, mientras reflexionaba—. Digamos que diez días es un plazo límite razonable para operar. Siempre pendiente de la evolución de su estado, por supuesto.

Ilya no sabía muy bien qué hacer. Necesitaba descansar y aclarar sus ideas.

—¿Puedo verla ahora? —preguntó.

—¡Claro, claro! —sonrió el doctor—. Le diré a una enfermera que te acompañe.

Capítulo IX

Fuera, en la calle, el día era magnífico. El sol brillaba poderoso en el cielo y su reflejo en la nieve aumentaba la luz en la ciudad. Había pocos momentos tan bellos en Moscú como los días en que la mezcla de luz solar y contaminación daban un tono mate al cielo azul, haciendo maravilloso un paseo por Ismailovo, Kolomenskaya o cualquiera de los múltiples rincones verdes de la ciudad.

El edificio del juzgado principal de la ciudad estaba junto a uno de ellos. La entrada estaba vigilada por dos policías con un detector de metales y un escáner de seguridad. Mientras los policías escaneaban a un par de visitantes, Ludmila se acercó a la salida desde el interior de un pasillo. Era una mujer de 36 años, de fuertes brazos y cara de buena persona. No era grande, pero desde luego tampoco pequeña. Llevaba un mono de trabajo azul y un bonito tupperware, con un asa para llevarlo cómodamente. Al llegar a los policías, uno de ellos la saludó, mientras Ludmila pasaba junto al arco detector. Aunque los trabajadores, en principio, también tenían que pasarlo al salir del edificio, en la práctica nunca lo hacían.

—Qué, otra vez al parque a comer, ¿no? —le preguntó uno de los policías, un tipo bajo y regordete—. Qué suerte tenéis vosotras que podéis salir.

Ludmila rió con su característica risa contagiosa.

—¡Hace un día tan bonito! —replicó feliz.

Una vez en la calle, Ludmila se paró un momento en las escaleras, con los ojos cerrados, sintiendo el calor del sol, mientras el vaho de su respiración se mezclaba con el aire. El policía gordote sonrió desde el control, envidiándola al verla disfrutar así.

Ludmila se metió en el parque y encontró un banco apartado y con buena luz. El Hombre de Traje simulaba leer el periódico, sentado en el banco. Al verla, la invitó con un gesto a sentarse. Ludmila así lo hizo y, metódicamente, abrió el tupperware, sacó una servilleta, una botellita de agua y unos minisándwiches. Relajada y feliz, empezó a comer. Tras unos bocados y sin girarse hacia el Hombre de Traje, Ludmila le habló.

—Se nos acaba el tiempo.

—Estoy en ello. La maleta llegó, pero no recibimos señal de emisor —el Hombre de Traje vigilaba el horizonte, hablando sin mirarla—. Puede que se haya dañado o que esté en algún lugar que impida la señal —se calló mientras una señora pasaba frente a ellos con su perro envuelto en un miniabrigo hecho a medida. Esperó a que se alejara antes de continuar—. Sabemos que no ha sido confiscada, pero tiene que estar en algún lugar del aeropuerto. Puedo buscar al colombiano y hacerle volver a reclamarla en objetos perdidos.

—No, muy arriesgado —Ludmila guardó los restos de los sándwiches en el tupperware—. Pero hay que encontrarla. Y pronto —su tono no dejaba lugar a dudas de quién estaba al mando.

Acto seguido, Ludmila se levantó y tomó el camino de regreso al juzgado. El Hombre de Traje se quedó unos minutos más en el banco, aparentando leer el periódico.

Capítulo X

La noche había caído pronto, como siempre en invierno. Apenas eran las seis de la tarde y la única luz que hacía frente a la oscuridad en las calles provenía de las escasas bombillas que colgaban de los cables eléctricos. Entretejidos en un complejo dibujo reticular, recorrían la ciudad a varios metros de altura, alimentando igualmente tranvías, teléfonos y cualquiera de los cientos de miles de puestos callejeros en los que los rusos hacían su compra diaria de cervezas, vodka, pepinillos, verduras o palos de queso secado con sal.

El ventanal de la floristería de María era como un oasis salvador en el frío seco y oscuro. Había sido una decisión difícil; un ventanal grande era caro, reclamo de gamberros y ladrones. Además, si el cristal no era bueno y las juntas no quedaban bien selladas, el intenso frío entraría en la tienda. Al final se había decidido por ello y estaba encantada con el resultado. La belleza de las plantas y la fabulosa iluminación, con dos poderosos focos verticales y otros dos oblicuos a ras del suelo, invitaban a cualquier viandante a acercarse. Era cierto que había que limpiar los focos del suelo cada vez que la nieve los cubría, y que había que guardarlos cada noche y volver a ponerlos cada mañana. Pero merecía la pena. Además, Oleg había tenido una gran idea al cubrir algunas lámparas interiores con una fina capa de laca color rojizo. El efecto era una casi inadvertida sensación de abrigo, de calor viniendo del interior de la floristería.

Eva, tras unas horas esperando el regreso de su vecina de arriba, había conseguido convencerla de que la acompañara a la floristería. Alguna vez se había arriesgado a emprender un camino que no conocía usando el bastón, pero había sido en verano, y tampoco lo había pasado muy bien. En invierno, con el hielo, la nieve y las caóticas calles y tráfico de la ciudad, no se le pasaba por la cabeza intentarlo. La compra se la traían a casa y sólo salía a dar pequeños paseos que ya conocía de memoria, y aun así, con extremo cuidado. Moscú no era una buena ciudad para ser ciego.

—Muchas gracias —dijo Eva a su vecina cuando ésta la dejó frente a la puerta de la floristería—. Podré volver sola.

—De nada —la vecina, que en cualquier caso no parecía haber tenido la menor intención de esperarla, regresó rauda camino de su casa y sus cuatro gatos.

María revisaba el inventario detrás del mostrador cuando oyó la campana que anunciaba la entrada de un cliente. La segunda puerta, que evitaba que entrara el frío directamente de la calle, se abrió a continuación.

—¡Eva! ¡Menuda sorpresa! ¡Espera, que escondo los lirios! —bromeó, dejando el mostrador rápidamente para acercarse a ayudarla.

Eva rió con ganas, con esa risa luminosa y auténtica.

—¡Umm qué maravilla! Aquí huele fenomenal —acto seguido, como si fuera una catadora de vinos, frunció el ceño respirando profundamente—. ¿Habéis abonado? Huelo un poco a humus.

—Pues sí —respondió francamente sorprendida María—, en la trastienda. Menudo olfato.

En ese mismo momento, vestido con pantalones de camuflaje, camiseta de tirantes verde y chaqueta también del ejército, uniforme estándar de cualquier hombre ruso cuando trabaja con las manos, entró Oleg desde la trastienda. Por un momento no vio a Eva. Cuando giró la cabeza y sus ojos la encontraron, pensó que el corazón le iba a saltar del pecho. Eva notó su presencia y miró hacia él, como si le viera. Y entonces sonrió. Oleg no podía hablar, no podía moverse. Era la sensación más impotente, dolorosa, maravillosa, cruel y real que había tenido nunca.

—¡Hola Oleg!! Casi no te he reconocido con tanto fertilizante —dijo Eva con su voz dulce y suave.

María se giró y vio a Oleg.

—No puede oírte. Es sordomudo —dijo María.

A continuación, sorprendida pero divertida también al reconocer los síntomas de Oleg, claramente embobado con la belleza de Eva, María tradujo al lenguaje de signos lo que la chica había dicho. Oleg, sin apartar la mirada ni un segundo del rostro de Eva, le hizo entender que no hacía falta. Le había leído los labios. Seguía mirándola fijamente cuando de repente, como si se hubiera acordado de que llevaba un rato sin hacerlo, respiró.

—... pero te ha entendido. Vocalizas bien y hablas despacio. Eso ayuda —aclaró María a Eva.

Eva sonrió y María se volvió hacia Oleg. Se dirigió de nuevo a él, en lenguaje de signos.

—¿No te dije que era guapísima?

Oleg, todavía atontado, asintió con la cabeza, sin dejar de mirarla.

En la trastienda empezó a sonar la melodía de “Chyornie Glaza”.

—Es mi móvil —dijo María a Eva—. Ahora mismo vuelvo —y aprovechó para desaparecer tras Oleg, no sin antes darle un pequeño empujón hacia Eva, riendo para sí misma. Le encantaba hacer de Celestina.

Oleg y Eva se quedaron solos, sin saber muy bien qué hacer. Fue finalmente Eva la que habló, vocalizando inconscientemente más de lo habitual. Oleg no tuvo ninguna dificultad para leerle los labios.

—Muchas gracias por las flores... ¡Y por la nota! Era genial.

Oleg sonrió, complacido. De nuevo se hizo el silencio.

—¿Me enseñas la tienda? —dijo Eva, levantando el brazo a media altura, con la palma hacia abajo, invitándole a guiarla.

Oleg se acercó rápidamente a ella, sin saber muy bien qué hacer, sintiéndose el tío más torpe del mundo, aún con la pequeña azada triangular en la mano. Fue Eva la que

al final le cogió a él del brazo. Oleg dejó la azada ahí mismo, junto a la entrada y guió a Eva hasta la primera fila de flores. Observó como la chica las olía, aspirando lentamente.

—Gladiolos —dijo Eva, convencida.

Oleg le apretó ligeramente el brazo como para hacerle entender que había acertado.

—¿Eso es un sí? —preguntó Eva girando la cara hacia Oleg para que pudiera verla.

“¡Dios, es perfecta!”, pensó Oleg mientras le volvía a dar un pequeño apretón.

—Genial —dijo Eva—. ¡Ponme a prueba! A ver cuántas flores reconozco.

Oleg no podía oír el énfasis ni la alegría en la voz de Eva, pero no le hacía falta. Lo notaba. Ese rostro, esos gestos, eran más expresivos que cualquier texto que pudiera leer o sonido que pudiera recordar de su niñez. Por unos minutos que a Oleg se le hicieron maravillosos, sintiendo la mano de Eva en su brazo, oliendo su perfume..., recorrieron varios grupos de flores. Eva era infalible. Había acertado todos los retos. Oleg cogió entonces un ramo de lirios y lo mezcló con otro de jazmines. Eva lo olió y por unos segundos dudó. Hizo un segundo intento de oler el ramo, pero Oleg lo retiró rápidamente.

—¡Ey! —dijo Eva - ¿No me vas a dejar olerlo otra vez?

Oleg, sonriendo, le apretó dos veces el brazo.

—OK, dame un segundo —dijo Eva mientras se concentraba en recordar lo que había oído.

—¿Jazmín? —dijo, no del todo convencida.

Oleg le apretó una vez y luego dos más.

—¿Sí y no? ¿No he acertado del todo?

Eva era lista, Oleg volvió a apretarle el brazo una vez.

—¿Lirios entonces? —intentó de nuevo Eva.

Oleg, de nuevo, le apretó una vez y luego dos seguidas.

—¿¡Otra vez!?! —preguntó Eva, que empezaba a sospechar que Oleg le estaba tomando el pelo.

Él le apretó el brazo de nuevo. Se rió, sin sonido, con su propia broma y Eva lo notó. Sin darle tiempo a reaccionar, mientras Oleg aún reía, Eva le quitó el ramo y lo volvió a oler. En seguida se dio cuenta de la trampa. Se soltó del brazo de Oleg y empezó a darle pequeños golpes con la mano.

—¡Serás...!

Oleg sujetó a Eva, sin fuerza pero lo suficientemente firme para que ella no pudiera mover los brazos. Ella intentaba golpearle de nuevo, pero como tenía los brazos sujetos sólo conseguía mover ligeramente las muñecas. Así al menos podía darle a Oleg con el ramo en la cara. Los dos reían.

María volvió de la trastienda pero al verlos se quedó ahí, en la puerta, observando sin querer molestar. Recordando y añorando otros tiempos.

Ilya llevaba la mochila a la espalda, como siempre sujeta por el asa derecha. Llevarla con las dos era mejor, lo sabía, pero le hacía sentirse un poco gilipollas. Sin embargo no eran esos los pensamientos que le cruzaban la mente en esos momentos. Camino de la zona de oficinas, se cruzó con algunas caras conocidas sin prácticamente saludar más que con un instintivo y ligero movimiento de cabeza. Recorrió algunos pasillos, muchos de ellos llenos de polvo y todo tipo de restos de obra. Parecía que nunca iban a acabar la remodelación de esa deprimente zona del aeropuerto. Bajó unas escaleras metálicas y dio a parar a un área un poco más decente. Eran las oficinas de mantenimiento. Llamó a la puerta del despacho de su jefa y entró.

Frente a una pila inmensa de papeles y una pantalla de ordenador cubierta en gran parte por decenas de pequeños *Post-it*, estaba Anna, la supervisora de los operadores de maletas del aeropuerto. Tenía 45 años pero a diferencia de la mayoría de mujeres rusas de mediana edad, mantenía la estupenda figura de su juventud. Llevaba el pelo muy corto y unas gafas llamativas de montura roja. Todo ello le daba un aspecto más juvenil, aunque tenía las arrugas muy marcadas. Era una mujer muy extrovertida, llena de gestos. Siempre parecía tener las manos ocupadas, así que necesitaba el rostro para enfatizar sus palabras.

—Hola. ¿Estás ocupada? —preguntó Ilya, aún sujetando la puerta.

—Pasa Ilya, siéntate —respondió Anna mientras cogía una de las carpetas de la mesa y la colocaba bajo otra, unos centímetros más a la derecha, como si jugara a un Tetris burocrático.

Ilya cogió la silla frente a él pero al ir a sentarse vio sobre ella una pequeña montaña de archivadores. Anna extendió las manos e Ilya se los pasó.

—Dime en qué puedo ayudarte —preguntó su jefa mientras dejaba los archivadores en el suelo.

Ilya dudó por un segundo. Anna era una buena jefa.

—Tengo problemas de pasta. Sé que no es la forma normal de pedirlo, pero realmente necesito muchas más horas —se lanzó directamente Ilya sobre el asunto.

—¿No estás yendo a clase? —preguntó Anna—. Además también cuidas de tu abuela, si no recuerdo mal. ¿Cómo piensas organizarte?

Ilya se sorprendió un poco con la demostración de memoria de su jefa.

—Voy a dejar las clases. Pensaba hacer dos turnos diarios.

Anna se echó ligeramente hacia atrás en su silla. Iba a responder, pero notó que Ilya parecía nervioso, un poco ausente. Antes de que pudiera decir nada, el chico siguió hablando.

—Además, necesito un adelanto de los próximos salarios.

Anna se preocupó por el chico. Era evidente que debía tener problemas. ¿Pero de qué tipo? Ilya le había caído bien desde el principio. Siempre había sido un trabajador

ejemplar: no llegaba tarde, no se ponía enfermo, nadie parecía tener problemas con él y que ella supiera, no participaba de los asumidos hurtos de equipajes que sucedían de vez en cuando.

—Ilya, lo que pides es imposible —respondió con cierta firmeza—. Lo primero es que la ley no permite que trabajes dos turnos por día. Además, ya eres de los que más horas echa.

—Necesito el dinero —insistió Ilya, ahora con impotencia. A Anna se le empezó a ablandar el corazón.

—Mira, tú eres un chico listo. Eres bastante más inteligente que la mayoría de los que trabajan aquí. No dejes el curso. ¿Es que quieres pasarte la vida moviendo maletas de aquí para allá?

Ilya no dijo nada. Agachó la cabeza, no queriendo que su jefa viera las lágrimas que estaban a punto de saltársele.

—Te voy a contar algo que es confidencial, confiando en tu discreción —continuó Anna, pensando que el chico debería saberlo—. Te habrás dado cuenta de que en estos últimos meses hay menos trabajo. Hay menos vuelos. El nuevo aeropuerto se está llevando algunas compañías y encima el sector está en crisis. Menos vuelos significan menos maletas —el tono volvía a ser ahora el de la didáctica supervisora explicando el trabajo—. Y menos maletas significa que estoy haciendo malabarismos para no tener que reducir más la plantilla. De hecho, voy a tener que prescindir de dos puestos.

Ilya la miró de nuevo y Anna pudo ver cierto temor en sus ojos.

—Tranquilo —le aclaró—. Mientras trabajes tan bien como siempre, tendrás un puesto conmigo. Pero desgraciadamente, no puedo darte más horas.

Ilya movió la cabeza afirmativamente, mirando su propio regazo, como agradeciendo las palabras de su jefa. Entonces levantó de nuevo la mirada y con una devastadora sinceridad preguntó:

—¿Se te ocurre alguna forma de conseguir 50.000 dólares?

* * *

Junto al edificio donde vivían Ilya, la Nana y su vecina María, se acumulaban los restos de los muebles quemados en el incendio; la cama grande, unas sillas, libros, algunos objetos inidentificables... Probablemente se quedarían allí meses, hasta que poco a poco algún que otro vagabundo les encontrara una utilidad diferente. La fachada mostraba las secuelas del incendio en casa de Ilya. Por encima de su piso estaba tiznada de negro. La habitación más afectada había sido la de la Nana, cuyas ventanas habían desaparecido por completo y que Ilya había reemplazado malamente por unos cartones cubiertos con bolsas de plástico. Sin embargo, no había restos ahora de esos cartones y las nuevas ventanas estaban abiertas de par en par, dejando correr el gélido aire del día. Era María la que, ejerciendo de obrera, estaba

terminando de colocar el último marco que quedaba por instalar.

—Bueno, ya están listas —anunció. Mirando el reloj se dirigió hacia Oleg—. Tenemos unas cuatro horas antes de que Ilya llegue para acabar el resto.

Oleg y Eva asintieron al unísono. Había sido idea de María cerrar la tienda ese día. Quería dar una sorpresa al pobre Ilya, arreglando todo lo posible el piso de la Nana. Habían tenido suerte con el clima, maravillosamente soleado. Eso les permitía trabajar con luz natural y no preocuparse por una posible nevada. Oleg se había apuntado enseguida a la propuesta y aunque había quedado para tomar un café con Eva, en quien había estado pensando toda la noche, ella se unió a la tarea, encantada con la idea.

—Oleg y yo empezaremos a pintar esta pared y Eva, si te parece, tú podrías ir rascando los restos de papel que quedan en las otras dos paredes. ¿Podrás?

—Claro, con que me deis una espátula y me pongáis frente a la pared, ese papel es historia.

Oleg sonrió y fue a buscar la herramienta en la caja que estaba junto a la puerta. Poniéndosela a Eva en la palma, la guió hasta su sitio. Ella, frente a la pared, alargó la mano para ubicarla y enseguida la desplazó hacia la derecha hasta alcanzar el marco de la puerta. A continuación, con una estudiada metodología, anduvo paralela a la pared, recorriéndola mientras la tocaba todo el tiempo, calculando su longitud. Al llegar a la esquina que juntaba esa pared con la siguiente se detuvo a preguntar.

—¿La siguiente pared también hay que rasarla?

María, que observaba hipnótica la forma en la que Eva se familiarizaba con las medidas de la habitación, tardó unos instantes en responder.

—Sí, ésa también —dijo— pero no la siguiente. Ésa es de las que vamos a pintar ahora.

Mientras Eva se ponía de nuevo en marcha, midiendo la siguiente pared, Oleg la observaba atontado. María le dio una cariñosa colleja a Oleg. El chico, con una sonrisa perenne, se puso en marcha. Cogió el cubo de pintura blanca que María había elegido, un par de rodillos y lo llevó todo junto a una de las paredes. Habían forrado el suelo con plásticos y éstos reflejaban los rayos de sol que entraban en la habitación.

María empezó a pasar el rodillo.

—¡Vaya!, casi se me olvida —dijo Eva. Dejó la espátula en el suelo y siguiendo la pared con la mano hasta la puerta salió de la habitación dejando a María intrigada.

Oleg seguía a lo suyo. Eva regresó enseguida con un reproductor mp3 y unos altavoces a juego. Sonreía contenta. Dejó todo en el suelo y volvió a salir para traer uno de los taburetes que María había cogido de su casa. Colocó el reproductor encima y lo encendió.

María miraba a Eva, sonriendo condescendiente mientras movía la cabeza como si no hubiera nada que hacer con esta juventud. Eva presentía que la estaba mirando, pero no le importaba. Se sentía muy cómoda con María a pesar de que acababa de

conocerla. En Oleg prefería no pensar. Aunque tratando de no hacerlo se le disparó el pulso y le entraron unos calores que temió fueran visibles en su cara. Pulsó rápidamente el *Play* y enseguida sonó “*Komarovo*” de *Igor Sklyarva*.

Dos horas y múltiples descansos más tarde, Eva casi había terminado con su tarea. Oleg la miró de nuevo, como llevaba haciendo intermitentemente desde que habían empezado a trabajar.

Aunque fuera hacía mucho frío, la calefacción central del edificio no había dejado de funcionar. Sin embargo, los bomberos habían tenido que cortar la entrada de uno de los radiadores de la habitación, que había estallado durante el incendio. Pero los otros dos radiadores funcionaban bien, Mejor que bien; generaban un calor tremendo. Eran de los antiguos, de manera que no había forma de regularlos. Todo dependía de la temperatura establecida en la central de distribución de calefacción del barrio. Además, el aire había dejado de correr, así que tanto Oleg como María y Eva estaban sudando a causa del esfuerzo. Eva se quitó la chaqueta del chándal y Oleg no pudo evitar mirar. Llevaba una coleta de la que se habían soltado varios mechones y echaba la cabeza hacia atrás tratando de evitar que se le metiera el pelo en los ojos, ayudándose con el antebrazo. Vestía una camiseta ajustada y Oleg pudo notar el relieve de sus pechos moviéndose bajo la tela. Eva había subido unos cuantos escalones de una escalerilla para poder llegar a la parte superior de la pared. “*Si llevara una minifalda, me podría morir feliz ahora mismo*”, pensó Oleg. Le volvía loco; ese cuello tan largo, esos labios gruesos, esos gestos tan vitales, su risa tan auténtica... ¡Era tan diferente de las chicas que solía conocer! Ésas siempre parecían actuar como si fueran supermodelos... ¡qué asco le daban! Eva era todo lo contrario. Sudando, vestida de obrera, sin maquillaje, sin tacones, con el pelo revuelto... era la tía más sensual que había visto nunca. Notó su erección al mismo tiempo que María, quien no pudo evitar estallar en carcajadas. Al oírlas, Eva se giró y Oleg, instintivamente se dio la vuelta para que no la viera, pero en enseguida recordó que no podía. Respiró aliviado, aunque no pudo evitar ruborizarse.

—¡¿Pero qué pasa?! —preguntó Eva mientras María trataba de recuperar la respiración.

Oleg se acercó al reproductor mp3, más por alejarse de María que por otra cosa, pero ya que estaba allí, buscó alguna canción. No las oía, pero con algunas canciones y en ciertas condiciones, podía sentir las vibraciones de las ondas. Encontró “*Vyhoda net*” de *Splin* y la colocó la siguiente en la lista, tras un par del grupo *Virus* que venían ahora. En ese momento notó la mano de Eva en el hombro. Se giró para mirarla.

—¿Te gusta Virus? —preguntó Eva para enseguida añadir, al recordar la sordera de Oleg—. ¿Oyes algo, un poco aunque sea?

Eva le trataba con normalidad, no como un retrasado. Eso era lo que más le gustaba de ella. Desde el primer momento eran dos personas normales, a pesar de las dificultades de comunicación. Se sentía más cómodo con ella que con el resto de la

gente que conocía salvo, tal vez, María y su primo Ilya.

Por un momento, Oleg no supo que responder. Vio que María les observaba disimuladamente.

—Perdona —añadió Eva, recordando la forma adecuada de preguntarle—, una sola pregunta cada vez. ¿Oyes algo?

Oleg la apretó dos veces. Eva dudó unos instantes. Luego preguntó, como tanteando.

—¿Pero puedes sentir la música?

Oleg apretó una vez y sonrió. Acto seguido puso la mano sobre los altavoces, agarró a Eva por la cintura y se puso a bailar, haciendo el tonto mientras ella reía.

—Bueno tortolitos —les cortó María— a ver si seguimos con esto, que no tenemos todo el día. Oleg —añadió cuando éste la miró— ¿por qué no ayudas a Eva y empezáis a pintar esa otra pared?

—Me tendrás que enseñar cómo —no he pintado nunca— dijo Eva nerviosa.

Oleg corrió a coger otro cubo de pintura y un rodillo. Agarró a Eva de la mano y la llevó hasta situarla justo frente al extremo derecho de la pared. Dejó el cubo en el suelo, mojó el rodillo y se lo colocó a Eva en la mano derecha. Ella lo agarró, sin saber muy bien qué hacer. Oleg le cogió el brazo y le apretó los dedos sobre el rodillo, dándole a entender que tenía que sujetarlo con firmeza. Eva, al notar el contacto de Oleg, sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Estaba tan excitada que no podía ni moverse. Oleg, tomándole la mano por la muñeca, trató de enseñar a Eva el movimiento vertical que tenía que hacer con el rodillo, pero estaban ambos tan nerviosos que el primer intento fue un desastre.

—No creo que pueda hacerlo —dijo Eva, dejando caer los brazos avergonzada.

Oleg no se dio por vencido. Se colocó detrás de ella y la agarró suavemente por los hombros. Eva se relajó un poco, pero enseguida notó la respiración de Oleg en su cuello y de nuevo su cuerpo respondió excitado. Oleg volvió a cogerle la mano que sujetaba el rodillo. Al hacerlo tuvo que pegarse a ella. Sus cuerpos encajaron como piezas imantadas. La barbilla de Oleg junto a la oreja de Eva, los hombros de ésta apoyados en el pecho de él. Oleg puso entonces su brazo izquierdo alrededor de la cintura de Eva y ella le correspondió sujetándole la mano sobre su vientre. Los dedos se entrelazaron, unos moviendo el rodillo lentamente arriba y abajo, los otros sobre el abdomen de Eva. Oleg podía oler su perfume y notar el roce de su pelo en los labios. Eva la fuerza de sus brazos y el calor de su cuerpo. Sus pezones se endurecieron. Los latidos de ambos se confundían. Comenzó a sonar la canción de Splin que Oleg había añadido a la lista y Eva se giró sin despegarse de él.

—¡Me encanta esta canción! —dijo emocionada.

Oleg sintió que iba a explotar. A escasos centímetros de su cara tenía el rostro más hermoso del mundo. Sin pensar, incapaz de controlarse, la besó. Eva respondió con dulzura, sintiendo sus gruesos y jugosos labios. Luego abrió los suyos, invitándole, y sus ávidas lenguas se encontraron, primero con calma, sin querer

atropellarse, para dar enseguida paso a una pasión insaciable. Eva le agarró del pelo sin soltar el rodillo ni dejar de besarle. Él la levantó y la montó a horcajadas en su cintura.

María hacía una rato que les había dejado solos.

Eva ignoraba cuánto tiempo llevaban pegados; podía ser un minuto o un año. Sólo sabía que no quería dejar de sentir sus labios, su cuerpo. Oyó una puerta. Se separó un poco de Oleg y se arregló la arrugada ropa mientras movía los labios pronunciando en silencio “Alguien viene”. Era María, de regreso con un par de bolsas de la compra. Les miró sonriente, cómplice.

—¿Pero todavía no habéis terminado? Venga, rápido que Ilya no tardará en llegar —exclamó, dejando las bolsas en un rincón.

Continuaron trabajando, aunque Oleg y Eva estaban visiblemente nerviosos y María se pasó gran parte del tiempo corrigiendo el trabajo de ambos. Cuando terminaron de pintar se quedaron unos segundos en silencio. Oleg y María observaban el resultado.

—¿Cómo ha quedado? —preguntó Eva, que podía sentir la satisfacción de ambos.

—Mejor de lo que yo esperaba, la verdad —respondió María.

Eva sonrió cogida de la mano de Oleg. María se acercó a las bolsas y sacó una botella de barato champán georgiano y unos vasos de plástico. En ese momento oyeron abrirse la puerta de la casa.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —gritó Ilya desde la entrada.

Le vieron aparecer por el pasillo con el abrigo a medio quitar.

—¡¡Sorpresa!! —gritaron al unísono.

—¡Joder qué susto! —Ilya se quedó petrificado, la mano en el corazón, mientras miraba alucinado e incrédulo a su alrededor—. ¡Esto es la hostia! ¡Pero qué habéis hecho!

María abrió el champán y sirvió unos vasos con la ayuda de Oleg.

—Pensé... pensamos que te gustaría tener la habitación lista para cuando venga la Nana, y como sé que andas tan liado...

—¡Hola! Yo soy Eva. Tú debes ser Ilya. Eva extendió la mano.

—¡Uy! Perdona, sí, soy Ilya —le estrechó la mano—. Por fin nos conocemos. Éste no para de hablar de ti.

Ilya miró a Oleg, esperando que su primo respondiera al comentario dándole un empujón o algo parecido, pero para su sorpresa, vio que Oleg cogía a Eva de la mano. Sonrió a su primo con un gesto de admiración, y en lenguaje de signos añadió: “¡Está muy buena!”. Oleg soltó la mano de Eva para responder a su primo: “Ni se te ocurra acercarte a ella”. Ambos rieron.

—¿Estáis hablando de mí? Eso es de mala educación —dijo Eva, divertida, mientras Oleg enrojecía de vergüenza.

—Venga, a brindar —intercedió María.

Unos minutos después, con la música de fondo y una segunda botella casi

acabada, Ilya observó de nuevo la habitación; no pudo evitar una emoción incontrolable. Toda la presión acumulada de los últimos días afloró de golpe y rompió a llorar.

Con todos sintiéndose un poco incómodos, Oleg salió al rescate.

—Joder, si llego a saber que te vas a poner a llorar lo habríamos pintado de rosa.

Ilya no pudo evitar reírse, aún con lágrimas en los ojos, y abrazó a su primo con fuerza, mientras María cogía la mano de Eva.

Dos horas más tarde, los cuatro estaban en el salón de María, quien les había invitado a cenar a su casa. Habían comido con ganas y recuperado fuerzas y espíritu. Oleg y Eva compartían un pequeño sillón.

—Estaba todo genial. Muchas gracias María —Ilya se adelantó al sentimiento general del resto, que se unió al agradecimiento.

—Pues todavía hay más en la nevera —respondió la anfitriona.

—Quita, quita. Ya me gustaría, pero estoy que reviento y además tengo luego turno en el aeropuerto —Ilya miró su reloj y se levantó—. De hecho, mejor que salga ya o voy a llegar tarde.

Oleg y Eva se levantaron a despedirle.

—Bueno chicos. Gracias otra vez por lo del piso. Sois la hostia —Ilya abrazó a Oleg y dio un beso a Eva.

Oleg le dio un suave empujón a su primo, separándole de su chica.

—Te acompaño —dijo María, dejando a Oleg y a Eva en el salón.

María agarraba cariñosamente a Ilya del brazo mientras se dirigían a la puerta del piso. Al llegar, Ilya se agachó para calzarse las botas.

—¿Seguro que no te quieres quedar aquí unos días? Ya sabes que por mí, encantada. Además, con la pintura no debes estar ahí.

—Gracias María, pero no te preocupes. Trabajo toda la noche y luego iré al hospital y a clase. Para cuando venga a dormir, ya no habrá problema.

—Espera un segundo, no salgas todavía —le pidió a Ilya mientras se alejaba por el pasillo.

Éste se puso el abrigo y enseguida regresó María. Llevaba un sobre en la mano.

—Toma —le dijo—. Quiero que te quedes esto. Sé que no es mucho, pero la verdad es que la tienda va como va. Las flores alimentan el alma pero no el bolsillo —y sonrió.

Ilya miró el contenido del sobre y, sorprendido, se lo ofreció de vuelta a María.

—No puedo aceptar esto. María por favor, ya has hecho muchísimo por nosotros —de nuevo notó cómo la emoción le invadía—. No sé qué habríamos hecho sin tu ayuda todos estos años. No puedo aceptar encima tu dinero —y forzando a María a coger el sobre, se obligó a recuperar la sonrisa—. No te preocupes, saldremos adelante. Seguro que algo sale.

Ilya le dio un cariñoso beso en la frente y María cerró lentamente la puerta tras él, viéndole marchar.

Capítulo XI

Gruesos copos de nieve caían lentamente, casi flotando. Las máquinas limpiaban las pistas y accesos al aeropuerto. La actividad era más bien escasa.

Ilya entró por la zona del personal de servicio. Al llegar al control de seguridad puso su bolsa de deporte en la cinta del escáner mientras miraba quiénes trabajaban en ese turno. No les conocía. Los dos guardias tampoco parecían especialmente interesados en él. Trabajaban como si tuvieran un piloto automático activado. Ilya les saludó con un ligero movimiento de cabeza pero ellos, absortos en su apatía, no le prestaron atención. “*Podría entrar con un Kalashnikov colgado del hombro y ni se darían cuenta*”, pensó mientras recogía su bolsa.

Una vez en el vestuario se puso el mono, se colocó el auricular del mp3 en la oreja derecha y buscó AC/DC. Cogió el pasillo de la zona de operarios, y sacando un cigarro del paquete de Winston, se lo colocó sobre la oreja derecha. A pesar del “*Thunderstorm*” sonando a todo volumen, no conseguía quitarse de la cabeza a la Nana y el problema del dinero para la operación. Fue entonces cuando, por primera vez, se fijó con atención en el letrero de esa sala por delante de la que había pasado cientos de veces.

“ALMACÉN – EQUIPAJES PERDIDOS”

Le pareció que la puerta no estaba cerrada del todo. “*¿Por qué no?*”, se dijo mientras echaba un vistazo rápido a ambos lados del pasillo. Ni un alma. Abrió un poco la puerta y metió la cabeza. Nadie, sólo un carro de esos que llevaban las de la limpieza. Entró con cuidado, despacio.

Era un almacén enorme. Había maletas por doquier, amontonadas en grandes jaulas de hierro. Por la enorme capa de polvo acumulada, algunas debían de llevar allí muchísimo tiempo. Ilya no se sorprendió; sabía la cantidad de inútiles que había en su profesión y el patético funcionamiento de muchas compañías. La mayoría de las jaulas estaban cerradas con llave, pero en muchas, la llave estaba ahí mismo, en la cerradura. No parecía que una vez dentro del almacén se preocuparan mucho por la seguridad.

Ilya recorrió un par de pasillos lentamente, sin hacer ruido, pendiente por un lado de si aparecía la mujer de la limpieza y por otro de ordenar sus pensamientos sobre las posibles cosas que podría encontrar en ese mar de maletas.

De repente oyó algo y se quedó quieto como una estatua. Eran unas risas. Tras recuperar la respiración siguió avanzando. Llegó al final del pasillo y al girar vio al

fondo lo que parecía una habitación construida dentro del almacén. Se acercó sigilosamente, agachándose al llegar a una pequeña ventana que daba a la habitación. Escuchó lo que sin duda eran las voces de una mujer y un hombre. Se reían. Decidió echar una ojeada. Dentro estaban la señora de la limpieza, una mujer mayor entrada en carnes y un tipo enorme y calvo que debía ser el encargado del almacén. “*Joder, debe pesar 150 kilos*”, pensó Ilya sin poder evitar sonreír imaginándose el espectáculo que esos dos podían montar en la cama. Y por lo que veía, no debía estar desencaminado, porque en ese momento el hombre y la mujer de la limpieza empezaron a besarse apasionadamente y a meterse mano. Tenía un rato para inspeccionar las maletas.

Regresó a la zona de las jaulas, buscó alguna que estuviera abierta y entró. Empezó a inspeccionar con la mirada las maletas una a una. Si intentaba abrirlas todas, le llevaría una eternidad. Decidió priorizar, cogiendo primero aquellas que parecieran más de hombres de negocios. Enseguida vio una pequeña que le llamó la atención. Estaba bien cerrada, con llaves y combinación. La dejó a un lado y buscó otras. “*Ésa*”, pensó mientras se esforzaba para alcanzar un maletín metálico que parecía nuevo. Comprobó que no tenía cerrojo de combinación, pero sí uno de llave y otros dos cerrojos de esos que se abrían desplazándolos hacia los lados. Probó suerte y usando los pulgares deslizó los cerrojos hacia el exterior. Para su sorpresa, el maletín se abrió. Dentro había algún tipo de material electrónico. Ilya pensó que parecía un de aparato de medición, con cables y una especie de caja con una pantalla pequeña. Estaba decidiendo qué hacer cuando notó algo extraño. Se había arrodillado y colocado la maleta en una posición oblicua. El maletín parecía más profundo por fuera que por dentro. Empezó a recorrer con los dedos el borde interior, buscando algún mecanismo de doble fondo y tal vez un botoncito o algo que lo abriese. No encontró nada. Decidió sacar el material de la maleta y al levantar un pesado tubo oyó el “clic”. La bandeja interior se levantó un poco. Miró instintivamente a su alrededor y enseguida volvió su atención a la maleta. Levantó la bandeja del todo y vio el doble fondo. Había cinco fardos blancos. “*¡Coca!*”, pensó instantáneamente. “*¡Joder!*”. Dudó unos segundos y salió de la jaula. Comprobó que seguía solo. Volvió dentro y empezó a buscar hasta que encontró una bolsa de deportes. La estaba vaciando cuando oyó pasos que se acercaban rápidamente. Se escondió como pudo entre la montaña de maletas y vio pasar al enorme encargado, sin camisa y agarrándose los pantalones. Se dirigía hacia la puerta del almacén. Ilya trató de no moverse, intentando controlar la respiración. Un sonido inconfundible surgió de la montaña que había encima de él: una maleta que se empezaba a deslizar. Y de nuevo los pasos del encargado, ahora casi corriendo de regreso por el pasillo. La maleta seguía deslizándose y aunque Ilya no la podía ver, levantó el brazo todo lo que pudo, rezando porque su intuición fuera buena. Justo en el momento en que la notó chocar con el dorso de su mano, el encargado pasó frente a él. La maleta era grande y empezó a girar sobre sí misma. Ilya intentó pararla, pero acabó cayendo al suelo.

Estaba convencido de que el ruido se habría oído hasta en la torre de control, pero tras unos instantes de acojone, nadie vino. Rápidamente cogió los fardos blancos del maletín y los metió en la bolsa de deportes. Los miró un segundo y decidió cubrirlos con algo de la ropa que había sacado. Cerró la bolsa y salió de la jaula. Recorrió velozmente el pasillo pero al llegar a la entrada del almacén se la encontró cerrada. “¡Joder!”, pensó. “*El encargado*”. Debía de haberla cerrado él. Dejó la bolsa ahí, detrás del carro de limpieza y regresó junto a la habitación donde les había visto. Se asomó de nuevo por la ventana y allí estaban, en pelotas en un sofá, en plena acción. Examinó el resto de la habitación. Debía ser el lugar donde mataban el tiempo los encargados del almacén. Además del sofá, había una tele encendida, una pequeña mesa, sillas y una nevera. No veía las llaves en ningún lado. “*Probablemente las lleva en el pantalón*”. Los viejos vaqueros estaban tirados en el suelo, junto a ellos. Se fijó en que la puerta de la habitación estaba abierta y fue hasta allí. Se tumbó en el suelo y entró reptando, como en los entrenamientos de la mili, tratando de no hacer ningún ruido. Se dirigió despacio hacia la parte de atrás del sofá donde estaban el encargado y la mujer. Podía ver, de perfil frente a él, la cabeza y la mitad superior del cuerpo del hombre, sudando como un pollo. Rezando para que no se girase y le viese, Ilya llegó hasta la base del sofá.

El pantalón estaba justo al otro lado. Pensó que dar la vuelta entera era muy arriesgado, así que hizo de tripas corazón e intentó pasar por debajo. Gracias a Dios el sofá era uno de esos antiguos, bien construido, con unas gruesas patas y suficientemente alto para el delgado cuerpo de Ilya. O casi. Estaba justo debajo, a mitad de camino, cuando los amantes se movieron y el peso de los dos se desplazó hacia abajo, aplastándole el pecho. Ilya sintió que iba a reventar. Afortunadamente volvieron a cambiar de postura y pudo coger aire de nuevo. Los gemidos y gritos eran tan ruidosos que no oyeron su desesperada bocanada.

—¡Siii! ¡¡Dame más!! —gritó la señora de la limpieza.

—¡Te gusta, ¿eh?! ¡Plaf! —Ilya imaginó que el encargado estaba dándole azotes en el culo.

Tenía el pantalón en el suelo, frente a él, casi al alcance de la mano.

—¡¡Siii!! ¡¡Aahh!! —gemía ella.

—¡¡Aarrggg!! ¡¡Arrgg!! —gruñó el hombre.

Se arrastró unos centímetros más y estirando todo lo que podía el brazo alcanzó el pantalón. Las llaves estaban colgadas de un cordón elástico. Ilya intentó desengancharlo con una sola mano, pero la postura era muy incómoda y además los jadeos de los amantes le estaban poniendo nervioso.

—¡¡¡Siiiiiiiiiii!!! —gritaba la mujer.

—¡¡Aarrrrrgggggg!! —gruñó él, llegando al orgasmo.

Ilya consiguió al fin desenganchar el cordón, pero justo en ese momento, los 150 kilos de encargado cayeron del sofá sobre el suelo y su culo le aplastó la mano junto con las llaves. Ilya se mordió el puño con todas sus fuerzas para no gritar de dolor.

Esa mole sebosa le estaba destrozando la mano. El gordo se quedó ahí, tumbado boca arriba, con los ojos cerrados, sudando y jadeando como un cerdo. El brazo de la mujer colgaba del sofá frente a Ilya, que trataba desesperadamente de pensar como liberarse.

—Mi reino por un cigarro —murmuró el encargado entre jadeos.

A pesar del dolor, Ilya tuvo un momento de inspiración. Con su mano libre cogió el cigarrillo que todavía llevaba en la oreja. Con mucho cuidado salió un poco más de debajo del sofá, tratando de no mover un músculo del brazo atrapado. Temblando, acercó lentamente el cigarrillo hasta los labios del encargado, que lo aceptó sin abrir los ojos.

—¡Gracias! —dijo el gordo.

—¡Gracias a ti! —respondió satisfecha la señora de la limpieza, aún en el sofá, pensando en el sexo.

Ilya regresó todo lo que pudo bajo el sofá. Cogió entonces el mechero de su bolsillo, lo levantó y calculando con cuidado, lo lanzó por encima del gordo para que cayera al otro lado. Al golpear el suelo el hombre giró la cabeza. Vio el encendedor e intentó alcanzarlo, pero no llegaba. El encargado hizo entonces un esfuerzo y giró su cuerpo para cogerlo, liberando la mano de Ilya. Éste aprovechó para reptar rápidamente hacia atrás, bajo el sofá y se arrastró hasta la salida de la habitación.

Al llegar a la puerta del almacén Ilya recogió la bolsa de deporte y salió, dejando la llave puesta por dentro.

* * *

Víktor estaba desnudo en la cama, medio sentado, la espalda apoyada en las almohadas contra el cabecero. La televisión estaba encendida y aunque sus ojos la enfocaban su mente estaba en Eva y en cómo solucionar el problema. Que le hubiera echado de casa era un contratiempo enorme. Tenía que buscar una solución, y rápido.

El sonido de la puerta del baño le sacó de sus pensamientos. La prostituta salió y se acercó a la cama. La vio calzarse, ponerse el abrigo, coger el dinero de la bandeja y salir de la habitación sin mediar palabra. Toda la escena fue una minúscula interrupción en su proceso mental y Víktor regresó rápidamente a él, buscando alternativas.

Media hora más tarde, Salió al encuentro de la fría noche.

* * *

Oleg y Eva salieron del ascensor. Ella sacó sus llaves y abrió la puerta de casa. Se estaba riendo, tratando de evitar que Oleg siguiera haciéndole cosquillas, y no se percató del sonido de unos pasos dentro de la casa. Se quitó los zapatos de tacón y el

abrigo y se dio cuenta de que Oleg no debía de ver nada. Buscó el interruptor y encendió la luz. Oleg dejó la botella de vino en el suelo, junto a la pequeña acumulación de zapatos y sandalias, y se descalzó. Eva le buscó el rostro con las manos y se orientó para que pudiera leerle los labios.

—Voy al baño. Ponte cómodo —le dijo—. Y perdona por el desorden —sonrió, le besó y se alejó por un pasillo.

Oleg cogió la botella del suelo y se adentró, un poco intimidado, en la casa. Buscó más luces, que fue encendiendo a medida que encontraba los interruptores y una vez en el salón dejó el vino sobre la mesa que estaba junto al sofá. Tras echar un vistazo alrededor se acercó a una librería que ocupaba prácticamente dos paredes enteras. Recorrió con los dedos algunos de los lomos, muchos en Braille, aunque no todos. Notó una ráfaga de aire y se dio cuenta de que había una ventana mal cerrada. Se acercó a ella y miró al exterior. Daba al patio, junto a una vieja y oxidada escalera de servicio. Le extrañó que Eva la hubiese dejado abierta con el frío que hacía, pero no la cerró del todo, no fuera a ser que Eva tuviese alguna manía. Estaba tan enamorado que temía hacer cualquier cosa que pudiera molestarla.

Volvió a inspeccionar la librería y se dio cuenta de que muchos libros eran de química, matemáticas y física. Cogió uno al azar. “*Grandes retos de la química*”. Apenas empezó a hojearlo Eva reapareció de la nada, como un ángel. Se había cambiado y llevaba un sencillo vestido escotado. Oleg notó como la erección contra la que llevaba horas luchando volvía a vencerle.

Eva sonrió imaginando que Oleg estaría mirándola, deseándola probablemente, aunque se había comportado como un auténtico caballero desde que le conocía. Eso le encantaba de él, además de que parecía disfrutar de su conversación, por muy complicada que fuera. Quería pensar que no era su discapacidad la razón de que Oleg fuera un buen “oyente”, sino que su interés era auténtico.

Oleg dejó el libro donde primero pudo y se acercó a Eva, le dio un suave beso y enseguida le cogió las copas de cristal que traía en las manos.

—¿Sirves el vino? —preguntó ella mientras se acercaba a un armario y cogía lo que a Oleg le pareció un portátil.

“*Se conoce la casa de memoria*”, pensó Oleg, asombrado, mientras abría la botella y servía las copas. Nunca la había visto moverse tan desenvuelta y segura en ningún sitio. Cuando iba sola llevaba un bastón de esos que usan los ciegos, pero en cuanto estaba con Oleg, lo guardaba y se guiaba con él. Le impresionó verla moverse tan confiada por la casa. Si no lo hubiera sabido, habría tardado en darse cuenta de su ceguera.

Eva se sentó junto a él en el sofá, tanteó las copas y la botella y las apartó para hacer hueco al ordenador. Lo colocó ahí y lo encendió. Le cogió la cara entre sus manos y le hizo un gesto con el dedo como diciendo “Atento”. Acto seguido puso los dedos sobre una extraña barra del portátil y comenzó a escribir. Oleg se fijó entonces en que el ordenador era muy raro. Parecía muy compacto, pero con un teclado

especial y una distribución de los elementos poco habitual. Parecía cutre pero duro, y una mezcla de antiguo y psicodélico. Eva terminó de escribir y lo giró un poco hacia él para que pudiera leer la pantalla:

—“Hola guapo. Escribe lo que quieras y luego pulsa CTRL y pon los dedos en el altavoz”.

Oleg localizó lo que parecía la típica rendija del altavoz y luego escribió algo rápido. Puso dos dedos sobre la rendija y pulsó CTRL. Enseguida notó cómo le vibraban los dedos. Una voz artificial, muy realista, reprodujo el texto:

—Hola Eva. ¡Estás buenísima!

Eva se rió con ganas. Oleg dedujo que el ordenador leía lo que hubiera escrito. Cogió las copas, sin dejar de mirar la preciosa sonrisa de Eva y le dio una. Brindaron y después Eva le explicó cómo funcionaba el aparato.

—El ordenador lee en voz alta. Pero no como esos programas cutres, sino que lee de verdad. ¡Y en varios idiomas! Pero mira —dijo mientras señalaba la extraña barra que Oleg ya había notado—. Si pongo los dedos aquí, puedo leer cualquier cosa que escribas traducida en Braille, sin tener que mover los dedos. Oleg notó cómo se movía algo en el interior de la barra donde Eva tenía los dedos apoyados.

Aparte de su interés por el Braille, Oleg nunca había profundizado realmente en las dificultades con las que vivían los ciegos, pero aun así podía imaginarse que ese portátil era una ayuda increíble. Tecleó unas frases mientras Eva localizaba la botella y servía más vino, controlando con el dedo que no desbordara.

La masculina voz del portátil volvió a oírse clara y perfectamente modulada:

—¡Este ordenador es cojonudo! Ahora puedo hablar contigo mucho mejor. ¿Dónde lo has conseguido?

Habían establecido ya, instintivamente, una dinámica de posturas de comunicación y hablaban casi fluidamente, a pesar de las pausas que Oleg necesitaba para escribir.

—Lo diseñó mi padre, es un prototipo. El único en el mundo —le explicó Eva.

—He visto que tienes muchos libros científicos. ¿Vives con él?

Oleg notó el gesto de Eva y enseguida supo que la pregunta no había sido adecuada. Se maldijo por no haber sido más cuidadoso. Pero Eva pareció recomponerse, respiró hondo y forzando una media sonrisa, le cogió de la mano.

—Murió hace menos de un año, en un accidente en el laboratorio —dijo Eva, sintiéndose enseguida aliviada.

Había temido este momento. No recordaba haber sido tan clara y directa con nadie al respecto de la muerte de su padre. Le molestaba ya bastante dar lástima por ser ciega, como para añadir la ausencia de sus padres. Su madre había fallecido cuando ella apenas tenía 3 años y no la recordaba, pero la muerte de su padre había sido terrible. La había criado solo; se había dejado la piel por ella y conseguido que se sintiera útil y válida por sí misma. Siempre habían estado muy unidos. Tras su muerte, había temido echarse a llorar con sólo mencionarlo, pero aquí, con Oleg, este

chico maravilloso, había sido mucho más fácil verbalizarlo de lo que había pensado.

Oleg le apretó las manos con cariño y Eva sintió su preocupación. No sabía por qué, pero con él todo era mucho más fácil. En apenas días había recuperado el ánimo tras su reciente ruptura con Víktor, quien le parecía una figura muy lejana, casi irreal. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y se sentía tremendamente feliz. Se encontraba tan cómoda con Oleg que todo lo que no había contado a nadie en meses empezó a fluir de golpe y notó cómo se quitaba un gran peso de encima.

—Nunca me lo confesó, pero creo que trabajaba para el gobierno —continuó.

De nuevo paró un instante, recordando el día del fatal accidente. Oleg la miraba atento, pendiente de sus labios.

—La verdad es que nunca tuve muy claro lo que pasó. Vino uno de sus ayudantes a darme la noticia. Parece que fue algún tipo de gas muy combustible —dijo Eva—. Lo pasé muy mal al principio. Víktor, que era su ayudante principal y que pasaba bastante a menudo por casa a cenar, me apoyó mucho. Me ayudó con los trámites y el papeleo. Al final no sé muy bien cómo, supongo que me sentía sola y deprimida, acabamos juntos. Es mucho mayor que yo —dijo, como si eso lo explicara—. No sé, tal vez suplía la parte paterna que necesitaba.

Entonces Eva se dio cuenta de que Oleg probablemente le conocía.

—Puede que le conozcas —continuó—. Fue él quien me compró las flores que me trajiste.

Oleg negó con la cabeza y le apretó dos veces el brazo.

—Da igual. Al cabo de un tiempo todo fueron problemas. Víktor desaparecía cuando le daba la gana, pasaba de mí y estoy segura que se tiraba a otras. Apestaba a un perfume que yo no uso —le explicó con desgana—. ¡Pero mira!, por lo menos te he conocido gracias a él.

Oleg sonrió y la besó en la boca. Eva le devolvió el beso, juntando suavemente sus lenguas. Notó cómo se excitaba. De repente Eva se separó de él.

—¡Espera! Se me ha olvidado enseñarte lo más alucinante del ordenador —Oleg tardó un momento en recomponerse, pero viéndola de nuevo tan emocionada le prestó toda su atención—. Acércate a la librería y coge una carpeta con un lazo —Oleg hizo lo que le pedía—. Segundo estante, extremo derecho —le orientó Eva con precisión.

Oleg encontró la carpeta. Tenía grabado un título y en letras normales se podía leer: "*Poemas de la princesa*". Se la acercó a Eva, quien empezó a deshacer el lazo.

—Amor de padre —le aclaró—. Guardaba poemas en Braille que le escribía de niña —le dio a Oleg un pequeño montón de cuartillas de papel especial, antiguas, llenas de relieves—. Coge uno, y mantenlo apretado contra la pantalla. Luego pulsa F12.

Oleg cogió una al azar y siguió las instrucciones. Al pulsar F12 la pantalla soltó un pequeño *flash*. Retiró la cuartilla y vio el poema aparecer impreso en pantalla,

convertido a caracteres alfabéticos.

—¡Lo traduce! —explicó innecesariamente Eva, tremendamente orgullosa del invento de su padre.

Oleg no pudo evitar sonreír de nuevo al ver su cara de satisfacción. Le dio un cariñoso beso, terminó de servir el vino y pulsó la tecla “CTRL”.

Eva enrojeció al escuchar su poema en la voz del ordenador.

—¡Qué vergüenza!

* * *

Ilya llegó hasta su taquilla desabrochándose la cremallera del mono. Miró alrededor, comprobando que no había nadie. Ajustó el código del primer candado y lo abrió. Para el segundo, utilizó la llave que llevaba encima. Nunca se había fiado de la seguridad de esas taquillas así que había comprado un segundo candado de buena calidad. Pensaba en cómo cojones iba a poder sacar la droga. Ahora que la primera duda de si cogerla o no se había resuelto, no había marcha atrás. Bueno, sí la había, pero no se la quiso plantear.

Su casilla contenía ropa, libros, algunas revistas y otros efectos personales. La mochila estaba encima de todo. Volvió a asegurarse de que no había nadie alrededor y vació rápidamente la taquilla, dejando las cosas en el suelo. No se dio cuenta de que estaba mojado; toda su atención estaba centrada en la bolsa de deporte que había escondido al fondo. Abrió la cremallera y comprobó que los fardos seguían ahí.

Minutos después Ilya, ya vestido de calle, recorrió los pasillos del área de personal con su mochila colgada, como siempre, de uno de los hombros. El otro brazo, tenso hasta hinchar las venas, agarraba la bolsa con la droga. Oyó unos pasos acercarse. Se paró un momento y escuchó atentamente. Parecían dos personas. Cogió la bolsa de deporte con la otra mano y reanudó su camino. Justo al doblar la esquina se cruzó con dos trabajadores. Uno de ellos le saludó con un movimiento de cabeza e Ilya devolvió el gesto algo exageradamente, sin frenar su marcha. Unos metros más adelante llegó a unos servicios. Se giró para comprobar que nadie le veía y entró.

Irina y Maxim trabajaban de nuevo en el control de seguridad del acceso al área de personal. Irina se había maldecido por haberle hecho el favor a Igor de cambiarle ese turno. “*No me extrañaría que el cabrón supiera que le tocaba con Maxim hoy*”, pensó. Aun así era una mujer de buen carácter y aunque Maxim era bastante coñazo, ella ya había notado que su pesadez y chulería probablemente se debiera a que en el fondo era un tío muy inseguro, y claramente, no muy hábil haciendo amigos.

La noche era tranquila, sin mucho trájín, y estaba justo pensando que hacía tiempo que no veía a Ilya cuando le vio aparecer con su mochila de siempre, camino del control. “*¡Qué guapo es!*”, pensó. Se arregló instintivamente el pelo justo antes de que él la viera.

—Hola princesa —soltó Ilya, que parecía algo nervioso, mientras colocaba la

mochila en la cinta del escáner—. ¿Cómo va el turno?

—Hola guapo. Todo tranquilo esta noche.

Ilya colocó en una bandeja el resto de sus cosas y Maxim no pudo evitar abrir la boca.

—A parte de Bin Laden y tú, por aquí no ha pasado ningún otro delincuente — dijo mientras, como empezaba a ser habitual, cogía el paquete de Winston de Ilya y se llevaba un cigarrillo a los labios.

Esta vez, en lugar de dejar el paquete de nuevo en la bandeja, Maxim lo pensó mejor y se lo guardó en la camisa del uniforme. Irina notó cómo Ilya se ponía muy tenso. Durante unos segundos nadie dijo ni hizo nada. Ilya parecía a punto de estallar. Finalmente habló, controlando a duras penas su rabia.

—Y el cachondo me llama delincuente, con dos cojones. Menudos huevos tienes —Ilya escuchó el temblor de su propia voz.

A Irina no le gustaba nada el cariz que estaba tomando el pique.

—Maxim, no tengas morro. Lo del cigarrillo tenía su gracia, pero todo el paquete... ya te vale —riñó a su compañero.

Esto era precisamente lo que animaba a Maxim. Miró a Irina sonriendo, sin hacerle ni puto caso.

—Devuélveme el paquete —dijo Ilya, apretando los puños.

—No sé de qué paquete me hablas.

—¡Devuélveme el puto paquete!

Maxim se metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete de Ilya. Luego rebuscó en sus pantalones, encontró el mechero, se encendió el cigarro que tenía en los labios, y volvió a guardarse el paquete en el bolsillo.

En ese momento Ilya estalló y se lanzó hacia él, pero Irina, que se lo estaba oliendo y se había incorporado de la silla, le sujetó antes de que llegara a golpear a Maxim.

—¡Ya basta joder! —gritó la chica separándolos—. Tú —y su dedo amenazador apuntaba a un sorprendido Maxim— devuélvele el paquete y deja de joderle, coño, que pareces un puto crío. Y tú Ilya, cálmate y controla esos nervios, que sólo te está vacilando.

Maxim, con un gesto de desprecio, lanzó el paquete de Winston a la bandeja e Ilya se calmó. Recuperó los cigarrillos y demás pertenencias y se alejó furioso camino de la salida.

—¿Pero qué cojones tienes contra ese tío? —oyó a su espalda a Irina, cabreada con Maxim.

En la calle hacía mucho, muchísimo frío. Las viejas y tétricas luces del aeropuerto no ayudaban a luchar contra la profunda oscuridad del invierno ruso. Ilya caminaba rápidamente hacia la parada de autobús. Había estado cerca, demasiado. No pudo controlar más sus nervios; se apoyó en un muro de cemento y vomitó.

* * *

Eva y Oleg casi se habían terminado la segunda botella de vino. Las cuartillas con los poemas estaban esparcidas por la mesa. Recostados en el sofá se acariciaban, cómplices, en silencio. Eva disfrutaba de la música de fondo mientras que Oleg la observaba mover ligeramente la cabeza y susurrar algo con los labios. Eva cogió su mano, larga y fuerte, entre las suyas y con cuidado se la llevó a la mejilla. Se acarició con ella, la olió, la besó...

—Me encantan tus manos —le dijo a Oleg sabiendo que él le estaría leyendo los labios.

Oleg sintió que reventaba de deseo. Esos carnosos labios acariciando su piel; sus propios latidos acelerándose peligrosamente. Amaba a Eva, como nunca hubiera imaginado posible amar. Con la otra mano acarició su pelo, su rostro, su cuello. Eva suspiraba de placer, sintiendo ese calor que hacía vibrar lo más profundo de su ser. Sus cuerpos se acercaron involuntariamente, imantados de deseo. Oleg puso la mano tiernamente en su mejilla y Eva acogió sus dedos en la boca, chupándolos. Él la besó en el cuello, con dulzura al principio, escalándolo poco a poco hasta llegar a sus labios, que mordisqueó y exploró con carnal deseo. Eva no podía más, se sintió tremendamente húmeda y con un brusco cambio de postura se montó sobre Oleg, que hundió el rostro entre sus pechos, aspirando su ser. Eva le quitó la camiseta y exploró con sus dedos cada centímetro de su piel. Le pellizcó el pecho y él gimió de placer. Eva se sacó el vestido por la cabeza y desabrochó el pantalón de Oleg mientras éste besaba y acariciaba suavemente sus endurecidos pezones. Con ambas manos, Eva le cogió el rígido pene y lo guió dentro de su cuerpo, de su alma, sintiendo su dureza, su calor.

Hacían el amor acompasados, lentos al principio, acelerando poco a poco, apasionados.

Unos ojos les observaban tras las rendijas de la puerta del armario. El intruso pudo ver a Eva de espaldas, montada sobre el chaval. Ella le agarraba del pelo mientras se besaban apasionadamente, sin dejar de acelerar poco a poco el ritmo. Él le agarró las nalgas y el pecho, que soltó cuando, llegando al orgasmo, se abrazó muy fuerte a ella. Víktor nunca había tenido eso con Eva, sexo con amor, pero no le importaba lo que veía ahora. Sólo quería salir de allí.

Unos minutos más tarde, Eva y Oleg seguían recostados en el sofá, aún desnudos. Oleg tenía los ojos cerrados, ligeramente adormilado.

Víktor estaba incómodo, cansado de mantener la misma postura, escondido en el armario. Se rascó con cuidado la cabeza, sin hacer ruido. El pasamontañas de lana le escocía a pesar de que lo llevaba enrollado sobre la frente, sin taponarle el rostro. Desgraciadamente no había tenido tiempo de encontrar otro refugio mejor al oír abrirse la puerta del apartamento. Tenía mucho calor. Hacía ya un buen rato que había

visto a Eva y su nuevo novio hacer el amor y parecía que nunca se moverían. Con suerte se quedarían dormidos y podría escapar.

Al poco vio como Eva sentía un escalofrío y se levantaba. Notó con horror que se dirigía hacia el armario donde él estaba. Sin darse cuenta Eva pisó uno de sus poemas y se agachó a recogerlo. Víktor se tapó rápidamente el rostro con el pasamontañas e intentó quedarse totalmente quieto.

Eva se sentía adormilada cuando llegó hasta el armario, pero en el momento de ir a abrirlo, notó algo extraño. Algo que olía familiar, pero que no acababa de recordar.

Víktor sudaba como un cerdo. Nervioso, observó cómo Eva se detenía justo antes de abrir, apenas a veinte centímetros de él, y por la rejilla pudo ver cómo las aletas de su nariz se ensanchaban. Inmediatamente se dio cuenta de que Eva le estaba oliendo y se maldijo por su estupidez.

Eva estaba aún tratando de identificar ese olor cuando el armario se abrió de golpe. El violento empujón la cogió totalmente desprevenida y salió despedida de espaldas golpeándose con la mesa al caer. Oleg se despertó al notar el golpe, sobresaltado, y tardó unos instantes en identificar el cuerpo desnudo de Eva en el suelo y a una oscura figura desaparecer por el pasillo. Se levantó rápidamente para ayudar a Eva, todavía en el suelo, acurrucada. Al tocarla gritó asustada, antes de reconocerle y abrazarse a él, aterrorizada.

—¡¡Hay alguien en la casa!!

Oleg se incorporó y buscó algo con lo que defenderse. Cogió una de las botellas vacías de vino y se acercó al pasillo. La puerta de la casa estaba abierta. Sin dejar de mirar alrededor se dirigió hacia allí y salió al descansillo. Por el hueco de la escalera vio a alguien que saltaba los últimos tramos de escaleras. La figura se paró al llegar abajo y miró hacia arriba. Iba vestida de negro y llevaba un pasamontañas. Un instante después, desapareció.

Oleg entró de nuevo en la casa. Cerró la puerta y la aseguró bien. Eva ya estaba vestida, sentada en el sofá, aún asustada. No sabía muy bien qué hacer, así que se sentó junto a ella y la abrazó fuerte, reconfortándola. Eva se separó un poco para que pudiera leerle los labios.

—Voy a llamar a la policía —le dijo.

Él asintió, aunque no confiaba nada en la policía rusa, de la que sólo recordaba malas experiencias.

Eva se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza, donde se había golpeado al caer. Le dolía, aunque con la adrenalina del momento no se había dado cuenta de que tenía incluso una pequeña brecha.

* * *

A esas horas de la madrugada ya se veían muchas luces en las ventanas de sus vecinos, aunque Ilya no le prestaba atención a este hecho. Se había pasado todo el

camino de regreso del aeropuerto dándole vueltas a su situación y no estaba nada seguro de que las ideas que se le estaban ocurriendo fueran lo mejor.

Al llegar a su edificio sacó la llave magnética y entró en el andrajoso portal. El gato negro, inquilino durante las últimas semanas, se acurrucó en la esquina cercana a la tubería de agua caliente que salía del muro, recorría parte de la pared y volvía a desaparecer en las entrañas del edificio. Era un sistema feo, pero eficaz, de calentar el portal. Ilya cogió el ruidoso ascensor y jugueteó con las llaves durante el ascenso, inquieto.

Al entrar en el piso le invadió el olor de la pintura reciente. Le gustaba. Se dirigió casi a tientas a la habitación de donde procedía el adictivo aroma, sacó el mechero y encendió dos velas colocadas sobre platos de papel aluminio. Había traído un colchón que estaba sobre el suelo, una silla y una mesa que no había quedado muy mal tras el fuego. La mayoría de su ropa estaba amontonada en una esquina junto a la puerta.

Se dirigió a la mesa, hizo un hueco y colocó encima su paquete de Winston. Acercó la silla, se quitó la cazadora, cogió una de las velas y se sentó. Durante unos segundos se quedó reflexionando. Acto seguido se incorporó y se dirigió a la cocina. Volvió con el rollo de papel de aluminio. Cortó un trozo y lo colocó sobre la mesa. Miró el paquete de tabaco; sólo faltaban tres cigarros, uno de ellos el que Maxim le había quitado. Por un momento recordó lo cerca que había estado de que le pillaran. Rompió la parte superior del paquete para acceder mejor al resto de cigarrillos. Sacó los tres primeros y los dejó en el suelo. Luego extrajo el resto, con cuidado, y los colocó ordenadamente sobre la mesa. Cogió uno de ellos y empezó a retirar con mimo el tabaco del interior. Apenas había quitado una pequeña cantidad cuando enseguida vio el polvo blanco que rellenaba el resto del cigarrillo. Le había costado un buen rato y bastante esfuerzo vaciarlos y rellenarlos con la droga. Concienzudamente, volcó el polvo blanco en el trozo de papel de aluminio, y cuando estuvo seguro de que ya no quedaba ni el más mínimo resto en el interior del cigarrillo, procedió a repetir la operación con los demás.

* * *

Ludmila, la limpiadora de los juzgados, se acercó caminando a la entrada del edificio y se fijó en la habitual cara de embobados de los guardias de la garita. Estaba segura de que aunque se hubiese reunido con el Hombre de Traje en sus mismas narices en lugar de en el parque, los guardias no les habrían prestado la más mínima atención. Pero tenían un plan que seguir y no podían correr riesgos.

Llegó al control y sonrió encantadora. Abrió su gran bolso, sacó el tupperware y colocó ambas cosas en la cinta del escáner.

—¡Buenos días Sergei! —una de las primeras cosas que le habían ordenado era aprenderse los nombres de todos los guardias. “La familiaridad les hace más confiados”, le habían dicho.

Sergei era un tipo bastante corpulento, rondando la sesentena. Estaba evidentemente cansado y Ludmila notó cómo el hombre hacía un esfuerzo por recordarla.

—Buenos días. Eres la nueva, ¿no?

—¿Nueva? Llevo casi dos meses —dijo, simulando estar ofendida—. Soy Ludmila. Nos hemos visto un par de veces.

—Claro, claro. Ahora me acuerdo —mintió Sergei—. Es que me pillas un poco dormido a estas horas. Llegas muy temprano. No he visto llegar a ninguna de tus compañeras.

Ludmila sonrió de nuevo mientras recogía el tupperware y el bolso.

—Sí, es que me he despertado temprano.

—Pues nada, que tengas un buen día.

—Gracias, tú también —y siguió su camino, contoneando ligeramente las caderas, notando la mirada de Sergei tras ella.

Giró en la primera esquina y continuó por un largo pasillo a su derecha. Llegó a los ascensores pero cogió en su lugar la escalera de servicio que bajaba al sótano. Recorrió otro estrecho y húmedo corredor y llegó a los vestuarios. Sabía que estaba sola, pero se aseguró. Sacó del bolso una pomada para los labios, le quitó la tapa y se acercó rápidamente hasta otra taquilla. Con mucha precaución untó los botones de la cerradura con la pomada.

* * *

Eva y Oleg estaban sentados en el sofá. Ya completamente vestidos, Oleg observaba cómo el enfermero que había atendido a Eva recogía sus cosas. La brecha de la cabeza no había necesitado puntos aunque le habían puesto desinfectante y unas gasas.

Dimitri Zelenko revisaba sus notas con aire distraído. A sus 52 años, el detective, forjado durante décadas en las calles, había visto de todo.

—No parece que el golpe sea grave, pero convendría que te hicieras un escáner, por si acaso —el enfermero se disponía a marcharse.

—Muchas gracias —respondió Eva, agradecida.

Cuando el auxiliar alcanzó la salida Dimitri retomó el control de la conversación, repasando su libreta con un tono neutro y seco.

—Resumiendo. No han robado nada. No habéis reconocido al atacante. No tenéis deudas con nadie, ni hay un móvil aparente. Tampoco sabéis cómo ha podido entrar en el piso, ¿me equivoco en algo? —y su tono no intentaba disimular su mosqueo con toda esta historia. Tenía una teoría y todo esto no hacía más que aumentar sus sospechas sobre ese chaval. El sordomudo le sonaba de algo aunque no sabía por qué.

Le pareció que el chaval recordaba algo de pronto y pensó que parecía un gesto auténtico, pero no se fió. Le vio coger de nuevo el ordenador y empezar a escribir.

“*Joder qué coñazo de interrogatorio*”, pensó, aunque enseguida se sintió bastante ruin. Recordó que en la academia alguien había prometido una vez cursos voluntarios de lenguaje de signos. “*Seguro que ni siquiera los llegaron a dar*”, se dijo, sabiendo que aunque era una excusa muy mala, probablemente también era cierto.

Cuando el chaval pulsó la tecla CTRL la voz modulada que salió del ordenador le volvió a coger desprevenido por su tremendo parecido con un humano.

—Me acabo de acordar de que al llegar he visto que la ventana estaba un poco abierta. Creo que hay una escalera de incendios ahí —Dimitri vio que el chaval señalaba la ventana del salón.

Se acercó a ella y volvió a mirar a Oleg. “*Este tío me suena. De qué cojones me suena*”. Tras unos segundos más intentando recordar, se dio por vencido.

Comprobó sin darle mayor importancia que la ventana estaba algo abierta y que efectivamente había una escalera de incendios al alcance. Cerrando su libreta volvió hasta el sofá y comenzó a ponerse el abrigo.

—Bien, si queréis firmar la denuncia, pasar por comisaría cuando queráis. Pero la verdad es que no creo que sirva de mucho —y le pareció que el chaval, tras leerle los labios, parecía molesto. “*Tiene hasta automatizadas las reacciones de un mentiroso*”, pensó. No conseguía librarse de la sensación de que algo se le escapaba ahí.

En la habitación apareció el nuevo compañero de Dimitri, un jovencito que le habían encasquetado hacía unos días y que sorprendentemente parecía bastante avisado. El novato le hizo un gesto de no haber encontrado nada y Dimitri se dirigió entonces hacia la puerta de entrada.

—Y cerrad bien las ventanas —les dijo, observándoles unos segundos más antes de salir.

—Gracias —la chica lo decía sincera, pero Dimitri notó que el chaval les miraba impasible.

Al salir a la calle, el brutal golpe de frío sacó al experimentado detective de su ensimismamiento. Desde que habían salido del piso no había hecho ningún comentario. El novato había guardado silencio más por acojone que por respeto. Probablemente también avisado de los ataques de ira del mítico detective cuando se le interrumpía en alguno de sus procesos mentales. Dimitri estaba empeñado en encontrar la razón por la que el chaval sordomudo le era tan familiar y notaba que poco a poco algo estaba surgiendo de las profundidades de su memoria. Una helada ráfaga de viento le trajo de regreso a la realidad y se cerró el abrigo con ambas manos. Su joven ayudante le precedía andando rápidamente hacia el coche oficial, aparcado unos metros más adelante.

—¿McDonald’s? —preguntó el novato mientras abría su puerta.

—¡Coño! —Dimitri se olvidó del frío—. ¡Ya sé quién es!

—¿Quién es quién?

—Vamos, te lo cuento de camino —le dijo mientras entraban en el coche. El

novato notó que Dimitri parecía aliviado de haber resuelto algún puzle mental.

* * *

Ludmila seguía en los vestuarios del juzgado sentada junto a su taquilla, jugueteando con el bolso, como si acabara de llegar. Oyó la puerta abrirse y vio entrar a dos limpiadoras que charlaban entre ellas. Ninguna era la mujer que esperaba. Saludó y disimuló estar buscando algo hasta que salieron. La siguiente que entró fue Sofía, una mujerona de 42 años, de rasgos buriatos. La mujer había contado que era originaria de Mondy, una diminuta localidad casi fronteriza con Mongolia y no muy lejana del lago Baikal. Como siempre, Ludmila esperó que la otra fuera la primera en hablar, lo cual no era nada complicado; Sofía era una ametralladora de palabras.

—¡Uf! ¡Cómo iba el metro hoy! Casi no me da tiempo a dejar a la cría en el cole —Sofía le había hablado ya de su otro trabajo, ocupándose ocasionalmente de la hija de una joven esponsorizada. A Ludmila le indignaban esas rusas a las que no les bastaba con vivir del dinero de sus amantes sino que además les daba pereza ocuparse de sus propios hijos.

—¿Y cómo está la nena? —pregunto Ludmila, mientras observaba atentamente cómo la buriata abría su taquilla y se pringaba los dedos con el ungüento que ella había extendido minutos antes. Acto seguido y mientras Sofía se cambiaba, Ludmila miró su reloj y anotó mentalmente la hora.

—¡Ay hija! —continuó Sofía—. Que se me ha olvidado darte las gracias por las galletas. ¡Le han encantado!, especialmente las que tenían forma de mariquitas. ¡Eres una cocinera estupenda!

—Me alegro. A ver si algún día la conozco. A mis hijas les encantaban —Ludmila se arrepintió instantáneamente de mencionarlas. El cansancio y la naturalidad de Sofía le habían hecho bajar la guardia. Su marido se pondría furioso si se enteraba de este desliz.

Sofía notó que a Ludmila se le había ensombrecía el rostro y no se atrevió a preguntar por qué había hablado en tiempo pasado de sus hijas.

—¿Y por qué no te vienes el fin de semana y conoces a la niña? Es el cumpleaños de mi hermana y vamos a celebrarlo en casa. La madre está encantada de que me lleve a la niña todo el día. Podrías traer una tarta, seguro que te salen muy ricas. ¡Ja ja ja! —dijo Sofía, intentando animar a su compañera.

—Muchas gracias. Será un placer —aunque Ludmila sabía que eso nunca ocurriría.

Ambas terminaron de vestirse y de guardar sus cosas. Ludmila se colgó su pase azul, y Sofía uno rojo.

—¡Uy! Mira qué tarde que es. ¡Si es que no paro de hablar! Hasta luego.

—Que tengas un buen día —respondió Ludmila, viendo salir a Sofía a toda prisa.

Miró de nuevo su reloj, calculó el tiempo que tardaría en actuar el ungüento y

salió con calma del vestuario.

* * *

Conducía el novato. El ruido de la radio policial sonaba interrumidamente de fondo. La bolsa del McDonald's, con los restos del café y las magdalenas, sobresalía por debajo del asiento. Dimitri había bajado el volumen de la radio y estaba poniendo al día a su compañero sobre la historia de Oleg. El detective había conseguido finalmente recordar de qué le sonaba tanto el chaval sordomudo.

—El Oleg éste vivía de pequeño en el barrio de Khimki, con toda la morralla que hay por ahí. Había movidas todos los días. Drogas, peleas, incluso tiroteos... En aquellos años sí que era peligroso ser policía en esta ciudad, no como ahora —Dimitri creyó ver una medio sonrisa en la cara del novato. Hizo una pausa antes de continuar con la historia de Oleg—. Un día nos llamaron por una bronca casera. Llegamos al edificio, subimos al apartamento y justo cuando mi compañero Igor se plantó frente a la puerta, alguien disparó desde dentro del piso. La bala atravesó la mierda de puerta y mató a Igor en el acto. No sé cuánto tardé en reaccionar; aquello me parecía irreal. Acabé apoyado contra la pared, protegiéndome por si volvían a disparar. Ni siquiera grité “policía” ni nada por el estilo. Estaba en estado de *shock*. Cuando finalmente conseguí calmarme me atreví a mirar, con mucho cuidado, por el agujero que el disparo había dejado en la puerta. Vi a una mujer totalmente paralizada, con la cara magullada y la mirada perdida. Sujetaba un rifle con tanta fuerza que sus manos se habían vuelto completamente blancas.

El novato escuchaba atentamente la historia.

—Resulta que su marido la molía a palos —continuó Dimitri—. Tenía la cara y el cuerpo como un cristo. Esa misma mañana, el tío, borracho, le había dado una paliza brutal. Ella había conseguido echarle. En casa estaba su hijo Oleg, de apenas 4 años, y un sobrino... Ilya creo que se llamaba. —“*Joder, cómo retiene la memoria lo que quiere*”, pensó el detective—. Total, que la madre se hizo con la escopeta del marido, dispuesto a matarle si aparecía por la puerta. Pero fuimos nosotros quienes llegamos primero.

—¡Hostias! —soltó el novato.

Dimitri se llevó un cigarro a los labios, lo encendió y dio una profunda calada. Los acontecimientos se enlazaban ahora en su memoria, como si al recordar uno se ligaran los siguientes.

—La investigación determinó que la mujer llevaba años siendo maltratada. Que el hijo, Oleg, probablemente se quedó sordomudo del *shock*, o a saber, ya que los médicos no terminaban de encontrar una causa física. El primo acabó en una pandilla trapicheando con drogas y Oleg en una casa de acogida —Dimitri dio otra calada al cigarro. Echó el humo poco a poco, moviendo la cabeza de lado a lado. Acababa de recordar el final de la historia—. La madre se tiró por la ventana del hospital.

El novato miró a su compañero, quién continuó dando profundas caladas con la mirada perdida. En ese momento le pareció que Dimitri era mayor de lo que había pensado, como si recordar esta historia le hubiera echado años encima. Era la primera vez desde que les habían asignado juntos, unos días atrás, que notaba el lado humano del mítico Dimitri Zelenko. Sabía que había tenido suerte cuando le asignaron a él. Todo el mundo le respetaba y claramente sabía lo que se hacía. Por eso, tras dudar unos segundos si debía interrumpir sus pensamientos, decidió compartir con él sus pensamientos.

—¿Crees que se han inventado toda esa historia del intruso? ¿Que ha sido él quien ha golpeado a la chica? No sería el primer maltratador en seguir los pasos de su padre.

Dimitri volvió a la realidad y miró al novato con curiosidad. “*Este chico no es tonto*”, pensó.

* * *

El autobús estaba lleno. Por las caras, las bolsas de comida y las flores, supuso que muchos pasajeros se dirigían, como él, al hospital. Al llegar a la parada, Ilya se unió a la larga fila de los que salían. Él también llevaba un pequeño ramo de flores.

El hospital era uno de esos edificios monstruosos, pero a pesar de los años, parecía limpio... Pacientes, parientes y algún enfermero y auxiliar se cruzaban continuamente en la recepción.

Las normas eran estrictas; sólo los parientes podían visitar a un paciente, y en las horas estipuladas. Cualquier alimento que se hubiera traído para el paciente era inspeccionado y entregado a unas auxiliares, que a su vez los distribuían burocráticamente en casilleros que más tarde serían recogidos y vueltos a analizar, antes de ser entregados finalmente a los pacientes.

Ilya pasó el interminable control, subió a la séptima planta y recorrió el camino que llevaba a la habitación donde se encontraba la Nana. La gran “V”, que llevaba pegada en la solapa de la chupa desde hacía apenas unos minutos ya se empezaba a caer.

La habitación tenía dos camas. La más cercana a la puerta la ocupaba lo que parecía una joven, aunque al estar vendada casi por completo Ilya no estaba seguro. En la otra cama, más cercana a la ventana, estaba la Nana. Ilya tuvo la impresión de que no tenía buen aspecto y se le hizo un nudo en la garganta. Tenía una mano vendada por las quemaduras. Dormía a pesar de que la mascarilla de oxígeno debía ser muy molesta.

Ilya acercó una silla con cuidado y buscó algún lugar donde poner las flores. La jarra grande de agua serviría. Se sentó junto a la abuela. Quiso cogerle de la mano, pero el vendaje lo impedía, así que puso su mano suavemente sobre el brazo. La Nana abrió los ojos y le miró. Tardó unos segundos en reconocerle y enseguida se le dibujó

una sonrisa bajo la mascarilla.

—Hola loca. ¿Cómo estás hoy?

La Nana asintió con la cabeza. En ese momento una enfermera abrió la puerta y desde el umbral se dirigió a Ilya.

—El doctor quiere verte cuando acabes con la visita.

—Ok. Gracias.

La enfermera cerró la puerta y el sonido de sus pasos se perdió por el pasillo.

* * *

Las áreas comunes del juzgado eran probablemente la zona más sucia del edificio. La gente era muy puerca y tiraban papeles, colillas... de todo. Sofía ni se daba cuenta de ello. Pasaba la fregona, construida con una escoba y un trapo grande, mientras tarareaba una canción de *Alla Pugacheva*. Se encontraba mal. Estaba algo asfixiada y gordas gotas de sudor le inundaban el rostro; muchas más de lo habitual. Intentó recordar lo que había desayunado. “*A lo mejor he comido algo en mal estado*”, temió.

Mientras tanto, en otra parte del edificio, Ludmila miró su reloj por enésima vez, sin dejar de pasar un paño por los cristales de una gran ventana.

Sofía sudaba cada vez más y la piel empezó a picarle por todas partes. No podía dejar de rascarse y cada vez respiraba con más dificultad.

* * *

En el hospital, Ilya llegó a la zona de los despachos. Localizó la puerta del doctor Medvedev, el médico que trataba a la Nana. Llamó y entró sin esperar respuesta.

—Buenos días doctor. Me han dicho que quería verme.

—Hola, entra y siéntate —la educación del médico era excelente, lo que no quería decir que no fuera un chantajista hijo de puta, pero por desgracia Ilya sabía que en cualquier otro lado sería igual... o peor—. ¿Cómo has notado a tu abuela?

Ilya era un chaval inteligente. Con los años, y sin duda por la influencia de la Nana, había aprendido a controlar sus impulsos agresivos y razonar calmadamente. Miró al doctor sin responder. Un mero gesto que el médico entendió.

—Me gustaría tener mejores noticias —el doctor no necesitaba edulcorar los hechos— pero la verdad es que su estado no es muy bueno. Me temo que no podemos esperar si queremos que la operación tenga alguna probabilidad de éxito.

Ilya permaneció callado.

—Aunque no me gusta tener que decir esto, dado que no tienes seguro, vamos a necesitar parte del dinero por adelantado. Si no puedes reunir la cantidad necesaria tendremos que darle el alta en tres o cuatro días. Lo siento, son las normas del hospital.

Ilya pensó unos momentos la respuesta y mintió lo mejor que supo.

—Creo que puedo reunir el dinero.

El doctor le miró no muy convencido. Finalmente, con una sonrisa profesional, se levantó para acompañarle a la puerta.

—Bien. Entonces programaré la operación para dentro de cuatro días. Mi secretaria se pondrá en contacto contigo para el papeleo —añadió, dando por terminada la reunión.

Se despidieron, con un apretón de manos.

* * *

Ludmila volvió a mirar su reloj con impaciencia. Un par de jóvenes trajeados pasaron junto a ella sin mirarla, como si fuera transparente. Los juzgados eran un enjambre de gente yendo y viniendo. Decidió que ya había pasado suficiente tiempo y que la droga que había untado en la taquilla de Sofía debería de haber causado ya sus efectos. Recogió sus bártulos de limpieza y se dirigió con paso decidido de regreso a los vestuarios. Al llegar comprobó que estaba sola y se acercó a su propio casillero.

Sofía, cada vez más indispueta, seguía intentando fregar el suelo de uno de los pasillos, pero el abundante sudor y los continuos picores se hacían insoportables. Se abrió el peto a la altura del pecho y se asustó. Una erupción terrible le había provocado la aparición de ronchas y montañas de granitos rojos. Repentinamente le vino una arcada y sin poder evitarlo vomitó en el cubo de la limpieza. Cuando consiguió recuperar el aliento corrió hacia los lavabos más próximos.

Ludmila abrió su taquilla, sacó el tupperware y se aseguró de que no se aproximaba nadie. Quitó la tapa, el papel de plata que cubría el contenido y sacando el pastel de carne que había debajo, lo abrió con cuidado por la mitad, dejando ver una bolsa de plástico transparente con un objeto negro en su interior. Limpió los restos de la carne de la bolsa y sacó el objeto. Tenía el tamaño aproximado de una tarjeta de crédito, aunque muy ancha. Se lo guardó en un bolsillo y tiró los restos del pastel a una papelera cercana. Estaba dejando el tupperware de nuevo en su casillero cuando oyó la puerta de los vestuarios abrirse. Se giró y vio a Sofía con la cara desencajada y un aspecto lamentable. El plan estaba funcionando.

—¡Pero hija, menuda cara! —dijo acercándose a ella—. ¡Estás enferma!

—No sé qué me ha pasado, alguna alergia o algo. Estoy vomitando y me ha salido un sarpullido en el pecho —Sofía hablaba entre jadeos.

—Anda, déjame ver qué tienes.

Ludmila le puso la mano en la frente.

—Pues no parece que tengas fiebre. A ver ese sarpullido.

Sofía se bajó la cremallera. La tarjeta de acceso roja le colgaba del cuello. Ludmila no pudo evitar mirarla con atención mientras Sofía se la quitaba sacándose el cordel por encima de la cabeza y dejándola en el banco junto a las taquillas.

—Esto tiene muy mal aspecto —dijo Ludmila.

—¡No sé qué puede ser! —Sofía resoplaba.

—Podría ser una alergia. A ver si te ha salido por alguno de los productos de limpieza.

Sofía se contrajo de golpe, llevándose las manos al estómago. Ambas pudieron oír el retortijón.

—¡Oh, no! Eso no... ¡Joder!

Sofía echó a correr hacia el servicio. Ludmila actuó entonces rápida y profesionalmente. Había practicado muchas veces el proceso hasta automatizarlo. Sacó de su bolsillo el aparato negro; un duplicador. Cogió la tarjeta de acceso roja de Sofía que estaba sobre el banco, la sacó del protector de plástico, la introdujo en el duplicador y apretó el botón. Una luz verde parpadeó unos segundos y se apagó enseguida. Eso no era bueno. Volvió a apretar el botón, pero ninguna luz se encendió. “¡Qué diablos!”, pensó. Podía oír a Sofía en el baño; todavía tenía algo de tiempo. Agitó el duplicador y lo golpeó con la mano un par de veces. Volvió a apretar el botón y la luz verde volvió a parpadear, pero no duró ni tres segundos.

—¡Jodeer! —Ludmila no lo podía creer.

Miró el aparato por todos lados, sin saber muy bien qué buscaba. Vio lo que parecía un pequeño panel. Casi se rompió la uña al intentar abrirlo. Cuando lo consiguió, vio que la pila estaba oxidada. De repente oyó el ruido de la cisterna. Rápidamente sacó la tarjeta del duplicador, la metió de nuevo en su carcasa y la dejó sobre el banco. Mientras se guardaba el duplicador en el bolsillo, se maldijo por no haber pensado antes en la maldita pila.

Sofía tenía un aspecto terrible. Ludmila regresó al papel de amiga preocupada.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No hija no. Creo que será mejor que vaya al médico.

—A lo mejor no es nada. Probablemente con irte a casa a descansar se te pasará —Ludmila no quería correr ningún riesgo. Si Sofía iba al médico, existía la remota posibilidad de que un doctor minucioso encontrara síntomas de envenenamiento. Había que evitar a toda costa cualquier riesgo.

Sofía comenzó a recoger sus cosas. De repente se acordó de algo.

—Me he dejado el carro de limpieza en la sala cinco.

—Lo recojo yo, no te preocupes —Ludmila vio una oportunidad—. ¡Ay!, pero yo no tengo acceso a esa zona.

Sofía cogió su tarjeta y la miró unos instantes. Se sentía hecha polvo. Las reglas de seguridad eran claras, pero igual sólo por ésta vez... nadie tenía por qué enterarse. Se acababa de girar hacia Ludmila cuando justo en ese momento entró Petra, otra limpiadora de toda la vida, que con 68 años prefería seguir ahí, en lugar de encerrada en su dacha o de regreso a su Praga natal.

Lo primero que notó Petra fue el lamentable aspecto de Sofía.

—Pero hija mía, menuda cara.

—Estoy enferma. Me voy a casa. ¿Podrías recogerme el carro de la sala cinco?

—Tranquila, yo me ocupo. Vete, vete a casa y descansa.

Ludmila había perdido su oportunidad. Tendría que pensar un nuevo plan.

Capítulo XII

Eva y Oleg estaban en la cama, acurrucados. Habían hecho el amor apasionadamente durante un tiempo imposible de medir. Eva dormía, medio destapada, la cabeza recostada sobre Oleg, en ese mágico triángulo formado por el cuello, el hombro y el pecho. Él aprovechaba ese momento de impunidad para observar lo increíblemente bella que era. Con cuidado y ayudándose con la pierna izquierda, tiró de la sábana para verla en todo su esplendor. “*Joder. Pero qué buena está*”. Se sentía tremendamente afortunado. Eva era increíble, por dentro y por fuera.

Con delicadeza, empezó a recorrer con el dedo el contorno de su cuerpo, lentamente, apenas acariciándolo. Cerró los ojos, disfrutando el suave roce con su piel, la respiración profunda y tranquila, los latidos de su corazón. No recordaba haber sido tan feliz. El escalofrío de Eva le sacó de su trance. La cubrió de nuevo, con delicadeza, sintiéndose un poco culpable.

Necesitaba mear. Se levantó con cuidado, evitando despertarla. La puerta entreabierta del baño dejaba pasar la luz. Oleg terminó de orinar, tiró de la cadena y se lavó las manos. Salió de nuevo al pasillo camino del dormitorio de Eva pero al pasar junto a la puerta de otra habitación la curiosidad pudo con él. El pomo giró sin oposición alguna y la puerta se abrió con un ligero chirrido. Tenía que ser el despacho del padre. Oleg supo enseguida que esa habitación debía tener una gran importancia para Eva. Decenas de libros abarrotaban las estanterías, dobladas por el peso, casi en equilibrio. “*Si saco algún libro seguro que los demás se caen*”, pensó. Más libros se apilaban sobre una gran mesa de trabajo. Aparte de la cantidad de volúmenes, lo que más le llamó la atención fue la cantidad de fotografías de Eva que había repartidas por toda la habitación. La guapísima niña era inconfundible: fotos de recién nacida, jugando con su padre, en brazos de su madre en el parque, montones de cumpleaños soplando velas... Oleg no pudo evitar reír al ver la foto de una canija Eva vestida de maga, usando su bastón de ciega como varita mágica. Sobre un armario le pareció ver la parte superior de un dibujo. Acercó una silla y una vez encima vio una vieja caja de cartón, de esas usadas para mudanzas, de la que sobresalían varios objetos. El nombre “EVA” estaba escrito con un rotulador gordo en el lateral. La cogió con cuidado. Se sentó en un sofá con la caja en el suelo, entre las piernas, dispuesto a cotillear todo lo que contuviera. Había cuadernos en braille, notas de profesores, casi siempre muy buenas, dibujos hechos con ceras sin ningún sentido... En cambio las figuras de arcilla sí tenían formas identificables; no estaban bien proporcionadas, pero eran reconocibles. En el fondo había algo metálico; era una pequeña caja fuerte de color azul claro. Estaba cerrada. Buscó la llave en la caja de cartón y entonces se dio cuenta de que Eva estaba en la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. De

repente se sintió un gilipollas, avergonzado. Pensó que Eva se enfadaría, pero para su sorpresa, sonreía.

—Buenos días pequeño cotilla —dijo y se acercó vigilando sus pasos hasta ponerse frente a él.

Eva extendió el brazo para asegurarse de que había ubicado bien a Oleg, que se dejó tocar. Se había acostumbrado a esta forma de comunicarse. Eva se levantó un poco el camisón que se había puesto y se sentó a horcajadas sobre él, besándole con dulzura. Oleg, que no se lo esperaba, se empalmó. Ella notó su pene duro y sonrió.

—¡Hola! ¿Es que no te cansas nunca? —soltó juguetona.

Oleg la besó con dulzura. Luego la agarró por la cintura con una mano y alcanzando con la otra una pequeña escultura de plastilina con forma de flor, se la puso en la mano. Ella la inspeccionó unos instantes, reconociéndola, y Oleg notó que se sorprendía.

—¿Dónde has encontrado esto? ¡La hice cuando era una cría!

Oleg le cogió la mano y la guió hasta la caja de cartón. Eva se cambió de sitio para sentarse junto a la caja y empezó a tocar todas las cosas que había dentro. Oleg se levantó y Eva supo que iba a buscar el ordenador-traductor.

Todos esos objetos de la caja le estaban trayendo recuerdos muy lejanos. Cuando encontró la pequeña caja fuerte, se la llevó al regazo, emocionada. Oleg entró en ese momento, terminando de teclear en el ordenador mientras se sentaba de nuevo.

—Perdona. No quería cotillear —la voz de la máquina no podía reflejar el tono de arrepentimiento, pero Eva estaba acostumbrada—. Cuando he visto fotos tuyas no he podido resistirme.

—No pasa nada. Ni me acordaba de que mi padre guardaba todo esto. En esta caja fuerte —dijo levantando la pequeña caja azul— guardaba mis primeros poemas y cartas de amor —hablaba tan emocionada que a Oleg le resultaba difícil leerle los labios—. Había un niño, Sasha, que me rompió el corazón.

Eva se echó a reír. En seguida paró y le preguntó.

—¿No está la llave?

Oleg volvió a mirar en la caja de cartón.

—Parece que no —respondió a través del ordenador.

Eva puso un gesto mustio. Él sonrió y tecleó de nuevo.

—Espera un momento y verás.

Oleg se levantó y se acercó a la mesa de trabajo del padre. Rebuscó entre los bolígrafos y demás caos polvoriento y acabó encontrando lo que necesitaba: dos pequeños clips. Volvió junto a Eva. Dobló uno de los clips hasta darle una forma de “L”. Le cogió la mano a Eva y se lo puso en la palma dándole a entender que lo sujetara. El otro clip lo dobló varias veces, concienzudamente, hasta darle una forma parecida a una pequeña sierra.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eva curiosa.

Oleg le puso un dedo en los labios, le dio un beso rápido y volvió al trabajo.

Usando el clip en forma de “L”, metió el lado más corto hasta el fondo en la pequeña cerradura y girándolo, ejerció una pequeñísima presión. Sin soltarlo cogió el otro clip y lo fue introduciendo lentamente en la cerradura, ejerciendo una ligera presión hacia arriba cada pocos milímetros. De esta forma, podía identificar las partes móviles que las llaves empujan al entrar en una cerradura. Cada vez que encontraba una, giraba un poquito más el clip en forma de “L”. A los pocos segundos notó que la cerradura giraba y la pequeña caja fuerte se abrió. Se la acercó a Eva, que no salía de su asombro.

—¿Pero?... ¿cómo?

—Aún no sabes todo sobre mí... Mi primo Ilya y yo tenemos un oscuro pasado. ¡Ja ja ja!

Eva se excitó imaginando a Oleg de delincuente. Dejó la caja fuerte en el suelo y se lanzó sobre él, besándolo en el cuello, mordiéndole el lóbulo de la oreja, buscando su lengua apasionadamente. Oleg se volvió a empalmar. Al sentirlo, Eva se levantó, se alejó lentamente hasta la puerta y dejando caer al suelo el camisón empezó a caminar desnuda hacia el dormitorio, soltándose el pelo. Oleg sonrió. El día no podía empezar mejor.

* * *

La plaza Lubianka era un hervidero de coches, civiles, funcionarios y agentes de la autoridad visibles e invisibles. La tarde no se diferenciaba mucho de otra cualquiera frente a la imponente mole cúbica de cinco alturas de la antigua sede del KGB. Ahora era utilizada por uno de sus herederos: el FSB. Para muchos era inevitable agachar la cabeza al pasar junto al edificio. El peso emocional que arrastraba la sede, con sus historias, leyendas y mitos, era casi imposible de encontrar en cualquier otro edificio del mundo.

Cuando Víktor entró, ninguna de estas cuestiones cruzaba su mente. Para él hacía ya muchos años que aquel edificio sólo era la oficina. Pasó rutinariamente los diversos controles de acceso, saludando familiarmente a algunos colegas. Sabía que la reunión iba a ser problemática. Ni el tono de voz del coronel ni sus nulos avances en la investigación eran buenos indicadores. Estaba haciendo malabarismos, lo mejor que podía dadas las circunstancias. Sabía que había estado a punto de hacer daño a Eva. Incluso podía haberla matado con ese empujón al salir del armario en su casa. Revivió su angustia al ver golpear su cabeza contra la mesa. Tras salir corriendo del piso había regresado a su coche, aparcado frente al edificio, y ahí se había quedado hasta que no vio salir a los sanitarios tranquilamente. No quería hacer daño a esa chica tan dulce, tan frágil. Pero sobre todo, si Eva moría, las posibilidades de encontrar lo que buscaba serían prácticamente nulas.

Recorrió varios laberínticos, pulcros y tristes pasillos, y llegó a un iluminado vestíbulo donde le esperaba Tanya Kasyanenko, una atlética agente de 30 años,

fuerte, guapa. Muy inteligente, por lo que podía deducir del poco tiempo que la conocía. En otras circunstancias era probable que hubiese intentado intimar con ella. En cambio, le preocupaba que Tanya pudiera llegar a descubrir su doble juego. Se saludaron con un simple gesto y Víktor miró a la secretaria. Estaba sentada en una pequeña mesa frente a una puerta de roble con una placa incrustada, de color dorado, que anunciaba al “Coronel Mikhail Valerikov”. La secretaria asintió con la cabeza a Víktor y éste abrió la puerta tras un ligero toque de nudillos. Dejó pasar educadamente a Tanya.

El coronel Mikhail Valerikov era un veterano de 65 años. Superviviente de Afganistán, y sobre todo de las guerras internas de los clanes de poder rusos que se crearon en los años 90, tras el derrumbe de la Unión Soviética. Tenía siempre aspecto de hombre eficaz e inteligente. Les recibió de espaldas, mientras observaba atento las noticias. Les lanzó una breve mirada, les indicó con la mano que tomaran asiento y volvió su atención al televisor. Víktor y Tanya se sentaron. El coronel debía tener algún problema de audición; el volumen de la televisión estaba altísimo. Era imposible no prestarle atención.

“Tras la negación del recurso de apelación, el terrorista Shamil Makharov, ideólogo y cabecilla del atentado más sangriento de la historia de Rusia, que costó la vida a 733 personas, conocerá durante su juicio la más que probable pena a cadena perpetua. Makharov, un fanático miembro de Al-Qaeda, ha declarado en varias ocasiones que sus hermanos guerreros se alzarán y que ningún gobierno corrupto puede juzgar las acciones dictadas por Alá”.

Por un momento los tres presentes revivieron aquellos terribles días que siguieron al atentado organizado por ese malnacido de Makharov. El FSB tuvo que volcar todos sus esfuerzos en encontrarle. Aunque habían sido criticados por su incapacidad de prevenir el ataque, al menos habían hecho un buen trabajo atrapando rápidamente a los autores. Algunos fueron aniquilados sin contemplaciones, pero la orden del presidente de detener a Makharov vivo había sido cumplida a rajatabla. El final del juicio popular daría cierta paz a los afligidos ciudadanos rusos y mostraría un país serio y responsable a ojos de la opinión pública internacional.

El coronel apagó la TV y se volvió hacia sus subordinados. Su voz, como siempre, era la de un hombre en eterno estado de contrariedad.

—El director me ha llamado hace una hora preguntando qué avances tenemos. Necesitamos resultados ya —dijo alternando su mirada de uno a otro para clavarla finalmente sobre Víktor—. Su cagada con la ciega le coloca en una situación crítica.

Hizo una pequeña pausa para que su mensaje calara y luego miró a Tanya.

—Y su incapacidad para encontrar la droga no se queda atrás.

De nuevo dejó que sus subordinados mascaran sus palabras unos segundos, antes

de continuar.

—Esta operación era política y estratégicamente importante. El director en persona quiere que se le informe desde ahora de cada avance —hizo otra pequeña pausa—. Han oído bien. Con cada avance. No la caguemos aún más.

Ambos, Víktor y Tanya, entendieron que era el turno de las explicaciones. Fue Víktor el que empezó. No podía permitirse que le apartaran de la investigación. Sabía que eso era muy improbable, dada su implicación desde hacía años, pero la sola posibilidad le provocó un asfixiante nudo en la garganta.

—Señor —comenzó, controlando el tono y volumen de su voz— si la fórmula existe, tiene que estar en la casa de Eva... de la ciega. El doctor Yakovlev era seguido día y noche. Su único recorrido era del laboratorio a la casa. Pero —y ahora usó un tono de autoconfianza que había entrenado concienzudamente—, empiezo a dudar seriamente de que exista la fórmula. He buscado en todos los sitios posibles.

Por un momento, Víktor, que hasta entonces ni se lo había planteado cuando había preparado esta última frase, se sintió aterrado de que esa idea pudiera ser cierta. Quería sembrar la duda y que la jerarquía aceptase esa posibilidad, por horrible que pudiera parecer. Sabía que sonaría extraño viniendo de él, ya que había sido el propio Víktor la principal fuente de información y quien había sido asignado como *ayudante* del doctor Yakovlev. Pero lo cierto era que, si finalmente encontraba la fórmula, no se la iba dar al FSB. Ahora no podía.

El coronel Valerikov, a pesar de ser un hombre de carácter poco reflexivo, se tomó unos segundos para analizar lo que Víktor le estaba sugiriendo.

—Sí. Estoy al corriente de sus... avances, por llamarlos de alguna forma.

El coronel estaba al corriente del incidente ocurrido en casa de Eva. Víktor no sabía muy bien cómo se había podido enterar, pero no le gustaba. Pensó que muy probablemente el coronel Valerikov tenía sus propios canales de información en todo lo que tuviera que ver con Eva Yakovlev. Era más que probable que los detectives que Víktor había visto llegar a la casa hubieran redactado algún informe y que éste hubiese llegado a la mesa de hombre que tenía frente a él.

El coronel dirigió ahora su atención hacia Tanya, que ya sabía lo que le tocaba.

—No tengo mejores noticias señor —dijo la agente—. Lo último que sabemos es que la droga probablemente ha salido de Colombia. Tenemos todos nuestros recursos en alerta buscando alguna pista. Cualquier cosa mínimamente relacionada hará saltar las alarmas.

Tanya seguía preguntándose por qué el coronel había dicho que la operación “*era políticamente importante*”.

El coronel meditó unos segundos más en silencio, los codos apoyados en su enorme mesa de nogal y la cabeza ligeramente inclinada, con la barbilla sujeta por los pulgares de sus callosas manos.

—Mañana tenemos una reunión con el director y probablemente con alguien de más arriba —les dijo, dejándoles con la duda de quién podría ser—. Les aconsejo que

tengan algo mejor que ofrecer. Ahora, retírense.

* * *

Hacía mucho frío en el barrio esa noche. Un par de vagabundos borrachos rebuscaban en las basuras junto a la destartada cancha de baloncesto. Ilya, que llevaba una chamarra marrón oscura, se cubrió la cara con la capucha antes de pasar frente a ellos. Al final del callejón había un patio encerrado entre los bloques de apartamentos colindantes. Era uno de esos patios usados frecuentemente en la época soviética por los niños y familias que habitaban en esos edificios. En aquellos tiempos, un día a la semana, los vecinos se juntaban para limpiarlo y mantenerlo en buen estado. Hoy en día todo estaba abandonado, roído y roto. La iluminación, escasa. En una antigua mesa, antaño usada para jugar al ajedrez, Ilya vio, como había esperado, a una pandilla. A pesar de la poca luz suministrada por las bombillas, pudo percibir que uno de los chicos era apenas un crío. Se paró unos instantes y pateó una lata de Pepsi, esperando que le oyeran. Sabía que era mejor que no se sintieran sorprendidos. Él había estado ahí; sabía lo que hacían. Al oírle, uno de ellos cogió rápidamente su papeleta y se largó de allí. También reconoció a Yuri, con quien había intercambiado unas palabras junto a la cancha de baloncesto un par de días atrás. Ilya respiró hondo, inspeccionó instintivamente el resto del patio, sin ver a nadie más, y se dirigió decidido hacia su antiguo amigo. Al acercarse a ellos, el crío, que Ilya dedujo debía tener doce o trece años se movió para interponerse entre él y Yuri, su jefe. El tercer chaval hizo un desplazamiento semicircular para colocarse de lado, un poco detrás de él, por si hiciera falta actuar. Ilya sacó lentamente las manos de los bolsillos, con las palmas abiertas, para que los *soldados* de Yuri vieran claramente que no tenía nada en ellas. Yuri les hizo un gesto de tranquilidad y sus dos subordinados se relajaron. Ilya se acercó un poco más a él y sus ojos se encontraron. Se miraron en silencio durante unos largos segundos, no desafiándose, sino más bien buscando algún signo de entendimiento. Finalmente, Ilya miró fugazmente a los dos soldados de Yuri, quien captó el mensaje.

—Daros un paseo —les dijo a sus hombres.

El crío, fiel y desafiante, se abrió momentáneamente el abrigo para que Ilya viera la pistola. Transmitido el mensaje, se alejó con su compañero.

Ilya fue directo al grano. No tenía ni ganas ni necesidad de disimular.

—Tengo algo que te puede interesar —y sacó una bolsita con un polvo blanco.

Yuri se sorprendió. Cogió la bolsita, no sin antes echar también una mirada alrededor.

—Es sólo una muestra —añadió Ilya.

Yuri dudó unos segundos. Pero la curiosidad le pudo. Abrió la bolsita y con la punta del meñique cogió una pequeña cantidad que se llevó a la nariz. Miró a Ilya, que le devolvió impasible la mirada, y saboreó una pizca con la lengua. Satisfecho, la

esnifó enérgicamente.

La reacción de su antiguo amigo asustó por un momento a Ilya, que no estaba totalmente seguro de la calidad de aquel polvo. No había querido probarlo. Pero Yuri parecía estar en el paraíso.

—¡Esto es la hossstia! ¿Dónde coño lo has conseguido? ¡Esta mierda es... es...
—no encontraba las palabras— el jodido karma!

Ilya se tranquilizó.

—Te puedo conseguir unos cinco kilos —dijo. No quería estar ahí ni un segundo más de lo necesario.

—¡¿Cinco kilos de esta mierda?!

—Dos condiciones —dijo Ilya tajantemente—. Mi pasta la necesito en dos días —y esperó a que Yuri respondiera.

—No hay problema. El mercado está seco y más aun de esta calidad. Conozco gente que comprará los cinco kilos mañana mismo.

—Bien. La segunda condición —y aquí Ilya quería dejarlo bien clarito—. Me la suda lo que saques por ella. Mi parte son 50.000 dólares. Ni más ni menos.

Yuri podía ser un traficante de poca monta, pero no era gilipollas. Se olía algo.

—¿Qué coño está pasando? Me vienes no sé cuántos años después con esta mierda, ¿y sólo quieres 50.000?

Ilya entendía las dudas de Yuri, pero esperaba que se fiara. Uno no pasaba dos años en el correccional sin abrir la boca sobre su socio, para que éste desconfiara de él.

—Tengo mis razones —respondió.

Yuri no entendía cómo se había podido hacer Ilya con ese material. Su antiguo amigo se había mantenido lejos del negocio desde que le habían pillado años atrás. Y esa mierda no era cualquier cosa. Yuri no había probado algo igual jamás. Tenía que preguntarle.

—¿Me vas a decir dónde coño has conseguido esto? —preguntó.

Ilya no respondió, pero sacó de su chupa otra bolsa con bastante más coca que antes.

—Para colocar cinco kilos necesitarás muestras —le dio la bolsa a Yuri—. Mañana tendré el resto.

No dijo más. Se dio la vuelta y regresó por el callejón, camino de casa.

Yuri miró la bolsa. Éste iba a ser el puto negocio de su vida.

Capítulo XIII

La residencia del presidente ruso no se encontraba, a diferencia de lo que muchos pensaban, dentro de las murallas del Kremlin, sino en el distrito de Odintsovo, al oeste de las afueras de la megalópolis moscovita. La blanca nieve cubría los tejados del edificio, haciendo menos oscura esa noche invernal.

El director del FSB, acompañado del coronel Mikhail Valerikov y los agentes Víktor Nemtsov y Tanya Kasyanenko, esperaban en silencio, de pie, junto a la inmensa mesa de la secretaria personal del presidente. La voz de la cuarentona y eficiente burócrata sonaba plana mientras anunciaba la llegada de los invitados.

—Señor presidente. El director del FSB ha llegado —la mujer hizo una pausa sin dejar de mirarles—. Enseguida señor.

Colgó el auricular, se levantó, se acercó hasta la puerta del despacho y, antes de abrir, se dirigió de nuevo a ellos.

—El presidente les recibirá ahora.

El despacho era una sala amplia y agradable, decorada con gusto. Nada que ver con las horteradas excesivamente ostentosas, repletas de dorados, bustos y lámparas que Víktor estaba acostumbrado a ver en cualquier oficina, de cualquier jefecillo, en cualquier organismo ruso. Era extraño, pero no se sentía nada nervioso al entrar en el despacho de uno de los hombres más poderosos del mundo. Y debería estarlo, porque a pesar de que ni el coronel Valerikov ni el director del FSB les habían dicho nada, era evidente por sus caras que ésta no iba a ser una reunión de amigos.

Una de las paredes del despacho estaba cubierta de grandes pantallas de televisión. Todas estaban encendidas, mostrando imágenes de varios canales, tanto nacionales como extranjeros, incluyendo la BBC, la CNN y TV5. Sin embargo, el sonido estaba desactivado. El presidente, un hombre de aspecto atlético, moreno, de 45 años y 1.85 metros de estatura, estaba sentado tras su enorme mesa, escribiendo con pluma y papel, aunque un portátil encendido estaba a su alcance. Levantó un dedo, sin dejar de escribir, dando a entender que estaría con ellos en un instante. Ninguno dijo nada y tanto Víktor como Tanya se situaron ligeramente detrás del coronel Valerikov, que a su vez estaba más atrás que el director Frolov. Esta disposición no era una obligación, sino más bien un movimiento casi inconsciente, que dejaba claro quién estaba por encima de quién en esa sala. Es decir, quién tenía que dar la cara y asumir responsabilidades ante el presidente.

El director del FSB no parecía haberse dado cuenta de la ubicación de sus subordinados. Toda su atención se centraba en el presidente, su jefe directo, y el hombre al que más temía dar malas noticias. Antón Frolov había llegado a la dirección del FSB apenas dos años antes. Tenía sesenta recién cumplidos y apenas

levantaba 1.65 metros del suelo, lo cual, curiosamente, le otorgaba cierta autoridad en situaciones como ésta, rodeado de subordinados varios centímetros más altos que él.

El presidente terminó de escribir y alzó sonriente la mirada hacia ellos mientras le ponía el capuchón a su pluma. Se levantó sin perder la sonrisa y salió de detrás de su mesa para saludar efusivamente al director del FSB.

—¡Querido Antón! Hacía tiempo —le estrechó la mano derecha con energía, tomándole del brazo con la izquierda.

—Señor presidente. Cierto es que hace tiempo que no nos vemos.

—Sin duda, es culpa mía. No sé quién dirige más el país, si yo o mi secretaria.

Todos rieron forzosamente la gracia. Frolov aprovechó la distensión del ambiente para introducir a sus subordinados.

—Permítame que le presente. Ya conoce al coronel Valerikov. Y éstos son los agentes Tanya Kasyanenko y Víktor Nemtsov.

El coronel se cuadró.

—Coronel —saludó el presidente.

Saludó igualmente con un firme gesto de cabeza a Tanya y Víktor y les indicó a todos ellos los sofás situados en torno a una mesa rectangular de mármol. Todos esperaron a que el presidente se sentara en primer lugar y acto seguido se acomodaron a su alrededor. Antón Frolov a su derecha, y a su izquierda el coronel Valerikov seguido de Tanya y Víktor.

El director fue directo al grano. Sabía que al presidente no le gustaba andarse con rodeos.

—Señor Presidente, como bien sabe, la operación antidroga conjunta con los americanos sufrió un contratiempo.

Frolov cogió un lápiz USB de su cartera de cuero, se incorporó y lo conectó a una de las pantallas de televisión que tenían frente a ellos en la pared. Inmediatamente comenzó un rápido resumen del estado de la misión.

—Como recordará, los americanos nos solicitaron ayuda para detener a varios de los capos colombianos de droga más poderosos. Tras diseñar un plan conjunto, un agente infiltrado de la CIA consiguió convencer por separado a cinco narcotraficantes de que un científico ruso, antiguo miembro del KGB, había huido del país con una tecnología genética innovadora en el cultivo de cocaína, heroína y otras drogas. Mejoraba la planta, haciéndola mucho más resistente a efectos climáticos, herbicidas, agentes químicos...

El presidente le escuchaba con atención. El director del FSB no podía saber hasta qué punto era por desconocimiento de los detalles de la operación o si bien el presidente lo sabía todo y le estaba escuchando para detectar cualquier intento de escurrir el bulto.

—Además —continuó Frolov—, el agente infiltrado les convenció de que una vez procesada la planta, la droga obtenida era de una calidad excelente y, casi lo más importante para los narcos, tenía mucha más resistencia contra los problemas

derivados de la complicada distribución, como humedad, sequedad, temperatura...

La agente Tanya Kasyanenko, por su parte, almacenaba en su organizado cerebro cada dato que escuchaba. Ella sabía que detrás de las misiones que les encomendaban había normalmente alguna operación de mayor envergadura. Como agente experimentada, asumía que debía limitarse a cumplir sus órdenes. Escuchar todos los detalles de una misión de boca del director del FSB suponía una excitante novedad.

El director Frolov hizo una pausa para aclararse la garganta antes de continuar.

—Aquí es donde los americanos recurrieron a nosotros. Sabían que uno de nuestros científicos había conseguido grandes resultados en investigaciones parecidas con la heroína en Afganistán. De hecho ese científico seguía trabajando para nosotros, aquí en Moscú —Víktor recordó enseguida al padre de Eva, el doctor Yakovlev.

Antón Frolov pulsó entonces un botón del control remoto de la pantalla y las fotos de archivo del KGB mostraron a un hombre serio, de ojos profundos e inteligentes.

—Éste era el doctor Yakovlev, una de las mentes más brillantes de nuestro país. Tras las negociaciones con los americanos, y la firma del acuerdo entre usted y su homólogo americano, se ordenó al doctor Yakovlev trabajar día y noche para conseguir crear una cocaína modificada genéticamente que pareciera cumplir las expectativas, al menos para una prueba.

Antón Frolov se giró entonces hacia Tanya y Víktor. No les había dicho que irían a ver al presidente y mucho menos que tendrían que formar parte de la presentación del caso. Al llegar habían asumido que estarían allí simplemente para responder preguntas puntuales, si llegaba el caso.

—Voy a dejar que el agente Nemtsov, que coordinó el enlace con los americanos, continúe.

Víktor, sorprendido, se incorporó y tomó el lugar del director del FSB.

—Señor presidente —comenzó nervioso—. Los narcos colombianos solicitaron muestras de cocaína tratada con la nueva tecnología genética. Aquí es donde el agente infiltrado de la CIA hizo el trabajo más delicado. Con la perspectiva de unas mejoras de beneficios irrechazables, consiguió convencer a los cinco narcos colombianos de encontrarse con el científico. Se acordó organizar una reunión donde se les entregarían cinco kilos de cocaína de muestra. Cada narco usaría un kilo para hacer sus propios análisis y pruebas. Por supuesto, usaríamos un agente que se hiciera pasar por Yakovlev —Víktor se aclaró la garganta—. Lo que los colombianos no sospechaban es que la cocaína no sólo era excelente, sino que también era mortal —Víktor creyó notar un minúsculo gesto de sorpresa en el presidente—. Los estudios que el doctor Yakovlev había realizado durante años estaban en realidad centrados en la generación instantánea de gas venenoso a partir de diferentes sólidos y derivados del opio, expuestos a determinadas condiciones ambientales. La cocaína que planeábamos enviar a los colombianos iría en un maletín especial, cuya temperatura

estaría controlada por un diminuto control remoto en poder del agente de la CIA — Víktor tragó saliva antes de continuar—. Cuando la cocaína llegara a los sesenta grados centígrados se convertiría al instante en un gas mortal de efectos inmediatos y devastadores.

Víktor notó que las manos le sudaban profusamente. La mirada del presidente ya no era de sorpresa sino de furia contenida, dirigida al director del FSB.

—¿Me está usted diciendo —y el presidente pareció agigantarse en su asiento al hablar— que hemos creado un arma química y que además la hemos utilizado? ¿Y en territorio soberano de un país aliado?

—Señor presidente. Estamos en guerra —respondió el coronel Valerikov, saliendo en defensa del director Frolov.

—¿¡Con los narcos colombianos!?! —replicó instantáneamente el presidente.

—Señor, nuestro país está amenazado por muchos frentes.

El director Frolov decidió intervenir.

—Tenemos datos que avalan la teoría de que los cárteles colombianos y ramas de Al-Qaeda en Afganistán y Pakistán tienen acuerdos de colaboración.

El presidente no pareció tragarse semejante excusa, pero no le interrumpió. Frolov vio un pequeño resquicio para justificarse.

—A cambio de esta colaboración con la CIA, los americanos nos darían información crucial sobre terroristas chechenos y acceso a datos conseguidos con su avanzada red de satélites de vigilancia en el Cáucaso. Evidentemente, este punto no quedó por escrito en los acuerdos firmados por usted.

—¿Sostiene usted que los atentados chechenos están financiados con dinero de los cárteles colombianos? —el presidente apenas llegaba a controlar su ira.

El director Frolov no se atrevió a confirmar ese dato, así que prefirió guardar silencio.

Durante el tenso silencio que siguió, Víktor aprovechó para sentarse de nuevo. El presidente hizo un evidente esfuerzo por recuperar la calma antes de volver a dirigirse al director del FSB.

—No permitiré el uso de armas químicas bajo ningún concepto. ¿Queda claro?

—Sí señor —respondió Frolov—. Pero si me permite, debe saber que el gas no ha sido utilizado. Será mejor que el agente Nemtsov termine su exposición.

Ante la mirada del presidente, Víktor no tuvo más remedio que levantarse de nuevo, mientras maldecía internamente a sus superiores por convertirle en portavoz de semejantes noticias.

—Como decía, señor presidente, el plan era que la cocaína en el maletín se convirtiera en un gas letal al alcanzar los sesenta grados centígrados. Desgraciadamente la operación se tuvo que adelantar algunas semanas y aunque el doctor Yakovlev consiguió aplicar a la cocaína una variante de la tecnología desarrollada con la heroína, no hubo tiempo para preparar un antídoto. Hicimos un último esfuerzo y aunque obtuvimos unos resultados prometedores en varias pruebas,

finalmente no llegamos a tiempo para desarrollarlo.

Víktor no sabía cómo continuar. El coronel salió en su ayuda.

—El agente que suplantaría al doctor Yakovlev decidió seguir adelante con la misión, a pesar del riesgo que podía correr al no tener el antídoto —dijo Valerikov. Víktor respiró aliviado; la mentira del coronel no habría sonado tan creíble si hubiese salido de sus propios labios—. Nuestro agente era un hombre joven, sin familia y que amaba a su patria. Sabía que podía ser una misión mortal.

El coronel miró al director Frolov.

—Parecía que todo se estaba desarrollando según lo previsto —el director del FSB tomó el relevo del coronel—. Los narcos llegaron con sus respectivos séquitos. El agente infiltrado de la CIA y nuestro agente, simulando ser el científico ruso huido, llegaron con la mercancía.

El director se giró hacia la pantalla y seleccionando uno de los vídeos que había en su lápiz USB, pulsó el *Play*.

—Los americanos nos mandaron esta grabación de su satélite espía.

Las imágenes, a vista de pájaro, eran claras. Un día soleado en algún lugar de Colombia. Se podía ver una gran villa, construida en un claro rodeado de selva. El director del FSB narraba lo sucedido mientras las imágenes mostraban la catástrofe de la operación.

—A los pocos segundos de empezar la reunión, un grupo armado rodeó el edificio —la pantalla mostró cómo los veinte hombres que hacían guardia alrededor de la villa eran abatidos casi simultáneamente. Acto seguido unas cincuenta figuras armadas salían del perímetro de la selva y recorrían rápidamente el claro que rodeaba la casa—. La acción fue brutal —continuó Frolov— entraron, asesinaron a todos los presentes, y salieron —el director esperó unos instantes para parar el vídeo en un fotograma específico. Se acercó hasta la pantalla y señaló a una figura que salía de la casa—. Ese hombre lleva el maletín con la cocaína —Frolov, que había notado cómo el presidente seguía toda la acción como si de una película se tratase, volvió a pulsar el botón de reproducción. En la pantalla se vio la llegada de un todoterreno negro. El hombre que llevaba el maletín se acercó y el coche se paró junto a él. Frolov volvió a detener el vídeo e hizo varios *zooms* sobre la imagen hasta mostrar la ventanilla del todoterreno bajada, en el momento en que un hombre de tez morena, pelo negro, barba y cejas pobladas, cogía el maletín. La definición de la imagen era bastante mediocre.

El director del FSB concedió a sus oyentes unos instantes antes de continuar.

—Los americanos no han conseguido identificarle. Aunque piensan, y nosotros también, que podría ser checheno.

—Terrorista —se apresuró a matizar el coronel Valerikov, cuyo odio a la república separatista era más que evidente.

El silencio que inundó el despacho del presidente de la Federación Rusa era sepulcral.

Tanya no sabía si estaba más furiosa que sorprendida. Lo único que el coronel le había ordenado había sido intentar encontrar un suministro de cinco kilogramos de cocaína, probablemente proveniente del Cáucaso. Eso fue todo. Que fuera cocaína en lugar de heroína, y sólo cinco kilos, una cantidad ridícula, le había parecido extraño. Eso no era razón para asignarle una misión al FSB. El Cáucaso era una zona habitual de entrada de grandes cantidades de heroína procedente de las antiguas repúblicas soviéticas, en el recorrido desde Afganistán hacia occidente. Tanya conocía los datos: el 90% del tráfico mundial de heroína pasaba por territorio ruso. ¿Qué eran cinco kilos de cocaína en comparación? Evidentemente tenía que haber algo más. En un principio había supuesto que podía ser un asunto personal o para algún tipo de chantaje político. Pero esta historia era inimaginable. “*Sólo los yankees y nosotros juntos podíamos montar un lío así*”, había pensado mientras escuchaba al director del FSB. Pero lo que más le indignaba era que nadie le hubiera prevenido de la posibilidad de morir envenenada por cinco kilos de cocaína convertida en gas letal. Se dio cuenta repentinamente de que el coronel la instaba a hablar. “*Qué mejor que usar ahora una mujer, a ver si el presidente no estalla*”, pensó Tanya. Se incorporó un poco sacando pecho involuntariamente. Cuando se dio cuenta de la mirada del presidente, entendió que su presencia en esa reunión efectivamente tenía algo que ver con el hecho de ser mujer. Pero lo cierto es que no había tiempo de sentirse ofendida. Además, había que reconocer que era una buena estrategia.

—Señor Presidente —Tanya esperó a que éste saliera de sus pensamientos para prestarle atención—. Creemos que la droga ya ha salido de Colombia.

—¿Saben qué es en realidad?

Por un momento Tanya no entendió la pregunta y se sintió un poco imbécil. Cuando finalmente comprendió el significado, el coronel ya estaba respondiendo.

—La pregunta, señor presidente, sería más bien qué van a hacer con ella. Y no me gusta en absoluto la respuesta.

—Hemos reforzado los controles en aeropuertos —intervino el director Frolov— estaciones y demás puestos fronterizos.

El presidente asintió ligeramente con la cabeza. Luego habló como si estuviera reflexionando en voz alta.

—Es decir —dijo—, que el FSB considera posible un atentado con agentes químicos que nosotros mismos hemos creado.

De nuevo el silencio no hizo más que confirmar sus sospechas.

—¿Y tenemos ya el antídoto? —preguntó.

—Señor —respondió Frolov—, desgraciadamente hubo un accidente en el laboratorio. El doctor Yakovlev falleció, aunque creemos que es posible que finalmente consiguiera crear la fórmula. Trabajamos sobre una posible pista.

—¿Es ésa la primera noticia potencialmente buena que me está dando hoy? —y sin esperar respuesta a la sarcástica pregunta, añadió—. ¿De cuántas víctimas podríamos estar hablando?

Nadie quería responder a esa pregunta. El director y el coronel sabían que llegaría en algún momento, pero habían esperado ilusamente que no fuera así. Finalmente fue Frolov quien se atrevió a responder.

—Señor, nadie se ha enfrentado a esto antes. Si extrapolamos los datos de otros agentes gaseosos y teniendo en cuenta que sólo hace falta el suficiente calor para activarlo, podrían distribuirlo en diferentes puntos de la red de metro... El número de víctimas podría sería muy elevado.

—¿Decenas, cientos? —el presidente quería datos.

—Más bien miles, señor —el coronel Valerikov intervino de nuevo—. El metro de Moscú mueve nueve millones de personas al día. El sistema de ventilación ayudaría a extender el gas.

El presidente digirió los datos unos momentos. Se levantó de su asiento y se dirigió a Víktor y Tanya.

—Ustedes dos, esperen fuera.

Los dos agentes se apresuraron a desaparecer. En cuanto cerraron la puerta, el presidente miró fijamente al director Frolov.

—Usted ya no está al mando del FSB. Espero su carta de dimisión a primera hora de la mañana. Coronel, temporalmente asume usted el mando interno —el coronel no pudo ocultar su orgullo—. Asumiendo que la droga haya podido entrar en el país, su única prioridad es encontrarla y dar con el antídoto. Tiene mi autorización para usar los medios necesarios —el presidente le miró fijamente, asegurándose que captaba el mensaje—. Me informará de la situación personalmente a mí y a nadie más, cada cuatro horas, día y noche. ¿Entendido?

—Sí señor presidente —respondió el coronel Yakovlev—. Si me permite, creo que sería muy útil si los demás órganos policiales estuvieran bajo coordinación del FSB hasta que resolvamos la crisis.

—Daré las órdenes oportunas.

El presidente regresó a su mesa y tras descolgar el teléfono, miró a ambos. No necesitó dar por concluida la reunión.

Capítulo XIV

El Mercedes negro pasó los controles de seguridad de la sede del FSB y paró frente a la puerta del edificio. Un enorme guardaespaldas salió del asiento del copiloto y abrió la puerta trasera. El aún director del FSB, Antón Frolov salió del vehículo y se adentró rápidamente en el edificio mientras su guardaespaldas se quedaba junto al coche.

Frolov entró enérgicamente en la antesala de su despacho justo cuando su secretaria, Olga, una recia mujer madura cubierta con un gran abrigo de pieles, se disponía a coger su bolso para marcharse. La mujer dio un respingo al ver entrar a su jefe.

—Señor, creí que no vendría ya esta noche. Pensaba que...

Frolov no le permitió terminar la frase.

—Márchese a casa Olga. No estaré más que unos minutos. Gracias.

La secretaria dudó unos instantes, pero el tono de su jefe parecía convincente.

—Gracias señor. Buenas noches —dijo mientras Frolov entraba en su despacho.

Estaba elegantemente amueblado, con caoba oscura y anchos y elegantes sillones de cuero. Una foto del presidente y una enorme bandera rusa coronaban la pared frente a la gran mesa de trabajo. Todo estaba perfectamente ordenado. Frolov se paró junto a la mesa y, dejando su cartera de trabajo sobre ella, dedicó unos instantes a observar su despacho por última vez. Habían sido treinta años para escalar a éste puesto. Treinta putos años de guerras internas, sucio politiqueo, favores pedidos pero sobre todo realizados, trabajos oscuros y repugnantes, inmorales, incluso simplemente delictivos. Pero había que hacerlos. Y todo acababa así, de un plumazo, con una simple y llana sentencia. “*Usted ya no está al mando del FSB*”. La reunión con el presidente se había desarrollado más o menos como se esperaba y como había planeado, salvo por el inesperado desenlace de su destitución. Lamentó no haber hecho caso a su primer instinto y rechazar el negocio con los americanos, pero la oferta había sido tremendamente generosa. Repasó mentalmente una vez más cómo se había manejado durante la reunión con el presidente y de nuevo pensó que había jugado bien su baza, trasladando la atención furiosa del presidente de un interlocutor a otro. Sabía del fanatismo del coronel y había medido bien su nivel de impaciencia para hacerle hablar cuando hacía falta. Víktor había hecho bien su trabajo, tal como solía hacer. Incluso había notado el cambio de atención del presidente ante la belleza de Tanya y el hipnotismo de las imágenes de satélite mostrando el asalto en Colombia. Pero el presidente no había llegado a ese puesto por nada y tras analizar rápidamente la situación tomó la decisión aparentemente más eficaz: destituir al director del FSB por su falta de resultados, lo cual le cubría ante un posible atentado,

y poner al frente a un militar, condecorado y respetado a la par que tremendamente autoritario. El presidente podría tomar decisiones radicales sin oposición, si es que antes no las tomaba el propio coronel.

“Tal vez sea lo mejor, alejarme de este mundo de carroñeros del poder, ingratos politicuchos de los cojones. Unos años de descanso en la casa en Suiza, o tal vez consejero en el sector privado...”, pensó, tratando de consolarse. Se acercó a un pequeño armario, lo abrió y sacó una copa y una botella de *Prince Hubert de Polignac*. Se sirvió un doble, tapó la botella y se acercó al gran ventanal, que en días luminosos proveía magnífica luz natural al despacho. Abrió la puerta y salió al pequeño balcón. Era una de las plantas más altas del rascacielos, a 150 metros de altura, con unas increíbles vistas sobre las luces nocturnas de la gigantesca ciudad. Dio un sorbo, saboreándolo, disfrutando de la gélida noche moscovita en ese triste adiós a su carrera.

Minutos después regresó al calor de su despacho, dejó la copa sobre la mesa y se acercó a un alto armario marrón. Abrió la puerta inferior para poder acceder a una pequeña caja fuerte. Giró la rueda a derecha e izquierda alternativamente mientras repasaba mentalmente la contraseña. Sonó el “*clic*”. Puso su pulgar sobre un lector biométrico junto a la rueda y tras encenderse una luz verde, la cerradura se abrió. Sacó un pasaporte, un abultado sobre, su magnífica P38, la más apreciada pistola de la segunda guerra mundial, y una antigua foto enmarcada. La miró. Se reconoció joven, lleno de energía y optimismo, al mando de un grupo de asalto de las fuerzas especiales soviéticas. Posaban delante de una base en Afganistán, hacía ya 26 años. Junto a Frolov había un militar con una bata blanca sobre el uniforme y un cuaderno de notas en la mano. No recordaba la razón, pero pensó que probablemente le habían arrastrado a la foto sin tiempo para soltar el cuaderno. Todos sonreían, con esa confianza ciega de la juventud que la edad te va borrando. Todos menos ese científico. Ese hombre que había cambiado el curso de la vida de Frolov y que parecía que ahora, tantos años después y desde la tumba, se volvía a cruzar en su destino. Frolov sintió del golpe el peso de los años. Notó que los brazos le pesaban y los hombros le caían. Sin soltar la fotografía, cogió la botella de coñac y la copa y se sentó en uno de los sillones. Volvió a mirar aquella imagen. Los recuerdos le invadieron.

* * *

AFGANISTÁN - 1982

Los rusos estaban en plena campaña afgana. Su superioridad numérica y técnica había pronosticado una participación rápida y sin mayores contratiempos. Pero la realidad era que la complicada orografía montañosa del país así como la ferocidad y capacidad guerrillera de los talibanes, estaba poniendo a la Unión Soviética en una

humillante situación. Las armas suministradas por occidente a los muyahidines, especialmente las americanas, estaban haciendo mucho daño a los soldados de la República Democrática de Afganistán y a su aliado, el poderoso ejército soviético. Tres años después de iniciar su participación en el conflicto, la Unión Soviética no conseguía acabar con los rebeldes islamistas, que más bien al contrario cada vez parecían más fuertes. Los rusos habían descubierto que los americanos estaban financiando decenas, sino centenas, de laboratorios clandestinos de heroína. Las plantaciones de adormidera existían desde hacía siglos en la zona pero ahora los muyahidines estaban utilizando la planta para la elaboración masiva de droga. Su comercialización en occidente estaba generando a su vez beneficios millonarios que eran utilizados para financiar la lucha contra los opresores soviéticos. La guerra era cara, y los americanos habían decidido priorizar la lucha contra la expansión comunista frente a la cacareada batalla contra la droga. Tras volar algunos laboratorios, los rusos se habían dado cuenta de que esa solución era extremadamente ineficiente y compleja. Había demasiados y buscarlos en esas montañas era una pesadilla. Además, los laboratorios podían ser reconstruidos en un par de días, ya que no hacían falta apenas recursos logísticos y el suministro de la adormidera era inmenso y rápido. Una nueva estrategia surgió entonces de alguna mente preclara. Si no podías acabar con los laboratorios del proveedor de la droga, lo mejor era atacar directamente su producto. Si se pudiera modificar la heroína de forma que matara a sus consumidores, los distribuidores tendrían que cambiar de proveedor. Los rusos usarían el propio mecanismo del mercado capitalista para atacarlo. Un comando especial fue creado exclusivamente para ese objetivo. Antón Frolov, entonces apenas un teniente, comandaba la primera misión prevista. La noche era oscura, elegida por ser luna nueva. Sus hombres, agazapados, esperaban la señal. Frolov sacó cuatro tubos de ensayo de su mochila verde-caqui y los distribuyó a los dos soldados que estaban junto a él. Nadie habló; ya sabían lo que tenían que hacer. Frolov dio la orden con un gesto y el grupo se desplazó sigilosamente hacia una posición doscientos metros más avanzada, donde otro soldado esperaba apostado con unos prismáticos de visión nocturna. Al llegar a su posición, el soldado pasó los prismáticos a Frolov. Éste ajustó el regulador de luz hasta que pudo distinguir lo que parecía un pequeño almacén que identificó enseguida por las fotos recibidas el día anterior. Era uno de los laboratorios donde se descargaba la adormidera para ser tratada. Observó unos segundos y se aseguró de que sólo había un par de muyahidines haciendo guardia. Frolov se volvió hacia sus hombres y asintió. Los soldados se ajustaron sus gafas de visión nocturna y partieron hacia el objetivo. Frolov siguió su avance con los prismáticos. Los vio, como manchas blancas, desplazarse ágilmente mientras acortaban la distancia hasta el almacén. Evitaron fácilmente a los dos guardias y entraron. Frolov notó que estaba empalmado. Le pasaba a menudo en misiones de infiltración. Si sus previsiones y los datos que habían obtenido de un prisionero eran correctos, en ese momento sus dos hombres estarían vaciando los cuatro tubos de

ensayo en cuatro enormes bidones de agua que debían estar dentro. Contó mentalmente veinte segundos. Vio salir a sus hombres y tomar el camino de vuelta sin contratiempos. Al llegar a su posición, los soldados le entregaron a Frolov los cuatro tubos de ensayo vacíos. Él devolvió los prismáticos al vigía, que se quedaría allí toda la noche, y regresó al campamento base junto con el resto.

A la mañana siguiente el vigía, que llevaba más de veinticuatro horas despierto, observó mucha actividad junto al laboratorio. Aquello parecía un hormiguero. Decenas de muyahidines esperaban la llegada de un camión cargado de plantas de opio que avanzaba por el camino de tierra. Una vez detenido, los hombres lo descargaron e introdujeron la carga en el almacén. Las plantas se introducirían en los bidones y el plan debería de avanzar según lo previsto. El vigía ruso bajó los prismáticos, se acomodó un poco mejor, reajustó su red de camuflaje y bebió un largo trago de agua. Hacía un sol de justicia. Su relevo tenía que estar al llegar.

Horas después, en la fría noche afgana, el nuevo vigía se abrazaba a sí mismo, en un infructuoso intento de darse algo de calor, mientras masticaba un inidentificable pescado enlatado. Ansiaba fumarse un cigarrillo, pero estaba absolutamente prohibido.

Un par de horas después del alba el vigía estaba de mejor humor. El sol y unos trozos de chocolate hacían maravillas. Se fijó en el grupo, armado con fusiles M-16, que controlaba la carga de la heroína en el camión. Casi habían terminado. Se frotó los ojos, algo mareado de tanto usar los prismáticos. Contó hasta ocho de los muyahidines que se subían a la parte trasera del camión, junto con la droga. Otros dos cerraron la lona y se subieron a la cabina. El vigía no pudo evitar pensar el calor que iban a pasar ahí metidos, con ese sol abrasador que ya empezaba a picar con fuerza. El vehículo arrancó y el vigía lo observó pacientemente, perdiéndolo a ratos en la serpenteante ruta montañosa, hasta que finalmente desapareció tras una colina. Encendió su radio y comunicó la posición del camión al siguiente vigía en la ruta. Sin perder un instante empezó a recoger su puesto.

Horas más tarde era el decimotercer vigía de la cadena quien observaba el camión que venía desde el laboratorio clandestino. La red había funcionado perfectamente y apenas habían dejado de tener visión directa del camión en algún pequeño tramo. La carretera, si podía llamarse así, era un estrecho camino de tierra encajonado entre montañas y precipicios. El vigía sabía que ocho hombres armados iban bajo esa lona desde hacía horas y no pudo evitar admirar la resistencia de esos jodidos muyahidines, a los que sus superiores en Vladivostok habían descrito simplemente como “una banda de pastores capitalistas”. De repente el camión empezó a reducir la velocidad. Parecía que iba a detenerse cuando comenzó a desviarse hacia la pared de la montaña. Tras golpear suavemente contra ella, se detuvo completamente. El vigía observó casi sin pestañear durante un minuto, pero allí no se movía nada. Esperó un rato más y finalmente decidió bajar desde su puesto de observación y echar un vistazo. Le costó algo más de quince minutos llegar hasta allí y tuvo mucho cuidado

de asegurarse que no se oía ningún otro motor antes de alcanzar finalmente el camino. Agachado y asegurándose que su AK-47 tenía el cargador bien encajado, volvió a sacar los prismáticos para examinar el camión a unos cuarenta metros de distancia. El conductor tenía el cuerpo sobre el volante y la cabeza vuelta hacia él, con los ojos muy abiertos y espuma saliendo de la boca. No quiso acercarse más. Los otros ocho muyahidines que iban detrás debían estar muertos. Decidió alejarse de allí antes de conectar la radio de nuevo. Llamó al campamento y pidió hablar con el teniente Frolov.

—Señor —dijo tras identificarse—, creo que debería venir y ver esto.

Al día siguiente, en el pequeño campamento base montado para la misión, Frolov estaba reunido con el químico al que había incluido en el comando especial para la misión: un sargento de una unidad científica desplazada recientemente a Afganistán. Su apellido era Yakovlev y aún no había tenido a su hija Eva. Su componente químico para manipular la heroína parecía que iba a cambiar el curso de sus vidas.

El doctor Yakovlev no paraba de darle vueltas al incidente con el camión. Los tubos de ensayo que había suministrado al teniente Antón Frolov tenían simplemente por objetivo manipular la heroína de forma que fuera letal al inyectarse. No entendía la razón de por qué la heroína se había evaporado, aparentemente causando la muerte de los muyahidines que la transportaban. Se había pasado horas repasando notas y cálculos, incompresibles para el teniente, desde que la noticia le había sido comunicada.

—Doctor —le dijo Frolov—. No tiene por qué ser malo. No es el efecto que buscábamos pero parece que mi informe ha llegado a alguien con dos dedos de frente. Le quieren a usted en Moscú cuanto antes.

El doctor Yakovlev parecía no haberle escuchado.

—Todavía no tengo claro qué ha fallado —mascullaba, casi para sí mismo—. Estoy convencido de que las altas temperaturas dentro del camión han influido de alguna forma, pero tengo que hacer más pruebas.

—Y las va a poder hacer doctor —le dijo un sonriente Frolov, mientras servía un par de vasos de vodka—. Parece que los de arriba han visto un nuevo potencial en sus métodos, camarada.

Antón Frolov omitió contarle la manipulación a la que él y su superior habían sometido el plan original a la hora de presentarlo a las jerarquías de Moscú. Habían supuesto, muy acertadamente, que ningún superior que quisiera mantener su puesto cambiaría una sola coma del informe. En lugar del fracaso a la hora de sabotear la producción de la heroína, las diez páginas describían el descubrimiento de una nueva arma química y el éxito de la prueba de campo realizada. Frolov se veía ya en Moscú, agasajado por los camaradas del KGB.

—Quieren que desarrolle su reciente descubrimiento —dijo a un sorprendido Yakovlev, levantando su vaso—. Le han nombrado para un puesto en Moscú y asignado un laboratorio para su investigación. ¡Nasdrovia! —brindó por ambos.

* * *

En la sede del FSB, Antón Frolov volvió al presente. El director seguía mirando la fotografía de aquél comando cuyo fracaso él había convertido en un éxito. Cerró la caja fuerte y el armario y volvió a contemplar su despacho por última vez. Se acercó a la mesa, metió la foto, el pasaporte y la pistola en su maletín de cuero, lo cerró. Al cogerlo, vio el sobre amarillo en la mesa. Dejó de nuevo el maletín, agarró el sobre y lo abrió. Dentro había una fotografía de tamaño folio. Al sacarla se quedó helado. Dos hombres hablaban junto al maletero abierto de un coche que identificó de inmediato, al igual que el *parking* donde se había tomado la foto. El rostro de los dos hombres se distinguía claramente. Uno de ellos era un tipo rubio, con bigote. Un agente de la CIA. El otro, era él mismo. Nervioso, miró de nuevo dentro del sobre, pero no encontró nada más. Giró la foto. Escrita en el reverso había una sola palabra: “Traidor”. Las piernas le fallaron y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

* * *

En el exterior del aeropuerto la noche era oscura y glacial. Un enorme Ilyushin de carga estaba a punto de aterrizar.

En el interior, el área de personal estaba muy tranquila. Los servicios donde Ilya había escondido la cocaína estaban desiertos. Un sucio tubo de neón no terminaba de decidir si encenderse o apagarse.

* * *

Una hora más tarde Antón Frolov intentaba por última vez contactar con el exagente de la CIA que aparecía en la fotografía. La batería se le estaba acabando. Pulsó el botón de llamada. De nuevo escuchó el mensaje: “El número al que llama no existe”. Tras tres pitidos cortos el móvil se apagó.

El despacho era ahora un caos. Frolov, totalmente desaliñado, con la ropa arrugada, la corbata a medio deshacer y el pelo revuelto, daba bandazos sin rumbo. La botella de coñac descansaba vacía en el suelo y multitud de papeles estaban esparcidos por la mesa y los sillones. Desesperado lanzó el teléfono contra la pared, rompiéndolo en pedazos. Estaba acabado, pero ahora de verdad. Se sentó de nuevo, abatido, en el sofá. No había escapatoria. Tenía que ser alguien cercano al presidente o con inmenso poder. No mucha gente tenía los medios para haber llegado a descubrir su doble juego con los americanos. No había querido acceder desde el ordenador de su despacho a sus cuentas en Suiza, pero estaba seguro de que ya estarían bloqueadas... o vacías. Eran tantos los enemigos que había hecho en su carrera que

no tenía un favorito. Adiós a su retiro soñado. Adiós a la buena vida, las mujeres, el lujo...

Terminó su copa lentamente. Se incorporó de nuevo, se abrochó la camisa y se ajustó la corbata. Recogió la chaqueta del suelo, la sacudió y se la puso. Intentó arreglar un poco su lamentable aspecto frente al espejo. Después se acercó a la mesa, cogió la fotografía y fue hasta la trituradora de documentos. Intentó introducirla, pero la máquina no la aceptó. Probó de nuevo, sin éxito. La alisó un poco con las manos, tambaleándose borracho, y lo intentó una tercera vez. “Beep, beep, beep”, el puto pitido y la jodida lucecita seguían advirtiéndole que la máquina no aceptaba la foto. Frolov estalló. Destrozó la foto con las manos, agarró la trituradora, arrancando el cable de la pared y la lanzó contra la cristalera del balcón. La máquina rebotó contra el cristal antibalas. Colérico, la recogió del suelo, salió al balcón y levantándola sobre la barandilla la lanzó al vacío. La vio caer, iluminada a ráfagas por las luces que salían de algunos de los despachos. Casi sin aliento, Antón Frolov, director del FSB, encontró súbitamente la solución a todos sus problemas. Volvió al despacho, cogió la pistola del maletín y tras comprobar que había una bala en la recámara, salió de nuevo al balcón. Con un último esfuerzo se subió a la barandilla, miró los 150 metros de caída y sintiéndose libre por primera vez en años se metió el cañón del arma en la boca y apretó el gatillo.

* * *

Ilya, con ropa de calle y la mochila a la espalda, entró en los servicios. Comprobó que ninguno de los cagaderos estaba ocupado y entró en el último, cerrando la puerta tras él. Levantó la tapa del depósito de agua y remangándose, metió la mano. Al principio no notó nada y se asustó, pero enseguida palpó la bolsa. La agarró firmemente y la sacó. Era una bolsa impermeable que había cogido del almacén. Las usaban para asegurar algunos materiales que tenían que ser desplazados herméticamente. Comprobó que los paquetes de cocaína que contenía estaban secos y los guardó en su mochila.

* * *

La dacha del coronel Valerikov era más modesta que las de los nuevos ricos rusos. Aun así era bastante más decente que esos montones de tablas mal clavadas que surgían como champiñones en los alrededores de la capital rusa. La suya era una auténtica casita de campo, construida por soldados dirigidos por un jefe de obras competente, con buen material y estaba fantásticamente equipada. Pero lo que más le gustaba al coronel en invierno era estar en la sauna y combinarla con baños helados, en un pequeño lago junto a la propiedad.

Valerikov disfrutaba del intenso calor, sentado desnudo sobre el asiento de madera de la sauna. Volcó un poco más de agua en las piedras y enseguida el vapor inundó la estancia. Una radio divulgaba noticias a bajo volumen. Aunque no le prestaba excesiva atención algo oyó sobre el proceso judicial al jefe del comando terrorista que había atentado en uno de los IKEA de la ciudad el año anterior. “*Putos cabrones*”, pensó. La melodía del antiguo himno de la Unión Soviética se empezó a oír cada vez más fuerte. El coronel dejó que su móvil siguiera sonando, pero la llamada no se cortaba. Se incorporó de mala gana y salió de la sauna a la pequeña estancia contigua que le servía de vestidor. Se lió una toalla blanca a la cintura y respondió al móvil.

—Coronel Valerikov —contestó escuetamente.

—Buenas noches señor. Perdona la llamada a estas horas.

El coronel no dijo nada, esperando a que su interlocutor continuara.

—Señor, me temo que ha habido un accidente. El director Frolov ha fallecido.

Hubo unos segundos de silencio antes del que el joven oficial volviera a hablar.

—¿Señor? ¿Sigue ahí? —preguntó.

—Estaré ahí en una hora —respondió secamente el coronel antes de colgar.

Se quedó reflexionando unos segundos. No había esperado una reacción tan radical pero llegó a la conclusión de que aquello no entrañaba ningún problema. Más bien todo lo contrario. Acto seguido se incorporó y salió al exterior, donde todo era nieve junto al lago helado. “*Hace una noche espléndida*”, pensó mirando el cielo. Se acercó hasta el lago y caminó por el hielo unos metros hasta un agujero cavado por él mismo. Se quitó la toalla y se sumergió en el agua helada.

Al coronel le encantaba esta tradición invernal rusa y estaba convencido que era una de las razones de su magnífica salud. Se prometió mantener esa rutina de sauna y baños helados, por mucho que su nuevo cargo de director del FSB le mantuviera ocupado.

* * *

Ilya avanzaba por el largo pasillo que llevaba al control de seguridad. Estaba nervioso, acojonado más bien. Agarraba la correa de la mochila tan fuerte que la sangre apenas circulaba por su mano. Intentó relajarse. Distinguió a lo lejos a los dos guardias del control de seguridad. No los conocía. Su plan acababa de joderse bastante. Pasar el control con una mochila llena de coca frente a Irina y Maxim habría sido arriesgado, pero frente a dos guardias que no conocía era un suicidio. Bajó el ritmo mientras buscaba una solución. Exploró con la mirada alrededor y entonces la vio. Junto al techo, pegada a la pared, había una gruesa tubería de agua. La habían instalado allí temporalmente para las obras de mantenimiento del aeropuerto, que duraban ya meses. En lugar de dirigirse al control, Ilya pasó de largo y continuó por el pasillo que recorría la tubería. Un giro a la izquierda y una puerta entreabierta

dieron paso a unas escaleras que descendían. La tubería seguía por allí. Unos metros más adelante, el camino se acababa frente a una puerta cerrada. Un cartel anunciaba la sala de calderas. Vio que la tubería atravesaba la pared por encima de la puerta. Intentó abrirla, pero no había forma. Volvió sobre sus pasos y siguió de nuevo la ruta que recorría la tubería en sentido opuesto. Tras unos cuantos giros atravesó una verja abierta y, a continuación, otro pasillo, prácticamente a oscuras, hasta que llegó a una zona que debía estar en obras desde hacía mucho tiempo. La tubería bajaba hasta el nivel del suelo y ahí encontró lo que buscaba: una llave de paso. Intentó girarla con las manos, pero no se movió ni un centímetro. Lo intentó de nuevo con todas sus fuerzas, pero no hubo suerte. Buscó entre los escombros de la obra algo con lo que ayudarse. Había una barra de hierro que parecía resistente. Probó a mover la llave haciendo palanca con ella, pero tras unos minutos se dio por vencido y acabó sentado en el suelo, sudando a mares. De repente se le ocurrió otra idea. Volvió de nuevo a hacer todo el recorrido de regreso, ocultando la barra de hierro bajo la chupa, hasta que llegó a la puerta de la sala de calderas. Buscó la rendija entre la puerta y el marco y encajó como pudo uno de los extremos de la barra. Se detuvo un segundo, asegurándose que no se oía a nadie cerca y entonces empujó, echando todo el peso de su cuerpo sobre la barra. La cerradura aguantó la presión; pero no así la puerta, que se rompió a la altura del pestillo. Ilya pensó que el ruido había sido tremendo, pero tras unos tensos instantes, nadie se acercó. Entonces entró.

La tubería que venía del pasillo estaba conectada a una enorme caldera, bastante antigua. Ilya observó los valores de temperatura y presión: 80.°C y 10 bares, dentro de lo normal, según lo que había aprendido en clase. Buscó el mecanismo de apagado automático de seguridad. Sacó sus herramientas de la mochila y, quitando una tapa, desactivo el disparador de sobrepresión. Después localizó la válvula de alivio de presión, conectada al tubo de descarga, y la pateó hasta doblar el tubo de cobre. Giró el controlador de temperatura al máximo y ésta pronto comenzó a incrementarse. Pero la aguja del manómetro tardaba en reaccionar. Ilya empezaba ya a agobiarse cuando la presión subió un punto. A los pocos segundos subió otro punto. A medida que se iba calentando la presión subía más y más rápido. Cogió la mochila y salió de allí pitando.

Los dos guardias del control de seguridad charlaban aburridos.

—La serie que tienes que ver es la de 24 —aconsejaba uno de ellos a su compañero—. Está de pu...

Un ruido descomunal emergió del techo, como el de un volcán en erupción. Los dos guardias miraron sorprendidos hacia arriba. Uno de ellos se adentró en el pasillo mirando atentamente la tubería.

En la sala de calderas, la aguja del manómetro se acercaba a la zona roja. Aquello era una olla gigante a presión.

En el control, el segundo guardia se levantó de su asiento y se acercó hasta su compañero. Los ruidos eran cada vez más fuertes.

—Tal vez deberíamos avisar a alguien —dijo. El primer guardia asintió preocupado.

Ilya, que ya estaba cerca del control, avanzó lentamente, mirando la tubería y calculando cuando reventaría. Por si acaso, se mantenía alejado de ella.

Uno de los guardias sacó su radio.

—Aquí Romeo 9 —Esperaba que los de la centralita siguieran despiertos—. Parece que tenemos un problema con las tuberías del pasillo. ¿Podéis mandar a alguien? Cambio.

La respuesta de la operadora de la centralita se escuchó con claridad, a pesar de las interferencias en la señal.

—Entendido Romeo 9. Os intentamos mandar a alguien de mantenimiento. Corto.

El guardia enganchó de nuevo su radio al soporte del cinturón pero tras otro estruendo proveniente de la tubería la volvió a sacar.

—Rapidito, por favor. Cambio y corto —añadió.

Ilya ya tenía el control de seguridad a la vista. El segundo guardia le vio y regresó lentamente hacia su puesto, junto al escáner, sin dejar de mirar la tubería. Ilya vio que el vapor salía ya de algunas de las juntas. Caminó hasta el escáner haciéndose el sorprendido y mirando hacia arriba.

—Joder, ¿cómo suena eso, no? —dijo.

Dejó la mochila en el suelo perdiendo todo el tiempo posible mientras se quitaba lentamente la chupa y la ponía sobre la cinta. Si aquello no reventaba ya, estaba jodido. No podía dejar que la mochila pasara por el escáner. Se agachó para cogerla del suelo y simuló buscar algo dentro. Se estaba quedando ya sin ideas cuando varios tornillos de la tubería saltaron despedidos por la presión. El guardia pegó un brinco en su asiento.

—¡Coño!

De la tubería se escapaba ahora el agua hirviendo a chorros. Segundos más tarde se oyó una tremenda explosión. “*La caldera*”, se dijo Ilya. Uno de los guardias pidió ayuda por la radio mientras el otro echaba a correr por el pasillo hacia el lugar de la explosión. Ilya, aprovechando el caos, cogió la mochila y la chupa y se largó de allí.

Capítulo XV

“SEX-ISLAND” era el último club de moda en la capital con más millonarios del mundo. Los nuevos ricos, las mujeres más exuberantes, los ejecutivos, los *expats* de grandes bancos y empresas energéticas, los aspirantes a codearse con los famosos, los vividores que consumían sin preocuparse por el mañana porque podría perfectamente no haber mañana... Todos hacían cola. El *face control* era brutal, por muy buena que estuvieras, vistieras Versace, enseñaras relojes de diseño, joyas de Cartier o llegaras en uno de los Bentleys, Cadillacs, Porches, Ferraris o Lamborghinis que interrumpían el tráfico. Sólo unos pocos privilegiados pasaban el férreo control tras saludar al post-adolescente mánager de 19 años, delgado, casi invisible tras los ocho enormes gorilas que resolvían cualquier problema.

Yuri, el camello y de nuevo socio de Ilya, se acercó andando a la puerta del club. Se había vestido lo mejor posible pero jamás en su vida pasaría ése *face control*. Ni siquiera podría acercarse a las primeras vallas, situadas a diez metros de la entrada. A derecha e izquierda de éstas se encontraban, respectivamente, las entradas VIP y normal. Para asombro e indignación de los niños allí amontonados, Yuri se abrió paso hasta los dos gorilas que controlaban el acceso VIP y éstos, reconociéndole, le dejaron pasar. Continuó hasta las escaleras de entrada al club donde otro de los gorilas se dispuso a abalanzarse sobre él, pero el mánager, con un discreto gesto, le paró en seco. El gorila volvió a su puesto, no sin cierta frustración. Ya en la puerta, Yuri siguió al mánager, que lo condujo dentro.

Avanzaron por un pasillo violeta brillante y llegaron hasta un pequeño reservado que parecía un almacén secundario, con folletos de propaganda y pases del club de diferentes colores en una caja. El mánager dejó pasar a Yuri y cerró la puerta. Ambos estaban ahora solos, y apenas se oía el potente volumen de las pistas de baile. Sin mediar palabra Yuri se acercó a un taburete, sacó de su abrigo un estuche de cuero, lo abrió y del interior cogió un pequeño tapete enrollado de plástico. Lo colocó sobre el taburete y puso sobre él dos bolsitas transparentes llenas de polvo blanco. Frotándose las manos, el mánager se acercó a la mercancía. Yuri presentó su producto.

—Ésta es la que me pediste. Al precio habitual, por ser tú, aunque a mí me sale más cara ahora —el mánager asintió—. Esta otra es una pasada. Holandesa mezclada con un toque de peyote mexicano. Es una bomba, pero controlada —el chaval volvió a asentir, impaciente—. Si la quieres, te va a salir cara, al doble que la otra.

El mánager no tuvo ni que pensarlo.

—Me quedo las dos —respondió, sacando un enorme fajo de billetes.

Yuri, que había preseleccionado los clientes más indicados para la coca de Ilya, sacó de un bolsillo otra bolsita.

El mánager le miró con curiosidad.

—Esto es una muestra gratis para que la pruebes. Es sólo para clientes muy, muy exclusivos. Lo mejor que he visto nunca. Vas a volar. Si quieres más, y seguro que vas a querer, vas a tener que pujar alto por ella. Es un lote único y ya hay mucha gente interesada —Yuri le dio un papel—. Éste es tu código personal. Entra en la web que viene ahí y úsalo para hacer tu puja. Tienes hasta mañana a las 12. Cada vez que entres verás cuál es la más alta hasta ese momento y podrás superarla.

Yuri siempre había querido hacer lo de la puja. Lo había ideado con su hermano, informático, hacía bastante, pero nunca se había topado con un producto suficientemente bueno como para lanzarse al mercado online.

El mánager pagó a Yuri y miró la pequeña bolsita de muestra, no muy convencido.

Yuri sonrió mientras recogía sus cosas. Tenía más clientes que visitar.

* * *

La noticia de la muerte del director del FSB había corrido como la pólvora entre los agentes del cuerpo y no poco personal se había presentado en el edificio. Unos por pura curiosidad y otros por puro morbo. Al caos a la entrada del edificio contribuían las inútiles cuatro ambulancias y multitud de coches de policía, del FSB y de otras agencias. Muchos de los presentes se retiraban paulatinamente tras comprobar que no había mucho más que ver. Víktor, que era de los pocos que podía intuir las razones del supuesto suicidio, regresaba hacia su coche sin haber conseguido ninguna información relevante. Estaba analizando cuáles podrían ser las consecuencias para él, cuando vio a Tanya apoyada junto al Volvo, envuelta en su abrigo y bajo un clásico gorro de piel. Probablemente su compañera le había visto caminar en su dirección.

—¡Ey! ¿Se sabe ya qué ha pasado? —preguntó Tanya.

—Sólo rumores.

Se hizo un silencio, mientras ambos se preguntaban si estarían pensando en lo mismo. Hacía frío.

—¿Un café? —propuso Tanya.

Víktor asintió y ambos se montaron en el coche de la agente.

* * *

El interior del club “SEX ISLAND” era una mezcla de mundos imaginarios bañados en oro, con enormes fuentes, árboles, plataformas colgantes, cúpulas móviles... El extremo ruso del oligarquismo. En el servicio de mujeres, espectaculares jóvenes se agolpaban frente a los espejos de diseño, retocando su maquillaje, ajustando vestidos,

sujetadores, tangas, incluso gafas de sol. Una esquelética aspirante a modelo terminó de pintarse los labios y su codiciado puesto frente al espejo se cubrió rápidamente tras una breve lucha. La modelo salió, subió un tramo de escaleras y recorrió un pasillo decorado en dorados y rojos hasta una enorme sala abierta donde la desenfadada fiesta no parecía tener límites. Cuatro DJ, tres barras interminables y otra giratoria, no daban abasto a la sed de sudorosos cuerpos esculpidos de gimnasio, anabolizantes, cervezas y mesas de cirugía. Dos gogós desnudas, bañadas en polvo plateado, jugaban lésbicas encima de un enorme cubo rosa. La modelo las observó con admiración mientras cruzaba la sala besando y saludando a algunos conocidos. Llegó hasta una mesa VIP donde un equipo de TV entrevistaba al famoso cantante Denis Kirkorov, uno de los pocos hombres rusos en la cuarentena que no aparentaban sesenta años.

—... entonces, ¿vas a presentarlo mañana? —terminaba de preguntarle la reportera.

—Mañana daré una rueda de prensa —respondió un sonriente Kirkorov—, pero esta noche, en exclusiva, canto el primer single aquí, en el “SEX-ISLAND”, ¡el mejor club del mundo!

La joven modelo se sentó junto a él y tras darse un fugaz beso el cantante la sujetó por la cintura, acercándola a él.

—¡Gracias! —añadió Kirkorov mirando a la cámara con su blanqueadísimos dientes—. ¡Os quiero!

Se alejó, acompañado por la modelo, mientras la reportera se giraba a cámara para seguir con su crónica de la fiesta.

La pareja llegó hasta una escalera situada en el centro de la pista más grande y custodiada por otro de los gorilas del club. Éste levantó el cordón burdeos, abriéndoles paso sin necesidad de que se lo pidieran. El gorila estaba bien preparado; conocía a todos los VIP. La escalera subía en caracol por el interior de una estructura cilíndrica hasta dar a una zona abierta con tres mesas llenas de *champagne*, coñac, vodka, narguiles, así como abundante comida y otras bebidas. El mánager del club estaba recostado en unos puff, rodeando con sus brazos a un amigo y a otra modelo. También estaban presentes varios amigos. Kirkorov y su pareja llegaron hasta ellos y el mánager se levantó para abrazarles. Kirkorov le dijo algo al oído y el chaval, sonriendo, llamó a un par de las chicas y a otros dos amigos. Se dirigieron todos hasta una pasarela que llevaba a los baños privados del área VIP, cargando en las manos botellas y copas.

Los baños eran el paradigma de la opulencia absurda. Espejos con diamantes incrustados, mármol de carrara, una fuente transparente con forma de Venus de Milo supuestamente diseñada por Dalí, sillones de cuero rodeando mesas de cristal y acero encargadas a Moser, urinarios con formas de gárgolas... Había incluso un *jacuzzi* de porcelana con una bola disco de los años ochenta montada encima.

Kirkorov y los demás se arrellanaron alrededor de una de las mesas de cristal y el

mánager sacó las dos bolsitas de droga que había comprado a Yuri un rato antes. No fue el único. La mayoría tenía mercancía y la compartieron generosamente.

* * *

Tanya conducía su Volvo por las atestadas calles de la megalópolis. Parecía que nadie dormía en esa ciudad siempre iluminada por los faros de los coches. No habían intercambiado una sola palabra desde que habían dejado el FSB. Estaba preocupada. El caso había pasado de una rutinaria investigación de tráfico de drogas a un enrevesado asunto de terrorismo y aparentemente, de luchas internas en el FSB. Ella no conocía muy bien al director Frolov pero el que apareciera muerto en un aparente suicidio, horas después de la tensa reunión con el presidente, no le daba buena espina. La historia del FSB y su antecesor no eran como para estar tranquila. De vez en cuando miraba a Víktor, que parecía igualmente tenso y absorto en sus pensamientos. Tanya sabía que Víktor conocía mucho mejor al coronel Valerikov y estaba claro que sabía bastante más del caso que ella.

—¿Crees que corremos peligro? —se atrevió a preguntarle, sin apartar la vista de la carretera.

Víktor salió de su ensimismamiento y tardó un par de segundos en procesar la pregunta.

—No creo. Prefiero no pensarlo la verdad. Yo diría que es un suicidio. He oído queapestaba a alcohol.

Tanya respiró aliviada.

—Eso es bueno. No creo que se hubieran complicado tanto para eliminarle —aunque sabía que, si el suicidio no era tal, no les habría costado hacerle tragar lo que fuera antes de pegarle un tiro y lanzar su cuerpo al vacío.

Víktor no pudo evitar sonreír. *“Eso es cierto, no necesitan disimular. Nunca lo han hecho y no ha pasado nada”*, pensó.

De nuevo el silencio invadió el interior del coche. Fue otra vez Tanya quien lo rompió.

—Estoy un poco perdida la verdad. No sé por dónde seguir con lo de la droga. Buscamos a ciegas, sin pistas.

Víktor permaneció callado, asintiendo ligeramente con la cabeza.

* * *

En el interior del “SEX-ISLAND” la fiesta continuaba. El mánager, el cantante Kirkorov y el resto del grupo habían consumido toda la coca; pero seguían bebiendo litros de alcohol. Algunos bailaban desnudos. Dos de las chicas se daban el lote en el jacuzzi mientras a Kirkorov se la estaba chupando la modelo, arrodillada en el suelo

junto a la mesa. Él casi ni se enteraba. Sacó un puro del bolsillo de la chaqueta, tirada a su lado, y buscó, sin suerte, un mechero. El mánager estaba prácticamente desmayado junto a él. Le empujó, pero ni se inmutó. Le palpó los bolsillos esperando que llevara un encendedor encima y notó algo. Metió la mano y sacó otra bolsita de coca; la que Yuri le había dado de muestra.

—Será cabrón —murmuró mirando al inconsciente mánager.

Sonrió mientras abría la bolsita, muy borracho para darse cuenta de que babeaba. Agarró de los pelos a la modelo, que aún se la intentaba chupar pese a que el empalme se le había bajado, y la apartó sin miramientos para hacer espacio en la mesa. De repente vio el narguile sirio que las chicas habían intentado fumar y que ni siquiera habían logrado encender. Se le ocurrió probar a fumarse la coca con el narguile. Quitó el papel de plata que cubría el tabaco y volcó encima el contenido de la bolsita. Lo mezcló con los dedos. La modelo se reía, colocada. Kirkorov puso de nuevo el papel de plata, colocó con dificultad el carbón que se había caído al suelo y rebuscó alrededor hasta dar con el mechero Bunsen. La modelo se incorporó con un gran esfuerzo y se sentó en su regazo. Kirkorov rió y encendió el carbón.

Ninguno vio el vapor salir del cabezal de la pipa. Denis Kirkorov y la modelo cayeron inertes instantáneamente. El mánager convulsionó un par de segundos y, ya muerto, una extraña espuma le salió por la nariz. En apenas un minuto las chicas del *jacuzzi* y el resto de los presentes yacían sin vida en los servicios *VIP del mejor club del mundo*.

* * *

Ilya estaba en su casa, sentado en el suelo; la espalda contra la pared. Nervioso, indeciso, sintiéndose culpable. El móvil danzaba de una mano a la otra mientras decidía si llamar o no. Miró los paquetes de coca que tenía frente a él. La Nana nunca lo sabría; eso la mataría antes que cualquier otra cosa. La mujer que le había sacado de aquel mundo yacía moribunda en una cama de hospital, esperando una operación vital que no podía pagar. Y no veía otra salida. Pero aunque ella nunca se enterase, él siempre lo sabría. Y por primera vez en su vida se dio verdadera cuenta de lo muchísimo que le importaba ser digno de la confianza de alguien. Era lo único de lo que de verdad podía sentirse orgulloso en su vida; saber que aquel ángel en forma de anciana podía confiar en él.

—¡Joder! —gritó al vacío de la habitación.

Se levantó de golpe y desapareció de la habitación para, segundos después, volver con una bolsa negra de plástico de las de la compra. La abrió y tiró rápidamente los paquetes de coca dentro. Tenía que deshacerse de la droga antes de volver a cambiar de opinión.

Bajó por el ascensor, golpeando repetida e inconscientemente con la mano la pared metálica. Llegó al bajo, salió a la calle tal cual estaba en el piso, con un jersey

fino y zapatillas caseras, y giró hacia el callejón donde estaban los contenedores de basura del edificio. Llegó junto a los enormes cubos de metal y abrió la pesada tapa. Lanzó la bolsa al interior sin miramientos y regresó corriendo al portal, con los pies calados por la nieve, sin querer mirar atrás.

* * *

Una de las cosas que más había sorprendido a Tanya la primera vez que viajó al extranjero, a Bruselas concretamente, había sido que las tiendas, cafés, restaurantes, y en definitiva todo menos los hoteles, cerraran más o menos a las siete de la tarde. Su entonces amante le explicó que la Moscú post-soviética era una de las pocas ciudades del mundo donde uno podía comprar flores a las dos de la mañana, proponer matrimonio cenando en un restaurante con mariachis una hora más tarde, alquilar una limusina a las cuatro de la mañana y casarse en el juzgado a las siete. “*Probablemente es lo que él ha hecho*”, había pensado Tanya en aquel momento.

Esa madrugada, mientras Víktor y ella se sentaban en una mesa libre, le hizo gracia imaginar que en ese café de la cadena *Shokoladnitsa*, de tonos rojos y marrones claros, con mesas pequeñas y redondas de color blanco, se le fuera a declarar su compañero.

Había pocos clientes para lo que solía ser habitual. La camarera se acercó enérgica y seca, como era norma en el país. Pidieron dos cafés y Tanya añadió una magdalena que tenía buena pinta, al menos en la foto de la carta. Le había entrado algo de hambre. La camarera se alejó, no sin antes repetir el pedido para confirmarlo, no se fuera a confundir recordando tamaña lista.

—¿Cómo entraste en esto? —preguntó repentinamente Víktor.

—¿En el cuerpo? Era buena estudiante.

—No. Me refiero a cómo se te ocurrió trabajar en esta mierda.

Tanya se fijó bien en su colega del FSB. Notó una pesadez en su cuerpo, como si llevara una gran carga interior. Le hablaba con tono educado, pero distante. En parte parecía estar teniendo una conversación consigo mismo.

—Idealismo, supongo —respondió Tanya tras pensarlo—. Ayudar a mi país, luchar contra los malos... Lo típico.

—... los malos... —la medio sonrisa irónica de Víktor lo decía todo.

—Mira. Ahora mismo lo único que quiero es encontrar esa droga. Sólo pensar que puedan usarla me pone los pelos de punta. ¿Una cocaína que se convierte en gas letal o lo que sea esa mierda? Joder —Tanya se alteró pensando en la responsabilidad que tenía—. No sé qué demonios...

Víktor no acabó de escuchar la frase de Tanya. El corazón le había dado un vuelco. Ahí sentada, unas mesas detrás de Tanya, estaba esa hija de puta. Su primer instinto había sido levantarse e ir a matarla a puñetazos, pero eso tendría que esperar.

Debía mantener la calma. Ella le miraba impasible, fría. Luego miró a su izquierda, hizo un gesto con la cabeza y volvió a mirarle. Víktor miró a su derecha. La mujer le estaba indicando que se metiera en el servicio.

—Perdona, voy al baño —se disculpó interrumpiendo a Tanya.

Entró en el servicio de caballeros y se aseguró de que no había nadie. Nervioso, anduvo de lado a lado hasta que oyó unos pasos que se acercaban. La puerta se abrió y la mujer entró.

Víktor se le acercó amenazadoramente, apenas a un par de centímetros de su cara.

—¡Como le hayáis tocado un pelo! —gritó mientras le agarraba el cuello con su gigantesca mano.

Ella no se asustó. Al contrario, le miró fijamente hasta que Víktor, haciendo un esfuerzo por no romperle la cabeza contra el mármol, acabó por soltarla.

—Tranquilo soldado —dijo ella ajustándose la blusa—. Deberías preocuparte por conseguirnos el antídoto. Se te acaba el tiempo.

—Quiero hablar con ella. ¡Ahora! —intentó parecer firme, pero su desesperación era más que evidente.

Ella sacó un móvil del bolso y marco un número rápido.

—Ponla al teléfono —dijo a su interlocutor.

Le pasó el teléfono a Víktor.

Al principio no oyó nada. Después, sólo la súplica llorosa de su niña.

—¡Papá! ¡Papá, ayúdame!

—¡Mi ángel! —a Víktor se le saltaron las lágrimas cuando escuchó el llanto de su hija Olya, aterrada—. Tranquila mi sol. ¡Papá te va a sacar de ahí! ¡No te...

La señal se cortó.

—... preocupes! —su niña ya no podía oírle. Se volvió hacia la mujer, furioso, con los ojos en llamas—. ¡Hijos de puta! Os juro...

—Se te acaba el tiempo —le cortó ella, ajustándose el pelo frente al espejo—. Tienes 48 horas. El antídoto o no la volverás a ver de una pieza.

Recuperó su móvil de la mano del agente y se marchó, dejándole solo en el baño.

Víktor se llevó las manos a la cabeza, sosteniéndose contra la pared, lleno de temor y de rabia. Olya seguía viva, pero esos hijos de puta hablaban en serio.

El espejo del baño se partió en cientos de pedazos. Víktor abrió el grifo y puso sus sangrientos nudillos bajo el agua helada.

Tanya seguía sentada, dándole vueltas a la taza de café, como una adivina cuyos posos van a mostrarle el futuro. Miró a una televisión cercana. Estaban emitiendo un vídeo musical de algún canal americano. La emisión se interrumpió y apareció una reportera de noticias. Bajo ella, sobreimpreso, se podía leer el titular: “Varios muertos en un club de Moscú”. La periodista estaba frente a un club nocturno. A Tanya le sonaba el sitio. Varios coches de policía, ambulancias y una multitud se apelotonaban en los alrededores. Tanya se giró hacia un chaval joven que estaba tras la barra.

—¿Puedes subir el volumen, por favor?

El chico alzó el mando:

“... y lo que parece haber sido una estampida. Al menos diez personas han muerto aplastadas por la avalancha. Como les hemos adelantado en exclusiva, el origen de la estampida podría deberse al pánico de una empleada del local al encontrar al actor y cantante Denis Kirkorov y otros invitados muertos en uno de los baños VIP”.

La reportera se ajustó el auricular, tratando de escuchar entre tanto ruido,

“Me informan que ya podemos mostrarles las imágenes captadas por uno de los asistentes a la fiesta”.

El realizador tardó unos segundos en lanzar las imágenes, mientras la reportera se volvía a ajustar el auricular para escuchar el texto que debía repetir. El video estaba grabado con un móvil. No era de gran calidad y además la imagen se movía mucho, pero se podía identificar claramente a varias personas en el suelo e incluso un par de jóvenes desnudas flotando en un *jacuzzi*, todos muertos.

“El joven que grabó estas imágenes está ingresado en estado crítico en el hospital, lo que avalaría la teoría de la policía del escape de gas que les adelantamos hace escasos minutos”.

Tanya reconoció al cantante Denis Kirkorov. Sabía que esa gente no estaba en un servicio cualquiera del club. Aquello era una zona VIP. Y Tanya sabía que lo que pasaba en esos clubs, viendo a las preciosas jóvenes muertas por los suelos, era algo más oscuro. Ella misma había pasado muchas noches en sitios como ése.

Era una posibilidad bastante remota, pero desde luego aquello no era un escape de gas. No tenía ninguna pista mejor así que pidió la cuenta rápidamente. Empezó a recoger sus cosas y se puso el abrigo.

En ese momento regresó Víktor de los servicios.

—¡Tenemos que irnos! Puede que tengamos una pista —le dijo Tanya algo excitada. De repente vio que llevaba la mano envuelta en papel higiénico manchado de sangre.

—Joder, ¿qué te ha pasado?

Víktor no respondió. En su lugar, inspeccionaba el bar, como buscando a alguien.

—Deberían verte eso. Tiene mal aspecto —Tanya quería irse cuanto antes al club pero tampoco podía dejar a Víktor ahí con una mano sangrienta y sin coche.

Víktor notó que Tanya le miraba sin saber qué hacer.

—Vete —dijo—. No te preocupes, no es nada. Cogeré una *mashina* —refiriéndose a cualquier conductor que estuviera haciendo de taxista.

—¿Estás seguro?

Tanya se estaba cerrando ya el abrigo y poniéndose el gorro. Víktor se obligó a sonreír, asintiendo. Lo último que necesitaba era perder más tiempo del que llevaba perdido. La vio salir y esperó a que se metiera en su coche. Luego se puso el gabán y salió en busca de un *mashinero*. Se alejó del café y se acercó a la calzada, aunque se quedó intuitivamente a un metro del borde, para evitar las salpicaduras de nieve y barro que levantaban los coches. Escondió la mano herida bajo el abrigo y extendió la otra; no quería que los cientos de taxistas piratas pensaran que era un borracho que venía de alguna pelea y no le cogieran. A los pocos segundos se paró un Volga y tras él otros dos coches, por si el primero no llegaba a un acuerdo. Víktor abrió la abollada puerta del acompañante y negoció rápidamente un precio. Se montó y los tres coches reanudaron su marcha.

* * *

Ludmila se llevó la mano al cuello mientras conducía de regreso al pequeño piso de alquiler. A pesar de que había mantenido la frialdad, Víktor le había hecho daño. Por un momento había pensado que no saldría con vida de los servicios de ese café. Pero la furia que había visto en los ojos del agente del FSB tenía su utilidad y sin duda era mejor que el miedo.

Habían elegido a Víktor por dos razones principales: era el agente que había estado trabajando junto con el doctor Yakovlev y además tenía una hija. La idea de raptarla había sido suya. Conocía la debilidad de los hombres divorciados por sus hijos, sobre todo si son niñas. El problema es que parecía sincero cuando decía que no sabía dónde estaba el antídoto, aunque ella tenía la esperanza de que esa furia que sentía le espoleara para encontrarla. Si finalmente no aparecía, sería la voluntad de Alá.

Se estaban quedando sin tiempo y no tenían aun ni la droga, ni el antídoto. Además, necesitaba un plan alternativo para hacerse con la tarjeta de acceso a zonas del juzgado a las que ella no podía acceder e Irina, esa gorda charlatana, seguía siendo su mejor baza.

* * *

Ilya llevaba un rato de regreso en el piso. Descalzo, sentado de nuevo en el suelo, apoyado contra la pared y golpeando impotente con la cabeza en el muro, intentando convencerse de que había hecho lo correcto. Sacó el arrugado paquete de cigarrillos del pantalón y se llevó uno a la boca mientras buscaba el mechero en sus bolsillos. La primera calada fue lenta pero con tal intensidad que el humo tardó una eternidad en abandonar sus pulmones. Sin embargo, la Nana no desaparecía de sus pensamientos. “¿*Qué cojones voy a hacer?*”. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de conseguir

tantísimo dinero no ya en días, sino en años. Se acordó de repente de Yuri y el trato que habían hecho. No se preocupó. ¿Qué iba a hacerle? ¿Cabrearse por no entregarle la droga? No le había adelantado ninguna cantidad así que eso no era problema.

El ruido que venía de la calle era inconfundible pero por un momento su cerebro no pareció procesarlo. Era un ruido al que se había habituado hacía mucho y tardó un rato en prestarle atención. La imagen del camión de la basura maniobrando marcha atrás le vino entonces a la cabeza. Se incorporó de un salto, se calzó malamente las botas y salió disparado del apartamento. Afortunadamente el ascensor seguía en su planta. “*Vamos, vamos, vamos*”, murmuró para sí mientras descendía hasta llegar a la planta baja. Salió corriendo del edificio y fue hacia el patio. El camión ya tenía enganchado el cubo donde había tirado la droga y lo estaba empezando a elevar.

—¡Para! —gritó Ilya sin dejar de correr.

Ni el conductor ni el operario podían oírle. Ilya siguió gritando, agitando los brazos mientras recorría los ciento cincuenta metros que le separaban del camión y que se le estaban haciendo eternos.

—¡Para!, ¡PÁRALO!

Por suerte, la grúa del camión era muy lenta. Consiguió llegar hasta el operario que la manejaba, que se asustó cuando Ilya le cogió del brazo.

—¡Perdona! —le dijo Ilya resoplando—. Necesito recuperar una bolsa.

El tipo le miró desconfiado.

—En serio tío, creo que mi abuela ha tirado los medicamentos sin darse cuenta —improvisó sin pestañear siquiera.

El tipo no parecía muy convencido aunque finalmente cedió y bajo el contenedor.

—Date prisa, que no tengo toda la noche.

El contenedor le llegaba a Ilya a la altura del cuello. Tuvo que saltar para quedar colgado del borde, haciendo equilibrio sobre su estómago mientras se sujetaba al asqueroso y corroído metal con la mano izquierda. Estaba lleno de bolsas de todos los colores y se dio cuenta de que no sabía cómo era la que él había tirado. “*Tiene que ser una de las primeras*”, pensó. La escasa luz del patio no ayudaba. Cogió una al azar, aunque enseguida supo que no podía ser ésa; pesaba demasiado. Cogió otra más ligera. Soltó la mano con la que se equilibraba para poder abrirla mientras hacía un esfuerzo para no caerse dentro del contenedor. ¡Ahí estaban!

—¡Muchas gracias! —dijo al basurero tras saltar al suelo con la bolsa.

* * *

El Volvo de Tanya volaba por las calles del centro de Moscú. La *migalka*, la sirena azul en el techo, lanzaba brillantes destellos mientras la agente esquivaba coches cruzando carriles a izquierda y derecha. Su metódica mente ya iba ordenando los siguientes pasos a seguir en cuanto llegara al “SEX ISLAND”.

* * *

De la radio del taxi pirata que llevaba a Víktor salían los acordes de “*Dios se ha cansado de amarnos*”, una deprimente canción de *Splin*. En el interior del coche el taxista armenio no dejaba de echar miradas a la mano ensangrentada de ese tipo al que había cogido, temiendo que manchara aún más la tapicería.

A Víktor se le estaba haciendo largo el camino de vuelta hasta la sede del FSB. Tenía que calmarse y regresar una vez más al apartamento de Eva. El antídoto, su fórmula o lo que fuera que sirviera para crearlo, en caso de existir, tenía que estar allí. No podía dejar de pensar en la voz aterrorizada de su hija. Desechó de su mente los recuerdos de todas las veces que había buscado infructuosamente alguna pista en casa de Eva mientras estaba con ella. No quería aceptar la opción de que no existiera. No podía.

Cuando llegaron al edificio del FSB Víktor ya tenía los 200 rublos preparados. Pagó y fue rápidamente a buscar su coche, un Audi rigurosamente negro y aparcado bajo unas cubiertas de uralita, que si bien no protegían del frío, al menos evitaban que la nieve se acumulara. Se montó y salió disparado.

* * *

El Volvo de Tanya llegó a toda velocidad al “SEX-ISLAND” y se detuvo frente a las vallas colocadas por la policía. Se bajó y observó que la multitud de curiosos no había disminuido, más bien al contrario. La llegada continua de medios de comunicación había atraído todavía a más gente. Tanya se identificó ante uno de los policías que vigilaban el perímetro y se dirigió a las puertas del club pero en lugar de entrar se acercó al que parecía el detective al cargo; intercambió unas palabras con él y éste le señaló a un equipo de televisión detrás del cordón de seguridad. Tanya se acercó a ellos y reconoció a la reportera, a quien había visto dar la noticia en la televisión del café.

—Buenas noches. Soy la agente Kasyanenko, FSB. ¿Tienen un minuto? —y sin darles tiempo a responder, continuó—. Nos han informado que ustedes han estado grabando la entrada al club desde la apertura —dijo, haciendo una suposición que presumía acertada.

La reportera procesaba aún las siglas que había visto en la placa de la agente. Se la veía asustada.

—Sí, nuestra cadena promocionaba la fiesta.

—Vamos a necesitar ver esas grabaciones —dijo Tanya, tajante, sin dar lugar a la más mínima réplica.

La periodista, apenas una cría, no tenía nada que oponer y menos al FSB. Tanya notó que el cámara había reaccionado instintivamente, bajando la cámara del hombro

y protegiendo la bolsa en la que probablemente llevaba las cintas con las grabaciones del día. Decidió cambiar el gesto serio por uno más conciliador. Se permitió incluso una ligera sonrisa. El cámara no era un niño sino un tipo de unos treinta y cinco o cuarenta años, así que podría ser duro de pelar si ella iba de malas...

—No queremos requisar las grabaciones —dijo—. Si podemos evitarlo, claro. Me gustaría poder verlas aquí, ahora, ¿os parece? —y vio que el cámara asentía ligeramente tras un instante de reflexión.

“*Bien jugado*”, se dijo a sí misma.

—¿Tenéis algún sitio donde podamos revisarlas? Es bastante urgente.

La reportera, el cámara y otro chaval, que parecía algún tipo de asistente técnico, se miraron entre ellos hasta que la chica acabó señalando una furgoneta de “MTV Channel Russia”.

—En nuestro camión —dijo la reportera, y enseguida miró al cámara, dejando claro que le tocaba a él ayudar a la agente.

El hombre le pasó la cámara, resignado, al chaval.

—Si pasa algo, me llamáis —les dijo antes de alejarse junto a Tanya.

El camión estaba equipado con un kit de realización. El cámara se sentó frente a la mesa de producción.

—Tenemos todo el bruto desde la llegada de los primeros VIPS —pero viendo la expresión de ignorancia de la agente, se explicó mejor—. “*Bruto*” quiere decir que tenemos todo lo rodado sin editar, aunque ya está pasado de las cintas al ordenador. Vamos, que hay unas cuatro horas de video. ¿Qué es lo que necesita?

Tanya se quitó el abrigo mientras se sentaba en un taburete junto al cámara.

—Empecemos por revisar todas las tomas que muestren la puerta de entrada del club, especialmente a los gorilas —lo más probable era que los encargados de seguridad del club estuviesen metidos en cualquier asunto de drogas. Si, como secretamente deseaba, las muertes que se habían producido en el club eran debidas a la droga que el FSB buscaba, lo primero era comprobar a quién dejaban pasar los gorilas. En la seguridad de los clubs había muchos expresidarios y exmilitares mal pagados que se sacaban bastante pasta dejando entrar a los camellos.

—Si tenemos suerte —añadió— no tendremos que revisar el resto.

—Usted manda —respondió el hombre. Luego se puso a tocar manipular los interruptores y niveles del panel de control.

Las imágenes comenzaron a pasar a gran velocidad. Ambos buscaban tomas de los gorilas de la entrada.

Capítulo XVI

Disfrutar del agua caliente en la ducha. Una de las cosas que Eva más odiaba de Moscú era el periodo de tres semanas al año en que se cortaba el agua caliente para limpiar y reparar los conductos de la ciudad. Aunque fuera en verano, no soportaba ducharse con agua fría. Reajustó un poco el grifo y subió más la temperatura.

Era feliz. Acababan de hacer el amor otra vez. Se sentía muy agradecida de haber encontrado a Oleg, quien le hacía excitarse con sólo rozarla o incluso cuando simplemente le olía. Le daba igual que fuera sordomudo y que la comunicación no pudiera ser más fluida. Eso les daba tiempo a pensar mejor lo que decir.

Comenzó a cantar un tema de *Ruki Vverh* aunque no recordaba toda la letra. Sabía que lo hacía fatal pero le dio igual.

Oleg sonrió pensando en la escena de hacía apenas unos minutos. Estaba intentando dejarla grabada en su mente. Eva desnuda, con esa piel tersa y templada, tumbada de espaldas sobre él, con el cuerpo ligeramente arqueado hacia arriba, moviendo suavemente su cadera arriba y abajo. Él la penetraba lentamente, masajeando sus pechos y sintiendo su húmedo y acogedor sexo recibirle como a un ser amado largamente ausente. Ella le agarraba del pelo, girando la cabeza para besarle apasionadamente. Notó que se volvía a empalmar.

Se dio cuenta de que se le estaban pasando las setas y las retiró del fuego. Ni siquiera sabía qué hora era, pero es lo que tenía el sexo, que daba hambre. Se ajustó el gorro de chef, que había fabricado con un par de folios de papel, y sirvió las setas en un bol que cubrió para mantenerlas calientes. Le encantaba cocinar. El aroma de los ingredientes cocinándose, el calor, el improvisar un poco cada vez.

Eva entró en la cocina secándose el pelo y tarareando aún la canción. En seguida le invadió la apetitosa fragancia que llenaba el aire.

—¡Madre mía! ¡Qué bien huele!

Notó que Oleg se acercaba y la cogía por la cintura tras darle un beso y ponerse detrás de ella. La condujo con cuidado hasta los fogones. Rió feliz cuando él le hizo cosquillas. Le encantaba que lo hiciera, aunque siempre se quejara. Notó que Oleg cogía algo y le oyó introducirlo en una olla. Supo que le iba a dar de probar la nueva maravilla que estaba preparado y abrió la boca. Le oyó soplar para enfriar la cuchara y luego notó en sus labios el cucharón de madera. Era una crema de espinacas, con algo de queso y especias. Espectacular.

—¡Mmm..... Dios mío! ¡Esto está de muerte! —dijo Eva, dejando la boca sensualmente entreabierta—. ¡Más!

Oleg se rió. Eva le oyó teclear en el ordenador.

—No, que luego te llenas y no me comes. También hay ragú de ternera a las finas

hierbas.

—¡Umm! Genial. ¿Y de postre?

De nuevo oyó el tecleo.

—Tenemos un bote de nata y chocolate fundido...

Eva rió.

* * *

El Audi negro estaba aparcado frente al edificio de Eva. El motor encendido para evitar congelarse. Los auriculares le hacían algo de daño.

“¡Umm! Genial. ¿Y de postre?”.

La voz de Eva se escuchaba clara. “*Y feliz*”, pensó Víktor. De nuevo oyó el tecleo, que ya había identificado como el ordenador que el doctor Yakovlev había creado para su hija.

“Tenemos un bote de nata y chocolate fundido”...

La extraña voz del altavoz del ordenador sonaba algo más lejana que la de Eva. Víktor pensó que o bien el ordenador estaba en otra parte de la cocina, más lejos del micro que él había instalado, o simplemente el volumen era menor.

“Pues no sé... Podemos trasladar el postre a otra habitación... a lo mejor al dormitorio. Se me ocurren algunos juegos... ¡No, déjame! Ja, ja, ja ¡No seas guarro! NOOO ja, ja, ja”.

El fuerte golpe en la ventanilla del coche le dio un susto brutal. Víktor se había llevado instintivamente la mano a la pistola pero al ver que sólo era un viejo borracho que había chocado contra el cristal la soltó. Furioso, cansado e impotente, salió del coche hecho una fiera y cogiendo al viejo por las roídas solapas del pestilente abrigo le tumbó contra el capó.

—¡Borracho hijo de puta!

Armó el brazo para soltarle una hostia y en los ojos del viejo vio puro terror. Se quedó en esa postura unos segundos, hasta que finalmente se calmó y bajó el brazo. Incorporó al viejo, que farfullaba algún tipo de disculpa, y le ayudó a coger la bolsa de tela con sus tres o cuatro pertenencias que estaba tirada en la nieve. Miró al edificio de Eva. Allí no había mucho que hacer por ahora.

—Anda, vamos —dijo, cogiendo al viejo por el brazo y echando a andar.

* * *

Eva y Oleg seguían sentados en la mesa, aún llena de comida a pesar de haberse alimentado como para una semana. Tenían las manos unidas, entrelazadas por los dedos. Llevaban un rato así, mirándose sin ver uno ni oír el otro. Disfrutándose. Al

cabo de un rato Eva habló, moviendo lentamente los labios.

—Quiero decirte algo, ¿me estás mirando?

Oleg le dio un ligero apretón en la mano. Entonces vio a Eva levantarse, muy recta y digna, un gesto que le encantaba y a la vez le hacía mucha gracia. La vio respirar profundamente y empezar a mover muy lentamente sus manos. ¡Estaba hablando el lenguaje de signos! Y no lo hacía nada mal. No le costó entenderla.

—Sólo quiero decirte que me haces tremendamente feliz. Te quiero.

Oleg no pudo evitar la emoción y notó cómo se le humedecían los ojos. Aunque Eva no podía verle respondió él también en el lenguaje de signos.

—Yo también te quiero. Más que a nada en este mundo.

Entonces se levantó, se acercó a ella y la besó dulcemente. Eva respondió ansiosa al beso pero enseguida le apartó. Quería decirle algo más. Oleg notó que hacía un esfuerzo por recordar las posiciones de las manos. La vio morderse ligeramente el labio inferior mientras hacía ligerísimos movimientos con las manos, insegura, buscando la combinación adecuada. Tras unos segundos Eva recordó la frase que había aprendido y empezó a mover de nuevo las manos.

—Y como me hagas daño te corto el pene.

Oleg rió con ganas. Su cuerpo se agitaba con las mudas carcajadas.

* * *

Víktor y el viejo estaban dentro del coche, con la calefacción en marcha. El anciano borracho estaba terminando de devorar un *Big tasty*, la hamburguesa más gorda que habían visto en el McDonald's. Víktor casi no había tocado la suya aunque sí saboreaba un café. No estaba del todo mal. Miró al viejo con compasión. El pobre hombre tenía la cara pelada del frío y del alcohol. La punta de la nariz le brillaba roja, como si fuera uno de esos payasos de los dibujos animados. Le vio acabarse la hamburguesa casi sin respirar y, aún masticando el último bocado, mirar la suya con ansia.

Se colocó un auricular en la oreja y tras comprobar que Eva y su novio seguían follando se lo volvió a quitar. Se limpió las manos con unas servilletas húmedas perfumadas que siempre tenía a mano y bajó su ventanilla. Era mejor morir congelado que asfixiado con el ácido hedor que desprendía el anciano, que tosía ahora atragantado con la hamburguesa de Víktor.

Supo que se le iba a hacer larga la espera.

Capítulo XVII

Eran ya pasadas las siete de la mañana cuando el Volvo de Tanya entró en el *parking* del FSB tras haberse identificado ante el guardia de la garita y pasar el escáner automático de matrículas. Aparcó en una plaza cercana a la entrada principal. A esa hora no habían llegado aún la mayoría de empleados. Al acercarse al edificio se fijó en que había algunas coronas de flores junto a un área acordonada. Supuso que era donde había acabado el cuerpo del fallecido director Frolov. Se detuvo y miró hacia arriba. Tanya no quiso ni imaginarse cómo debía haber quedado el cuerpo.

En la entrada del edificio había un puesto de seguridad. Saludó al joven agente y abrió con su tarjeta de acceso. Mientras se acercaba a la antesala del despacho del director del FSB sacó un sobre que llevaba en el bolso. La exsecretaria de Frolov estaba rodeada de cajas de cartón, terminando de meter las pertenencias de su fallecido jefe. Tanya no notó el más mínimo síntoma de tristeza en la mujer quien, al verla, levantó un dedo mientras cogía el teléfono.

—Señor director. La agente Tanya Kashianenko ha llegado —anunció a su nuevo jefe—. Sí señor.

Colgó y se dirigió a Tanya.

—Puede pasar.

—Gracias.

Una vez dentro, Tanya encontró al coronel Valerikov, hasta hacía unas horas su jefe directo, de pie junto a la mesa. El despacho estaba lleno de papeles y cajas. El Coronel se estaba sirviendo una copa.

—¿Bebe algo? —le ofreció.

—Gracias pero no bebo, señor.

La pausa que siguió se le hizo incómoda.

—Señor, creo que podemos tener una buena pista sobre el paradero de la droga.

Tanya abrió el sobre y sacó unas fotos ampliadas. Eran fotogramas sacados de una toma de la cámara del equipo de televisión. La había encontrado tras varias horas revisando las grabaciones.

—Estamos bastante convencidos de que este hombre es un camello —Tanya señaló en la foto a un tipo joven que entraba con el mánager en el club.

El coronel cogió la foto y la observó mientras le daba un trago a su *whisky*.

—¿Lo del club de esta noche?

—Sí señor. He pedido a nuestro forense que estudiara el caso. Estamos a falta de la confirmación definitiva pero las pruebas preliminares indican que es nuestra droga.

Tanya notó al coronel genuinamente sorprendido.

—¿Y qué cojones hace un camello con nuestra droga?

—Sólo podemos hacer conjeturas señor —lo cual era totalmente cierto—. Aún no sabemos si la tiene él o no; o cuánta tiene. En cualquier caso hay que encontrarle.

El coronel dejó el vaso de *whisky* en la mesa, miró su reloj y se acercó hasta el teléfono. Era un hombre que tomaba decisiones rápidas y generalmente radicales.

—Voy a ponerla a usted al mando de la coordinación de todas las agencias —dijo mientras marcaba un número.

Tanya no supo qué decir. Sólo alcanzó a balbucear.

—Gracias señor.

No se había esperado esta reacción en absoluto. Inmediatamente comenzó una rápida planificación mental de los siguientes pasos a seguir.

El coronel la observaba ahora de una forma diferente, examinándola.

—Es usted una mujer con muchos atributos, Tanya —y enseguida se dirigió a su interlocutor al otro lado de la línea—. Alexey, soy Valerikov. Escucha atentamente...

No era la primera vez que Tanya sentía esto. La mirada del coronel y la forma en que había soltado la frase eran bastante reveladoras. Debería andarse con cuidado. Los hombres poderosos se sienten con derecho a todo.

Valerikov tapó con la mano el micrófono del teléfono y se dirigió a ella.

—Encuentre a ese camello. No me importa cómo, pero encuentre esa droga. Y hágalo ya.

Tanya asintió y salió de allí. Le pareció notar que el coronel disfrutaba de su trasero, aunque ahora tenía otras cosas más urgentes de las que preocuparse.

Estaba a punto de llegar al control de seguridad de la entrada cuando notó su móvil vibrar. Era Dima, su ayudante.

—Dime —respondió Tanya sin dejar de andar.

—Jefa, ¿está cerca de una televisión?

Tanya recordó que en el control de seguridad tenían siempre una encendida.

—Sí, ¿qué ha pasado?

—Será mejor que ponga el primer canal.

Tanya llegó al control. No tuvo que pedirle al guardia que cambiara de canal. La ampliación de una de las fotos que acababa de enseñar al coronel llenaba la pantalla.

“... esta cadena les ofrece en exclusiva las primeras imágenes del principal sospechoso de las muertes acaecidas la pasada noche en el club ‘SEX ISLAND’. Según fuentes oficiales anónimas este hombre de la imagen podría ser un terrorista...”

Tanya no podía creerlo. El cabrón del cámara había jurado no abrir la boca, bajo amenaza de prisión.

—¡Será hijo de puta!

El guardia del control se volvió hacia ella, asintiendo con la cabeza.

* * *

En el mismo momento que Tanya salía hecha una furia del edificio del FSB, en otra parte de la ciudad alguien seguía el mismo canal de noticias en la televisión de un diminuto, desolado y prácticamente vacío apartamento.

El telediario se centraba ahora en el juicio a Shamil Makharov.

“... como temían las fuerzas de seguridad, la sentencia que presumiblemente se dictará contra Shamil Makharov...”.

La foto en primer plano del líder terrorista checheno llenó la pantalla.

“... podría generar una ola de violencia. Makharov está acusado de ser el ideólogo del atentado que...”.

Por primera vez en varios días el Hombre de Traje, que no había vuelto a ver a Ludmila desde el encuentro en el banco del parque frente a los juzgados, cogió el teléfono para contactar con ella. Las órdenes habían sido muy claras: uso del teléfono lo mínimo y con extrema precaución a lo que se decía. No se sabía hasta qué punto el FSB tenía pinchadas las llamadas en el país.

La conversación en el banco del parque había sido corta y clara, y aunque el hecho de que la maleta con la droga no hubiera llegado a la cinta de equipajes no había sido culpa suya, el Hombre de Traje se sentía responsable. El plan original era que el colombiano al que habían pagado para trasladar la maleta hubiera sido detenido con la droga en el aeropuerto y que ésta, siguiendo el procedimiento habitual, hubiera sido enviada al almacén de los juzgados. Ahora, no sólo tendrían que introducirla ellos mismos, sino que primero tenían que encontrarla. El rastreador GPS que habían ocultado en la maleta nunca había recuperado la señal. La noticia que acababa de ver en la televisión era la primera posible pista de dónde había ido a parar la cocaína.

Aun mojado, con la pequeña toalla alrededor de un musculoso cuerpo cubierto de cicatrices, el Hombre de Traje marcaba el número que había memorizado. En la pequeña mesa junto a él descansaba la pistola desmontada y el pequeño kit de limpieza que siempre llevaba junto a ella. Tras dos tonos oyó la voz de Ludmila.

—Dime.

—Puede que hayamos encontrado algo —dijo él, pensando en la noticia del “SEX ISLAND”.

—Confírmalo —respondió Ludmila, quien inmediatamente colgó.

El hombre se acercó a la minicocina. Cogió dos rebanadas de pan de molde y las untó abundantemente con crema de cacao. Puso el sándwich en un plato junto con un vaso de agua. Abrió un cajón y cogió una llave. Se acercó a una de las paredes del apartamento y tras levantar parte del empapelado metió la llave en una cerradura oculta. La puerta daba a un diminuto zulo. Una bombilla colgaba encendida del techo

y un pequeño extractor en la pared, usado para oxigenar, emitía un ligero zumbido. Aun así olía a perros. Olya, la hija del agente Frolov, se acurrucó aterrada en una esquina. Nunca había visto al hombre semidesnudo. A pesar del terror que sentía no pudo apartar los ojos de la mancha que tenía en el pecho. Parecía como si alguien hubiese querido borrar una pantera que tenía dibujada. Sorbió los mocos intentado reprimir el llanto. Al otro lado del diminuto zulo había un cubo para hacer sus necesidades. El hombre dejó el plato y el vaso en el suelo y se fue, cerrando la puerta tras él.

De regreso en la habitación principal, el Hombre de Traje levantó el colchón de la pequeña cama junto a la pared, sacó el pantalón del traje perfectamente doblado y lo puso, cuidadosamente, junto a la chaqueta y la corbata que colgaban inmaculadas en la única silla presente.

* * *

Ilya llegó al hospital. Se había pasado el resto de la noche dándole vueltas a sus opciones y estaba agotado. No había sido capaz de tomar una decisión con respecto a la coca. Recorrió los deprimentes pasillos hasta llegar a la habitación de la Nana. María, su vecina, estaba sentada en una silla leyendo un libro. La Nana dormitaba. A pesar de la mascarilla, respiraba con dificultad. Tenía mal aspecto. Ilya se fijó en que María había traído flores. A él ni se le había ocurrido. A través de la ventana vio que estaba nevando de nuevo.

—Hola —saludó María—. Está dormida.

Ilya se dio cuenta entonces de que la otra cama estaba vacía.

—¿Dónde está la quemada? —preguntó.

María negó con la cabeza.

—Se la han llevado hace media hora.

Ilya asintió y se aproximó hasta la Nana.

—Gracias por venir. Voy a quedarme un rato —dijo.

María sonrió y miró su reloj.

—¡Vaya!, yo tengo que irme corriendo. He dejado a tu primo solo para abrir la floristería.

Se levantó, cogió el bolso y se despidió de Ilya.

—Dale un beso de mi parte cuando se despierte —dijo mientras cerraba la puerta.

Ilya asintió. Cogió la silla y la acercó a la cama. Se sentó y cogió la mano de la Nana. Parecía tan frágil, tumbada en la cama, con la mascarilla, tan... anciana. Ilya se dio cuenta de que nunca se había parado a pensar en lo vieja que era. Siempre estaba alegre y haciendo cosas y nunca se había fijado realmente en su aspecto. Ahora veía esa piel flácida y seca, las marcadas venas, los callos en las manos, las profundas arrugas en el rostro...

La Nana se despertó al notar su contacto.

—Hola guapo —le pareció entender a Ilya a través de la mascarilla.

—Hola fea. ¿Cómo te sientes hoy?

La Nana no respondió.

—Tengo buenas noticias —Ilya intentó parecer animado. Acababa de tomar la decisión—. Pronto te van a operar y en unas semanas estarás de nuevo en casa.

En cuanto lo dijo notó que se quitaba un peso de encima. La Nana le miró de esa forma tan firme que Ilya conocía bien. Le estaba interrogando, sin preguntar, e Ilya supo que la Nana leía en su cara mucho más de lo que él pretendía mostrar. Siempre lo había hecho.

—Tranquila —añadió al verla preocupada—. Hemos conseguido un préstamo del banco usando el piso como garantía —dijo, esperando sonar convincente.

La Nana se quitó con dificultad la mascarilla. Lo que Ilya no sabía es que el piso estaba ya hipotecado así que el banco difícilmente iba a darles una segunda hipoteca. Y aun menos a ellos.

—No vuelvas a eso ahora Ilya —la Nana hizo un esfuerzo para sonar inflexible—. No después de tanto tiempo.

E Ilya supo que ella sabía. ¿Pero qué podía hacer?, ¿dejar morir a la mujer que le había sacado de la calle y de la droga, que le había cuidado y querido como una madre?

—Tú me salvaste. Ahora me toca a mí.

—No. Estoy muy... —la Nana hizo un esfuerzo para coger aire mientras impedía que Ilya le volviera a poner la mascarilla— ...muy orgullosa de ti. Quiero irme feliz. No me decepciones ahora.

Durante unos segundos la anciana y el chaval se miraron fijamente, sin hablar, hasta que la Nana empezó a toser con dificultad. Ilya le puso la mascarilla sin que esta vez se resistiera. La observó recuperar el aliento mientras se esforzaba por evitar las lágrimas y le acariciaba el blanco cabello.

* * *

Eva y Oleg estaban sentados en una cafetería. Habían decidido salir, a pesar del frío, para tomar el aire tras toda la noche haciendo el amor. La gente no paraba de entrar y salir. El sitio estaba lleno. Oleg le había dicho que esa cafetería era especial para él.

—Así que éste es el primer sitio en el que trabajaste —y Eva giró la cabeza de lado a lado, simulando mirar—. Me gusta.

Oleg sonrió. En ese momento vibró su móvil. Era un mensaje de María. Salía del hospital. Se acordó de repente de que tenía que haber abierto la floristería. Cogió una servilleta y escribió rápidamente en ella. Agarró del brazo a una de las muchas camareras que andaban por allí y le pidió con gestos que leyera el mensaje a Eva. La chica apenas tardó unos segundos en entender lo que le estaba pidiendo.

—Tu amigo dice que no se acordaba. Que tiene que abrir y llega tarde —leyó la chiquilla descifrando con dificultad la letra de Oleg.

—No pasa nada —Eva sonrió—. Vete, vete. Yo estaré en casa. Te veo luego, OK?

Oleg estuvo a punto de preguntarle si sabría volver sola pero supo que se sentiría ofendida. Le dio un beso y se fue corriendo.

Eva le oyó marcharse. Sacó de su bolso la versión en Braille de *Los Idus de marzo* y buscó la página marcada. La camarera volvió para recoger las tazas.

—¿Vas a tomar algo más?

—¿Me traes otro café con leche, por favor? ¡Y un tiramisú! —añadió cuando la chica ya se retiraba.

Volvió a su libro pero notó que alguien movía la silla donde había estado Oleg y enseguida un olor vagamente familiar. Le identificó antes de que abriese la boca.

—Eva, no te asustes. Sólo quiero hablar —dijo Víktor, que había estado siguiéndoles desde que salieron del apartamento.

Eva guardó rápidamente el libro en el bolso y sacó la cartera dispuesta a dejar dinero y salir de allí.

—Eva, por favor.

—Te dije que no quería volver a saber ti —respondió Eva, furiosa.

—Eva, tranquila. Sé que estás con alguien y me alegro. Pero tengo algo importante que contarte sobre tu padre.

Eva se quedó paralizada. No había esperado eso. Además, Víktor parecía tranquilo y serio.

—Ni la policía ni yo fuimos sinceros —continuó Víktor, que había sopesado cuidadosamente esta arriesgada confesión—. Es... complicado.

—¿Qué quieres decir? ¿En qué no fuisteis sinceros?

—Mira, ahora mismo lo más importante es que sepas que puedes estar en peligro. Tu padre trabajaba para el FSB.

Eva guardó silencio, intentando decidir si podía creer nada de lo que dijera Víktor. Siempre había tenido una extraña sensación, una vaga intuición, y no pudo evitar querer escuchar más. Esperó a que siguiera hablando.

—Hace muchos años, en la guerra, tu padre creó un arma química por orden del KGB —Víktor notó el nerviosismo en el cuerpo de Eva—. Pero era un arma inestable. Durante años el proyecto se dio por cerrado, pero tu padre siguió trabajando en un antídoto.

—¿Un arma? ¿Mi padre? —Eva no quería creerlo—. Mi padre nunca habría hecho eso. Ni siquiera guardaba su pistola de cuando estuvo en la guerra. Era un científico.

—Tu padre creó un arma química —repitió—. Eran otros tiempos. Era un soldado y un magnífico científico. Eva, tu padre era un patriota. Pero luego se dio cuenta de lo que había fabricado y quiso crear un antídoto —aunque Víktor estaba interpretando la historia de manera que presentase al padre de Eva como un hombre bueno y

arrepentido, lo cierto es que el doctor Yakovlev había hecho de la investigación del antídoto su obsesión personal—. Siendo ayudante de tu padre, el FSB me presionó para espiarle.

Eva no podía reaccionar. Su mente empezó a repasar cientos de fragmentos de memoria con imágenes de su padre, como si acabaran de revelarle la clave de una película de suspense. De alguna forma, supo que Víktor decía la verdad.

—Hace tiempo el FSB lanzó una operación con el arma química que tu padre había creado. Pero necesitaban el antídoto y empezaron a presionarle. Él se negó. Eva, no estoy seguro de que tu padre muriera accidentalmente.

Eva sintió que le atravesaban el corazón.

—¿Ma... ma... mataron a mi padre? —preguntó balbuceante.

—No estoy seguro —Víktor sufría viendo el dolor que le estaba causando—. Pero creo que tu padre finalmente desarrolló la vacuna y se negó a dársela. Creo que su idea era hacer pública la fórmula. —Hizo una pausa—. Eva, necesito encontrar esa vacuna. Creo que tu padre escondió la fórmula en tu casa.

Eva trataba de asimilar toda esa información. Aquello era una locura.

—No sé... No puedo... ¿Qué...?

Víktor le cogió de las manos, intentando centrar su atención. Necesitaba ese antídoto. Tenía que recuperar a su hija.

—Eva, si no encuentro la vacuna antes que ellos van a ir a por ti. Y son capaces de cualquier cosa.

Eva quiso liberarse de sus manos. Al intentarlo le llegó su olor y de golpe, el recuerdo del intruso en su casa. Ése era el olor que había captado justo antes de que el hombre que la empujó saliera del armario. Y supo que el intruso era Víktor.

—¡Suéltame! —gritó histérica.

Varios clientes se giraron hacia ellos. Eva se levantó y chocó con varias sillas mientras trataba de llegar a la puerta, apenas usando su bastón. Víktor salió rápidamente tras ella pero un tipo grande, que había visto la escena, se interpuso en su camino.

—¿Hay algún problema aquí? —le dijo desafiante.

Por la cristalera del café Víktor vio alejarse a Eva.

—No te metas —respondió mientras intentaba apartarle.

El tipo le empujó y Víktor retrocedió un par de pasos, manteniendo el equilibrio. Se llevó la mano al interior de la chaqueta y el hombre, pensando que iba a sacar algún arma, se lanzó sobre él inmovilizándole contra la mesa.

—¡Soy del FSB, imbécil! —consiguió decir Víktor con la cara aplastada contra un tenedor.

—Si claro. Y yo de la CIA, capullo —el tipo estaba crecido, con la adrenalina por las nubes.

Víktor, con el hombre encima, consiguió extender el brazo y alcanzó un cenicero que había sobre la mesa. Con un violento giro que casi le disloca el hombro, le

golpeó con fuerza en la cabeza. El tipo le soltó y se llevó las manos a la brecha sangrante. Víktor aprovechó para inmovilizarle, sacó su placa y se la puso frente a los ojos. El hombre, al ver las siglas del FSB, dejó de resistirse. Víktor le soltó y recuperó la respiración mientras se ajustaba el traje. Recogió su abrigo del suelo y salió del café. Buscó a Eva entre la multitud, pero había desaparecido. “*Habrá vuelto a casa*”, pensó mientras echaba a andar hacia allí y pasaba junto a un puesto de fruta sin fijarse en que su colega Tanya estaba allí, hablando con la dependienta.

La agente estaba enseñando la foto de Yuri a la frutera.

—¿Está segura? —insistió Tanya ante la fría negativa de la señora.

La dependienta negó de nuevo con la cabeza. Tanya se giró, empezando a sentirse impotente. Nadie parecía haber visto nunca a ese chaval a pesar de que los archivos de la policía habían mostrado bastante información sobre Yuri, incluida su última dirección conocida, infructuosa, no lejos de allí. Miró alrededor, buscando algún otro posible testigo. De repente le pareció reconocer a lo lejos a Víktor, aunque el hombre giró enseguida en una esquina. “*Será alguien que se le parece*”, pensó. Volvió a la búsqueda de testigos y se dirigió hacia la cafetería que había apenas a quince metros de allí. Un policía uniformado se acercaba a ella sujetando la foto de Yuri a tamaño folio y negando con la cabeza. No había habido suerte.

—Siga por ese lado de la calle. Yo cubro éste.

Capítulo XVIII

La Nana notó cómo la enfermera estiraba la sábana bajera que acababa de cambiar. Sin ninguna delicadeza, la oronda mujer tiró de su hombro y cadera hasta situarla de nuevo en posición vertical. Aunque la mascarilla seguía siendo un estorbo, la Nana agradecía el oxígeno que le suministraba. Sin su ayuda, le costaba respirar. La enfermera ajustó la sábana superior, puso el cobertor encima y se marchó sin dirigirle una sola palabra.

—Gracias —alcanzó a decir la Nana cuando la mujer salía por la puerta.

Comenzó entonces el largo esfuerzo de incorporarse. Intentó girar sobre su lado derecho pero estaba aprisionada por la nueva sábana. La enfermera la había remetido bien. Pegó unas cuantas patadas hasta que consiguió aflojarla y entonces tiró de ella, liberándose. Se apoyó con el brazo izquierdo en la cama y con un gran esfuerzo consiguió incorporar el tronco. Se quedó medio minuto sentada en el borde, recuperándose. Luego se movió para adelante y se dejó caer lentamente hasta llegar al suelo. Hacía frío. Sus pies descalzos tardaron unos segundos en adaptarse a la temperatura de las baldosas. Se quitó con cuidado el catéter del brazo derecho, quedando sólo conectada a la máquina de oxígeno. Se agarró a ella y como si fuera un andador, se apoyó para dirigirse muy lentamente hacia la ventana. Las ruedas del soporte de la máquina sonaron quejumbrosas. Le pareció que la ventana quedaba a un mundo de distancia. El dolor del pecho era terrible.

* * *

Ilya estaba listo. Cogió su mochila, metió la cocaína y sacando el móvil del bolsillo, tecleó: “1 hora”.

* * *

Yuri estaba fumando, sentado al volante de su Porsche, con la ventana bajada y el motor en marcha. El adolescente, sentado atrás, intentaba seguir el ritmo del rap que escuchaban, mientras el tercer miembro del grupo, revisando su pistola, se reía de él en el asiento del acompañante.

Sonó el móvil. Yuri lo sacó y leyó el mensaje.

“1 hora”.

Los otros dos miraron a su jefe con expectación.

—Relajaros. Tenemos tiempo.

* * *

La Nana estaba ya frente a la ventana de la habitación. Alcanzó la manilla e intentó girarla. Estaba dura como una piedra. Se quitó con cuidado la venda de la mano herida y agarró la manilla con ambas manos. Dejó caer su peso, tirando de ella y notó como se aflojaba. En el siguiente intento consiguió abrirla. Enseguida notó el viento gélido invadir la habitación y el calor del sol en el rostro. Era un día precioso. Le vino a la memoria el famoso poema de Pushkin, “*Frío y sol, un día maravilloso*”. Sonrió, a pesar de las nubes negras que se acercaban por el horizonte. Se quitó la mascarilla y respiró lo más profundamente que pudo. El frío penetrando en sus pulmones. Sintió un placer intenso. Cerró los ojos. Había sido una vida dura, pero se sentía agradecida. Pensó en Ilya. El chico problemático que había entrado en su vida por accidente y que se había convertido en la mejor parte de ella; en el hijo que nunca tuvo.

Abrió los ojos y miró alrededor. La silla estaba en un rincón.

* * *

Tanya estaba helada. A pesar del sol, el frío era intenso y llevaban ya un buen rato buscando en tiendas, quioscos y cafés a alguien que pudiera reconocer la foto de Yuri. Vio el McDonald’s y decidió tomarse un café. Se puso en la cola de la ventanilla exterior. Al poco, le llegó su turno.

—Un café solo. Doble de azúcar.

El dependiente se retiró al interior y volvió enseguida con el café en un vaso de cartón. Le puso la tapa y se lo dio a Tanya. Pagó con un billete de cincuenta y aprovechó para enseñarle la foto.

—¿No habrás visto a este tío por aquí, no?

El chico la miró y negó con la cabeza.

—Son tantos al día...

Tanya no esperaba otra cosa. Intentó guardar la foto mientras sujetaba el café, pero al girarse chocó con un hombre que pasaba rápidamente junto a ella. Le derramó la mitad del café encima.

—¡Coño! —exclamó el tipo.

—¡Huy, perdone! —Tanya sacó rápidamente del bolso un paquete de pañuelos—. ¡Perdón, perdón! Ha sido un accidente.

El Hombre de Traje miró su abrigo. Esa zorra le había tirado el café encima. La vio coger un pañuelo e intentar limpiarle, pero la apartó de un empujón.

—¡No me toques, coño!

El Hombre de Traje se sacudió el café del abrigo y siguió su camino. Por fin sabía

quién tenía la droga. Tras localizar a uno de los gorilas del “SEX-ISLAND” y tener una “amistosa charla” con él, había dado con la existencia de Yuri y su paradero.

* * *

La Nana terminó de arrastrar la silla hasta la ventana. Se agarró con el brazo izquierdo al respaldo y apoyó la rodilla lentamente sobre el asiento. Con dificultad consiguió elevar el cuerpo y subir la otra rodilla sobre la silla. Recuperó la respiración, bien sujeta con ambas manos al marco de la ventana. Con mucho cuidado se puso de pie en la silla, sacó una pierna al exterior y se sentó a horcajadas en el marco. Con la mitad del cuerpo fuera de la ventana y la otra mitad dentro de la habitación, imaginó la cara que pondría la enfermera si entrase en ese momento y sonrió. Con las pocas fuerzas que le quedaban sacó la otra pierna y quedó sentada en el poyete exterior de la ventana, observando el cielo. No se atrevió a mirar hacia abajo. Los nubarrones ya habían llegado y cubrían el sol, pero le siguió pareciendo un día precioso. El viento se había levantado. Vestida únicamente con la bata del hospital, pensó en Ilya, olvidándose del frío que sentía. Sabía que acabaría entendiendo que lo hacía por él. Era un chico muy fuerte; más de lo que él mismo pensaba. Cerró los ojos y le recordó sonriente, con el pelo revuelto sobre los ojos. Superado el miedo, soltó las manos y se dejó caer hacia delante.

* * *

Ilya andaba con paso rápido bajo la intensa nevada que acababa de empezar. Giró en una esquina y llegó a un pequeño callejón cerrado por una valla metálica. Se acercó hasta ella y encontró el hueco que había en una esquina. Tiró para hacerlo más grande. Se quitó la mochila para que no se enganchara y por un instante le pareció ver a alguien tras la esquina que había dejado atrás. Esperó unos segundos; lo último que necesitaba era acabar en la cárcel. No parecía que hubiera nadie así que se puso de nuevo en marcha. Atravesó un pequeño patio y dio a parar a otro callejón, aún más aislado. Yuri ya le esperaba junto a uno de sus hombres. Se acercó hasta ellos.

—¿Tienes la pasta? —preguntó directamente, sin querer perder el tiempo.

—Ya sabes cómo va esto —Yuri parecía tranquilo.

Ilya negó con la cabeza.

—Esta vez no. Vas a ganar más dinero de lo que podías haber imaginado. Yo sólo quiero la pasta antes.

Yuri bajó la cabeza, moviéndola ligeramente de lado a lado, decepcionado. Ilya oyó a su espalda el inconfundible clic del martilleo de una pistola y se maldijo por su estupidez. El miedo le invadió. Vio a Yuri levantar la mano indicando al invisible pistolero que esperara. Tenía que mantener la calma y recuperar el control.

—Yuri, no lo jodas. Vas a sacar mucha pasta de esto y lo sabes —dijo, mientras se quitaba la mochila lentamente y la lanzaba hacia ellos.

El chaval que estaba junto a Yuri la cogió y se la acercó a su jefe. El camello la abrió, metió la mano y sacó un puñado de tierra. Ilya notó cómo le cambiaba la cara.

—¡Qué cojones es e...!

Todo sucedió en apenas unos segundos. El sonido sordo de los disparos, parecido a petardos, se mezcló con las imágenes. Primero fue el chaval junto a Yuri; su cabeza moviéndose bruscamente hacia atrás mientras restos de sus sesos salían despedidos. Casi instantáneamente Yuri cayó de espaldas, con los brazos sacudiéndose sin control en el aire, como si un objeto invisible le hubiese golpeado con enorme fuerza en el pecho.

Ilya tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había sucedido. La sangre ya manchaba el suelo junto a los dos cuerpos cuando se giró y vio al otro soldado de Yuri. El crío adolescente se tambaleaba con los ojos muy abiertos y las manos tratando de taponar el incontrolable chorro rojo que le brotaba del cuello. Sólo cuando el chico cayó inerte al suelo oyó los pasos sobre la nieve. Ilya sintió auténtico terror. Un hombre le apuntaba con calma mientras se acercaba con rostro inexpresivo. Le miró a los ojos. “*Voy a morir*”, pensó, tratando de controlar el temblor que en algún momento le había invadido. Su mente quiso evadirse y acabó fijándose en una gran mancha en el abrigo de aquel hombre y se preguntó qué sería. Parecía café. Oyó un gemido y se giró de nuevo hacia Yuri. Seguía vivo, caído sobre la nieve, intentando no se sabía qué. El asesino llegó hasta el camello y colocando la pistola a escasos centímetros de su cabeza le remató. Luego se volvió hacia Ilya.

—La droga. Ahora.

—No... no la tengo aquí —consiguió articular Ilya.

El asesino se acercó a él y le apoyó la pistola en la frente. Ilya sintió la todavía caliente textura del silenciador contra su piel.

—La he escondido. Te puedo llevar hasta ella. Pero no me mates por favor. No he cogido nada. Está toda la que encontré —Ilya cerró los ojos, anhelando que le creyera.

El hombre le cacheó rápidamente sin dejar de apuntarle. Tras asegurarse de que no llevaba nada, metió la pistola en el bolsillo del abrigo y le dio un empujón.

—Vamos.

* * *

Eva, sentada en el sofá, se balanceaba adelante y atrás, llevándose un cojín contra el rostro, negando con la cabeza. Había estado llorando desde que llegó a casa. Estaba confundida y furiosa. Tenía la certeza de que al menos parte de lo que le acababa de contar Víktor sobre su padre era cierto. Él siempre se había negado a hablarle de la guerra y también era muy reservado con su trabajo. Llegaba tarde muchas noches y

ella le oía hablar a veces por teléfono, desde su habitación, con otros colegas. Las llamadas le resultaban extrañas, más por el tono en el que hablaban, que por otra cosa. Incluso le había oído llorar alguna vez, aunque ella siempre pensaba que era por su madre. Ahora ya no estaba segura.

Víktor la observaba desde la escalera de incendios a través de la ventana del salón. Nervioso por si le veía alguien, miraba continuamente a las ventanas de los vecinos esperando que Eva se fuera del salón para poder entrar. Realmente no sabía qué había esperado al contarle la verdad sobre su padre, pero era su última esperanza. Aunque estaba casi seguro de que el doctor Yakovlev no le habría hablado del tema a su hija, podía existir esa posibilidad, o incluso que la propia Eva, conociendo ahora los hechos, hilara otros datos que Víktor no conociera. A través del cristal vio a Eva levantarse de golpe y dirigirse rápidamente al otro lado de la casa. Aprovechó la oportunidad para abrir la ventana y entrar en el piso. Cerró de nuevo y se volvió a esconder en el armario. Prefería correr ese riesgo a que algún vecino llamara a la policía al verle en la escalera de incendios. Entre las rendijas de la puerta del armario vio a Eva reaparecer. Llevaba en las manos una pequeña caja fuerte azul de la que sacó un puñado de cartas y sobres. La vio leer rápidamente con las yemas de los dedos, pasando de una carta a otra, Buscaba algo. De repente dio con un sobre que le llamó la atención. Lo abrió rasgándolo bruscamente. Esa escena nunca dejaba de sorprenderle, Eva mirando al frente, sin ver, pero su rostro reflejando las emociones a medida que sus dedos avanzaban sobre el texto. La vio llevarse una mano a la boca, reteniendo el llanto. Recorrió de nuevo la última parte de la carta, se levantó y salió del salón. Víktor la oyó caminar en dirección a la puerta y por un instante pensó que Eva saldría de la casa. Estaba a punto de salir del armario cuando oyó otra vez sus pasos acercándose. De nuevo se sentó en el sofá. En la mano llevaba ahora su bastón de ciega. Víktor se extrañó. Nunca lo usaba dentro del piso. Eva cogió el bastón y empezó a palpar concienzudamente el mango. Era un cilindro horizontal que se agarraba con toda la mano. Lo giró con todas sus fuerzas hasta que finalmente el cabezal empezó a rotar. Eva se sorprendió y Víktor notó su propio corazón latir a toda velocidad. Por un momento pensó que la chica lo oiría. Le costaba ver con claridad a través de las rendijas pero parecía que Eva examinaba el cabezal con los dedos. Y entonces lo vio; Eva sostenía en la mano un tubo de color azul. ¡Tenía que ser el antídoto! No había otra posibilidad. Víktor no daba crédito. Aunque la única esperanza de recuperar a su pequeña Olya era ese tubo, en lo más profundo de su ser había llegado a aceptar que no existía. Ahora todo era posible. Vio a Eva dejar el tubo sobre la mesa y sacar el teléfono móvil del bolsillo. Víktor no podía dejar que hablase con nadie. Salió del armario.

—Deja ahora mismo ese teléfono —ordenó.

—¡Ah! —gritó Eva asustada, dejando caer el teléfono al suelo.

Inmediatamente se agachó, palpando, en busca del móvil. Tenía que recuperarlo. Lo encontró justo cuando Víktor llegaba hasta ella y sintió cómo la rodeaba con sus

brazos, intentando inmovilizarla. Pero era tal el terror que sentía que consiguió soltarse y darle un fuerte empujón que le hizo caer. Eva sabía que apenas tenía unos segundos antes de que Víktor se levantara. Buscó el botón de socorro en su móvil y lo apretó como si en ello le fuera la vida, con la esperanza de que Oleg lo viera. Oyó de nuevo los pasos rápidos de Víktor sin tiempo para nada más que esperar lo peor. Recibió el golpe en las manos, que aún apretaban con fuerza el móvil. Sintió un dedo romperse mientras el teléfono salía despedido. Más que nunca en su vida, Eva quería vivir. La adrenalina hizo el resto. Se giró y buscó su bastón. Víktor la agarró del pelo mientras le decía algo, pero ella no le oía; sólo pensaba en defenderse. Notó la punta del bastón con las yemas con los dedos y consiguió agarrarlo con la mano derecha. Aguantando el dolor giró a toda velocidad sobre sí misma e intentó clavarle el bastón a Víktor. Notó el impacto contra el cuerpo de él y cómo su propia mano se deslizaba por el bastón, quemándose por la fricción. Víktor gritó de dolor y Eva sintió que le soltaba el pelo. Aprovechó para intentar alcanzar el pasillo, corriendo a cuatro patas. Estaba apenas a dos metros de la puerta cuando le oyó a su espalda y sintió que le cogía de los tobillos. Se destrozó las uñas agarrándose al suelo mientras Víktor tiraba de ella.

—¡No te quiero hacer daño! ¡Cálmate! —le oyó gritar.

Pero ella sólo quería huir. Sabía que tenía que seguir luchando, sin rendirse nunca. Los brazos de Víktor la envolvieron por detrás, inmovilizando los suyos. Eva sólo podía mover las manos. Le intentó arañar pero lo único que consiguió fue agarrarse a su cinturón.

—¡Quieta! ¡Sólo quiero el tubo!

Intentó morderle en el brazo y él lo bajó un poco, lo suficiente para que Eva pudiera mover un poco las manos. Palpó algo duro y frío que colgaba de su cinturón y enseguida supo lo que era. Agarró la cartuchera, liberó el cierre con el dedo meñique y consiguió empuñar la pistola. Echó la cabeza bruscamente hacia atrás con todas sus fuerzas e impactó con la nariz de Víktor, que por un instante quedó noqueado. Mareado, la soltó. Eva se giró sujetando la pistola, pero dudó un segundo demasiado largo antes de apretar el gatillo y Víktor se abalanzó sobre ella. Cuando el disparo retumbó en el edificio, el cañón ya no apuntaba hacia él.

Eva casi no sintió el dolor. De golpe todo se apagó.

El silencio que siguió a la detonación pareció eterno. Víktor pensó que era el final. Pero fue a Eva a la que sintió caer. La sujetó como pudo y con cuidado la recostó en el suelo. El orificio de entrada estaba a la altura del estómago. Víktor no se percató de su propio dolor, con la nariz rota y el agujero que el bastón le había hecho en el hombro. Eva sangraba bastante, malherida, pero sabía que el disparo habría sonado en todo el edificio. Tenía que salir de allí. Cerró los ojos con fuerza un momento, intentando recordar todo lo que había en la casa que pudiera usar. Se levantó rápidamente y se dirigió a la cocina. Abrió el armario bajo el fregadero y encontró cinta aislante. Cogió dos trapos de cocina de un cajón y volvió al pasillo.

Palpó a Eva por la espalda y la puso de lado. La bala la había atravesado. Hizo presión con un trapo en el orificio de salida y otro en el de entrada y los embolsó con fuerza con la cinta aislante intentando reducir la hemorragia. No quería dejar a esa pobre chica allí así, pero no tenía otra opción. Fue al salón, cogió el cilindro con el antídoto y el teléfono de Eva y salió por la ventana. Mientras bajaba la escalera llamó a una ambulancia.

* * *

Oleg comprobaba el libro de pedidos. María se estaba poniendo el abrigo. Apenas había pasado un rato en la tienda revisando el libro de cuentas. El chico, con el bolígrafo en la mano, la miró.

—Bueno, me marcho al banco. Vuelvo en un rato. Por cierto, recuerda que mañana tengo lo del juicio. No sé cuánto tiempo nos tendrán allí, pero me temo que todo el día. No te olvidarás de cerrar luego la puerta de atrás, ¿verdad?

Oleg sonrió y dijo adiós con la mano. La primera vez que se había quedado solo a cargo de la tienda se le había olvidado cerrar la puerta de atrás, y, si bien no había pasado nada, María le había echado una buena bronca. Una vez en la calle, la vio cerrarse bien el abrigo. El aire parecía helado y la abundante nieve caía de lado. Volvió al libro de pedidos y tras unos últimos ajustes, tuvo decidido el orden de trabajo del día. Cerró el libro y empezó a organizar el material para el primer ramo. Estaba sacando de un cajón las tijeras de podar cuando notó el móvil vibrando en su bolsillo. La pantalla blanca mostraba sólo una palabra:

“SOS”.

Ni siquiera pensó en coger el abrigo. Salió corriendo de la tienda hacia la casa de Eva.

A pesar de no llevar tampoco guantes ni gorro, no sintió los treinta y cinco grados bajo cero. Sin embargo, al no estar acostumbrado a correr a esas temperaturas, las profundas bocanadas de aire helado le provocaban un horrible dolor en el pecho. Apenas había recorrido la mitad del camino y ya era insoportable. Pero no podía parar. El móvil de Eva tenía un botón especial, mucho más grande que el resto, que hacía la función de botón de emergencias. Al pulsarlo se enviaba un mensaje de socorro al destinatario preestablecido. Eva le había dicho que sólo lo usaría en caso de extrema urgencia, como un incendio. Y eso era precisamente lo que Oleg más temía encontrarse, mientras luchaba contra el dolor, al aproximarse a su calle. Estaba a punto de desmoronarse cuando finalmente llegó al portal, algo aliviado al no ver humo. Abrió y subió directamente por las escaleras, buscando la llave de la casa mientras saltaba escalones de dos en dos. Abrió con dificultad tratando de controlar el temblor de sus manos. Nada más entrar vio su cuerpo tirado en el pasillo y mucha sangre. Se acercó y se arrodilló junto a ella. Tenía los ojos cerrados, inconsciente. Reparó en la cinta aislante que le rodeaba el estómago sujetando unos trapos

empapados de rojo oscuro. Ni siquiera se dio cuenta del caos que había en el pasillo, ni en el salón, ni pensó en que pudiera haber algún ladrón en la casa. Le cogió la cabeza e intentó inútilmente que reaccionara. La besó, llorando desesperado.

Oleg lanzó un desgarrador grito que sólo él mismo podía oír.

Se obligó a calmarse y pensar. Intentó tomarle el pulso, pero estaba tan nervioso que no sabía si lo sentía o si era el suyo. Acercó su fría mejilla a los labios de Eva y tras unos segundos, le pareció sentir su aliento. ¡Aún vivía! Salió al descansillo y comenzó a golpear la puerta de la vecina. Nadie respondió. Siguió golpeando con todas sus fuerzas. De repente la puerta se abrió unos centímetros y una señora muy mayor le miró con desconfianza. Oleg tenía las manos manchadas de sangre, el pelo mojado y revuelto y los ojos enrojecidos. La anciana cerró de un portazo.

Oleg volvió a golpear la puerta pero sabía que no abriría. Por primera vez en su vida se sintió culpable por ser mudo. Desesperado miró a su alrededor y entonces se fijó en el pequeño ventanal del descansillo que daba a la calle. Fuera nevaba abundantemente. Recordó haber leído que el frío hacía que la sangre circulara más despacio. Eso podría ayudar a detener la hemorragia. Tenía que sacar a Eva a la calle. Además, si alguien la veía, avisaría a una ambulancia o a la policía. Llamó al ascensor para ganar tiempo y regresó al apartamento. Se arrodilló con la pierna izquierda y pasó un brazo bajo las axilas de Eva y el otro bajo las rodillas. Se levantó haciendo un esfuerzo y la llevó hasta el ascensor. Pulsó como pudo el botón del bajo y sin soltarla en ningún momento consiguió abrir las puertas que daban a la calle. Una vez fuera, colocó a Eva suavemente sobre la nieve. No se veía ni un alma. Quedarse allí no la ayudaba. Antes de poder arrepentirse salió corriendo hacia la floristería, rogando para sí mismo que María hubiese regresado. Llegó a la tienda casi sin aliento. No había intentado pedir ayuda a los transeúntes; todos habrían pensado que era un sordomudo loco o borracho, sin ropa de abrigo y con sangre por todo el cuerpo. Abrió la puerta y por un momento reconoció, esperanzado, a su primo Ilya, pero enseguida vio al hombre que se giró y apoyó una pistola en la cabeza de su primo.

—¡Oleg, sal de aquí! —dijo Ilya antes de que el asesino le golpeará con la culata.

Oleg se quedó petrificado, sin saber qué hacer, mientras el hombre reaccionaba rápidamente y empujaba a su primo hacia él, sin dejar de apuntarle a la cabeza. Cuando llegó a su altura, el tipo cambió de rehén; le cogió de los pelos y le puso el cañón de la pistola en la sien.

—La droga. Ahora —exigió el asesino a Ilya.

—Está en los sacos de abono. En la trastienda —respondió sin dudar.

El hombre le hizo un gesto para que fuera a buscarla. Ilya miró a su primo Oleg, preocupado, sintiéndose culpable. Oleg parecía asustado. Tenía una pinta horrible y estaba lleno de sangre. Sin embargo, no parecía herido. Se preguntó qué habría pasado. En cualquier caso, lo primero era librarse de aquel asesino. Se dirigió lentamente hacia la trastienda.

El hombre se movió un poco hacia atrás, mirando al exterior. Oleg giró la cabeza, a pesar de que la pistola aún le apuntaba. Vio al hombre mover los labios y con dificultad consiguió entender lo que decía.

—Cierra la puerta. Echa el cerrojo y baja las persianas.

Oleg hizo lo que le pedía. Cerró la puerta, aunque lo que quería hacer era salir corriendo y volver a por Eva. Se sentía impotente y furioso, y además no entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Quién era este tío? No parecía un yonqui ni un camello, ni tampoco un ladrón.

En la trastienda, Ilya buscaba el saco. Lo había escondido al fondo, bajo muchos otros, sabiendo que ni María ni su primo los usarían en semanas.

—¡Tienes diez segundos! —oyó gritar al asesino.

Ilya necesitaba un plan. Acababa de ver a ese tipo matar fríamente a tres personas.

Oleg vio a Ilya reaparecer con una bolsa de abono abierta y dejarla sobre un taburete.

—Aquí está todo. Llévatela. No diremos nada.

El asesino se acercó con cuidado, apuntando de nuevo a Ilya. Miró de reojo en el interior, metió el brazo y sacó un paquete de polvo blanco. Ilya aprovechó y sin dejar de mirar al asesino giró la cabeza para que Oleg pudiera leerle los labios. Oleg supo que su primo iba a decirle algo.

—Nos va a matar —leyó en sus labios.

El asesino indicó a Ilya con la pistola que se acercara a su primo. Oleg sintió cómo el miedo le invadía. Pero no era el miedo a morir él, sino a que lo hiciera Eva, malherida y abandonada en la nieve. Sabía que tenía que intentar algo. Se movió ligeramente hasta tener a su alcance una gran maceta que había llenado esa mañana con fertilizante. Su primo Ilya se acercó hacia él lentamente, tratando de retrasar lo inevitable.

En ese momento se oyeron multitud de sirenas y varios frenazos en la calle.

El asesino fue rápidamente hasta la puerta y apartando la persiana miró a través del cristal, sin dejar de apuntarles. Oleg aprovechó que Ilya le tapaba parcialmente y cogió un puñado de fertilizante de la maceta. Al tipo no le gustó lo que estaba viendo en la calle y Oleg notó la fría determinación en sus ojos, instantes antes de volverse hacia ellos. Supo que era ahora o nunca y le lanzó la tierra a la cara.

El Hombre de Traje reaccionó demasiado tarde. El fertilizante le había entrado ya en los ojos cuando apretó el gatillo.

La bala alcanzó a Oleg en el lóbulo de la oreja. Ilya se abalanzó sobre el asesino antes de que pudiera apuntar de nuevo y consiguió golpearle, cayendo ambos al suelo. Oleg se apresuró a ayudar a su primo, que luchaba con todas sus fuerzas, y agarró el brazo del asesino que aún sostenía la pistola.

Ninguno oyó los golpes y los gritos que venían del exterior.

—¡Policía! ¡Abran!

El asesino había conseguido recuperarse del primer bloqueo de Ilya y haciendo uso de su descomunal fuerza, le inmovilizó mientras trataba de quitarse de encima a Oleg. El chaval intentaba quitarle la pistola y le mordió salvajemente, arrancándole un pedazo de carne. El asesino no llegó a gritar; sólo lanzó un gemido y dejó caer el arma.

La policía estaba a punto de derribar la puerta.

El Hombre de Traje agarró a Oleg del cuello antes de que éste pudiera alcanzar la pistola. Tenía ahora a los dos chicos inmovilizados pero sabía que habría pocas posibilidades frente a los policías. Tenía que salir de allí. Dio un fuerte cabezazo a Oleg, que rodó al suelo llevándose las manos a la mandíbula. Después soltó a Ilya, que sólo pudo intentar recuperar la respiración. Cogió la bolsa de abono y echó a correr hacia la trastienda. No vio que uno de los paquetes había caído al suelo.

La puerta principal saltó en pedazos y seis policías entraron violentamente en la floristería.

Todo era caos y gritos.

Tres de los policías apuntaban a Ilya y a Oleg gritando como locos.

—¡Manos arriba! ¡Quietos!

—¡Al suelo!

Ilya, aún de rodillas, intentando recuperarse, levantó las manos y señaló a la trastienda.

—Se ha ido por...

Una patada en el estómago le dejó de nuevo sin respiración.

—¡He dicho al suelo! —el policía que le acababa de patear se le echó encima y le esposó por la espalda sin miramientos.

El detective Dimitri Zelenko entró hecho una furia. Su compañero, el novato, intentaba calmarle.

—Tranquilo. Se pudrirá en la cárcel...

Pero para Dimitri era algo personal. Había reconocido a Oleg el día que habían acudido a la llamada del supuesto ladrón, que ahora sí, estaba totalmente convencido que había sido una historia inventada. Se había oído que aquel hijo de puta golpeaba a esa pobre chica. Por eso había hablado con la vecina y le había dado su contacto para que le llamara si alguna vez oía gritos o ruidos de pelea. Hoy le había llamado por tercera vez en los últimos días y a Dimitri le había costado creerla. Las dos primeras veces había sido una falsa alarma y no había visto nada sospechoso al llegar. Pero cuando la anciana insistió en que había oído muchos golpes y luego había visto al chico ensangrentado, supo que podía ser algo serio esta vez. Había tardado demasiado en recorrer la ciudad. Al llegar a casa de la chica y ver que ya había un coche patrulla y una ambulancia, se arrepintió de no haber llamado antes a la centralita.

Recorrió los cuatro metros que le separaban de Oleg y le dio un puñetazo cargado de furia en la boca del estómago, sin que el chico pudiera hacer nada para evitarlo,

esposado y sujetado por un policía.

—¡Hijo de puta! —gritó el detective.

Oleg, doblado de dolor, no podía leerle los labios, pero cuando luego le miró, dolorido y sorprendido, comprendió que ese detective le mataría ahí mismo si pudiera. Oleg no entendía nada. Dimitri le gritaba ahora a la cara, cogiéndole del cuello. Fue su compañero el que finalmente le separó. Vio al detective dar rápidos pasos de un lado a otro, furioso. De golpe se volvió de nuevo hacia él y de nuevo su compañero se interpuso, aunque ahora pudo leerle los labios mientras le amenazaba señalándole con el dedo.

—Esa pobre chica. ¡Reza porque no muera o yo mismo te sacaré los ojos con mis manos!

Oleg comprendió lo que pasaba. Ahora era él el que iba a reventar de rabia y no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas, impotente, esposado, acusado injustamente, mientras Eva luchaba por su vida... ¡Eva! Se dio cuenta de lo que significaba la amenaza del detective. ¡Estaba viva! Respiró aliviado, dejándose caer de lado al suelo, agotado.

Dimitri consiguió recuperar el control. Se volvió hacia Ilya y le reconoció por las fotos que había visto en los archivos.

—Putra familia, joder.

Un policía de uniforme se acercó para mostrar a Dimitri lo que habían encontrado: un paquete de coca y una pistola. El detective asintió.

—Lleváoslos de aquí.

Ilya y Oleg fueron sacados fuera, donde una multitud de curiosos se había agolpado. El policía, con el paquete de coca y la pistola, iba tras ellos.

—¡Ey! Espera —el compañero de Dimitri le detuvo antes de que llegara al coche patrulla—. Hay una alerta de nivel 1. Algo sobre drogas. Es del FSB. Míralo, por si acaso.

—OK —respondió el patrullero.

Capítulo XIX

La agente Tanya Kasyanenko llegó al callejón casi corriendo. A pesar del frío polar en la calle sentía un calor tremendo bajo el abrigo. Mientras preparaba su identificación, sin dejar de andar, observó que algún agente había sido lo suficientemente inteligente para cubrir gran parte de la escena del crimen con chubasqueros, sujetos por palos clavados en la nieve. Había tres cadáveres. Mostró la identificación a uno de los policías en el perímetro. “*No hace mucho que los han matado*”, pensó Tanya al ver que la nieve no había cubierto completamente los regueros de sangre. Pasó bajo la cinta amarilla con la que habían acordonado la zona y un policía vino a su encuentro con la foto de Yuri en la mano.

—Creo que hemos encontrado al que buscaba.

La llevó hasta el cuerpo de Yuri. Tanya le reconoció.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Llevaba droga encima?

El policía negó con la cabeza. Tanya le miró fijamente. No sería la primera vez que algún poli se quedaba una partida de droga decomisada. Él captó su mirada.

—Al menos no cuando yo llegué. Y mi coche fue el primero.

Tanya le creyó.

—¿Testigos?

—¿En este barrio? Ni de coña. Bastante es que alguien hiciera una llamada anónima.

Tanya estaba cabreada. Impotente de nuevo. Miró los cuerpos.

—¿Has sido tú el que ha protegido la escena?

El poli asintió de nuevo. No mostraba ningún signo de orgullo por el reconocimiento, aunque Tanya sabía que por dentro estaría feliz de que un agente del FSB lo dijera.

—Buen trabajo. ¿Algún signo de cuántos disparos?

El poli extendió los brazos, abarcando toda la nieve que cubría la calle.

—Lo único que le puedo decir es que a éste —y señaló a Yuri— lo han rematado. Y que hay... había pisadas de dos personas en aquella dirección —añadió señalando la dirección que el Hombre de Traje e Ilya habían seguido—. Y no parecía que corrieran.

Tanya sabía que el policía no quería deletrearle lo que pensaba. Ella estaba de acuerdo. Aquello era una ejecución profesional, no una guerra de bandas o una venganza. Sabía que llegaba tarde y que lo más probable es que la droga estuviera ya en manos de los terroristas. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—En cuanto llegue el forense, le das mi tarjeta —Tanya le dio dos—. Quiero los resultados de balística cuanto antes. Prioridad absoluta. ¿Queda claro? Y me

informáis a mí directamente —de nuevo el poli asintió—. ¿Cómo te llamas?

—Alexey. D Mayorov.

Tanya se grabó el nombre en la memoria. Llevaba una pequeña lista de policías que le daban buen rollo; gente que parecía saber lo que hacía, inteligente, profesional y que parecía legal. No era una lista muy extensa, la verdad, así que no se olvidaría de añadir a éste. Algún día podría necesitar gente así.

Volvió a mirar unos segundos a Yuri.

—¡Coño! —soltó mientras se alejaba de allí sacando el móvil. Había una llamada importante que hacer.

* * *

El bosque de Khimki lucía espectacular; las ramas de los abedules llenas de hielo y nieve. Más que viento, parecía oírse el murmullo de los árboles quejándose del frío. Ludmila creyó ver un jabalí. Lo buscó con la mirada, pero enseguida volvió a concentrarse en la misión. Miró su reloj. Víktor llegaría en media hora. La conversación había sido corta: él le había dicho que tenía el antídoto y que quería a su hija. Ella le había dado dos horas para llegar al punto acordado y había cortado. Acto seguido le había enviado por SMS las coordenadas de ese claro en el bosque. Sabía que vendría, no tenía otra opción.

El lugar estaba lo suficientemente aislado de todo, pero se podía llegar con los neumáticos de invierno sin mayor problema. Además, estaba lejos del pequeño bosque de supervivientes robles que algún ecologista visitaba de vez en cuando y tampoco se encontraba dentro de las rutas habituales de los esquiadores de fondo. Sintió frío y acercó las manos a la rejilla de calefacción del coche. Miró de nuevo el reloj. El que sin embargo sí se retrasaba era el Hombre de Traje. No sabía su nombre así que eso fue lo primero que le vino a la cabeza el día que le conoció, en Grozny, cuando los últimos detalles de la operación se habían decidido. Oyó un ruido de motor y enseguida vio aparecer su coche.

En el mismo día habían recuperado la droga y por lo que parecía, el antídoto. Dudaba que Víktor se lo hubiera inventado, aunque nunca se sabía. No podía bajar la guardia. Víktor no dejaba de ser un agente del FSB y estaba desesperado.

El Hombre de Traje apagó el motor, salió sujetando un saco de fertilizante y llegó hasta el coche de Ludmila. Abrió la puerta y se sentó en el asiento del acompañante.

—¿Algún problema? —preguntó ella al ver sus ojos enrojecidos.

El Hombre de Traje negó con la cabeza. Abrió el saco y extrajo la droga.

—Con esto habrá suficiente —le dio dos paquetes y se quedó el resto.

Ludmila los guardó en la guantera y de nuevo miró su reloj. El Hombre de Traje inspeccionaba el horizonte.

Guardaron silencio durante veinte minutos, hasta que oyeron acercarse otro coche. Ambos reconocieron el Audi y prepararon sus armas.

Víktor trató de olvidar el dolor del hombro y la nariz rota. Era intenso, pero soportable. Toda su atención estaba ahora en los dos coches que veía parados en el claro. Ambos tenían las lunas tintadas, así que no podía saber cuánta gente le estaba esperando. “*Mínimo dos y no más de diez*”, estimó. Apartó de nuevo la imagen de Eva malherida de su mente. Debía concentrarse. Detuvo su Audi a unos veinte metros. Abrió la guantera y sacó una caja metálica que tenía un teclado de diez dígitos en un extremo. Lo había sustraído del FSB hacía una semana: le sería útil llegado el caso de un intercambio, para ganar algo de tiempo. Tecleó 742489 y la caja se abrió. Comprobó que el tubo del antídoto seguía intacto. Unos cables conectaban varios sensores con un mecanismo de incineración automático. Cerró de nuevo la caja con cuidado. Acto seguido comprobó su arma reglamentaria, la cargó y la guardó de nuevo en la cartuchera. Se puso unos guantes de cuero, aunque tuvo que quitarse la venda de la mano herida, que empezó a sangrar. Respiró hondo, cogió la caja, abrió la puerta del coche y salió. Inmediatamente vio salir a la mujer y a un tipo que no conocía. Sin duda, un profesional. Ambos iban armados. No vio a nadie más, aunque no podía estar seguro. Esperaba que su hija estuviera en alguno de los coches, así que probablemente habría más gente con ella.

—¡Mi hija! —gritó, tratando de ganar la iniciativa del intercambio.

Vio a la mujer hacer un gesto al matón. Éste se acercó hasta el otro coche, llegó al maletero y lo abrió. Víktor quería parecer tranquilo, pero le era difícil controlar sus nervios. Vio al tipo sacar a pulso a su niña, amordazada y atada como un animal. “*Está viva*”, pensó aliviado al verla moverse. Dio dos pasos rápidos hacia ellos, ansioso por abrazarla, pero consiguió controlarse y se detuvo. De repente Olya le vio e intentó gritar, llorando y pataleando. El hijo de puta la arrastraba a una mano, como si fuera una bolsa. Llegó junto a la mujer y dejó caer a Olya frente a ella. La mujer se agachó junto a su hija y le acarició la cabeza con una mano, mientras le apuntaba a la cara con una pistola.

—Tranquila pequeña —dijo con dulzura, mirando a Víktor—. En cuanto tu papá nos dé una cosita, te vas a ir con él.

—Primero mi hija —Víktor sólo quería sacar su arma y aniquilar a esos hijos de puta. Le daba igual su vida, pero no quería que su niña sufriera ni un minuto más.

—Creo que no has entendido cómo funciona esto —la mujer se volvió a poner de pie—. El antídoto, ahora.

Víktor se acercó lentamente a ellos oyendo sus propios pasos en la nieve y sintiendo los latidos de su corazón. Habría lanzado la caja, pero no podía correr el riesgo de que se rompiera el tubo. Cuando estuvo a unos dos metros se agachó sin dejar de mirarles y puso la caja sobre la nieve. Después retrocedió un par de pasos sin poder evitar mirar a su hija, que lloraba desconsolada. Le sonrió, intentado darle esperanza y que supiera que su padre estaba allí y que pronto se iría a casa.

El matón levantó el brazo y le apuntó al pecho. Víktor sintió cerrársele el estómago. El tipo movió el arma para ordenarle que se alejara más. Obedeció. Había

dejado el abrigo en el coche y sólo llevaba la chaqueta, esperando tener así más agilidad si finalmente tenía que sacar el arma, aunque en esta situación no tendría la más mínima posibilidad.

El matón recogió la caja sin dejar de apuntarle y se la entregó a la mujer. Ésta la inspeccionó, vio el teclado y miró a Víktor.

—No juegues con nosotros.

—Soltáis a mi hija. Cuando estemos suficientemente lejos, os doy el código.

Víktor supo que era un órdago perdedor, pero no había podido pensar en nada mejor. Tenía que aferrarse a él.

—Si el código es erróneo el antídoto se carbonizará —añadió.

Hubo una pausa que a Víktor le pareció eterna. La mujer miró al matón y no necesitó decir nada. El cabrón arrancó de un tirón la cinta americana que amordazaba a Olya. La niña gritó de dolor.

—¡Papa! ¡Papa ayúdame! —gimió entre sollozos.

El tipo apoyó el cañón de su pistola en la cabeza de Olya.

—¿Y bien? —preguntó la mujer.

Víktor apretó los labios y los puños. Temblaba de rabia y frío. Si les daba la combinación, estaban muertos. El tipo cambió la pistola de posición y apuntó a la rodilla de la niña. Víktor casi no oyó el disparo. Sólo vio la oscura sangre mezclándose con la blanca nieve. Los gritos de Olya eran desgarradores.

—¡Basta! ¡Basta! ¡742489! ¡742489! —suplicó impotente—. Dejadla, por favor...

Ludmila tecleó el código lentamente. La tapa se abrió y sacó el tubo de color azul. Su rostro se iluminó. ¡Por fin lo tenían! Lo inspeccionó con cuidado y sin decir nada más volvió a su coche.

Víktor supo que ahí acababa todo, que les iban a matar. Desenfundó su arma, o al menos eso creyó. Cuando cayó al suelo notó que ni siquiera había llegado a sacarla. “*El frío... demasiado lento*”, se justificó erráticamente su mente. Luchó por respirar, pero la sangre le taponaba la garganta y el aire no entraba en los pulmones. Sintiendo, aterrado, cómo la vida se le escapaba, consiguió girar la cabeza sobre la nieve. Con la visión borrosa creyó ver a Olya mirándole; los ojos muy abiertos como si hubiera visto un fantasma. La difuminada figura del asesino apuntó a la nuca de su hija y el vaho de su último aliento borró la imagen.

El viento arrastró el sonido seco del disparo a las profundidades del bosque.

Capítulo XX

El vuelo había sido un infierno, lleno de turbulencias y gentuza. Eran poco más de dos horas de Moscú a Orenburgo, pero se le hicieron eternas. Mientras esperaba que llegase el coche, llamó a uno de sus asistentes.

—... te estoy diciendo que lo que todavía no está claro es si el juez va a decretar que la sesión sea a puerta cerrada o no —su coche llegó—. Llámame, pero es probable que esté sin cobertura. Sigue intentándolo.

El chofer le abrió la puerta y él subió al todoterreno.

Los cien kilómetros desde el aeropuerto a la prisión de máxima seguridad *El Delfín Negro*, en Sol-Iletsk, se habían convertido en cuatro horas de enorme atasco. Parte del asfalto había reventado debido al lamentable mantenimiento y a las temperaturas cercanas a 40.°C bajo cero que, con un viento de 25 Km/h, convertían aquel pedazo de tierra, casi fronterizo con Kazajstán, en un lugar inhóspito. Un lugar, por otra parte, muy adecuado para ubicar la prisión más segura del país, donde los criminales más crueles, fanáticos y temibles cumplían cadenas perpetuas o, como en el caso de su cliente, aguardaban su juicio. No se conocía ningún caso de fuga en la historia de la prisión, ubicada en el centro de un lago artificial, sólo accesible por una estrecha carretera. Llegaron al punto más cercano permitido, casi al límite del horario acordado con las autoridades para su visita. No importaba. Una vez dentro sólo necesitaba un minuto. Era un viaje demasiado duro para semejante tarea, pero su demanda de traslado a un centro de Moscú durante la prisión preventiva había sido rechazada. Era evidente que no iban a dar la más mínima facilidad al presunto ideólogo del atentado más sangriento en la historia del país.

Lo cierto es que el juicio era una pantomima. Los medios, el pueblo y el gobierno ya lo habían declarado culpable. El proceso no era más que un ejercicio de lavado de imagen de cara a la opinión pública. Para más inri, era un juicio con jurado popular. Las posibilidades de salir con una condena inferior a cadena perpetua eran paupérrimas. Pero a él no le iba nada mal. El juicio le estaba dando una publicidad gratuita fantástica y además sabía que era tremendamente fotogénico; en cámara parecía un actor americano. Y cobraba un dineral. Con los años se había especializado en representar a algunos de los delincuentes más ricos del país. Tenía la certeza absoluta de que su cliente era culpable, pero los fundamentalistas islámicos tenían muchos fondos y le pagaban puntualmente en su cuenta de Suiza, alejada de las garras del fisco ruso.

Un guardia les indicó dónde aparcar pero les prohibió salir del coche; un helicóptero estaba aterrizando. De la cabina del enorme aparato vio bajar a ocho miembros de los OMON. Los miembros de las fuerzas especiales daban miedo. Les

siguieron otros dos agentes, arrastrando a un preso esposado a la espalda y con los ojos cubiertos por un antifaz. Todos los presos eran tratados así en esa institución, evitando la más mínima posibilidad de que captaran una visión externa de la prisión. El abogado observó cómo los OMON llevaban al preso levantándole de los brazos, esposados, de forma que iba doblado dolorosamente hacia delante. Unos minutos después, el guardia le dejó salir de su vehículo y tras las comprobaciones, habitualmente concienzudas de sus credenciales, pudo finalmente entrar en el primer edificio, constantemente escoltado por dos guardias. Siguió una rigurosa inspección de sus pertenencias y un humillante cacheo.

La primera visita había sido dura y había estado a punto de acabar muy mal. Esta vez mantuvo la boca cerrada mientras le requisaban sus pertenencias; el reloj, el anillo, bolígrafos, monedas... todo excepto una grabadora digital de bolsillo que el juez había autorizado tras mucho insistir. Pero incluso la grabadora era desmontada en cada visita, al entrar y al salir, y comprobado su interior. Finalmente fue trasladado hasta la isla en otro vehículo y conducido al bloque donde se ubicaban las celdas.

En el interior, Shamil Makharov inició el procedimiento para salir de la celda: se puso de pie, entrelazó los dedos de las manos a su espalda y agachó la mitad superior del cuerpo hacia delante, mirando al suelo. En esa postura, anduvo hasta la puerta de metal y sacó las manos entrelazadas por la portezuela que el guardia abrió. El perro ladró al reconocer su olor. Uno de los guardias le colocó las esposas y le ordenó que se alejara de la puerta. Un tercer guardia la abrió. Una nueva orden y Makharov salió de la celda guardando la postura inclinada y mirando al suelo. El perro se puso nervioso y ladró de nuevo. El guardia que lo manejaba le soltó algo la correa, dejando que el pastor alemán amedrentara al prisionero. Mientras un cuarto y un quinto guardias levantaban a Makharov metiendo sus brazos entre los de éste y tirando hacia arriba, los otros dos guardias le cacheaban. Makharov abrió la boca para la inspección. Finalmente le pusieron un antifaz en los ojos.

La rutina de esa prisión era la misma para todos los presos con cada salida de la celda, donde sólo estaba permitido sentarse o tumbarse en la litera seis horas al día. El resto del tiempo tenían que estar de pie. Con Makharov habían hecho, no obstante, algunas excepciones. La primera era que no tenía compañero de celda. Las probabilidades de que lo hubieran matado eran grandes, a pesar de haber cámaras en todas las celdas y una ronda de guardias cada 15 minutos. Makharov era, probablemente, la persona más odiada de Rusia, también entre la población reclusa. A los guardias no les habría importado encontrárselo acuchillado, salvo por el hecho de que la orden de que llegara vivo y sin un rasguño al juicio venía desde la más alta autoridad. La segunda excepción concernía la presencia de cuatro guardias más uno adicional con el perro. Para el resto de presos, eran tres guardias más el perro.

Le trasladaron casi en volandas por varios pasillos y algunos tramos de escaleras hasta una sala con una pequeña celda de barrotes. A dos metros de ella había una solitaria silla anclada al suelo. Makharov fue introducido en la celda y ésta cerrada

con tres candados diferentes. Los guardias se retiraron tras quitarle el antifaz y cerraron la puerta de la sala, que tenía una portezuela a la altura de la cabeza para poder vigilar desde el exterior. Las dos cámaras situadas en esquinas opuestas estaban conectadas con el sistema de videovigilancia. El abogado fue trasladado, con el antifaz, hasta la sala donde su cliente aguardaba. Al menos a él no le esposaban, ni le acompañaba un guardia con un perro. Accedió a la sala tras un último registro y le fue retirado el antifaz. El único objeto visible era la grabadora digital. “*Tengo que cobrar más por estas humillaciones*”, pensó al sentarse a dos metros de su cliente. Tenía órdenes estrictas de no acercarse ni un centímetro a la jaula, y pensaba cumplirlas. Miró a Makharov, que le devolvió la mirada impasible, como siempre. Era el Bin Laden ruso, y le trataban como tal, como un terrorista talibán. Ellos no tenían Guantánamo, pero sí *El Delfín Negro*, y aunque era un gasto de recursos y dinero desplazarle a Moscú para el juicio, también era una declaración de principios para otros potenciales terroristas: “Aquí es donde os pudriréis el resto de vuestros días”.

El abogado miró a las cámaras. Era perfectamente consciente de que el dejarle a solas con su cliente no significaba que no fueran a grabar sus entrevistas, por muy ilegal que aquello fuera. Pulsó el REC de la grabadora y la dejó en el suelo. Había que disimular.

—No tenemos mucho tiempo —comenzó—. A los 733 cargos de asesinato y terrorismo, han añadido a la acusación el ser el ideólogo de los últimos cuatro atentados ocurridos en el país —vio que Makharov no movía un músculo—. He recurrido estas acusaciones por defecto de forma. El juez decidirá si incluirlas para un juicio posterior.

El abogado esperó algún comentario, pero al ver que Makharov guardaba silencio, pasó al tema que de verdad le llevaba allí.

—Por otra parte, aunque no sabemos si esta sesión del juicio será abierta o cerrada al público, tu hermana no podrá finalmente asistir.

Creyó notar un fugaz cambio en la mirada de Makharov, aunque podía perfectamente ser su imaginación. En cualquier caso, dudó mucho que los guardias lo hubieran notado a través de las cámaras.

—¡Guardia! —gritó Makharov.

El abogado permaneció sentado mientras oía abrirse la puerta. Se quedó con la duda de saber qué le habría transmitido realmente a Makharov al hablarle de su hermana. Le habían hecho memorizar la frase, lo que evidentemente significaba que era algún tipo de código. Fuera lo que fuera le pagaban demasiado bien para no hacerse preguntas cómo ésa.

Capítulo XXI

El despacho de Tanya en el FSB no se diferenciaba mucho de los demás, salvo por tres plantas que le habían regalado y de las que sólo reconocía un tronco de Brasil. A pesar de ser nativa de zonas tropicales de África, seguía viva, luchando ferozmente contra la falta de cuidado de su dueña. Tanya no se caracterizaba por ser una gran amante de la jardinería. El despacho, en días mejores, tenía bastante orden, sobre todo desde que habían trasladado a su antiguo compañero de oficina y pudo disponer de más espacio. Dos solitarias fotos, una de ella misma en uniforme de gala el día de su nombramiento y otra, en elegante blanco y negro, de su madre mirando por una ventana, eran las únicas muestras de objetos personales. Bueno, las fotos y por supuesto su colección de clásicos de la literatura rusa, incluso poesía, a pesar de su absoluta incompreensión del arte de las rimas. Había sido una de las mejores en la escuela, donde la memorización de los versos de Pushkin, Maiakovsky, Blok y Lermontov entre otros, era obligatoria, pero jamás le había cogido el gusto.

Tanya consultaba en ese momento las bases de datos de tráfico mientras hablaba por el móvil. El teléfono fijo estaba descolgado y el auricular apoyado en la mesa junto al teclado.

—¿Eso es todo lo que tenemos? ¿Ni siquiera un color?

Tanya colgó el móvil. Un testigo había visto a alguien sospechoso cerca del callejón donde habían asesinado a Yuri. Decía que creía haberle visto salir de un Lada Niva. “*Genial. El coche más vendido en el país*”, pensó, mientras cogía el auricular de la mesa para continuar la conversación que había interrumpido con los técnicos de tráfico.

—¿Está ahí? Sí, tiene que buscar un Lada Niva... Sí... sí, por supuesto que es imposible. Pero más imposible será hacerlo destinado en Vladivostok.

Colgó sin esperar respuesta. Era una amenaza sin sentido, pero estaba harta de la falta de colaboración que encontraba en todos los departamentos. El móvil empezó a sonar. Era el nuevo director del FSB, el coronel Valerikov.

—¿Ahora mismo señor? —preguntó, tras escuchar la voz ronca de su jefe—. Sí señor —Tanya tomó nota de las indicaciones que le daba—. Enseguida salgo señor.

Pensó que el coronel parecía relajado, puede que un poco bebido. No sabía cómo interpretarlo. Decidió no darle más vueltas. Le había convocado a una reunión, así que pronto conocería la razón. Bloqueó su ordenador, se puso el abrigo y salió camino del *parking*.

Las luces de los coches, las farolas y los edificios daban vida a la profunda oscuridad del cielo. Tanya pisaba el acelerador a fondo, con la insistente sirena

abriendo malamente paso en el denso tráfico del centro. En Moscú siempre era hora punta, independientemente de la posición de las agujas. De nuevo conducía como una autómatas, analizando los eventos del día. Las cosas pintaban mal. Muy mal. Había estado cerca de recuperar la droga, pero el resultado final era que, ahora mismo, no tenían absolutamente nada. Peor aún, tenían menos que nada. La única pista había sido el Yuri ese; y ahora estaba muerto.

* * *

Hacía ya bastante tiempo que Ilya no entraba en la celda de una comisaría. Aun así le pareció que nada había cambiado: la misma suciedad, los mismos barrotes oxidados, el mismo cagadero donde ni loco pondría su culo... Pasó su brazo sobre los hombros de Oleg, cuya rabia contenida explotaba a ratos. Hacía unos minutos había estado golpeando tan fuerte los barrotes que había tenido que separarle a la fuerza antes de que un guardia le partiera la cabeza con la porra. No había traducido los insultos de Oleg, aunque algunos gestos eran evidentes. Su primo le había contado lo que había pasado con Eva. Ilya había intentado explicárselo a los policías pero le habían cerrado la boca a base de bien. Ni se molestó en preguntar si seguía viva.

* * *

Un adolescente que fumaba junto a su ventana vio un Lexus todoterreno, de cristales oscuros, que doblaba a la derecha desde la calle Krasnobogatyrskaya a la suya, 3-Bujvostova. Había poca luz donde el coche se detuvo y no pudo distinguir más que la figura de un hombre que salía del Lexus, miraba a ambos lados y se alejaba calle abajo.

El Hombre de Traje se giró al llegar a la siguiente esquina y se aseguró otra vez de que el coche no llamaba demasiado la atención. Comprobó que la señal GPS del antirobo funcionada correctamente y continuó su camino.

* * *

Tanya pasó Voronovo y empezó a seguir las indicaciones que le había dado el coronel para llegar a Klenovka, un pequeño pueblo a las afueras de Moscú, y de allí al lago. No entendía cómo el nuevo director del FSB podía estar a cien kilómetros del centro de Moscú, estando la situación cómo estaba. Luego pensó que probablemente no se desplazaría en coche, sino en helicóptero. Encontró un puesto de policía al principio del desvío que debía llevarle hasta la dacha del coronel. Notó que acababan de instalarlo: las dos casetas metálicas para los guardias estaban nuevas, al igual que la barrera y sus soportes. Unos potentes focos se habían iluminado a lo largo del camino

cuando el coche fue detectado. Como nuevo director del FSB habría asociadas al cargo ciertas obligaciones de seguridad. No parecía que dos agentes y una simple barrera levadiza fueran grandes aportaciones, pero pensó que podría haber más medios que ella desconociera. Mostró su identificación a uno de los agentes mientras el otro sujetaba su AK-47 a media altura, dispuesto a entrar en acción si fuera necesario. Tanya supo instintivamente que no eran simples agentes. Podrían ser del FSB o, más probablemente, de las fuerzas especiales. El agente chequeó su identificación, inspeccionó ligeramente el coche desde el exterior y revisó los bajos con un espejo adaptado.

—Necesito que abra el maletero —dijo el tipo, dejando el espejo en el suelo.

Tanya salió lentamente del vehículo, fue hasta el maletero, acompañada por el agente, y lo abrió. No había nada sospechoso.

—Gracias. Le está esperando. Siga hasta el final del camino, junto al lago —el agente hizo una señal para que su compañero levantara la barrera.

Tanya vio la dacha enseguida. Era grande y por lo que podía apreciarse entre luces y sombras, parecía una bonita construcción. Dejó el coche y se dirigió hacia la entrada, pero notó que la luz de lo que parecía la sauna, una edificación mucho más pequeña de madera, estaba encendida. En ese momento la puerta de la pequeña caseta se abrió, y distinguió al coronel Valerikov cubierto con una simple toalla alrededor de la cintura. Hacía un frío de mil demonios y el viejo coronel la recibía prácticamente desnudo, con un halo de vapor emanando de su cuerpo. Tanya decidió no darle ninguna indicación de lo incómoda que se sentía. El coronel la saludó y se acercó mientras aspiraba una honda bocanada de aire.

—¿No es maravilloso? —dijo exultante el director del FSB.

Tanya supuso que no esperaba respuesta a pregunta tan críptica, pero sobre todo le extrañó verle tan relajado dadas las circunstancias. Efectivamente, el coronel no esperó respuesta y le indicó que le siguiera hacia la casa, mientras seguía hablando.

—Napoleón, Hitler... ellos no supieron abrazar la grandeza del frío ruso —el coronel parecía perdido en sus reflexiones—. Lo temían. Pero se equivocaban. Al frío hay que amarlo, abrazarlo. Usarlo.

Se paró junto a la puerta de entrada de la casa y se giró con una sonrisa en el rostro, como orgulloso de su propio discurso. Tanya no pudo más que asentir. Educadamente, el coronel abrió la puerta y dejó pasar a su subordinada. A Tanya le resultó desagradable pasar tan cerca de él, cubierto con una simple toalla. Una vez dentro y tras limpiarse bien los zapatos en un felpudo, Tanya se llevó una agradable sorpresa. En lugar de encontrarse una decoración de poco gusto, propia de los vejstorios militares, absolutamente recargada con columnas, fuentes y dorados, se vio en mitad de un elegantemente iluminado y acogedor hogar. Destacaban los tonos madera, una enorme y bella chimenea, así como una variedad de lámparas y apliques que le hicieron pensar en faros y barcos de pesca. Dos elegantes sofás, a juego con otro par de sillones, colocados alrededor de una mesa construida a partir de la rueda

de un molino, invitaban a sentarse junto al fuego. Un buen vino y alguno de los libros de la inmensa librería de caoba que ocupaba casi toda una pared, completarían una buena velada. El coronel no tardó en invitarla a sentarse.

—Siéntese, por favor. Permítame que me ponga algo más decente —dijo muy educadamente. “*Demasiado, tal vez*”, pensó Tanya.

Tomó asiento en uno de los sillones mientras el coronel desaparecía del salón.

—El mayor error de ambos —la voz del coronel se elevó desde alguna habitación —, fue su incapacidad de aceptar que podían ser derrotados —y por un momento Tanya tardó en entender que volvía a hablar de Napoleón y de Hitler—. Incluso cuando nadie más lo creía, ellos pensaron que podrían ganar todas sus batallas... — Tanya oyó los pasos del coronel acercándose y le vio reaparecer en el salón vistiendo un chándal del ejército... pero ya sabemos que, a veces, es más inteligente aceptar una derrota en una batalla para poder ganar una guerra.

El coronel la observaba con atención. Su tono de voz también había cambiado y Tanya se sintió un poco idiota al percatarse de que, lo que en principio ella pensaba ser un desvarío típico del viejo militar, era en realidad el tema principal de la discusión. El coronel esperó hasta notar que Tanya le prestaba la atención adecuada.

—No tienen nada, ¿verdad?

Tanya Kashianenko no pensaba ocultar ni un solo dato al director del FSB, ni tratar de justificarse.

—No señor. Teníamos una pista, pero la hemos perdido.

—El camello.

Tanya supo instantáneamente que el coronel estaba al tanto de cada detalle de la investigación.

—Sí señor. Lo siento, señor —Tanya lo sentía de verdad.

El coronel, que había estado de pie junto a la chimenea, se acercó a un armario junto a la pared.

—¿Qué le puedo ofrecer? —el coronel abrió el armario y Tanya pudo ver una buena colección de botellas—. ¿Vino? ¿*Champagne*?

—Gracias señor. No bebo —repitió Tanya, por segunda vez en poco tiempo.

El coronel le dirigió una mirada extraña, con las cejas levantadas, que Tanya no supo interpretar, “¿*Ofendido o sorprendido?*”. El hombre cogió un vaso y una botella de Jack Daniel’s. Se sirvió un doble bien cargado y agarrando la botella, fue a sentarse en el otro sillón, frente a Tanya. Dio un buen sorbo al *whisky* y lo paladeó.

—Creo que aún no sabe que el agente Víktor Nemtsov ha sido asesinado —anunció el Coronel, antes de dar otro trago.

Tanya se quedó helada. Le pareció que debía haber oído mal, pero supo que no era así. No lo podía creer

—¡Dios mío!

—Le han encontrado en un bosque junto al cuerpo de su hija —el Coronel la miró, y Tanya supo que esperaba que analizara este hecho.

Su mente se disparó y no tardó más de unos pocos segundos en tener una teoría.

—No puede ser una coincidencia. Tiene que estar relacionado —y aunque hablaba para sí misma, vio al coronel asentir y terminarse el vaso de *whisky*.

—La hija del doctor Yakovlev, Eva, ha sido atacada hoy. Está en estado crítico —el coronel añadió, mientras se servía de nuevo.

Tanya lo supo.

—¡Oh Dios mío, tienen el antídoto!

El coronel pareció satisfecho con su deducción.

—Ésa es la hipótesis con la que tenemos que continuar. Me temo que nos enfrentamos a un atentado inminente. Debemos prepararnos para la respuesta —el coronel ya había aceptado el atentado como inevitable—. Hemos de asumir que el objetivo será algún sitio público, muy concurrido...

Tanya hiló sus pensamientos.

—Pero no será un atentado suicida, si se han molestado tanto en hacerse con el antídoto.

El coronel enlazó con su análisis.

—... y por eso hemos de estar preparados para cazar a esos hijos de puta. Aeropuertos, estaciones, carreteras... quiero refuerzos en todas las posibles rutas de salida de Moscú.

A Tanya no le gustaba nada aceptar que no podían evitar el atentado.

—Señor. Si me permite. ¿No deberíamos avisar a la población de evitar, en lo posible, lugares concurridos?

La reacción del coronel asustó a Tanya. Parecía furioso de que, tras su buen trabajo de deducción, le viniera ahora con semejante pregunta. El alcohol le había enrojecido las mejillas y vidriado los ojos.

—¿¡Y qué les va a decir!? —respondió casi gritando, irritado—. ¿Que unos terroristas van a atentar con un arma química y que no sabemos nada más? Eso crearía caos, parálisis, derrumbe económico, paranoia... —el coronel daba vueltas alrededor del sillón, con el *whisky* tambaleándose en el vaso, sujeto tan fuerte que podría reventarlo—. Además, los terroristas no saben si estamos tras ellos. Ésta podría ser nuestra única oportunidad.

El silencio inundó la estancia por unos momentos. El coronel se apoyó ahora en la chimenea y se quedó mirando las llamas mientras el *whisky* se movía dentro del vaso. Dio un nuevo trago.

—Es más fácil evitar que los terroristas escapen, que proteger todos los posibles objetivos. Después, les haremos pagar.

Tanya temió seguir escuchando. Vio al coronel erguirse y acabarse el vaso de un solo trago.

—La guerra es lo que importa —Tanya reconoció en él a un jefe militar—. Ya se están preparando mecanismos de respuesta para después del atentado.

“*La exterminación de Chechenia*”, pensó Tanya aterrada. De nuevo una guerra.

—La rabia del pueblo siempre es un buen instrumento —añadió el coronel.

Sus ojos se encontraron. El hombre parecía buscar comprensión en esa idea bárbara. Tanya no podía comulgar con esa forma animal e inhumana de proteger el país. No pensó lo que dijo a continuación, simplemente se escuchó a sí misma pronunciar las palabras.

—Señor, no creo que el director Frolov hubiera actuado igual. Él no era un fanático...

El vaso de *whiskey* estalló contra la pared y decenas de trozos salieron disparados en todas direcciones. El coronel no gritó, sino que escupió las palabras.

—¡Frolov! ¡Frolov era un débil!... ¿Acaso sabe usted por qué se suicidó ese flojo? ¡Su apreciado Frolov era un cobarde!

El coronel recuperó lentamente la calma, pero Tanya seguía petrificada en el sofá, aterrada por semejante reacción.

—Ese cabrón fue el que empezó todo esto —continuó el coronel—. Se dejó comprar por lo *yankees* para organizar esa supuesta operación conjunta. Les iba a dar un arma que pertenecía al pueblo ruso.

De repente se sentó y echándose hacia delante, cambió completamente el tono. Tenía ahora una voz suave, delicada incluso, como disculpándose por sus exabruptos.

—Discúlpeme. Es usted demasiado joven. Déjeme simplemente que le asegure que el anterior director no ascendió por méritos propios, salvo que el chantaje y el uso de información reservada le parezcan a usted unos métodos adecuados.

Tanya le miraba aún asustada, incrédula.

—Era un traidor —insistió el director.

Tanya permaneció callada. El silencio se le hizo eterno. Temía que fuera cierto lo que decía de Frolov. Ella realmente no le conocía, pero los rumores dentro del FSB nunca habían sido muy claros. Desde luego no era un fanático militar como parecía el coronel, pero también era cierto que este hombre había dirigido la sección de contraespionaje y podía tener acceso a datos comprometedores de mucha gente. De repente se dio cuenta de algo que no se le había pasado aún por la cabeza.

—Señor —dijo, tragando para suavizar su reseca garganta—, ¿puedo preguntarle por qué yo? ¿Por qué está confiando en mí? No me conoce y debe usted de tener muchos hombres leales y que hayan servido bajo su mando.

El coronel se reía a carcajadas.

—Precisamente —respondió finalmente.

Tanya no lo llegó a entender.

* * *

El Hombre de Traje entró en la estación de metro de Elektrozavodskaya. Los policías del vestíbulo no le prestaron atención, como a casi ninguno de los más de cuarenta y

cinco mil pasajeros que circulaban por esa estación cada día. Se situó a la derecha en la escalera mecánica que le llevó a 32 metros bajo tierra. Era la tercera vez que visitaba la estación en esa semana, confirmando los detalles que había ido grabando en su cabeza. De nuevo vio los bancos de piedra, cubiertos con madera para aislarlos del frío al sentarse. Había seis bancos en ambos lados de la sala central, cada uno de ellos bajo un relieve original de las obras de construcción de los años 30 y 40. Cualquiera de los bancos le serviría al día siguiente.

Tampoco en esta ocasión se fijó en la espectacular forma del techo, con trescientos dieciocho focos en seis filas, una obra dedicada a los trabajadores de Elektroavod.

El tren llegó ruidoso y veloz, como siempre. El Hombre de Traje se montó en él, como uno más de los nueve millones de pasajeros diarios del sistema de metro moscovita.

* * *

Tanya conducía de regreso a la oficina. A esa hora la avenida Kalushskoe, que llevaba al centro de Moscú, estaba poco congestionada. No necesitaba, ni quería, usar las sirenas. Tenía demasiadas emociones que controlar y la cabeza le daba vueltas. “*Víktor asesinado*”. No le había llegado a conocer bien pero le había resultado siempre muy agradable, una buena persona y un buen agente. Ni siquiera sabía que tenía una hija. Esperaba que no estuviera casado. No quería ni imaginarse recibir semejante noticia. Pero lo que más le preocupaba era la actitud del coronel. No sería la primera vez que el país utilizara un atentado como excusa, válida o no, para comenzar una guerra o arrasarse alguna zona poblada de indeseables. Ni siquiera se planteaba intentar evitar el atentado. Tanya sabía que Valerikov tenía mucha razón cuando afirmaba que era una misión casi imposible; no tenían ninguna pista sobre posibles objetivos, aunque su instinto le decía que sería el metro, cuya concentración de ciudadanos y entorno cerrado lo hacía ideal para un gas letal. Aun así, lo mínimo que podían hacer era avisar a la población. El nivel de amenaza ya se había establecido al máximo, pero eso sólo alertaba a las fuerzas de seguridad y de emergencias, no a la población civil. Tenía que hacer algo. Se desplazó hacia la derecha y puso las luces de emergencia antes de detenerse en el arcén. Sacó su móvil, le quitó la tapa, levantó la batería y sacó un sobre de la guantera. Lo abrió y seleccionó una tarjeta SIM sin datos de afiliación, algo en principio ilegal en el país, pero que siempre había forma de conseguir. La introdujo y volvió a montar el móvil. Buscó en su libreta un número de teléfono y lo marcó.

—Canal Russia Televisión, ¿dígame? —oyó al otro lado.

Tanya no respondió.

—¿Russia Televisión dígame? —repitió la mujer.

Dudó. Había sido una orden directa. Lo más probable es que acabaran

descubriendo que había sido ella la que había filtrado la noticia. Aunque le dolía reconocerlo, el coronel tenía razón cuando decía que la única ventaja que tenían es que los terroristas, quienes quieran que fueran, probablemente no sabían que estaban detrás de ellos. Todavía tenía una pequeñísima posibilidad de encontrarles antes de que cometieran cualquier atrocidad.

—¿Oiga? —por tercera vez la periodista esperó una respuesta.

Tanya colgó.

Capítulo XXII

Ludmila esperaba en su coche con el motor encendido. Eran las seis de la mañana y todavía la oscuridad reinaba en la ciudad. Vigilaba un enorme edificio estalinista de estructura cúbica. Observó las ventanas, donde se iban encendiendo luces a medida que los proletarios moscovitas se iban despertando para la siguiente jornada de trabajo. Cogió de nuevo los prismáticos del asiento del acompañante y miró a uno de los portales del bloque. Si la mujer no salía pronto tendría que usar otro plan. Pero no esperó mucho. Por un momento el abrigo le impidió reconocerla, pero tras observar el tamaño de su cuerpo y su forma de andar, estuvo casi convencida. Le pareció reconocer el bolso y finalmente consiguió verle la cara. Sofía, su compañera de trabajo en los juzgados, salía camino de la parada de autobús. La vio tomar el trayecto habitual. La siguió con el coche a cierta distancia por la calle Stratonavtov, hasta que llegó a la parada, cerca de la estación de Tushinskaya. Ludmila contó unas quince personas más esperando allí, sufriendo el viento helado de primera hora de la mañana. Aceleró y al llegar junto a ellos frenó. Bajó la ventanilla tintada del copiloto y llamó a su compañera.

—¡Sofía! —no la oía— ¡Sofía! —gritó de nuevo, más fuerte.

La limpiadora la miró entrecerrando los ojos, tratando de reconocerla y esbozó una sonrisa de reconocimiento.

—¡Ludmila! —respondió Sofía, acercándose. Algunos de los otros presentes miraban la escena.

Sofía vio en el retrovisor que un autobús se acercaba.

—¿Vas al juzgado? Sube anda, que te llevo —dijo mientras se estiraba para abrir la puerta y no darle a Sofía opción de rechazar la oferta.

Sofía no la habría rechazado. Qué mejor que ir al trabajo en coche en lugar de en transporte público, haciendo cambios de autobuses a metro, escaleras arriba, escaleras abajo, aplastada por otros miles de trabajadores... Se subió encantada de la vida.

—Tienes mucha mejor cara —dijo Ludmila.

—Sí, sí. Debía ser un virus de esos de pocas horas... ¡Oye, menuda coincidencia! ¿Pero tú vives por aquí?

—Me acabo de mudar. ¡No me puedo creer que seamos vecinas! —Ludmila mintió, convincente—. Me ha parecido verte, pero no estaba segura hasta que he llegado a la parada.

—Pues es un barrio estupendo. Mucho mejor que vivir en el centro. Hay parques, tiendas de ropa, varias peluquerías... Además, hay un mercado de frutas y otro de pescado estupendos —Ludmila pensó que Sofía sería capaz de hablar sin respirar durante horas—. Si quieres, el fin de semana nos vamos juntas y te enseño la zona.

—Es una idea fantástica.

Sofía no pareció notar el tono algo seco de Ludmila. Aprovechó la corta respuesta para tomar aire y continuar su verborrea.

—¿No te sientes hoy como muy “plof”? —dijo gesticulando con el cuerpo como una marioneta a la que dejan caer—. He oído en la radio que tenemos una tormenta magnética. Siempre que hay una me siento como después de un día limpiando las malas hierbas de la dacha ¡ja, ja, ja! —rió, encantada con su propia broma.

Ludmila sonrió. Cuanto más hablara mejor. Aunque tenía preparadas respuestas a todas las posibles preguntas, era mejor que Sofía siguiera confiada y convencida de que ella era una compañera como cualquier otra. Le extrañó que no le preguntara cómo tenía un coche tan bonito y caro. Para eso también tenía una explicación.

Avanzaron lentamente por la autovía de Volokolamskoye junto con otros miles de vehículos, camino de la avenida Leningradsky, que llevaba al centro de Moscú.

* * *

Era hora punta en el metro. El Hombre de Traje bajaba pegado al lado derecho de las escaleras mecánicas, como constantemente pedían a través de la metálica y casi incomprensible megafonía. Una vez en el andén central de la estación de *Arbatskaya* siguió a la multitud, que avanzaba apretándose unos contra otros, cruzándose con otra multitud que iba a la calle y con los pasajeros que entraban y salían de los vagones. Los únicos que parecían ajenos a aquel hormiguero humano eran los cuatro cadetes armados y los dos policías, con Kalashnikov y perros, que patrullaban. Supo que estaba nervioso cuando notó el dolor en la mano de lo fuerte que apretaba el asa de su portafolios de cuero. Respiró hondo, tratando de calmarse. Llegó a mitad del andén y se sentó en uno de los bancos, junto a una anciana. Simuló atarse los zapatos sin dejar de controlar a su alrededor por si los policías aparecían. Con disimulo metió la mano en la cartera y cogió una de las latas de Pepsi. Buscó palpando, sin mirar, hasta notar la anilla; no era ésa la lata. Cogió la otra, la sacó y la dejó rodar con cuidado debajo del banco de piedra. Disimuló ajustándose la pernera de los pantalones y se levantó. Miró su reloj mientras el tren hacía su entrada. El plan avanzaba según lo previsto. Las puertas se abrieron y cientos de pasajeros se cruzaron entrando y saliendo. El Hombre de Traje protegió su portafolios contra el cuerpo, mientras un grupo de estudiantes empujaba en grupo al salir del vagón. Entró casi en volandas, arrastrado por la marabunta, y acabó en mitad de un vagón atestado de toda clase de olores.

“Atención las puertas se están cerrando. Próxima estación, Ploshchad Revolyutsii”.

El altavoz del vagón bramó mientras las puertas atrapaban parte de la manga de una niña. Su madre tiraba inútilmente del abrigo mientras el tren ya avanzaba.

Tendría que esperar a la próxima parada para desengancharlo. El tren volaba hacia la siguiente estación con su característico bamboleo e infernal ruido, que contrastaba con el silencio absoluto de los más de doscientos pasajeros del vagón. El Hombre de Traje casi sonrió, al pensar cómo aquel silencio, aquellas caras dormidas, aquellas miradas perdidas, se convertirían en gritos y rostros de dolor en muy poco tiempo.

Miró su reloj.

* * *

Ludmila conducía atenta, respetando los límites y las señales. No podía permitirse ni un retraso ni el más mínimo riesgo de ser parada por la policía. Sofía seguía hablando.

—... y entonces me di cuenta de que estaba regando las plantas... ¡con lejía! — Sofía se golpeó la pierna con la palma de la mano— ¡ja, ja, ja!

Ludmila le sonrió, sin saber de qué demonios estaba hablando.

—Tuve que cambiarlas por otras nuevas. Mi cuñada me regaló unas preciosas que tenía en la dacha... —continuó Sofía.

Redujo un poco la velocidad. Estaban cerca de la salida que tenía que tomar.

—... ¿y te puedes creer que el bruto de mi marido ni se enteró de que había cambiado todas las plantas? ...

Cogió la salida a la calle Académica Kurchatova, luego de nuevo a la izquierda por Shchuninskaya, a la izquierda otra vez por Pekhotnaya para volver, haciendo un cuadrado, a la autovía de Volokolamskoye, pero en dirección opuesta.

—¡Hombres! —continuó Sofía— son un absoluto desastre.

La limpiadora recuperó algo el aliento, sin dejar de reírse. Ludmila giró enseguida a la derecha por Ivankovskoye y al poco se metió en un bosque siguiendo un camino de tierra. Sofía pareció darse cuenta de que aquello no parecía muy normal.

—¿Vamos bien por aquí? —preguntó.

—Es un atajo. La gente en Moscú sólo sabe ir por las avenidas principales. Por eso siempre hay tantos atascos —Ludmila le guiñó un ojo, como si acabara de compartir un secreto con una buena amiga.

—Pues mira que bien. Ya me dije yo “qué lista parece esta chica nueva”, cuando llegaste. ¡Ja, ja, ja!

* * *

El tren paró en la siguiente estación, *Kurskaya*. La voz del conductor sonó a través del altavoz del vagón.

“Desalojen el tren. Este tren continuará sin pasajeros. Desalojen el tren”.

Un ligero murmullo de queja se levantó entre la multitud, pero todos obedecieron como corderos en un matadero. El Hombre de Traje se juntó con los otros pasajeros en el andén, mientras otros cientos de personas se unían a la espera, provenientes del transbordo con la línea circular y la línea 10. Vio al revisor recorrer el andén asegurándose de que todos los vagones estaban vacíos, e indicar al conductor que podía continuar. El tren partió vacío y la cantidad de gente que se acumulaba era incontable. Miró su reloj; había tiempo. No tenía por qué ponerse nervioso. El nuevo tren hizo su entrada y la horda empezó a empujar dispuesta a abordarlo en cuanto parase. Temió por el contenido de su cartera. No quería activarlo por accidente, ni saber qué pasaría si la lata era aplastada. La formación recibida sobre el montaje del dispositivo que convertiría la droga en gas había sido buena, pero no tan detallada. Sería estúpido morir ahora por un accidente.

Las puertas del vagón se abrieron. Resguardando el portafolios contra su cuerpo sacó los codos y empujó hasta situarse, bien protegido, en la esquina entre la puerta y los asientos.

* * *

No se veían otros coches en el camino de tierra. La luz del día iluminaba algo más pero en el bosque la oscuridad seguía reinando. Ludmila volvió a salirse de la pista, por un tramo mucho más inhóspito. Sofía había permanecido extrañamente callada, sólo tarareando ligeramente alguna canción infantil. Ludmila notó cómo agarraba su bolso con fuerza en el regazo, mientras buscaba algo. Unos metros más adelante, paró el coche. Sofía levantó la mirada del bolso, sorprendida. Ludmila pensó que parecía incluso asustada.

—¿Por qué paramos?

Ludmila sacó su pistola. Sofía palideció.

—Cierra la boca y sal del coche.

Sofía bajó la cabeza hacia su bolso y hablando muy nerviosa siguió buscando en el interior.

—¡Me parece una broma de muy mal gusto! —dijo, sin levantar la mirada.

—¡Sal del coche! —repitió Ludmila.

Inesperadamente el *spray* le roció la cara de lleno. Sintió que se quedaba sin respiración y que le ardían los ojos. Sofía se le echó encima tratando de agarrar la pistola. Luchó con todas sus fuerzas a pesar del horrible escozor y la falta de aire, pero Sofía era fuerte. Sintió que iba a perder el control del arma y con un último esfuerzo encontró el gatillo y apretó. Al principio no pudo oír los gritos de dolor; sólo un tremendo pitido, mientras se frotaba los ojos y jadeaba. Empezó a ver algo entre un chorro de lágrimas. Sofía se agarraba el hombro, que sangraba abundantemente. La ventanilla del acompañante había reventado. Ludmila golpeó en la cabeza a Sofía con la culata. Furiosa, abrió la puerta y salió del coche, tosiendo dolorosamente. La

gorda gemía de dolor. Dio la vuelta, abrió la puerta del acompañante y arrastró a Sofía, tirándola al suelo, sin dejar de mirar alrededor. Le ardían los ojos. Tardó en confirmar que no se acercaba nadie. Sofía lloraba en el suelo. Le apuntó a la cabeza.

—¡No, por favor! ¡No me mates!

Se volvió a frotar los ojos y apretó el gatillo.

* * *

El Hombre de Traje llegó a la estación de *Elektrozavodskaya* y se bajó. Llevaba en la mano una rosa que había sacado del portafolios. Se acercó al centro y miró alrededor, como si buscara a alguien. Uno de los policías le observó sin prestar mayor atención. Parecía un tipo más esperando a su amante, al igual que otros cuantos ahí parados. El Hombre de Traje se sentó en el banco que había elegido la noche anterior y miró el reloj, discretamente. Los policías se alejaban lentamente de él. Esperaría unos segundos más. Ninguno de los moscovitas que iban y venían le prestó atención. Metió la mano en el portafolios, localizó la segunda lata y la dejó rodar bajo el banco.

* * *

Ludmila miró su reloj. Aún le dolían los oídos y le picaban los ojos. Sacó una botella de agua de su bolso y se limpió como pudo. No podía entrar con esa pinta en los juzgados. Se secó con una servilleta de papel y sacó su neceser de maquillaje. Se arregló frente al espejo hasta quedar decente y luego cogió el bolso de Sofía que estaba en el suelo. Encontró la tarjeta de acceso roja y la metió en el suyo. Limpió como pudo los restos de sangre, quitó los trozos de cristal y volviendo a su asiento, se puso el cinturón y arrancó.

Capítulo XXIII

El terrorista Makharov había sido trasladado de madrugada desde la prisión de máxima seguridad *El Delfín Negro*, en Sol-Iletsk, cercana a la frontera Kazaja, hasta la capital rusa, lugar donde se cometió el terrible atentado, que era la principal causa de la acusación contra él, y donde se celebraría el juicio. Con las pruebas acumuladas, la continua presunción de culpabilidad y la propia confesión del acusado, pese a las condiciones en las que lo hizo, no había posibilidad de otro veredicto que el de culpable. Por ello había sido aprobado un juicio popular, con un jurado de doce ciudadanos que hablarían en nombre del pueblo ruso. Las televisiones y demás medios habían sido convocados apenas media hora antes del aterrizaje del helicóptero en el puente Matrosskiy, cuyos accesos habían sido cerrados para la ocasión. Metidos en sus furgonetas y coches, los periodistas hacían tiempo bebiendo té y café caliente, muchos aún con legañas en los ojos.

* * *

Tanya bebía su enésima taza de café, intentando mantenerse concentrada en los informes que leía. Había pasado toda la noche en vela volviendo a revisar todas sus notas desde el principio e insistiendo al laboratorio en la urgencia de los análisis forenses y las pruebas de balística, hasta el punto de que ya no le respondían al teléfono alegando que perdían más tiempo con sus llamadas que trabajando. Cerró los ojos un momento y echó la cabeza a los lados, intentando hacer desaparecer el terrible dolor cervical. Abrió los ojos en cuanto notó que se iba a dormir. Se levantó y dio un par de saltos desentumeciendo los músculos. Encendió la televisión y subió el volumen. Le haría bien desconectar un segundo y el ruido le ayudaría a espabilarse. Notó que algo olía a rancio: era ella. Se quitó la blusa llena de sudor y sacando unas toallitas húmedas del bolso se limpió lo mejor que pudo. Por suerte siempre llevaba un pequeño bote de desodorante. Se puso algo del perfume, abrió el cajón inferior de su mesa de trabajo y sacó una camisa blanca, aún envuelta en el plástico original. Rompió el plástico, quitó los clips que sujetaban la camisa al cartón y tras intentar inútilmente quitarle las marcas de los dobleces, se la puso y la arregló lo mejor que pudo. Puso más café a calentar y se sentó de nuevo a su mesa. Revisó algunas de las fotos que tenía acumuladas buscando algo que se le pudiera haber escapado y mientras chequeaba listas de sospechosos chechenos en las bases de datos de todas las agencias. Oyó algo en las noticias que le llamó la atención. Subió más el volumen. En el canal Russia 1 hablaban de terrorismo.

“... y a pesar de algunos rumores, el nivel de alarma terrorista en la ciudad no ha sido incrementado, según nos informa el Ministerio de Interior”.

El presentador recuperó un papel de su mesa.

“Les recordamos que el terrorista Shamil Makharov ha salido ya de prisión y está siendo trasladado al aeropuerto Vnukovo de Moscú. De allí será conducido al juzgado donde se celebra el juicio por su responsabilidad en el terrible atentado que tuvo lugar en el centro comercial IKEA Khimki que costó la vida de 733 inocentes. Conectamos con nuestro reportero que se encuentra en la puerta de los juzgados. Buenos días Alexandre”.

El periodista apareció en la imagen ajustándose el pinganillo. Tanya escuchaba mientras trataba de reconocer qué juzgado era el que aparecía al fondo de la imagen.

“... aquí, donde se espera en cualquier momento la llegada de la caravana de vehículos que traslada a Makharov.

Informó para Russia 1, Alexandre Nievsky...”.

La puerta de su despacho se abrió bruscamente y Dima, su joven ayudante, irrumpió con unos folios en la mano.

—¡Jefa! Tiene que ver esto. Ha aparecido la coca.

Tanya se levantó y le arrancó el informe de la mano. Lo leía tan rápidamente que tuvo que parar y volver a empezar para enterarse, aunque Dima ya se lo estaba resumiendo.

—Unos polis acudieron a una llamada anónima y detuvieron a un tipo que había dado una brutal paliza y disparado después a su novia —Dima estaba orgulloso de poder dar buenas noticias a su jefa—. Encontraron una bolsa de coca y una pistola. El tipo estaba con su primo. Ambos tienen antecedentes.

—Los quiero aquí ¡ya! —ordenó Tanya sin levantar la mirada del informe.

Dima sonrió, complacido.

—Los traen de camino. Y aún hay más —iba a hacer una pausa dramática, de las que tanto le gustaban, pero al ver la cara de Tanya continuó—. ¿El camello que mataron ayer en el callejón? Los de balística dicen que es la misma pistola con la que le dispararon.

Tanya recuperó la esperanza. *“¿Será posible que hayamos recuperado la droga por una carambola?”.* Enseguida tuvo dudas. *“¿Unos delincuentes comunes, y además rusos? No encaja”,* pensó.

—¿Cuánta droga encontraron? —repasó el informe—. Aquí no lo pone. ¡¿Qué mierda de informe es éste?!

Dima dudó un instante. Nunca había visto a Tanya así de nerviosa. Era evidente que este caso le estaba afectando.

—Ahora mismo lo averiguo.

Tanya volvió al informe. Sin darse cuenta, leyó en voz alta.

—“*Los detenidos alegan que ni el arma ni la droga les pertenece a ellos, sino a un hombre que les atacó en la floristería...*”.

Tanya vio que Dima seguía allí.

—¿No ibas a averiguar cuánta droga han incautado?!

Dima salió a toda prisa.

Tanya se dio cuenta de que había usado un tono demasiado agresivo con el chaval. Era uno de los pocos policías que había apuntado en su lista y que había conseguido que se incorporara a su equipo en el FSB. Meses atrás, un amigo de sus padres le había hablado de un curioso caso de robo en un café. Le contó cómo un barbilampiño policía trató el asunto como si hubiera sido el peor crimen de la historia, descubriendo que el borracho que habían detenido no podía ser el ladrón. Para ello había analizado el tiempo de descomposición de la sal que habían echado sobre el hielo, frente al café, y que se había pegado a sus zapatos. Más tarde encontró al auténtico culpable; un antiguo empleado. Tanya supo desde el primer momento que ese joven policía sería un buen investigador.

* * *

Los periodistas se empujaban para tener la mejor toma; el mejor ángulo; el contraplano más impactante. Les acaban de anunciar la llegada del terrorista Makharov. La caravana de vehículos blindados, coches patrullas e incluso una tanqueta había llegado al puente. La entrada en escena no pudo ser más espectacular: el sonido del helicóptero acercándose, la gran ventolera, el descenso y, antes incluso de tocar el suelo, el salto desde el interior de cuatro hombres de las fuerzas especiales. Una vez posado en el asfalto, las cámaras pudieron captar como otros seis OMON sacaban esposado a Makharov, que con los ojos cerrados y las palmas hacia arriba parecía rezar, ajeno al brutal ruido, los focos y los cientos de *flashes* de las cámaras.

* * *

Ludmila se detuvo más lejos de lo que había previsto inicialmente. El recorrido hasta el juzgado había sido tenso. Llevar la ventana del acompañante bajada era sospechoso en ese clima ártico. Suponía que habría un fuerte dispositivo policial así que era estúpido acercarse más con el coche. Miró su reloj. Si todo salía como había planeado, iba bien de tiempo. Aparcó unos metros más adelante, en el callejón Alymov, y tras coger su bolso y la bolsa de tela con la comida, se dispuso a recorrer a pie los apenas ochocientos metros que la separaban del juzgado. En la calle

Bogorodsky Val se encontró el control especial. Varios camiones cortaban el paso a los vehículos a modo de barrera. Un cordón de seguridad, formado por una infinidad de cadetes del ejército, desaparecía más allá del alcance de la vista. A lo largo del control había varios puntos de acceso con detectores de metales, perros y policías para evitar que nadie no autorizado pudiera pasar. Ludmila llegó a uno de estos puntos y tras mostrar su identificación y el contenido del bolso y la bolsa de tela, la dejaron continuar sin problemas. Como había supuesto, los controles especiales eran más disuasorios que otra cosa. Sin embargo, se sintió extrañamente indefensa caminando el resto del recorrido casi en soledad, en esas desiertas calles que ahora rodeaban el juzgado. Al llegar a la entrada principal, Sergei, el guardia de seguridad gordo y simpático, estaba allí y la reconoció.

—Buenos días Ludmila.

El otro guardia, al que no conocía, estaba unos metros más alejado, hablando con un policía. “*Un refuerzo extra*”, pensó Ludmila. Sonrió y sacando de su bolsa de tela dos tupperwares, uno rojo y otro azul le dio el primero a Sergei.

—Ayer tuvimos cena en casa y ha sobrado mucho. Pensé que igual querriáis. Son pilmeni.

—¡Muchas gracias! —respondió Sergei, gratamente sorprendido.

El policía se acercó en silencio al detector de metales junto con el otro guardia. No parecía muy feliz de estar allí. Ludmila dejó el tupperware azul y su bolso en la cinta del escáner y tras cruzar el arco del detector de metales oyó a Sergei a su espalda.

—¿Pilmeni? Esto parecen más bien... ¿espinacas?

Sergei había abierto el tupperware rojo y miraba el contenido sin mucho entusiasmo. Ludmila se llevó las manos a la boca, riendo avergonzada.

—¡Huy, perdona! Te he dado mi comida en lugar de los pilmeni.

Cogió el tupperware azul, que ya había sido escaneado, y con toda naturalidad lo intercambió con el rojo de Sergei.

—Hay que cuidar la figura —añadió coqueteando.

—A ti no te hace falta... —le siguió el juego Sergei.

Ludmila se alejó riendo hacía el interior sin pasar de nuevo por el arco ni dejar el tupperware rojo en el escáner. Había salido perfecto. De repente oyó la voz del policía a su espalda.

—¡Eh tú! Vuelve aquí.

Un escalofrío le recorrió la espalda y se detuvo, incapaz de dar un paso más. Superando el terror que sentía consiguió girarse y volvió lentamente sobre sus pasos. El policía la miraba inexpresivo. Sergei miraba al policía extrañado. Ludmila llegó hasta ellos y el policía levantó las cejas, señalando con la cabeza la cinta del escáner.

—¿No te olvidas de algo?

Ludmila no podía moverse. El sabor ácido del miedo le subía por la garganta.

—El bolso. Que te lo olvidas —añadió el poli al ver que la mujer no se enteraba.

Ludmila tardó varios segundos en reaccionar.

—¡Pero qué cabeza la mía! Muchas gracias —dijo, recuperando el bolso de la cinta del escáner e intentando controlar los nervios.

Cinco minutos más tarde estaba en el vestuario, ya cambiada, sin conseguir detener el temblor en las piernas. Esperó hasta que la chica kazaja que estaba cerrando su taquilla salió y entonces bloqueó la puerta con una banqueta. Rápidamente sacó el tupperware rojo y lo abrió. Con unas pinzas quitó unos diminutos topes y levantó las espinacas. Del compartimento inferior sacó la tarjeta de acceso roja de Sofía, un paquete de droga y el pequeño dispositivo que la convertiría en un gas letal. Cogió la tarjeta, volvió a comprobar que apenas se apreciaba que había sustituido la foto, se la colgó al cuello en lugar de la suya azul, escondió la droga y el dispositivo en el mono de trabajo y retiró la banqueta que bloqueaba la puerta.

* * *

La sala de espera del jurado tenía una gran mesa central, con multitud de sillas alrededor, no todas iguales, como si hubiesen traído algunas especialmente para la ocasión. En otras mesas más pequeñas había unas bandejas con sándwiches, café y refrescos. Los doce miembros del jurado estaban sentados alrededor de la gran mesa, hablando entre ellos en pequeños grupos.

María estaba sentada entre una mujer pequeñita y un tipo bastante más grandote. El hombre les estaba contando en detalle su trabajo en una fábrica de muebles cuando un oficial de los juzgados entró y se acercó a la cabecera de la mesa.

—Señores y señoras. Buenos días.

El oficial esperó hasta que los murmullos cesaron y la gente le prestó atención.

—Por motivos de seguridad y como ya se les explicó anteriormente, está terminantemente prohibido el uso de móviles, cámaras, grabadoras, y cualquier otro dispositivo que permita comunicarse con el exterior, o grabar el juicio —de nuevo esperó hasta que estuvo seguro de que todos le habían entendido—. Otro oficial vendrá ahora con las bandejas para depositarlos.

María, obediente, buscó su móvil en el bolso. Al principio le había dado cierta pereza eso de ser miembro de un jurado, pero habiendo vivido muchos años bajo la dictadura de la URSS y otros cuantos bajo el caos post-soviético, sintió cierto orgullo y responsabilidad ante la posibilidad de impartir justicia.

* * *

Tanya seguía leyendo el informe sobre Ilya y Oleg. Había algo extraño, algo que no encajaba en toda esta historia. Llamaron a la puerta y Dima entró con otro agente,

alguien que Tanya no conocía. Traían a Oleg y a Ilya, ambos esposados. Los vio sucios, cansados y furiosos. El que identificó como Oleg tenía manchas abundantes de sangre en la ropa. Se suponía que era él quien había intentado matar a su novia. Tanya señaló un par de sillas al agente que los escoltaba. Sin ninguna delicadeza, el hombre empujó a los chicos y les obligó a sentarse. Luego se quedó de pie tras ellos. Dima se acercó a Tanya y le dio una carpeta.

—El informe completo y actualizado de la detención —dijo—. Los policías encontraron un kilo de cocaína —añadió antes de que Tanya sacara siquiera los papeles.

Tanya sabía que ésa no era toda la droga que había. Por una vez deseó que los policías que les habían detenido fueran unos corruptos y se hubiesen quedado el resto de la cocaína, pero en cuanto leyó que Dimitri Zelenko firmaba el informe, un detective del que tenía muy buenas referencias, supo que no sería así. Se dio cuenta de que ése no era el mejor ambiente ni sistema para conseguir la colaboración de los primos. La mirada de Ilya era fría, desafiante, mientras que Oleg parecía terriblemente abatido.

—Quíteles las esposas —ordenó al agente.

El hombre miró a Dima y éste a su vez a Tanya, sorprendido. Tanya se impacientó.

—Uno es sordomudo, joder. ¿Cómo va a responder a mis preguntas con las manos esposadas? Además, esto es la sede del FSB. No van a salir corriendo.

El agente obedeció a regañadientes.

—Y ahora esperen fuera, por favor —añadió Tanya.

Los dos agentes se miraron inquietos.

—Pueden esperar junto al despacho si así se quedan más tranquilos —su tono no dejaba lugar a protesta alguna. Se acercó a la puerta y la abrió—. Pero ahora, fuera, por favor.

Dima y el agente salieron. Tanya cerró la puerta tras ellos, volvió hasta su mesa y examinó otra vez a ambos chavales unos segundos. Luego empezó a ojear el nuevo informe que le había dado Dima.

—Contarme de nuevo vuestra versión de lo que pasó ayer —dijo sin levantar la cabeza.

—Ya se lo hemos contado treinta veces a los polis —Ilya no quería parecer impresionado por estar en el FSB, aunque lo cierto es que sí lo estaba.

Tanya dejó de leer y le miró fijamente.

—¿Acaso parezco un poli? Quiero oírlo de vosotros mismos.

Tanya volvió a la lectura del informe. Ilya se dijo que no tenía nada que perder. Igual hasta los del FSB sí que les creían. Volvió a contar la historia que ya había contado varias veces durante la noche anterior.

—Yo estaba ayudando a mi primo en la floristería. Su novia le mandó un mensaje de socorro. Él salió corriendo a su casa, que está cerca de la tienda —Tanya

escuchaba atentamente mientras no dejaba de leer el informe—. Mientras él estaba fuera, un tipo entró armado y me pidió el dinero de la caja. Entonces mi primo entró para buscar ayuda, porque a su novia le habían disparado...

Ilya se interrumpió al ver a la agente del FSB incorporarse bruscamente de su mesa. Por un momento pensó que le había cogido mintiendo, pero su exaltación se debía a algo que acababa de leer.

Tanya releyó el nombre de la chica. No lo podía creer. Miró a Oleg.

—¿Tu novia es Eva Yakovlev? —Tanya recordó de pronto que era sordo, pero por el gesto de sorpresa del chaval, supo que le había entendido.

—Me entiende, ¿verdad? —preguntó Tanya impaciente a Ilya.

—Sí, mientras pueda leerte los labios —respondió él, dándose cuenta de que aquí pasaba algo anormal.

Tanya volvió a mirar a Oleg, esperando una respuesta. El chaval asintió.

—¿Sabes si es la hija del doctor Yakovlev?

Oleg miró esperanzado a su primo y Tanya vio cómo hacía signos con las manos. Miró a Ilya, esperando la traducción de lo que decía Oleg.

—¿Quiere decir que Eva está viva? —tradujo Ilya.

Tanya se sorprendió por la pregunta. En el informe no parecía decir lo contrario y todas las frases sobre Eva se referían a ella en presente. Ojeó rápidamente buscando algo relativo a su estado físico, pero no encontró nada. Decidió no mentirles, pero tampoco quería que dejaran de hablar.

—Las últimas noticias que tengo aquí es que seguía con vida.

Por la reacción de Oleg supo con absoluta certeza que ese chaval no le haría el más mínimo daño a su novia, más bien todo lo contrario. Tanya había conocido a todo tipo de mentirosos, retorcidos e incluso enfermos mentales. Oleg no fingía. Su expresión le pareció absolutamente auténtica. Le vio coger aire y luchar por evitar las lágrimas de alivio. El chico la miró sonriendo y se giró para volver a hablar con su primo. Ilya tradujo de nuevo.

—Dice que su padre era un científico. Algo así como un genio.

Tanya se giró y buscó rápidamente en su mesa la carpeta llena de fotos. Sacó todas y las recorrió hasta que localizó la que buscaba. Era una foto de su compañero Víktor. Se la enseñó a Oleg.

—¿Sabes quién es éste?

Oleg le conocía.

—Dice que es el exnovio de Eva —tradujo Ilya.

Tanya pensó que había recuperado el hilo de la investigación. Ató cabos rápidamente. Buscó otro informe y sacó una foto del Yuri, el camello asesinado.

—¿Y éste? ¿Sabes quién es?

Tanya notó que Ilya se ponía tenso. Era la reacción que esperaba. Oleg negó con la cabeza.

—Ni idea —Ilya no tenía que haber hablado. Su tono le delataba.

—Mira. Creo que no sabes lo que está en juego aquí. Sabemos que le conocías. Tenéis una detención conjunta de hace diez años. ¿Drogas? Qué casualidad —Tanya notó que Ilya se estaba dando cuenta de que no tenía salida—. El arma que encontraron en la floristería se usó para matarle —Ilya recordó la frialdad del asesino cuando le remató en la cabeza, sin inmutarse.

—Además —añadió Tanya—, ¿qué imbécil robaría una floristería llevando encima varios kilos de cocaína?

Ilya no respondió. Sentía que había caído en una trampa. La agente del FSB cambió el tono de voz.

—Soy la única persona aquí que puede ayudaros. Creo que os metisteis en un chanchullo por unas drogas que llegaron por error a vuestras manos y la cosa se complicó. ¿Me equivoco? —hizo una pequeña pausa, dándoles a entender que ella sabía lo que había pasado, antes de continuar—. No creo que matarais a Yuri, pero sí creo que sabéis quién lo hizo.

Ilya siguió callado. Tanya cogió otras dos fotos, de Víktor y su hija asesinados. Se las mostró a los dos.

—Creemos que el mismo asesino mató al exnovio de Eva y a su hija de cinco años. Probablemente estaba buscando la cocaína que Yuri o vosotros teníais.

Ilya apartó la mirada de la foto de la niña, impresionado. Pero seguía pensando que era una trampa. Si contaba la verdad le acabarían encerrando por tráfico de drogas.

Tanya se empezó a impacientar.

—No tenemos mucho tiempo —les presionó—. Será mejor que me contéis lo que sabéis ahora, o me encargaré de que os metan en prisión con todos los cargos posibles.

No le gustaba amenazar y menos estando convencida de que Oleg no había hecho nada. También pensaba que Ilya había acabado con la droga en su poder probablemente sin pretenderlo. Podía sin duda darse el caso de que todo fuera un complot más complejo y que los dos tuvieran un papel mucho más importante en toda la trama, pero su instinto y su experiencia le decían que la explicación más sencilla era normalmente la más probable. Ilya, y sobre todo Oleg, parecían haber acabado aquí de rebote, pero tenía que sacarles todo lo que supieran. Ellos podían ser la clave para encontrar la droga. Y la clave pasaba por ese asesino que había matado a Víktor, su hija Olya, Yuri y su dos *soldados*, y podría incluso ser el atacante de Eva Yakovlev.

* * *

No había un alfiler a esa hora de la mañana en la estación *Arbatskaya*. Dos policías pararon a un pequeño inmigrante con pinta de armenio. Le pidieron los papeles, que el buen hombre buscó entre empujón y empujón, imposibles de evitar dada la

inmensa cantidad de gente que subía y bajaba de los trenes. Éstos llegaban puntualmente cada treinta segundos a gran velocidad, descargaban sin dar un respiro a las ruedas, abrían y cerraban las puertas en escasos segundos y salían disparados a la siguiente estación. Uno detrás de otro, sin cesar. El policía inspeccionaba la tarjeta de residencia del armenio cuando notó algo extraño y oyó los golpes. Miró unos metros más allá, al centro del andén. Un hueco entre la multitud se hacía más y más grande al caer uno tras otro los cuerpos al suelo. Algunas personas intentaban correr, otras gritaban. Vio los rostros asustados frente a él apenas instantes antes de comprender que era el siguiente.

Un nuevo tren se acercó por el túnel, frenando y haciendo sonar la bocina; el conductor había visto algunos cuerpos caer a la vía. Sabía que no podría parar antes de atropellarles. Cuando la cabecera del tren entró en la estación, sólo tuvo tiempo de ver, aterrado, cientos de muertos que abarrotaban el andén.

* * *

Tanya no conseguía hacerles hablar. No parecía que la amenaza surtiera efecto. Decidió probar con la verdad. Les dijo algo que poquísima gente sabía y que no estaba autorizada a contar, menos aún a dos sospechosos, pero no tenía más opciones.

—Mirad, esa cocaína es en realidad un arma química letal. Creemos que ese tipo es un terrorista y que planea un atentado inminente en Moscú.

Tanya malinterpretó la reacción de Ilya. Sólo cuando comprendió que el chico se aguantaba la risa entendió que no le creía. Se enfureció tanto que estuvo tentada de darle una bofetada. Pero Oleg no reía. Al contrario, parecía más bien dudar. Les miraba a ella y a su primo alternativamente, indeciso. Le pareció que el chaval la creía. Le vio decirle algo a Ilya y éste le respondió airado. Discutían. Se sintió como una imbécil viendo a dos detenidos discutir sobre su caso frente a ella y no pudiendo entender ni una palabra. Sabía que ella formaba parte de la discusión; en ocasiones la señalaban. Quiso intervenir, pero se dio cuenta de que el hecho de que discutieran era bueno para ella. Notó que Ilya era el mayor, no solamente por edad. Parecía ejercer cierta autoridad sobre Oleg, pero sin duda se tenían respeto, tal vez amor. De golpe la discusión terminó y no parecía que ninguno hubiera cedido. Decidió intervenir.

—Si me ayudáis, os juro que os dejaremos libres. Sin cargos —lo decía en serio—. Podréis volver a casa.

Ilya no la creyó.

—No tenemos nada que ver con la coca ni la pistola. Y mi primo no ha atacado a Eva. Ya le dijimos anoche a la poli cómo era el tipo que...

Ilya no terminó la frase. Tanya vio la sorpresa en su rostro, la boca abierta y los ojos fijos en algún punto detrás de ella. Se giró siguiendo su mirada. Los teléfonos del departamento, al otro lado de su puerta, comenzaron a sonar al unísono. Algo pasaba. En la televisión emitían en directo la llegada al juzgado de Makharov,

rodeado de los OMON y de sus abogados. El terrorista parecía tranquilo, confiado. Uno de sus letrados le resultó extrañamente familiar. Esa cara desagradable la había visto antes. De repente se acordó. Ése era el tipo con el que había chocado junto al McDonald's y al que le había derramado el café en el abrigo. Tanya se volvió de nuevo hacia Ilya. Él apartó la mirada rápidamente de la tele. “¡Lo conoce!”, se dijo Tanya. Se acercó hasta la tele y le señaló con el dedo.

—¡Era este hombre ¿verdad?! —sabía que tenía razón—. Es él quien tiene la droga.

Ilya tragó saliva. Tanya encajó las piezas. Aquello no era sólo un atentado, ¡era una fuga!

Antes incluso de que le hubiera dado tiempo a asimilar lo que acababa de descubrir, la puerta del despacho se abrió de golpe y entraron Dima y el otro agente.

—¡Han soltado el gas en Arbat, en el metro! —anunció Dima, que parecía afectado por la noticia—. Hay cientos de muertos.

—Llévate a estos dos abajo —ordenó Tanya al otro agente—. Dima, necesito que te centres —Tanya esperó unos instantes, hasta que le vio más calmado—. Descubre quién está en este momento en el juzgado con Shamil Makharov, el terrorista. Los nombres de sus abogados y quien quiera que les asista. ¡Y lo necesito ya!

Dima no entendió la orden. ¿Acababan de atentar en el metro y Tanya le pedía una lista de abogados?

Oleg miraba muy atento a Tanya, leyendo sus labios. La vio enfurecer cuando el tal Dima se quedó ahí parado, sin reaccionar.

—¡¡Ahora mismo Dima, joder!! —gritó la mujer—. ¡Van a atentar en el juzgado! ¡Makharov se va a fugar!

El agente había esposado de nuevo a Ilya. Tenía sujeto uno de los brazos de Oleg, preparando las esposas, cuando el chaval se revolvió, le dio un fuerte empujón y empezó a hacer señas a Tanya, desesperado. El agente recuperó el equilibrio, agarró brutalmente a Oleg y le tumbó contra la mesa. El chico continuó forcejeando y Tanya vio que el primo se disponía a defenderle, incluso esposado.

—¡Hijo de puta, déjale! —gritó Ilya, dispuesto a patear al agente.

Tanya se interpuso rápidamente, sujetando al chaval, que apenas alcanzó a lanzar una patada al aire. Tras reducir finalmente a Oleg, el agente custodio le colocó las esposas y le dio un puñetazo gratuito en las costillas.

—Esto para que vuelvas a intentarlo —dijo, extendiendo los dedos de la mano para aliviar el dolor.

Después sacó a ambos de allí, con Oleg aún encogido a causa del puñetazo.

* * *

María se dio cuenta de que estaba nerviosa. No se había imaginado que el hecho de ser jurado pudiera crearle ese nudo en el estómago, pero lo cierto es que le

impresionó el momento en que un alguacil, muy serio, entró en la sala donde esperaban y les anunció que el juicio comenzaría en unos minutos. Les pidió educadamente que les acompañara y no tuvo que rogar que guardaran silencio. María notó que los demás miembros también estaban nerviosos. Había pensado que la sala de espera sería contigua a la del juicio, pero tuvieron que atravesar un par de pasillos antes de llegar a una puerta que el alguacil abrió con elegancia. A continuación, les invitó a entrar.

* * *

Tanya volvió a marcar el número que aparecía en la base de datos. Nada, no había línea. Buscó otro número mientras intentaba quitarse de la cabeza las escenas de terror que estarían viviéndose en *Arbatskaya*. Dima entró en el despacho. Tenía los ojos enrojecidos y mal aspecto. El puto teléfono no daba señal.

—¿¿Qué coño pasa con las líneas?! ¡Hay que contactar con el juzgado!

—Han activado la alerta 1. Se han bloqueado todas las líneas. Sólo podemos comunicar con onda corta. Justo me han cortado cuando intentaba advertirles.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Tanya golpeó el teléfono hasta que lo rompió. Dima guardó silencio mientras veía a su jefa perder los papeles. Luego no pudo resistir más. Tenía que compartir con alguien lo último que sabía sobre el atentado.

—Hasta ahora han contado 413 víctimas. Parece que hay bastantes más.

Tanya le miró enfurecida.

—¡No necesito saberlo! —gritó—. ¡No quiero saberlo, entendido! —tomó aire un segundo, tratando de tranquilizarse—. Dima, no podemos descentrarnos. Nuestro objetivo es atraparles y así evitar otro posible atentado y la fuga de todos ellos.

Luego reflexionó un momento.

—La prioridad ahora es contactar con el juzgado...

—Ya lo he intentado —le interrumpió Dima—. Nadie responde a la radio. Puede ser que la tormenta magnética afecte a las comunicaciones. He dejado a Lydia tratando de contactarles hasta que lo consiga. Puede ser que nadie tenga allí activada la radio en la frecuencia de emergencia —Dima pensó que hasta hacía no tanto él era uno de esos policías de calle—. Yo ni siquiera recuerdo, cuando era policía, si alguna vez me explicaron el protocolo de emergencia.

Tanya agradeció que Dima estuviera allí. A pesar de su juventud y exagerada sensibilidad, era un buen profesional. “*Bueno, ahora todo esto ya no es secreto*”, pensó.

—Esto es lo que quiero que hagas —Dima reconoció en ese momento a la jefa que le gustaba y que necesitaba. Conocía ese tono y sabía que ahora le daría a toda prisa instrucciones precisas y claras—. Contacta con el centro de mando de la policía y que manden las diez patrullas más cercanas que haya al juzgado, con orden inminente de arrestar a los abogados de Makharov. Mándales una buena imagen de

cuando entraban en el juzgado. Avísales del intento de fuga y de que son muy, muy peligrosos.

Dima estaba ya en la puerta cuando Tanya recordó un detalle importante.

—¡Espera! —Dima se volvió y pudo notar el cerebro de su jefa trabajando a toda velocidad—. Diles que no entren en el edificio a no ser que lleven máscaras de gas — Tanya cogió su arma del cajón, se puso la chaqueta y agarró su abrigo—. Si no llevan máscaras, que no entren en el edificio bajo ningún concepto y que acordonen todas las salidas. Que de ninguna manera les persigan salvo que sea en la calle, al aire libre y a una buena distancia. Tienen más droga y es así como van a sacar a Makharov. Yo voy para allí. Trata de localizarme en la radio, para lo que sea.

Dima asintió y salió a toda prisa. Tanya le siguió, camino de los ascensores.

Capítulo XXIV

La sala donde tendría lugar el juicio permanecería sin público. El jurado aguardaba sentado, algunos de sus miembros jugaban nerviosos con los bolígrafos y cuadernos que les habían entregado para tomar notas. Otros miraban atentos a la mesa del juez, al alguacil o a la taquígrafa. Los menos pensaban en lo que no estaban haciendo en ese momento en sus trabajos o casas. Una puerta lateral se abrió y cuatro agentes fuertemente armados y equipados con chalecos antibalas entraron en la sala escoltando al acusado. Shamil Makharov, el hombre más odiado del país. Detrás de ellos entró el equipo de la fiscalía, formado por tres hombres de mediana edad y una guapa joven. A continuación venía el equipo defensor, liderado por Denis Tretov, el abogado de Makharov, feliz de cambiar los vuelos a la prisión por las cámaras de televisión, y a quién acompañaba un ayudante de última hora. Su asistencia había sido solicitada *in extremis* debido a la baja por accidente de su asistente habitual. Su nuevo ayudante llevaba el traje impecablemente. Los policías condujeron a Makharov hasta una jaula, montada en la sala. Los fiscales y abogados tomaron asiento en dos grandes mesas de gruesa madera. Como si lo hubieran ensayado, los portafolios fueron depositados sobre las mesas y densos fajos de documentos extraídos al mismo tiempo. El ayudante del abogado defensor miró su reloj y sacó una elegante caja que contenía dos bellos bolígrafos. Mientras los fiscales y el abogado ordenaban sus papeles, el Hombre de Traje giró el cabezal de uno de los bolígrafos y comprobó disimuladamente la aguja.

* * *

El agente trasladó a Ilya y Oleg por el pasillo camino del ascensor. No había rastro de los policías que les habían traído desde la comisaría. Los demás agentes y empleados del FSB corrían de un lado a otro. Los teléfonos no paraban de sonar y todo el mundo parecía hablarse a gritos. El estado de alerta había puesto nervioso al personal y aunque el protocolo establecía que un agente actuando solo no podía trasladar a dos o más detenidos a la vez, decidió que era lo más eficaz, dadas las circunstancias. Además, ya les había dejado claro cómo se las gastaba si le tocaban los huevos.

Ilya sabía que Oleg quería decirle algo. Cuando el agente pulsó el botón de llamada del ascensor, Oleg se puso ligeramente de espaldas a él e Ilya vio que su primo tenía un clip en la mano y que ya estaba intentando abrir sus esposas. Debía de haber aprovechado la pelea en el despacho para hacerse con él. Era una locura. ¿Qué pensaba hacer luego su primo? Tenía que tranquilizarle y evitar que hiciera alguna

locura. Pero Oleg no le miraba.

* * *

Ludmila recorría un pasillo, simulando hacer su ronda mientras empujaba el carro de limpieza. Sólo se cruzó con dos alguaciles antes de llegar a su destino, una puerta protegida con un lector de tarjeta magnética. El piloto del lector mostraba una luz roja. Apenas a cinco metros de allí, un policía hacía guardia en mitad del pasillo. El hombre la miró. Ludmila le sonrió ligeramente y saludó con un “buenos días”, mientras cogía la tarjeta de acceso de Sofía y la pasaba por el lector. “Clac”. La luz se volvió verde y la cerradura se abrió. Ludmila esperaba que el policía no hubiera notado su alivio. Empujó la puerta y entró arrastrando el carro de la limpieza. En cuanto cerró miró su reloj y se puso velozmente en marcha. Sacó del carro el paquete de coca y el dispositivo activador de calor. Estaba en una sala técnica del edificio, una de las centrales distribuidoras del sistema de calefacción que controlaba el flujo de aire caliente que mantenía el juzgado a una temperatura adecuada. Junto a la puerta había un plano técnico de las canalizaciones del juzgado. Lo estudió, confirmando los datos que ya habían obtenido previamente de la empresa constructora. Buscó la tubería marcada como “R7”. Sacó del mono de trabajo un cúter y un destornillador. Golpeó con los nudillos hasta que localizó la tapa de metal bajo el material termo aislante, el cual evitaba que la sala fuera un hervidero humano. Cortó el material alrededor de la tapa y volvió al carro. Sacó una pequeña bolsa de donde extrajo la jeringuilla y una capsula de antídoto azul. Introdujo la cápsula en el adaptador para jeringuillas y sin pensárselo dos veces se lo inyectó en la pierna. Durante unos segundos esperó algún tipo de reacción, pero no notó nada. El cilindro que les había proporcionado Víktor contenía siete cápsulas, que supusieron individuales. No sabía nada más sobre el antídoto; ni siquiera si era real, pero tenían fe y eso era suficiente.

Volvió a mirar el reloj, cogió el dispositivo y ajustó el cronómetro. A esa hora ya sabrían si el mismo mecanismo había funcionado en la estación de *Arbatskaya*. Colocó el paquete con la droga en el dispositivo y volvió a la tubería distribuidora. Desatornilló la tapa, usada para labores de mantenimiento, y la levantó haciendo palanca con el destornillador. El aire caliente le golpeó el rostro. Por un momento pensó que era demasiado intenso y le aterró que se disparase el gas, pero luego recordó que el aire se enviaba a 35.°C y que éste perdía calor en el transporte. Notó que estaba sudando a mares. Se secó las manos contra el peto, activó el temporizador del activador e introdujo el dispositivo en la tubería, colocándolo en el tramo horizontal, junto al hueco de la tapa. Volvió a atornillarla, colocó el material termo aislante que había cortado y revisando que no se dejaba nada, salió de allí.

* * *

María y el resto del jurado escuchaban atentamente las instrucciones del juez.

—Y recuerden que únicamente podrán tener en cuenta las pruebas que se presenten, no la oratoria de fiscales o abogados. Sólo hechos objetivos...

* * *

Oleg notó que las esposas cedían antes de que el ascensor llegara a su piso. Las puertas se abrieron y el agente le dio un empujón para que entrase en él. Después entró Ilya y finalmente el agente. Éste se giró para pulsar el botón y Oleg actuó rápidamente; le cogió la pistola que llevaba en la cintura y antes de que pudiera reaccionar le apuntó a la cabeza.

—¡Pero qué cojones haces! —gritó Ilya acojonado, a pesar de que su primo no le miraba.

Oleg temblaba. Alguien llamó al ascensor, que empezó a descender. Tenía que hacer algo. El agente cerró los ojos, aterrado. Oleg levantó el brazo y le golpeó fuertemente en la cabeza con la culata. El agente cayó al suelo gritando de dolor: no era tan fácil hacer que alguien perdiera el conocimiento. Oleg pulsó el botón de “Stop” y registró los bolsillos del hombre sin dejar de apuntarle. Encontró las llaves de las esposas y se las pasó a Ilya.

Ilya pensó que su primo se había vuelto loco. ¡Estaban jodidos! ¿Qué cojones estaba haciendo? Tenían que salir de allí. Se quitó las esposas y cogiendo un brazo del agente, le cerró uno de los grilletes en la muñeca. Pasó el otro grillete por detrás del apoyadero metálico del ascensor y lo cerró en el otro brazo. El agente le miraba fríamente desde el suelo, sin abrir la boca ni resistirse. Probablemente pensaba que si le estaban inmovilizando quería decir que no le iban a matar.

—No vais a salir con vida de ésta —el agente no pudo resistirse a amenazarles.

Ilya sabía que probablemente tenía razón. Ya daba igual lo que hicieran. Su única opción era desaparecer. Se agachó, agarró la corbata del agente y aflojando el nudo, la subió hasta amordazarle con ella. Se incorporó y se encaró furioso con su primo.

—¡Pero por qué cojones! ¡Joder Oleg, nos has jodido!

Oleg le intentó responder por señas, pero aún sujetaba la pistola. La enganchó entre el pantalón y el cinturón, a la espalda, y le contó a Ilya que María estaba en el juzgado ejerciendo de jurado. Desde el mismo momento que Oleg había oído lo que había dicho la agente del FSB, su cabeza sólo podía pensar en María. Era lo que había querido decirles en el despacho, antes de que le redujeran contra la mesa.

A Ilya se le cambió la cara.

—¡Joder, María!

Miró al agente y se agachó para cachearle, buscando las llaves del coche.

—Lo siento. No queremos fugarnos, pero tenemos que ayudar a una amiga —le explicó tras encontrarlas.

Probablemente no serviría de nada habérselo dicho, pero a lo mejor les reducían la condena cuando les juzgaran. Miró los botones del ascensor pero no recordaba por dónde les habían traído. Imaginó que el *parking* estaría en la planta -1.

* * *

La tormenta de nieve era espectacular. Tanya conducía en dirección contraria, por la calle Myasnitskaya, con los limpiaparabrisas a toda velocidad, las sirenas a todo volumen y el corazón a mil por hora. El atasco era como siempre, gigantesco. Se subió a la acera y apretó el claxon a fondo mientras aceleraba, esperando que los peatones se apartaran. Más adelante la acera se estrechaba y no podría pasar. Giró a la derecha en la primera calle que pudo y se encontró un camión bloqueándola mientras descargaba mercancías. Intentó ir marcha atrás, pero ya había varios coches detrás de ella.

—¡Joder! —gritó, golpeando el volante.

Apretó el claxon como una loca mientras por la radio escuchó la voz entrecortada de alguna operadora.

“BRAVO ALFA 4,...más... lancias a... tro Elektrozavo... aya. Ha habido... egundo atentado... to, ha habido un segundo atentado. Múltiples vic...”

“¡Otro atentado!”, pensó, sin darse cuenta de que seguía pulsando el claxon y de que el conductor del camión estaba ya entrando para apartarlo. Apenas el camión se empezó a mover, Tanya aprovechó para pasarle por el lateral, rayando las puertas del coche. Su cabeza ya analizaba la noticia. *“Primero Arbatskaya. Ahora Elektrozavodskaya. Están en la misma línea de metro. Del centro al exterior. En dirección al juzgado”*. Conducía a toda velocidad por el callejón Krivokolenny. Sabía que tenía que salir del centro cuanto antes. Entró en el bulevar Chistoprudniy y subió con el coche el tramo de escaleras, rezando para que las ruedas aguantaran. Atravesó el bulevar por la parte peatonal, ante la indignada mirada de dos jubilados y un joven que paseaba su perro, y llegó a la calle Jaritonevsky, evitando a toda costa la siempre atascada Pakrovka. De repente comprendió lo que los terroristas estaban buscando. El objetivo de los atentados no era exclusivamente matar y causar terror, sino también desviar los recursos policiales. El caos de las matanzas les serviría para escapar. *Arbatskaya - Elektrozavodskaya* era un recorrido del centro al este-noreste. Si alguien había atentado en *Arbatskaya* y luego en *Elektrozavodskaya*, lo lógico sería que se reuniera con ellos en los alrededores del juzgado y salieran hacia el noreste, bien por la autovía de Schyolkovskoye o por la de Entuzistov, un poco más al sur. O eso era lo que querían que pensarán... Cogió la radio y marcó el código del canal de Dima, esperando que las emisiones solares de la tormenta magnética no interfirieran en la señal.

* * *

El ascensor llegó a la planta -1. Cuando las puertas se abrieron Ilya y Oleg se prepararon para lo peor, pero allí no había nadie. Sólo una pequeña sala con una puerta con la señal “*Parking*” sobre ella. Bloquearon las puertas del ascensor con un extintor y dejaron al agente dentro, encadenado y amordazado. Lentamente Ilya abrió la puerta del *parking*, Vio agentes corriendo de un lado a otro, subiendo y bajando de los coches: parecía que todo el mundo andaba nervioso. Luego miró a su primo. Oleg estaba manchado de sangre y aún llevaba las esposas colgando de una de sus muñecas.

—Tengo una idea —le dijo.

Oleg asintió cuando su primo le explicó el plan.

Caminaban decididos. Ilya agarraba a su primo como si fuera un detenido, y éste volvía a tener las manos esposadas. Ilya, disimuladamente, pulsaba intermitentemente el botón del mando a distancia. *Bip bip*, las luces de un coche, a diez metros de ellos, se encendieron. Ilya y Oleg aceleraron el paso hacia allí, nerviosos y ya estaban llegando al vehículo cuando un agente apareció corriendo y abrió la puerta del conductor. Ilya detuvo a Oleg y volvió a pulsar el mando. Nada. El agente arrancó y salió disparado. Era tal la actividad que nadie les prestó atención. Recorrieron sin éxito una segunda y una tercera fila de coches. Cualquiera que les mirase unos instantes, se daría cuenta de que aquéllos no eran agentes. Ilya estaba ya pensando que el *parking* tendría otra planta cuando de nuevo oyó el *Bip bip*. Un Audi negro se iluminó. Miró alrededor: nadie se acercaba. Empujó a Oleg hacia el coche y se montaron. Metió la llave y arrancó. Siguió las flechas de salida y tras pasar las barreras, que estaban abiertas, pisó a fondo. Oleg, tras quitarse las esposas, manipulaba el GPS. Ilya buscó los botones para activar la *migalka* azul del techo y las sirenas.

* * *

Ludmila salía del juzgado con su tupperware en la mano, vistiendo botas y el abrigo de invierno sobre el uniforme.

—¿Con este tormenta vas a salir? —le preguntó Sergei, el guardia.

—Tengo que respirar un poco de aire —respondió Ludmila sonriente, sin dejar de caminar—. Todo el día con los productos de limpieza me asfixia.

Salió a la calle y giró rápidamente a la derecha. El fuerte viento y la nieve le golpeaban el rostro y tuvo que caminar mirando al suelo. Sabía el recorrido de memoria pero aún así tenía que evitar los obstáculos de la calle. No había ni un alma, salvo un grupo de periodistas acordonado por la policía en la salida principal. Giró en una pequeña calle, 3-Bujvostova, y unos metros más adelante vio el Lexus

todoterreno, exactamente donde el Hombre de Traje le había dicho. Sacó la llave del bolsillo y abrió el coche. Tiró el tupperware al suelo del copiloto, arrancó el motor y se pasó con cierta dificultad al asiento de atrás. Desde allí accedió al maletero y tras alcanzar una gran y pesada bolsa de deportes, sacó ropa y una pistola. Dentro había dos pistolas más y un rifle AK-47.

* * *

El fiscal general del estado mantenía un aspecto juvenil a sus 50 años, lo que era muy poco habitual en ese mundillo. Su voz grave y bien modulada era perfecta. Miraba al jurado, compungido, mientras pronunciaba las últimas palabras de su alegato.

—... y de esta forma no queda la más mínima duda de que el acusado —se giró, señalando la celda donde Makharov escuchaba impasible—, ese criminal sin piedad, es quien ideó, planeó y en última instancia ordenó la ejecución de 733 inocentes niños, mujeres, ancianos y hombres. Las pruebas son irrefutables. Muchas gracias.

Se retiró hacia su mesa, contento con su actuación. Sabía que todo iría rápido. La defensa no tenía nada que hacer. Conocía a Denis, el abogado defensor; un buen abogado, pero sobre todo un buen comunicador, aunque esta vez no bastaba con su labia. Junto a Denis se sentaba su ayudante, algún pobre abogado que probablemente había sacado de cualquier pequeño bufete en quiebra.

—Señor letrado de la defensa: su turno —el juez dio paso al abogado de Makharov.

Denis se ajustó la corbata y se puso de pie. Primero dedicó una seductora sonrisa a dos señoras de mediana edad que formaban parte del jurado y a las que ya había cazado mirándole con interés. Inmediatamente cambió a un gesto más indignado antes de situarse frente a los doce miembros.

—Señoría —saludó al juez—, señoras y señores del jurado, lo que acaban de oír en boca de la fiscalía no es más que un cúmulo de...

* * *

Tanya pisaba a fondo el acelerador pero el caos generado en la ciudad por la tormenta y los dos atentados, había colapsado el tráfico. Esperaba que Dima pudiera seguir sus instrucciones. No sería fácil pero tenía una corazonada y confiaba en ella. El coche de delante frenó en seco. Tanya dio un volantazo y se subió a la mediana haciendo casi volcar el Audi, que circuló unos metros sobre las dos ruedas del lado izquierdo.

A no mucha distancia de allí Ilya conducía el Audi robado del FSB, zigzagueando entre el tráfico, sin oír siquiera las quejas de los conductores a los que apartaba a golpes de volante.

Oleg no quería pensar en Eva. No podían dejar que le pasara nada a María.

Después de lo de Eva, simplemente no podían.

* * *

El jurado escuchaba atento y repugnado los detalles que el testigo de la fiscalía aportaba. María sacó sus gafas de ver y se las puso. Parecía que iban a mostrar unas diapositivas.

—Doctor —continuaba el fiscal—, ¿podría decirnos qué estamos viendo en esta imagen?

María intentó identificar alguna forma en la mezcla de colores rojos, negros, grises...

—En esta fotografía podemos observar los restos calcinados de dos adultos y su hija de 3 años —respondió fríamente el doctor.

El murmullo de indignación del jurado se incrementó cuando el médico destacó con un puntero láser la cabeza calcinada de la niña y todos ellos pudieron identificar las formas de los cuerpos. María se llevó las manos a la boca, reprimiendo el vómito.

* * *

Ludmila seguía dentro del Lexus. Miró nerviosa el reloj. Se había cambiado de ropa y no paraba de vigilar a través del cristal, atenta a cualquier policía que pudiera aparecer. En breves minutos todo aquello habría terminado. Impaciente, miró de nuevo el reloj. De repente vio un coche patrulla acercarse a toda velocidad y pasar a su lado, camino del juzgado. *“Sólo es un coche. Puede ser cualquier cosa”*, se dijo, tratando de no alarmarse.

* * *

El fiscal general terminó de tomar declaración al detective que había detenido a Makharov. Era el turno ahora del abogado defensor, quien hizo esperar al jurado mientras terminaba de tomar notas. Su ayudante miró por enésima vez el reloj y puso su mano firmemente sobre el hombro del abogado. Denis le miró y el Hombre de Traje le dijo algo al oído. El abogado asintió, buscó un documento entre sus papeles y se puso en pie.

—Señoría, ¿puede acercarse mi ayudante a nuestro cliente un momento? Quisiéramos que nos señalara un dato de la declaración que hizo en su detención —el abogado enseñó la copia del documento al juez, que accedió a la petición.

El ayudante tomó el documento de manos de Denis y se acercó a la jaula de Makharov. Los agentes situados a los lados, parecían aburridos.

—¿No es cierto, y corriójame en caso contrario, que el interrogatorio tuvo lugar

apenas quince minutos después del arresto? —el abogado preguntó al detective, aún en el estrado.

Makharov se agarró a las rejas de la celda mientras escuchaba al ayudante de su abogado.

—No recuerdo exactamente. Pudieron ser veinte o treinta minutos después —respondió el detective al abogado defensor.

—¿Puede contarnos cómo se efectuó el interrogatorio? Por favor, no omita los detalles...

Mientras Denis tomaba declaración al detective, junto a la celda de Makharov el Hombre de Traje cogió el bolígrafo y le señaló al terrorista un párrafo de la copia del interrogatorio.

El abogado incrementó el tono de su voz, sobreactuado su indignación.

—..., los detalles de ¡¡las torturas a las que mi cliente fue sometido!!

Todo el mundo miró sorprendido al abogado defensor; incluso los adormilados guardias. Nadie se fijó en el Hombre de Traje inyectando algo en el brazo de Makharov.

—¡Letrado!, le ordeno que baje el tono ahora mismo —pidió con firmeza el juez —. Esto es un juzgado, no un teatro.

* * *

En la sala de calderas, el temporizador disparó el dispositivo y las placas se empezaron a calentar. La temperatura aumentó rápidamente y en apenas unos segundos la cocaína comenzó a convertirse en gas. El sistema de calefacción empezó a arrastrarlo, distribuyéndolo por los conductos del juzgado.

* * *

Dima había conseguido convencer a un antiguo jefe de su primer destino para que desviara uno de los coches patrullas al juzgado. Entre las interferencias que la tormenta magnética estaba causando a las comunicaciones, había podido explicarle que había que detener a los abogados de Makharov, y que se planeaba una fuga. El sargento no estaba convencido y no quería perder varios coches que podían estar haciendo labores más útiles en las zonas de los atentados, pero cuando Dima le explicó que uno de los abogados podía ser uno de los terroristas, el sargento lo pensó mejor y decidió mandar un coche.

Dima intentaba coordinar los bloqueos de carretera que Tanya le había ordenado organizar. En ningún momento había recordado la advertencia que su jefa había hecho respecto al uso de las mascarillas de gas.

* * *

El jurado escuchaba una grabación de los momentos posteriores al atentado. El fiscal, de pie frente a ellos, les miraba con semblante culpable por hacerles pasar semejante trago. Se oían gritos de socorro y por un momento nadie se dio cuenta de que algunos provenían de los pasillos del juzgado. Las puertas principales de la sala se abrieron de golpe y dos policías entraron empuñando sus armas.

—¡Manos arriba! —gritaron al unísono, apuntando tanto a los fiscales como a los abogados, incapaces de diferenciarles.

Los agentes que custodiaban a Makharov levantaron instintivamente sus Kalashnikov y apuntaron a los policías. El juez se incorporó de golpe de su sillón.

—¡Bajen todos sus armas ahora mismo! —ordenó—. ¡Pero dónde se creen están!

Uno de los policías apuntó nervioso al juez, aún sin saber muy bien a cuál de los dos grupos de abogados tenían que detener.

—Señoría, tenemos orden de arrestar inmediatamente a los abogados de Makharov.

El abogado defensor se giró hacia el juez, indignado.

—Pero... ¡señoría!

El juez no iba a permitir que nadie socavara su autoridad en la sala. Bajó del estrado a toda prisa, sujetándose la toga para no tropezar.

—¿Quién ha ordenado la detención?! —preguntó acercándose furioso a los dos policías, sin que le intimidaran sus armas.

Un grito proveniente del jurado le hizo girarse. Algunos miembros miraban, entre estupefactos y aterrados, cómo el resto de sus compañeros caían inertes, como títeres de un macabro guiñol. Instantes después también ellos fallecían, algunos tras sufrir terribles espasmos, rápidos, brutales. Otros apenas milésimas de segundo después de respirar el gas. El juez estaba aún tratando de asimilar la grotesca escena, como si aquello fuera irreal, una pesadilla, cuando notó orden en el caos. Mientras el abogado defensor, Denis, se desplomaba sobre la mesa, soltando espuma por la boca, su ayudante permanecía impasible. Había orgullo en su gesto, altivez, cierta euforia contenida incluso. Le vio mirando hacia el prisionero y no pudo evitar seguir su mirada, aun sintiendo que no debía hacerlo. Junto a la celda de Makharov yacían los cuerpos de los agentes que le custodiaban. El terrorista le miraba directamente a él, desafiante, orgulloso, y vengativo. Uno de los policías que estaba junto al juez echó a correr, aterrado, pero el sonido de su cuerpo cayendo al suelo rompió el extraño eco de sus botas sobre el mármol. El juez supo que aquello era el final.

El Hombre de Traje y Makharov juntaron sus frentes y se dieron un intenso y breve abrazo. Al salir de la sala recogieron las pistolas de los policías.

* * *

María tenía claro que era culpable. Las pruebas eran numerosas e irrefutables. Al principio había sentido cierta decepción al no ver entrar en la sala al terrorista Makharov. Sabía por las noticias que estaba siendo juzgado ese mismo día, y aunque era una pequeña posibilidad, le habría gustado ser parte del jurado que lo condenara. Sin embargo, en cuanto el juez había explicado las atrocidades por las que se acusaba a esta mujer, se había olvidado de Makharov y había escuchado atenta a todas las partes. El juez acababa de decretar una pausa.

—El jurado puede retirarse —se dirigió a ellos, levantándose a continuación y dando por concluida la sesión de la mañana.

María cerró su cuaderno de notas mientras la acusada era trasladada por los agentes. En ese momento se oyeron gritos y ruidos provenientes de alguna parte del juzgado. Los presentes se miraron unos a otros, extrañados. Un alguacil entró corriendo en la sala, casi sin respiración, y la algarabía se pudo oír ahora más claramente.

—¡¡Evacuen el edificio. Todo el mundo fuera!! —gritó el alguacil.

* * *

Tanya llegó por fin a la calle Bogorodsky y usó el freno de mano para entrar derrapando en Bujvostova. Vio algún camión y algunas vallas de protección. Se dio cuenta mientras aceleraba a fondo, de que los atentados también habían servido a los terroristas para desmontar el cordón de seguridad instalado en torno al juzgado. Que fueran unos hijos de puta no quería decir que no fueran inteligentes. Los periodistas que se habían agolpado para cubrir el juicio habían desaparecido. Tanya dedujo que la mayoría de ellos también habrían salido rápidamente a cubrir el atentado del metro Elektroavodskaya; el más cercano. Vio a un grupo de gente salir en estampida del juzgado, atropellándose unos a otros, histéricos. No podía avanzar más con el coche, así que frenó frente a unas escaleras, a unos treinta metros de las puertas por donde salía la gente. Corrió hacia allí, intentado fijarse en los rostros de los hombres, buscando reconocer a Makharov o al asesino de Víktor, pero nevaba bastante y había demasiadas personas. Se preguntó de dónde demonios salían. Aunque varios juicios habían sido cancelados por seguridad a causa del de Makharov, probablemente no se podía parar completamente el funcionamiento de todo un juzgado. Intentó cubrirse el rostro, entrecerrando los ojos, que sufrían llorosos por el gélido viento. Desfundó y mantuvo el arma junto a la pierna. Rápidamente la mano se le empezó a congelar, aunque la adrenalina evitó que se percatara. Un nuevo grupo de gente salió del juzgado pisoteando en su huida a un hombre que había caído al suelo y no conseguía

levantarse. Tanya identificó a dos mujeres y varios hombres. Ninguno de ellos parecía Makharov o su cómplice, pero de repente percibió algo: justo detrás de las dos señoras le pareció ver, por un instante, a Makharov. Levantó el arma y apuntó con ambas manos mientras se desplazaba lateralmente, en la misma dirección que el grupo, intentando ver mejor a ese hombre. Estaba tan sólo a diez metros cuando reconoció a los dos; Makharov y el asesino, el supuesto ayudante del abogado.

El Hombre de Trajo vio a Tanya y reaccionó rápidamente.

* * *

María corría dejándose llevar por el pánico general. Había visto algunas personas en el suelo de los pasillos del juzgado que parecían muertas. Siguió al grupo que salía hasta la calle sin pensar en nada más que en huir. Corrían apelotonados bajo la ventisca de nieve cuando un brazo enorme la agarró bruscamente por el cuello. Sólo podía ser un hombre. La apretó contra él y vio que el otro brazo de su captor se extendía frente a ella y apuntaba con una pistola a alguien. María dejó caer su bolso mientras intentaba liberarse del brazo del hombre y gritar pidiendo ayuda. Enfrente, una mujer les apuntaba. El hombre la agarró aún con más fuerza mientras la arrastraba de lado. María sintió que no podía respirar y cómo el hombre apoyaba la pistola en su cabeza. Aterrada e intentando desesperadamente coger aire, comprendió que la habían tomado como rehén.

* * *

Tanya no había tenido tiempo de disparar. Makharov se había situado rápidamente a la espalda de su cómplice, y usaban de escudo a la pobre mujer que habían cogido. El resto de la gente había huido. Makharov andaba hacia atrás, guiando a su cómplice con la mano sobre el hombro. El Hombre de Traje, sin dejar de arrastrar a la mujer, no apartaba la mirada de Tanya, que se protegió tras una esquina del edificio, sacando la cabeza cada pocos segundos para situarles. Makharov, casi sin apuntar, disparó hacia ella mientras seguían huyendo, caminando de espaldas. Tanya se ocultó de nuevo, sin saber si quiera si los disparos le habían pasado cerca o no. El corazón le latía desenfrenado. Esperó un par de segundos y volvió a asomarse. Se estaban alejando. La nieve caía lateralmente, con fuerza y Tanya sabía que dentro de poco los perdería de vista. “¡Joder!”, pensó justo antes de salir corriendo en diagonal hacia un árbol que le podía servir de protección. Mientras recorría los quince o veinte metros que la separaban oyó el sonido inconfundible de más disparos. Alcanzó el árbol y se apretó contra el tronco, protegiéndose y palpándose el cuerpo para asegurarse de que no la habían alcanzado. Se asomó de nuevo y les vio alejándose del edificio. Buscó con la mirada el siguiente objeto que pudiera servirle de protección. Sabía que tenía

que pedir refuerzos, pero la radio estaba en el coche.

* * *

María apenas podía mantener el equilibrio, intentando apoyarse con los pies en el suelo para liberar peso del brazo y poder coger más aire, pero el hombre que la arrastraba era muy fuerte. Pudo ver a la mujer que les seguía protegerse contra un árbol y oyó una voz gritando “¡Vamos, vamos!”. Un ruido ensordecedor, como gruesos petardos, retumbó junto a su oído, y supo que eran disparos. Tembló de miedo y de frío.

—¡Por allí! —oyó gritar a su captor.

Se asfixiaba mientras la arrastraban por unas escaleras, con sus pies golpeando los escalones y alejándose cada vez más del juzgado. Llegaron a una calle ancha con varios coches aparcados. No se veía ni un alma que pudiera ayudarla.

* * *

Tanya les siguió a distancia. Sabía que tenía que actuar pronto porque era muy probable que tuvieran un vehículo preparado para la huida. Pero habiendo un rehén necesitaba una buena protección para poder acercarse lo suficiente e intentar actuar. Cogió la pistola con la mano izquierda y se metió la mano derecha en el pantalón, intentando calentarla. No quería que llegado el momento de disparar tuviese los dedos congelados. Habían llegado a una calle donde podría acercarse más, con una fila de coches que usar como barrera de protección. Los terroristas avanzaban por la acera, pegándose a las paredes de los edificios, mientras ella avanzaba en paralelo por la calzada, algo más retrasada, al otro lado de los coches aparcados. Se agachó y aceleró el paso, elevando la cabeza de vez en cuando para ubicar a Makharov, al asesino y a la rehén. Le castañeaban los dientes.

¡¡CRASH!!

Una ventana del coche que tenía justo delante reventó hecho añicos. Tanya se cubrió la cabeza de los pedazos de cristal. Le disparaban de nuevo. Se arrepintió de no haberse fijado en el modelo de las pistolas: saber cuántas balas les podían quedar en el cargador sería de gran ayuda. Se había acercado bastante a ellos y apenas les separan cinco o seis metros. El viento venía de cara y Tanya pudo escuchar claramente a uno de ellos.

—¡Allí está!

“¡Mierda!”, pensó, convencida de que tenían un coche esperando. Necesitaba actuar ya. Miró alrededor. Vio un Lexus negro parado y echando humo por el tubo de

escape. Era el coche perfecto para huir. Si estaba en lo cierto, había al menos un tercer terrorista. No tenía refuerzos, pero tampoco más opciones que intervenir, así que aceleró el paso, siempre agachada, cubriéndose con los coches aparcados. Estaban apenas a veinte metros del Lexus. Siguió unos metros más, casi corriendo, y levantó la cabeza. Les había adelantado y la habían perdido de vista. Ésta era su oportunidad. Se arrodilló en el espacio que había entre un coche y una furgoneta aparcada delante. En cuanto pasasen frente a ella, iba a tener un minúsculo intervalo de apenas un par de segundos para apuntar y disparar. Tendrían que ser dos disparos muy rápidos. Primero al cómplice, que llevaba a la rehén, y luego a Makharov, que parecía más nervioso. Respiró hondo, intentando calmarse. Sacó la mano derecha del bolsillo, la abrió y cerró rápidamente varias veces desentumeciéndola y cogió el arma con ella. Se acomodó entre la furgoneta y el coche y levantó los brazos. Makharov y el cómplice iban a aparecer en cualquier momento. Las pestañas se le estaban congelando; parpadeó rápidamente e intentó mantener los ojos abiertos.

* * *

Ludmila, apretando fuertemente el volante, les vio por fin en el retrovisor. La emoción de ver a Shamil se convirtió enseguida en preocupación, pues el Hombre de Traje arrastraba con ellos a una mujer y tanto él como Shamil empuñaban las pistolas mirando continuamente alrededor; alguien le seguía. Rápidamente cogió el fusil AK-47 y miró por el cristal trasero, pero no veía a nadie. La tormenta de nieve era muy intensa y le costó identificar la figura de una mujer agachada junto a los coches, ocultándose de Shamil y el Hombre de Traje. Tenía un arma y les estaba esperando. Ludmila reaccionó velozmente: abrió el techo solar del todoterreno y sacó el cuerpo agarrando el AK-47 por encima de la cabeza. Desde ahí tendría mejor ángulo de disparo.

* * *

Tanya rozó suavemente el gatillo, apenas lo justo para sentirlo. Makharov y su cómplice iban a aparecer. Primero los vio de reojo, luego los tuvo frente a ella. Caminaban hacia atrás y les tenía de lado, con buena visión de tiro. Apuntó a la cabeza del cómplice, evitando a la rehén, y apretó el gatillo.

En el mismo instante un dolor indescriptible le atravesó la pierna y el hombro, como si la atravesaran con un hierro al rojo vivo. Su cuerpo golpeó duramente contra el coche donde se apoyaba y tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba en el suelo, sangrando.

* * *

María oyó los disparos y gritos de dolor. También debió oírlos el hombre que la sujetaba, porque se giró rápidamente hacia su derecha. La mujer que les había seguido, seguramente una policía, sangraba tendida en medio de la carretera, herida y con la rodilla destrozada. Notó que le soltaban el cuello y tosió mientras trataba de coger aire. Pudo ver por primera vez al otro hombre, que se acercaba hacia la mujer, y le reconoció. Era el terrorista, Shamil Makharov. Aterrorizada, le vio llegar hasta la policía, que se retorció dolorida en la calzada, La miró con desprecio, caminando a su alrededor como una hiena, levantó la pistola y le apuntó a la cabeza.

* * *

Tanya sentía un dolor horrible, pero nada comparado con el terror de ver a Makharov acercándose a ella. Buscó desesperada su arma, pero no la veía. Makharov estaba en medio de la calzada, la miró y levantó la pistola. Tanya no quería morir. No así al menos. Hizo un esfuerzo por levantarse pero al apoyar el brazo izquierdo en el suelo el dolor se hizo insoportable. Le pareció ver a Shamil Makharov disfrutar con su sufrimiento. “¡Que te jodan!”, pensó. Apretó los dientes y empezó a arrastrarse por la calzada, apoyando el peso sobre el brazo sano y tirando de la pierna herida. Quería al menos llegar hasta la rueda del coche y apoyarse en ella. Le pareció una posición más digna para morir.

—¡Shamil, tenemos que irnos! —gritó el otro hombre, apenas audible en la ventisca.

Oyó reír a Makharov, andando tras ella mientras llegaba hasta el coche. Hizo un último esfuerzo para girarse y terminar sentada en el suelo, apoyada de espaldas contra la rueda. Miró al hombre que la iba a matar. Quería escupirle, pero no le quedaban fuerzas ni para eso, así que hizo lo único que podía hacer, levantó orgullosa la cabeza y le miró a los ojos. Todo ocurrió en un instante. Tanya sólo pudo ver a Makharov girar la cabeza hacia la izquierda, alertado por el ruido de un motor y casi instantáneamente, el brutal atropello. El Audi negro golpeó con tanta violencia el cuerpo del terrorista, que lo mandó literalmente volando a veinte metros, donde aterrizó en una inconcebible y grotesca postura. El silencio que siguió al impacto duró unos segundos, como si ninguno de los presentes entendiera aún lo que había ocurrido. Momentos después, Tanya oyó al otro terrorista gritando.

—¡Muévete!

Giró la cabeza y pudo ver al cómplice de Makharov empujando a la rehén dentro del todoterreno. Encima del coche, saliendo del techo, una mujer miraba incrédula hacia el cuerpo destrozado de Shamil Makharov. Tanya se sentía al límite de sus fuerzas, pero al menos el terrorista estaba muerto. El cómplice entró en el coche e intentó tirar de la mujer del techo hacia el interior, aunque ella se resistía. Tanya creyó ver lágrimas en su rostro.

* * *

El Audi echaba humo. Ilya se llevó las manos al pecho, dolorido. Oleg se estaba recuperando del choque. Pensó que se había roto algo con el golpe del airbag. Miró hacía atrás y por la ventanilla trasera vio a la agente del FSB en el suelo, apoyada contra una furgoneta. No habían estado seguros de que fuera ella, pero sí habían reconocido a Makharov. Ilya no lo había pensado mucho, simplemente había acelerado a fondo.

Los dos primos se miraron y asintieron a la vez. Ambos estaban bien. Salieron del coche. Ninguno se fijó en el Lexus. La agente del FSB parecía malherida. La rodilla estaba destrozada, sangraba también por el hombro y temblaba. No querían pensarlo, pero lo más probable es que María estuviese muerta. Si la agente del FSB estaba ahí sola y herida, era casi seguro que los terroristas habían usado ya el gas. Empezaron a caminar hacia ella, aunque la agente, que miraba a algún lugar a su derecha, no les había visto.

El Lexus arrancó a toda velocidad, derrapando en la nieve y ambos miraron hacia él. La puerta de atrás se abrió, con el coche en marcha, y por un instante la vieron: María intentaba saltar en marcha. Alguien la agarró y tiró de ella hacia el interior del vehículo. Sin necesidad de decirse nada, corrieron de regreso al Audi e Ilya trató de arrancarlo. El brutal impacto con Makharov había abollado el capó y por un momento, mientras Ilya giraba insistentemente la llave, temió que se hubiera dañado el motor. Finalmente el coche arrancó y tirando del freno de mano mientras aceleraba, giró el volante para colocarse en sentido contrario y salir en persecución del todoterreno. Oleg cogió una manta que había en el asiento de atrás y al pasar junto a la agente del FSB se la lanzó por la ventanilla.

* * *

La tormenta de nieve se había hecho aún más intensa. Ludmila conducía rápido pero no podía pisar a fondo porque no se veía a veinte metros. Apenas había asumido que Shamil Makharov, su marido, estaba muerto. La imagen de su cuerpo inerte por los aires seguía grabada en su retina. Estaba furiosa y dolorida, pero ya no podía hacer nada. Desde el principio había aceptado que el plan era muy difícil de llevar a cabo y que lo más probable era que todos murieran en la operación. ¡Pero habían estado tan cerca...! Llevaban un rato conduciendo por las nevadas calles de la ciudad, casi sin cruzarse con nadie, sin oír sirenas. Los atentados habían creado el caos necesario para distraer la atención y la tempestad había sido un regalo añadido. La nieve entraba por el techo solar, aún abierto. Volvió a intentar cerrarlo, pero el mecanismo no funcionaba. Comprobó los retrovisores y creyó ver unos faros, aunque no estaba segura.

—¿Nos siguen? —preguntó Ludmila al Hombre de Traje, sentado detrás con María. Le vio girarse para mirar por la luneta trasera.

—No estoy seguro. No veo si es el mismo coche de antes. Puede ser —el hombre se echó hacia delante para alcanzar la guantera y sacar el mapa de Moscú. Podía ver el río helado por la ventanilla izquierda. Sabía que aún circulaban por la Rusakovskaya Nabereznaya, paralelos al cauce. En breve llegarían al tercer anillo, la circunvalación más grande de la capital rusa.

Ilya y Oleg trataban de no perder de vista las luces traseras del todoterreno. Por momentos la nieve caía tan fuerte que no se veía prácticamente nada y habían temido perderles o incluso chocar con ellos. No había casi circulación y eso les ayudaba. Oleg intentó manipular la radio. Sabían que tenían que pedir ayuda. Probó pulsando todos los botones que veía en el panel, tratando de sintonizar algún canal, pero lo único que captaba era ruido de estática.

Ludmila se incorporó al tercer anillo sin problemas. Había temido que hubiera controles en los desvíos, pero aparte de algunos coches aislados, parecía una ciudad desierta. De hecho, no le gustaba nada esa sensación. Un hormigueo le recorrió la espalda mientras entraba en la enorme carretera de circunvalación de la ciudad, con cuatro carriles por sentido, que habitualmente estaría atascada a esa hora, especialmente con esa tormenta. Sin embargo estaba desierta, con la nieve acumulándose en la calzada y en los coches extrañamente abandonados a los lados.

El Hombre de Traje miró a la rehén. Tras atarle las manos con una cuerda que tenían en la bolsa de deportes, la mujer permanecía quieta, acurrucada entre el asiento y la puerta. El Hombre de Traje reconocía el terror cuando lo veía y sabía que esa mujer no suponía en ese momento ningún riesgo para ellos. Miró de nuevo por la luneta trasera. El viento había amainado y la visibilidad era algo mejor. Las luces del coche que venía detrás seguían ahí, a unos cuarenta metros. Definitivamente les estaban siguiendo. Estaba a punto de avisar a Ludmila cuando ésta se le adelantó.

—Ya lo veo. Aquí está pasando algo.

El Hombre de Traje se dio cuenta entonces de que eran los dos únicos vehículos circulando.

—No hay tráfico —murmuró. Ludmila ya lo había notado.

Las miradas de los dos terroristas se cruzaron en el espejo retrovisor. Ambos se percataron a la vez de lo que estaba pasando: era una trampa. En ese preciso momento se oyó el ruido inconfundible de un helicóptero. Ludmila trató de mirar por el hueco del techo solar, mientras el Hombre de Traje bajaba una ventanilla y sacaba la cabeza fuera del coche. Allí estaba, dando bandazos en la tormenta, un helicóptero negro con las enormes siglas “FSB” pintadas bajo la cabina. Oyeron sirenas acercándose y unas ininteligibles palabras que provenían del altavoz del helicóptero.

* * *

Dima se agarraba con fuerza al asiento. El helicóptero se balanceaba bruscamente. Los brazos del piloto temblaban tratando de mantener el aparato estable.

—¡Vamos pequeño! —le oyó decir Dima.

Había dos coches circulando a gran velocidad en la carretera. El segundo coche parecía del FSB; un Audi negro con la “migalka” azul en el techo, pero no estaba seguro. Tanya usaba un Volvo, así que no debía ser ella. Tendrían que asumir que ambos vehículos eran potenciales terroristas. Cogió el micrófono y ordenó detenerse de nuevo a los coches. Ninguno obedeció. Le había costado conseguir cerrar un tramo tan amplio del tercer anillo, tal y como Tanya le había ordenado. Su jefa había dicho que ésa era la ruta más probable de huida desde el juzgado; justo en dirección opuesta a la de la ejecución de los atentados y la que sería la ruta normal de huida desde allí. Parecía que Tanya había acertado, aunque todavía no había podido contactar con ella para informarla. Dima vio un coche patrulla acercarse por los carriles del sentido contrario, cruzarse con el Lexus y el Audi, y girar enseguida 180 grados. Lo vio acelerar de nuevo hasta ponerse a la altura del todoterreno. Lo único que les separaba era el quitamiedos central.

Un tremendo golpe de viento arreó con fuerza al helicóptero, que se puso casi completamente de lado. Las aspas destrozaron un enorme cartel publicitario de IKEA junto a la carretera y el piloto luchó por recuperar la verticalidad. Dima se agarró al asiento con todas sus fuerzas, aguantando el vómito y convencido de que se iban a matar, pero el piloto consiguió por los pelos que las aspas no golpearan el asfalto y volvió a equilibrar el aparato. El viento racheado les seguía golpeando con enorme fuerza y el piloto negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Lo siento, pero tenemos que bajar! —gritó el buen hombre.

Sin esperar confirmación el tipo tiró de la palanca para alejarse de allí, buscando un lugar seguro donde posar el helicóptero. Dima, que se dio cuenta de que llevaba un rato aguantando la respiración, no se atrevió a contradecirle. De todas formas habían cortado las salidas del tercer anillo hasta pasado el puente Avtozavodskiy, donde ya debería de estar formada la barrera de camiones y tanquetas dispuestas a aniquilar a los terroristas, si es que éstos intentaban atravesarla.

* * *

Ilya oyó el helicóptero. Echó un vistazo rápido por la ventanilla, pero no pudo ver nada. De nuevo le llegó claramente el sonido de las hélices acercándose y trató de escuchar lo que decían por el altavoz. Aunque no lo entendió, supuso que era la policía dando órdenes. Miró a Oleg esperanzado.

—Un helicóptero —señaló con el índice hacia arriba—. Creo que es la poli.

Oleg abrió su ventanilla y sacó la cabeza, entrecerrando los ojos a causa del vendaval. Arriba, justo detrás de ellos, estaba el aparato: era del FSB. Miró a su primo y asintió con una gran sonrisa de alivio. Enseguida vieron las luces de unas

sirenas y el coche de policía que venía en sentido opuesto, al otro lado del quitamiedos central. Se cruzó con ellos, frenando ya para girar y reapareció paralelo a su Audi. Les sobrepasó y se puso a la altura del Lexus, que al ver a la poli, había acelerado aún más y empezaba a tener problemas de estabilidad con la calzada en semejante estado.

—¡De puta madre! —gritó Ilya al ver el coche de la policía. Aceleró también a fondo para no perderles de vista.

Los dos primos se miraron, riendo, liberando la tensión. El Lexus levantaba litros de sucia nieve y barro. Ilya activó al máximo los limpiaparabrisas, pero aun así la visibilidad era casi nula. De repente vieron aparecer a alguien sobre el techo del todoterreno, sujetando una ametralladora. Ilya y Oleg le identificaron: era el asesino de Yuri.

—¡Joder! —soltó Ilya.

A pesar de que el Lexus daba bandazos de lado a lado, el terrorista se ajustó al techo como si lo hubiera hecho toda la vida. Cargó el AK-47 y disparó una ráfaga contra el coche de policía, que tuvo que hacer una brusca maniobra de evasión y a punto estuvo de estrellarse contra la protección lateral de la carretera. El coche patrulla se volvió a acercarse al quitamiedos mientras los policías que iban en el interior disparaban indiscriminadamente al todoterreno. Ilya y Oleg vieron al terrorista agacharse ligeramente, mientras algunas balas impactaban en el Lexus y las ventanillas traseras reventaban en pedazos. Oleg empezó a gesticular como un loco, aterrado por María.

—¡No, no, no! —gritó Ilya pensando en la pobre María.

Redujo una marcha y pisó a fondo para revolucionar el motor y acelerar más rápidamente. Pegó el Audi a la izquierda del carril, casi rozando el quitamiedos y empezó a acercarse al Lexus.

Oleg vio más proyectiles impactar en el coche patrulla y en el Lexus de los terroristas mientras ambos coches hacían bruscas maniobras para evitar ser alcanzados. Tuvo claro que o se estrellaban a esa velocidad o alguien acabaría siendo alcanzado por alguna bala.

Notó que su primo le cogía del brazo y se giró para mirarle.

—¡Agáchate! —le gritó Ilya mientras aceleraba a tope y ponía el Audi entre el coche patrulla y el todoterreno. Su primo estaba intentando hacer de pantalla, protegiendo a María de los disparos de la policía.

Oleg se agachó todo lo que pudo y notó algo en su espalda. “*La pistola del agente del FSB*”, recordó. La cogió, aún agachado y la miró. Nunca había disparado un arma.

Los tres coches corrían paralelos por los ocho carriles del anillo de circunvalación, esquivando algunos de los vehículos interceptados por la policía y que habían sido usados para bloquear las salidas de la carretera.

El Hombre de Traje tenía claro que en algún momento habrían cortado la

carretera y no podrían seguir. Sólo les quedaba morir matando. El Audi que les había estado siguiendo se había situado ahora a su altura, entre ellos y el coche de policía, pero nadie les dispara desde dentro; era como si les estuviera protegiendo. Se agachó para meter la cabeza por el techo solar.

—¡Cúbrete con el Audi! —gritó a Ludmila.

Pese al viento y la nieve él seguía teniendo buen ángulo de disparo, pero los policías difícilmente podrían ahora alcanzar a Ludmila. Colocó un nuevo cargador en el AK-47 y apuntó al coche patrulla. Un nuevo bandazo del Lexus casi le hizo perder el equilibrio pero consiguió recuperar la posición, sentado en el techo y con las piernas por dentro, dobladas haciendo palanca.

—¡Joder, joder, joder! —exclamó Ilya, agachándose intermitentemente.

Los policías disparaban indiscriminadamente, alcanzando también al Audi. Parecía que les daba igual quienes fueran, y sólo la gran velocidad a la que iban y los zigzagueos de los coches evitaban que aquello fuera una masacre.

Oleg, agachado, sacó el brazo por la ventana intentando apuntar hacia al terrorista, pero un volantazo de Ilya hizo que el Audi golpeará al todoterreno y Oleg perdió la pistola. El coche golpeó de rebote el quitamiedos y comenzó a girar sobre sí mismo. Ilya intentó contravolantear pero iban a demasiada velocidad y la nieve no agarraba lo suficiente. Sin poder hacer nada, golpearon con fuerza la parte posterior del todoterreno.

El tremendo golpe desestabilizó al Hombre de Traje, que cayó al interior chocando con Ludmila. Ésta perdió momentáneamente el control del coche y María, aún en el asiento trasero, vio su oportunidad; había permanecido acurrucada y aterrorizada durante el tiroteo, y convencida de que iba a morir, decidió al menos intentar algo. Agarró del pelo a la terrorista y tiró con todas sus fuerzas hacia atrás. Ludmila gritó de dolor mientras trataba de controlar el volante y soltaba el pie del acelerador. El Audi se alejó por delante de ellos girando sobre sí mismo como si fuera un patinador sobre hielo.

Ilya no conseguía controlar el coche, que seguía girando a toda velocidad sin dejar de avanzar. Los segundos se les hicieron eternos hasta que el vehículo chocó brutalmente por segunda vez contra el quitamiedos, se elevó un par de metros y cayó sobre el techo, deslizándose en la nieve hasta el extremo del carril derecho.

El Hombre de Traje intentó controlar el volante del todoterreno mientras Ludmila trataba de liberarse de María. Perdían mucha velocidad y eso les convertía en un blanco más fácil para la policía. Se giró y pegó un salvaje puñetazo a María, que salió despedida hacia atrás, con la nariz rota.

—¡Acelera! —gritó a Ludmila, quien agarró de nuevo el volante justo cuando recibía un disparo en el costado. Otra bala reventó su ventanilla y el parabrisas delantero. A pesar del dolor, la adrenalina hizo resistir a Ludmila, que aceleró de nuevo a fondo.

El Hombre de Traje cogió su pistola. Cubriéndose con la otra mano del viento y la

nieve, apuntó con calma a través de la ventanilla de María. Fue apenas un segundo el tiempo que tuvo al conductor del coche patrulla alineado en la mira; lo suficiente para apretar el gatillo y ver la cabeza del poli balancearse bruscamente de lado mientras sus brazos soltaban, inertes, el volante.

El Lexus aceleraba rápidamente, derrapando para alcanzar de nuevo los 190 Km por hora. Ludmila había perdido ya mucha sangre y apenas veía nada en la ventisca. El coche se desvió y el Hombre de Traje se dio cuenta demasiado tarde de que Ludmila estaba a punto de perder el conocimiento.

Cuando lo vieron, ya era demasiado tarde: el Audi estaba justo enfrente, volcado sobre el techo, con el morro hacia ellos. Ludmila no tuvo tiempo de frenar. El todoterreno golpeó al otro coche y ambos se desplazaron juntos hasta que el Audi chocó contra la protección lateral de la carretera y se atascó. El todoterreno, mucho más alto, se montó sobre el vehículo del FSB, y avanzando sobre él como si fuera un trampolín, salió volando, llevándose parte de la protección lateral.

El silencio invadió por un instante el interior del Lexus mientras recorría los quince metros de altura que había desde el anillo de circunvalación hasta el suelo. En esos escasos segundos Ludmila, semiinconsciente, sólo pudo protegerse instintivamente intentando levantar los brazos. El Hombre de Traje, en cambio, cogió rápidamente el cinturón de seguridad, lo abrochó y se preparó para el impacto, que llegó seco, brutal, de frente contra el suelo.

Ilya y Oleg estaban aturdidos dentro del coche, bocabajo. El Audi había quedado suspendido, balanceándose en equilibrio con media carrocería en el aire y la otra mitad sobre el asfalto. Ilya podía ver la otra carretera a través del agrietado parabrisas, a quince metros bajo la circunvalación, apareciendo y desapareciendo mientras el coche basculaba sobre el techo. Los restos de la protección lateral que aún sostenían al vehículo acabaron por ceder y el coche cayó a plomo sobre la carretera inferior.

Ambos vehículos echaban humo bajo la tormenta de nieve, separados cuarenta metros. Apenas se captaban los ruidos de los motores, dando los últimos estertores, casi inaudibles en la tempestad. Entre el silbido de las fuertes ráfagas de viento se oyó el ruido sordo de unas patadas proveniente del todoterreno. El Hombre de Traje consiguió desatascar su puerta y aguantando el dolor del pecho se agarró a la asidera lateral y sacó el cuerpo del coche. Respiró dolorosamente. Debía tener algunas costillas rotas. Miró a Ludmila, cubierta de sangre, inmóvil, el cuerpo deformado sobre el airbag desinflado, como si una parte hubiese querido quedarse dentro del habitáculo y la otra salir de él. Miró al asiento trasero. La mujer no estaba. Buscó entre los restos del coche, pero había desaparecido. Se giró y miró alrededor. Allí, a su derecha, las luces de una gasolinera de "Lukoil" iluminaban la nieve que caía como si Alá hubiera decidido enterrar para siempre el país bajo un manto blanco. Distinguió la figura de la mujer, cojeando, al pasar bajo un foco, las manos aún atadas. Miró hacia el Audi, que apenas se distinguía en la tormenta. Algo se movía en

el interior. Oyó sirenas acercándose. Intentó correr, pero la cadera le dolía demasiado. Echó a andar lo más rápido que pudo, persiguiendo a la mujer. Si tenía una posibilidad de salir con vida, necesitaba al rehén.

Oleg colgaba del cinturón de seguridad, cabeza abajo. Por centímetros no llegaba a alcanzar el botón del anclaje del cinturón. Ilya estaba a su lado, inconsciente sobre el techo del coche, pero su pecho se hinchaba al respirar. Por la ventana había visto a María salir a duras penas del todoterreno, medio destrozado, y alejarse cojeando con las manos atadas. La emoción y el alivio habían sido inmensos al verla con vida, pero ahora acababa de ver salir también al asesino. Trató de soltar el cinturón una vez más, con todas sus fuerzas. Incluso lo mordió intentando rasgarlo. Pero era imposible. Su propio peso le mantenía atascado. El asesino se alejaba, persiguiendo a María. Ilya seguía inconsciente. Tenía que liberarse como fuera. Intentó concentrarse, aunque la sangre se le acumulaba en la cabeza y empezaba a marearse. Probó a estirar las piernas hacia atrás y metió el pie derecho bajo el asiento. Notó algo. Era el raíl o alguna palanca de ajuste, le daba igual. El caso era enganchar ahí el pie. Lo dobló y lo encajó como pudo. Haciendo otro esfuerzo logró meter el pie izquierdo en el hueco de la guantera. Tiró entonces de ambas piernas con fuerza y consiguió elevarse lo suficiente para alcanzar el botón del anclaje y soltar el cinturón. Cayó de golpe sobre el techo, clavándose algunos cristales. Giró hacia Ilya y le tomó el pulso. Parecía fuerte. Vio que su primo tenía además un brazo ligeramente torcido en dirección opuesta al codo, pero la fractura parecía limpia. Le exploró rápidamente la cabeza y el cuello, sin notar nada anormal. De repente Ilya abrió ligeramente los ojos. Tardó unos segundos en identificarle y después escondió el gesto de dolor bajo una media sonrisa. Oleg le contó rápidamente lo que pasaba.

—Vete, estoy bien —consiguió mascullar Ilya.

Oleg salió del coche y corrió, casi sin fuerzas, hacia la gasolinera. Tenía que alcanzar al asesino antes de que cogiera de nuevo a María. Los apenas cien metros que había hasta el cartel de “Lukoil” se le hicieron eternos, y el fortísimo viento en contra parecía frenarle. El frío era glacial. Llegó hasta los surtidores de la gasolinera, pero no vio a nadie. Siguió recto unos metros y vio un cuerpo en el suelo. Llevaba un uniforme de “Lukoil”. Le habían disparado en el pecho. Su rostro, aún con una expresión de horror y miedo, se estaba cubriendo rápidamente de nieve. Aún respiraba. Oleg se agachó a su lado, pero el hombre estaba más muerto que vivo. Ni siquiera pareció notar su presencia. Oleg sólo pudo ver cómo la vida le abandonaba. Se levantó y miró a lo lejos, entrecerrando los ojos, intentando averiguar por dónde habrían ido María y el terrorista. No vio nada y decidió seguir la misma dirección que llevaba.

El Hombre de Traje andaba rápidamente, pegado a María, agarrándola por la cintura. Cada vez se oían más sirenas, pero la visibilidad era casi nula.

María estaba agotada. Había llegado al límite de sus fuerzas, las lágrimas se le congelaban y ya sólo podía esperar un milagro. Se había creído a salvo cuando ese

empleado de la gasolinera la había visto llegar. Pero apenas había dado tiempo al pobre hombre a quitarse la chaqueta y ponérsela a ella sobre los hombros cuando el asesino, apareciendo de la nada, le había disparado en el pecho.

El Hombre de Traje miraba alrededor, alerta. Llevaban ya un buen rato caminando. No había estudiado esta parte de la ciudad y no sabía ubicarse. Apenas habían visto cuatro o cinco personas y todas ellas andaban rápido, mirando al suelo evitando el viento, sin fijarse en ellos. Tampoco parecieron fijarse los pocos coches que se atrevían a circular con semejante clima. Pero cada vez oía más sirenas e incluso había podido distinguir las luces de la policía en algún cruce de calles. Le buscaban. Tenía que esconderse en algún sitio y planear su siguiente movimiento. Llegaron a una estrecha calle donde uno de los laterales estaba cubierto con unas planchas metálicas, cerrando el paso a unas obras. Miró alrededor para comprobar que no había nadie, levantó la cinta que acordonaba las planchas y empujó con el hombro una de ellas hasta que se hizo un hueco lo suficientemente grande para pasar de lado. Arrastró a María de la cuerda que le ataba las manos y entró en la zona de obras con la pistola por delante, preparado por si había algún vigilante. Una vez dentro tiró de la mujer, pero la chaqueta de “Lukoil” se enganchó en la plancha. Tiró de nuevo, aún más fuerte y la chaqueta acabó rasgada, en el suelo, mientras la mujer entraba tratando de mantener el equilibrio.

Oleg había visto las luces azules de un coche de policía pasar, y aunque su instinto había sido salir corriendo hacia ellos y pedir ayuda, sabía que no sólo era difícil que le vieran, sino que no podría comunicarse con ellos. Además, había recuperado el rastro de María y del asesino y no quería perderlo. La tremenda nevada estaba dejando una gruesa capa de nieve. Las únicas huellas recientes que veía tenían que ser de ellos. Llegó a una calle con vallas de obras y vio la chaqueta de “Lukoil” junto a una plancha metálica que estaba movida. Asomó la cabeza con cuidado: no había nadie. La maquinaria de trabajo estaba cubierta de nieve y la obra parecía llevar tiempo parada. Las huellas eran claramente visibles. Las siguió hasta una tapa de alcantarilla, donde desaparecían. La nieve estaba movida. Junto a la alcantarilla había una barra de hierro. La cogió y haciendo palanca, levantó la pesada tapa. La hizo rodar a un lado y miró al oscuro agujero. Unos peldaños de hierro le guiaban a las profundidades.

Capítulo XXV

Oleg llegó al final de la escalera. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la falta de luz y el calor le había devuelto algo de energía. Apenas iluminado por unos escasos y viejos focos, se dio cuenta de que aquello no era una alcantarilla, sino un túnel del metro. Había telarañas y un fuerte olor a rancio. Un viejísimo vagón oxidado descansaba sobre los raíles de una vía abandonada. Parecía el final de algún tramo en desuso. Sólo había una posible dirección en la que pudieran haber ido; la siguió. El camino, junto a la vía de metro, se estrechaba tanto que tuvo que andar con cuidado de no caer a los raíles. Minutos después, tras una amplia curva, pudo distinguir una fuerte luz fluorescente a unos cien metros delante de él. A medida que se acercaba, la forma de una puerta se hizo más evidente. Al llegar a ella notó que el polvo acumulado en el pomo había sido removido. Con cuidado de no hacer ruido abrió la puerta unos centímetros y miró. Al otro lado distinguió lo que parecía un andén y otra vía del metro, aunque ésta parecía en uso. Con mucha precaución, abrió un poco más la puerta y entró.

* * *

El Hombre de Traje trató de olvidar el dolor que le cruzaba el pecho de lado a lado. Estaba inspeccionando la vacía estación de metro, decidiendo qué hacer, cuando el sonido de los altavoces retumbó con eco.

“Estimados pasajeros les recordamos que el servicio de metro está interrumpido en todas las líneas. Los trenes no hacen paradas en las estaciones. Rogamos diríjense a las salidas”.

Le había sorprendido ver la estación completamente vacía, pero enseguida cayó en la cuenta de que los atentados habrían obligado a las autoridades a evacuar toda la red. Intentó recordar el mapa de Moscú, que durante tanto tiempo había estudiado. Esa estación se llamaba “Avtozavodskaya”. Creyó recordar que estaba al sureste. Una nueva punzada de dolor le atravesó el pecho y se llevó las manos al esternón.

—Por favor, deje que me vaya —oyó suplicar de nuevo a la mujer—. Le juro que no diré nada a nadie.

* * *

Oleg se dio cuenta de que estaba en una las estaciones en uso de la red de metro. La puerta por la que había entrado daba al extremo de la estación más alejado de las

escaleras de acceso. Esa parte del andén era un estrecho tramo entre una de las dos vías y el muro que le separaba del túnel por dónde había llegado. No veía a nadie, pero desde esa posición no tenía prácticamente ninguna visibilidad. Avanzó sigilosamente unos pocos metros hasta donde se acababa el muro y comenzaba verdaderamente la estación. Ésta tenía un andén central muy ancho. A sus lados, junto a las paredes, iban las vías por donde circulaban los trenes. Cada vía estaba separada del andén por una fila de columnas.

* * *

El Hombre de Traje estaba aún aguantando el latigazo de dolor del pecho cuando oyó un tren acercarse velozmente. El convoy hizo su entrada a gran velocidad, sin frenar, y él se movió rápidamente arrastrando con fuerza a la mujer detrás de una de las columnas del andén. La empujó contra una de ellas, esperando que nadie les viera desde el tren.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó la mujer, desesperada, intentando inútilmente zafarse de él.

El Hombre de Traje la agarró del cuello, ahogando sus gritos. Se asomó y vio que el tren circulaba sin pasajeros. Probablemente lo llevaban a las cocheras.

* * *

Oleg, sintiendo el temblor del tren acercándose, aprovechó para avanzar rápidamente hasta situarse detrás de la columna más cercana. Con mucha cautela se asomó y fue entonces cuando les vio. María forcejeaba mientras el asesino la sujetaba firmemente del cuello, apoyados contra una de las columnas. El tren cruzaba a toda velocidad la estación. Sin pensárselo dos veces Oleg corrió de columna a columna hasta quedar a la altura de María y el asesino, al otro lado del andén. Vio que el terrorista sujetaba la pistola, preparado por si tenía que actuar. Decidió ocultarse tras la columna donde estaba y buscó algo con lo que defenderse. Se dio cuenta de que todavía guardaba en el bolsillo las esposas. Las cogió, las colocó en torno a sus nudillos y cerró el puño. Si conseguía acercarse hasta el asesino sin que le disparase, al menos tendría un puño americano casero. Asomó de nuevo la cabeza con cuidado. El terrorista apretaba su cuerpo contra el de María, inmovilizándola y sujetándola todavía del cuello, a pesar de que el tren ya había dejado la estación. María lloraba impotente, pero entonces alzo la mirada y le vio. Oleg notó sus ojos abrirse como platos. Se llevó el dedo a los labios, sonrió para tranquilizarla y volvió a ocultarse tras su columna. Lo cierto es que estaba acojonado. Ese hombre era un asesino y un terrorista. En realidad no tenía ni puta idea de qué podía hacer contra él.

* * *

El Hombre de Traje esperó a que el tren se alejara por el túnel. Golpeó ligeramente su frente contra la fría piedra de la columna, pensando. Podría volver al exterior, pero la zona estaría plagada de policías. Podría volver a la vía muerta, por donde habían llegado, y ocultarse allí, pero tarde o temprano le encontrarían. La mujer ya no forcejeaba así que la soltó y se acercó impaciente a la vía del tren. Si se alejaba del centro de la ciudad tendría más posibilidades de escapar. Miró el cartel que estaba frente a él, pegado en la pared al otro lado de la vía. Era la lista de todas las estaciones de esa línea de metro. *“Si puedo recorrer a pie este túnel hacia el sur, aún tengo opciones”*, pensó. El altavoz volvió a tronar.

“Estimados pasajeros les recordamos que el servicio de metro está interrumpido en todas las líneas. Los trenes no hacen paradas en las estaciones. Rogamos diríjense a las salidas”.

Oleg tenía los ojos cerrados, pegado de espaldas a la columna, tratando de idear algún plan. Comenzó a notar un ligerísimo temblor. Abrió los ojos y asomándose con cuidado, miró de nuevo al otro lado del andén. El asesino estaba de espaldas a él, parecía concentrado leyendo el cartel con las estaciones. Oleg notó el temblor aumentar de intensidad poco a poco y se dio cuenta de que ésta iba a ser su única oportunidad.

María miró a Oleg desde el suelo, aterrorizada cuando le vio salir de detrás de la columna y echar a correr con todas sus fuerzas hacia el asesino.

Para Oleg fueron los cinco metros y medio más largos de su vida. Todo parecía ocurrir a cámara lenta: el asesino oyó algo y comenzó a girarse, Oleg estaba a tres metros... dos..., el terrorista le vio y empezó a levantar el brazo con el que sujetaba la pistola, pero ya era tarde... un metro..., el hombre levantó el brazo izquierdo instintivamente para protegerse del golpe y Oleg impactó contra él cargando todo su peso sobre el pecho y notando las costillas quebrarse. El asesino gimió de dolor, soltando la pistola mientras reculaba intentando agarrarse a alguna invisible sujeción. Oleg llevaba tanta inercia que le desplazó hasta que llegaron al límite del andén. Recordó la sonrisa de Eva, como un *flash*, mientras caían a la vía, abrazado al terrorista en un placaje tremendo. El asesino golpeó los raíles soltando un gruñido seco, con el poco aire que le quedaba en los pulmones. Oleg no podía darle tiempo a reaccionar y sentado a horcajadas sobre su estómago comenzó a soltar puñetazos como un loco poseído, destrozándose los dedos de la mano con el hierro de las esposas. Los raíles de las vías y los maderos que las sostenían temblaban cada vez con más fuerza, pero Oleg sólo podía pensar en reventar a puñetazos a ese hijo de puta.

El Hombre de Traje era un guerrero entrenado. Tras el primer impacto y a pesar del insoportable dolor en el pecho, consiguió acomodar el cuerpo para caer en las vías

sin golpearse la nuca ni la cabeza. Los primeros puñetazos no pudo evitarlos, pero el chaval le pegaba con más rabia que eficacia y consiguió levantar los brazos para cubrirse la cabeza mientras recuperaba el aliento. Recibió sin problemas otra serie de golpes estudiando mecánicamente el ritmo con que caían. Calculó el momento adecuado y entonces le soltó al chaval un rápido y brutal izquierdazo en el riñón, seguido sin pausa por un derechazo a la mandíbula.

El primer golpe dobló a Oleg. El siguiente le tumbó y cayó sobre la vía. Casi noqueado, aún pudo sentir claramente el temblor de los raíles. Miró al túnel. La luz de un tren se aproximaba a lo lejos. No le quedaba un gramo de energía. No podía moverse. Vio al asesino incorporarse haciendo un esfuerzo y llevarse una mano a las costillas. Respiraba con dificultad y tenía la cara ensangrentada. Miró a María, en el andén, llorando desconsolada, gritando algo incomprensible. De nuevo miró al asesino, que observaba ahora el tren que se acercaba. Victorioso, el terrorista clavó sus ojos en los suyos, arrogante. Oleg sólo podía sentir cansancio, incluso cierta paz al saber que toda esta pesadilla iba a terminar. Vio al terrorista abrocharse con calma el maltrecho traje y limpiarse un zapato contra su pierna. “*Eva está viva*”, era lo único que pensaba. El tren iba a entrar en la estación. Imposible que frenara a tiempo. El asesino sonrió y se dio la vuelta dispuesto a subir al andén. Oleg, exhausto, giró la cabeza y vio su propia mano, ensangrentada y aún sujetando las esposas. Pensó de nuevo en Eva. No podía rendirse, no podía dejar que este hijo de puta se saliera con la suya. Usando las últimas reservas de energía que le quedaban, agarró la pierna del terrorista en el momento en que éste intentaba subir al andén y tirando con todas sus fuerzas, le hizo caer. Le enganchó las esposas a los cordones del zapato y a un hierro del raíl y rodó rápidamente por el suelo hasta una hendidura en medio de la vía. Rezó para que fuera lo suficientemente honda.

El tren entró en la estación.

El Hombre de Traje se puso rápidamente de pie e intentó subir de nuevo al andén. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba encadenado a la vía. Oyó la bocina de la locomotora y el chirriar de los tardíos frenos mientras pegaba desesperadas e inútiles patadas al aire, intentando liberarse. En los últimos instantes de su vida le aterrorizó morir.

Oleg, totalmente estirado, intentando fundirse con el suelo, sintió la tremenda fuerza de los vagones pesando sobre él. Todo temblaba a su alrededor, como si de un terremoto se tratase, y el miedo se mezcló por un instante con la adrenalina y con la felicidad de saber que ese hijo de puta estaba muerto. El último vagón pasó sobre él, deteniéndose decenas de metros más adelante y todo se calmó. Abrió los ojos. Esa hendidura le había salvado la vida. María le miraba incrédula desde el andén, con las manos juntas, todavía atadas, como si acabara de presenciar un milagro.

Capítulo XXVI

El sol brillaba con fuerza en el azulado cielo del invierno Moscovita. Oleg y Eva se cogían de la mano. El chico le ajustó la manta que tenía sobre las piernas. Eva usaba aún la silla de ruedas. Junto a ellos, Ilya le decía algo al oído a Tanya, que apoyada en una muleta se sujetaba en el brazo escayolado del chaval.

No había sido fácil, pero finalmente Tanya había conseguido que la fiscalía se planteara levantar los múltiples cargos contra los dos primos. Al menos por ahora, eran libres, aunque no tenían permitido salir de la ciudad mientras se resolviera su situación. Tanya les había recomendado incluso para una mención presidencial, y por si las moscas, había preparado un informe completo y profundo de todo lo acontecido. Lo guardó en un lugar seguro en caso de que hiciera falta hacerlo público algún día.

La lápida era sencilla y bonita. María terminó su oración y se incorporó. Retocó el precioso ramo que había preparado con esmero y regresó junto a Ilya, Oleg y los demás.

Dima estaba junto al coche del FSB, a unos veinte metros, esperando impacientemente a la detective. Miró su reloj. Se hacía tarde y tenían trabajo, pero no quería interrumpir. Esta gente había sufrido mucho y perdido a seres queridos. Sin embargo, una envolvente energía dominada el ambiente.

Ilya miró a Dima. Le vio levantar la mano a modo de saludo y se lo devolvió con un movimiento de cabeza. Los demás empezaron a retirarse lentamente, aunque Oleg se acercó a su primo y le dio una cariñosa colleja antes de abrazarle. Regresó junto a Eva y la condujo hasta la lápida para que depositara un poema dedicado a la Nana. Ilya, ya solo, se arrodilló, apoyó su mano sobre el mármol y sonrió.

FIN

Agradecimientos

A Macarena, el amor de mi vida, que me ilumina en la penumbra con su energía y su bondad. Mi apoyo constante, y además, correctora incansable.

A Amadeo y Juan Pedro, por los acertados comentarios y abnegado esfuerzo de revisión.

A los amigos que creyeron.

A mi increíble familia.

A Chema, por la foto de la portada.

A Moscú y sus gentes. Siempre tendrán un sitio en mi alma.



ÁLVARO BOTIJA IBÁÑEZ nació en Madrid. Es el pequeño de seis hermanos, ávidos lectores que pronto le introdujeron el amor por la literatura. Siempre recuerda a su madre con un libro en las manos, riendo ante Wodehouse o Jardiel Poncela, pensativa con Küng u Ortega, emocionada con Thornton Wilder o Juan Eslava Galán, e incluso traduciendo “A life of Jesus”. Su padre, trabajador incansable, compatibilizó tres empleos hasta su jubilación, cuando se trasladó a Alicante donde también escribe, habiendo publicado una colección de poemas con el Mediterráneo como tema central.

Su primera novela, *Operación Matrioska*, fue concebida y escrita en la capital rusa, donde residió cerca de siete años, inicialmente como un guión para una película para posteriormente adaptarla a novela.